

8

ZOLA

LA BESTIA  
HUMANA

2

PQ2498

A1

1897

v. 2



1020026888



© 1988  
©



LA BESTIA HUMANA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLI



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

N 86  
30858  
-8-  
cy

EMILIO ZOLA

LA

# BESTIA HUMANA

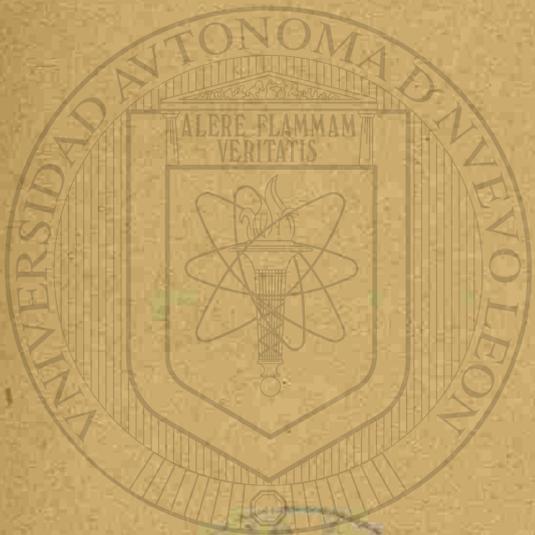
VERSIÓN CASTELLANA

POR

CARLOS DOCTEUR

SEGUNDA EDICIÓN

VOLUMEN II



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

101171

MADRID

LIBRERIA INTERNACIONAL DE ROMO Y FÜSSEL

5 - calle de Alcalá - 5

1897

FONDO  
RICARDO GOVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO 10 118"  
CALLE 1629 MONTERREY, MEXICO

30858

843  
Z.

Pa 2498  
A1  
1897  
V. 2



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del editor.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—G. Juste, impresor, Pizarro, 15.

## LA BESTIA HUMANA

VII

Aquel viernes, los viajeros que iban á tomar el exprés en el Havre á las seis y cuarenta, dejaron escapar, al despertarse, un grito de sorpresa: la nieve caía desde las doce de la noche en copos tan apretados y gruesos, que las calles tenían una capa blanca de treinta centímetros.

Ya bajo el soportal cubierto la Lisón soplabá, echando humo, enganchada á un tren de siete vagones, tres de segunda clase y cuatro de primera. Cuando á eso de las cinco y media llegaron Santiago y Pecqueux al depósito para la visita, lanzaron un gruñido de inquietud ante aquella nieve obstinada que vomitaba el cielo negro. Y ahora, en su puesto, esperaban la orden dada con el silbato; miraban á lo lejos, más allá del inmenso arco la marquesina, contemplando el caer mudo y continuo de los copos, blanqueando las tinieblas como un calofrío lívido.

El maquinista murmuró:

—¡Que me lleve el demonio si veo una señal!  
—¡Con tal que podamos pasar!—dijo el fogonero.

Roubaud estaba sobre el andén, con su farol, de vuelta en el minuto mismo en que principiaba su servicio. Por instantes sus párpados enrojecidos se cerraban de cansancio, sin que por eso dejara de vigilar. Al preguntarle Santiago si nada sabía respecto al estado de la vía, se acercó á estrecharle la mano, contestando que no había recibido aún telegrama alguno; en aquel momento bajaba Severina, envuelta en un gran manto, y él mismo la acompañó hasta un vagón de primera, en donde la instaló. Sin duda había sorprendido la mirada de ternura, inquieta, cruzada entre los dos amantes; pero ni siquiera se le ocurrió decirlo á su mujer que era imprudente ponerse en camino con un tiempo semejante, y que haría mejor en dejar el viaje para otro día.

Llegaron después los viajeros cubiertos hasta los ojos, cargados de maletas; aquello era un vaivén continuo en medio del frío terrible de la mañana. Ni siquiera se derretía la nieve del calzado; las portezuelas se cerraban en seguida; cada cual se hundía en su rincón; el andén quedaba desierto, mal alumbrado por las luces indecisas de algunos mecheros de gas; y en tanto el farol de la máquina, colgado hacia adelante en la base de la chimenea, ardía solo, como un ojo gigante, ensanchando á lo lejos, en la obscuridad, su capa de reflexión.

Pero Roubaud levantó su linterna y dió la señal. El conductor jefe silbó y Santiago contestó, después de haber abierto el regulador girando hacia adelante el volantito del cambio de marcha. Partían.

Durante un minuto aún, el subjefe siguió tranquilamente con la mirada al tren que se alejaba bajo la tormenta.

—¡Y cuidadito!—dijo Santiago á Pecqueux.  
—¡Fuera bromas hoy!

Había notado que también su compañero parecía rendido de cansancio; el resultado, seguramente, de alguna juerga de la víspera.

—¡Oh! ¡no tenga Ud. cuidado, no tenga usted cuidado!—balbuceó el fogonero.

En seguida, en cuanto salieron del soportal, los dos hombres entraron en la nieve. El viento soplabá del Este, de modo que las ráfagas azotaban la máquina de cara, y detrás de la placa de resguardo no sufrieron mucho al principio, cubiertos con trajes de gruesa lana y protegidos los ojos con gafas; pero en medio de la obscuridad, la luz intensa del farol estaba como empañada por aquellas espesas capas blanquizas que caían. En lugar de alumbrar á dos ó trescientos metros, aparecía la vía bajo una especie de niebla lechosa, en donde sólo se veían las cosas muy aproximadas, como desde el fondo de un sueño. Y según temía él, lo que llevó hasta el colmo la inquietud del maquinista, fué el notar ya, desde el farol del primer puesto, que no vería ciertamente, á la distancia

de reglamento, las señales rojas, cerrando la vía. Desde aquel momento adelantó con suma prudencia, sin poder, sin embargo, disminuir la velocidad, pues el viento le ponía una resistencia enorme y todo atraso habría sido un peligro igualmente serio.

Hasta la estación de Harfleur, la Lisón siguió con bastante rapidez. La capa de nieve que había caído no preocupaba aún á Santiago, pues á lo sumo había sesenta centímetros y el escampavía quitaba fácilmente un metro. Sólo le preocupaba conservar su velocidad; pues sabía muy bien que el verdadero mérito de un maquinista, después de la sobriedad y el amor á su máquina, consiste en andar con marcha normal, sin sacudidas, á la más alta presión posible. Es más, este era su único defecto, obstinado en no pararse, desobedeciendo á las señales, creyendo siempre que tendría tiempo suficiente para dominar á la Lisón; y así es, que á veces iba demasiado lejos, aplastaba los petardos, «los callos», como los llaman, lo cual dos veces ya le había valido estar ocho días sin sueldo.

Pero en el momento de mayor peligro, al recordar que Severina estaba allí, que corría á cargo suyo aquella querida existencia, doblaba la fuerza de su voluntad, y su vista se extendía hasta París, á lo largo de aquella doble línea de hierro, en medio de los obstáculos que le era preciso franquear.

De pie sobre la placa de hierro colado que unía la máquina con el tender, en medio de los

continuos vaivenes de la trepidación, Santiago, á pesar de la nieve, se inclinaba hacia la derecha para ver mejor. Por el cristal de resguardo, lleno de agua, nada distinguía; y permanecía con la cara envuelta en las ráfagas, azotada la piel con millares de agujas, mordida por un frío tal, que sentía como cortaduras de navaja de afeitar. De tiempo en tiempo se retiraba para tomar aliento; se quitaba las gafas y las limpiaba; después volvía á su puesto de observación, en pleno huracán, con la mirada fija, esperando los faroles rojos, tan absorto en su preocupación, que dos veces tuvo el alucinamiento de ver repentinas chispas ensangrentadas, manchando la cortina pálida que temblaba delante de él.

Pero bruscamente, en las tinieblas, notó que el fogonero no estaba en su puesto. Sólo una linternilla alumbraba el nivel de agua, para que ninguna otra luz cegase al maquinista; y sobre la esfera del manómetro, cuyo esmalte parecía conservar luz propia, vió que la aguja azul, temblando, bajaba rápidamente. Era que se apagaba la lumbre. El fogonero acababa de caer sobre el cofre, vencido por el sueño.

—¡Pijotero, borrachín!—gritó Santiago, furioso, sacudiéndole.

Pecqueux se levantó y se excusó con un gruñido ininteligible. Apenas podía tenerse en pie; pero la fuerza de la costumbre le puso en seguida delante del hogar, con el martillo en la mano, rompiendo el carbón, extendiéndolo sobre el enrejado con la pala, en una capa muy igual; des-

pués dió un escobazo. Y mientras quedó abierta la puerta del hogar, un reflejo de horno inmenso iluminó el resto del tren, semejante á la cola flamante de un cometa, que incendiaba la nieve, azotándola con anchas gotas de oro.

Pasado Harfleur principió la gran subida de tres leguas que va hasta Saint-Romain, la más ruda de toda la línea. Así es que el maquinista se puso de nuevo en su puesto con suma atención, necesitándose un gran esfuerzo para subir aquella cuesta, ya muy trabajosa con buen tiempo. Con la mano sobre el volante del cambio de marcha, miraba huir los palos telegráficos, tratando de darse cuenta de la velocidad. Esta disminuía mucho; la Lisón estaba jadeante y se notaba el roce de los escampavías producido por una resistencia mayor. Con la punta del pie abrió de nuevo la puerta, y el fogonero, soñoliento, comprendió y activó aún el fuego para aumentar la presión. La puerta se puso roja y despedía un reflejo violado sobre las piernas de ambos. Pero no sentían aquel calor abrasador, envueltos como estaban en la corriente de aire helado. Avisado por un gesto de su jefe, el fogonero acababa también de levantar la varilla del cenicero, á fin de activar el tiro. Rápidamente, la aguja del manómetro había subido á diez atmósferas, y la Lisón desplegaba toda la fuerza de que era capaz. Y hasta sucedió que en cierto momento, viendo bajar el nivel de agua, tuvo el maquinista que hacer mover el volantito del inyector, lo cual disminuyó la presión. Mas pronto

se elevó de nuevo; la máquina rugía, escupía, como un animal de cuyas fuerzas se abusa, con sobresaltos, sacudidas de los riñones, oyéndose crujir sus miembros. Y Santiago la maltrataba como á una mujer envejecida y menos fuerte, sin sentir hacia ella la misma ternura que antes.

—¡Nunca llegará hasta arriba la flojota!—dijo entre dientes, él, que nunca hablaba durante el camino.

Pecqueux, extrañado, en su somnolencia, le miró. ¿Qué tenía que gruñir contra la Lisón? ¿Pues no era la excelente máquina, siempre obediente, arrancando con tanta facilidad que daba gusto hacer que echara á andar, y de tan buena vaporización que ahorraba la décima parte del carbón desde París al Havre? Cuando una máquina tenía volantes como los suyos, tan bien acondicionados, cortando maravillosamente el vapor, podían tolerársele todas las imperfecciones como á una mujer hacendosa, buena y económica. Sin duda gastaba demasiada grasa. ¿Y qué? Con engrasarla, amén.

Justamente, repetía Santiago exasperado. Nunca subirá si no se la engrasa.

Y cosa que no había hecho tres veces en su vida, cogió la alicata para engrasarla durante la marcha. Pasando por encima de la barandilla, subió sobre el tablero, el cual signió á lo largo de la caldera. Pero era una maniobra peligrosísima. Sus pies se escurrían sobre la estrecha banda de hierro mojada por la nieve, y no

veía, amenazando aquel viento terrible con barrerle como una paja.

La Lisón, con aquel hombre agarrado á su flanco, continuaba su carrera jadeante en medio de la noche, en medio de la inmensa capa blanca, en donde abría un surco profundo. La máquina le sacudía, le arrastraba. Llegado que fué á la barandilla delantera, se agazapó delante del recipiente engrasador del cilindro derecho, y costóle infinito trabajo llenarlo, sujetándose con una mano en la barandilla. Luego tuvo que dar la vuelta, como un insecto que se arrastra, para ir á engrasar el cilindro de la izquierda. Y cuando volvió, rendido, estaba muy pálido, había sentido pasar la muerte rozándole.

—¡Asqueroso penco!— murmuró.

Extrañado por aquella violencia insólita tratándose de la Lisón, de la compañera de ambos, Pecqueux no pudo menos de decir, soltando una vez más su acostumbrada broma:

—Haberme dejado ir á mí: en eso de engrasar señoras estoy fuerte.

Algo más despabilado, también él estaba en su puesto, vigilando el lado izquierdo de la línea. Generalmente tenía buena vista, mejor que la de su jefe; pero en aquella tormenta todo había desaparecido, á duras penas podían ellos, á quienes tan familiar era cada kilómetro del camino, reconocer los sitios que atravesaban; la vía se hundía bajo la nieve, los setos y hasta las mismas casas parecían haberse derretido; aquello era sólo una llanura plana y sin fin, un caos de

formas blancas, indecisas, en donde la Lisón parecía galopar á sus anejas, desenfrenada, loca. Y nunca habían sentido los dos hombres tan estrechamente el lazo de fraternidad que les unía sobre aquella máquina en marcha, soltada en medio de todos los peligros, y en donde se veían más solos, más abandonados del mundo que en un cuarto cerrado, con más la agravante, la espantosa responsabilidad de las vidas humanas que arrastraban en pos de sí.

Así es que Santiago, irritado aún más por la broma de Pecqueux, acabó por sonreír, conteniendo la ira que le cegaba. No era ciertamente aquel el momento de reñir. La nieve redoblaba, el velo se espesaba en el horizonte. Continuaban subiendo, cuando el fogonero á su vez creyó ver brillar un farol rojo á lo lejos, y avisó con una palabra á su jefe. Mas ya no lo veía, sus ojos habían soñado, como á veces decía. Y el maquinista, que nada había visto, quedaba con el alma en un hilo, turbado por aquel alucinamiento de otro, perdiendo confianza en sí mismo. Lo que se le figuraba distinguir, más allá del torbellino pálido de los copos, eran inmensas formas negras, moles considerables, como trozos gigantes de la noche, que parecían echar á andar y venir á ponerse delante de la máquina. Serían acaso ribazos desmoronados, montañas que cerraba la vía, contra las cuales iba á estrellarse el tren...

Entonces, amedrentado, tiró de la varilla del silbato, silbó largo rato de una manera desesperada; aquel lamento se arrastraba, lúgubre, en-

vuelto en la tempestad. Y quedó muy extrañado al ver que había silbado á tiempo, pues atravesaba el tren á gran velocidad la estación de Saint-Romain, de la cual se creía distante dos kilómetros.

En tanto la Lisón, que ya había franqueado la terrible cuesta, se puso á rodar con más sosiego, y Santiago pudo respirar un momento. De Saint-Romain á Bolbec sube la línea de una manera insensible, y todo iría bien, sin duda, hasta la otra punta de la meseta. Cuando llegó á Benfeyllé, durante la parada de tres minutos, no dejó de llamar al jefe de estación, al que vió en el andén, para manifestarle sus temores, enfrente de aquella nieve, cuya capa seguía en aumento; nunca llegarían á Rouen; lo mejor sería doblar la tracción, añadiendo otra máquina, mientras se hallaban en un depósito, en donde siempre había máquinas disponibles. Pero el jefe de estación contestó que no había recibido órdenes y que no podía tomar sobre sí aquella responsabilidad.

Todo cuanto ofreció fué dar cinco ó seis palas para despejar los rails, caso que fuera necesario. Y Pecquetx cogió las palas, colocándolas en un rincón del tónder.

Sobre la meseta, en efecto, la Lisón continuó su marcha con buena velocidad, sin demasiado trabajo. Sin embargo, ya se cansaba. A cada momento tenía el maquinista que hacer un gesto, abriendo la puerta del hogar, para que el fogonero echase carbón; y cada vez, por encima del

melancólico tren, negro enmedio de toda aquella blancura, cubierta de un sudario, centelleaba la deslumbradora cola de cometa, agujereando la noche.

Eran las siete y cuarenta y cinco, el día des-puntaba; pero apenas se distinguía su palidez en el cielo, en el inmenso torbellino blanquecino que llenaba el espacio de una á otra punta del horizonte. Aquella claridad indecisa, en donde nada se distinguía aún, inquietaba más á los dos hombres, quienes, llenos los ojos de lágrimas, á pesar de sus gafas, se esforzaban en penetrar lo que ocurría á lo lejos. Sin soltar el volante del cambio de marcha, el maquinista no dejaba ya la varilla del silbato; avisaba casi continuamente, por prudencia, con un silbido de angustia que lloraba en el fondo de aquel desierto de nieve.

Atravesaron Bolbec y luego Ivetot sin accidente. Pero en Motterille, Santiago, de nuevo, interpeló al subjefe, quien no pudo darle informes exactos sobre el estado de la vía. Ningún tren había llegado aún; sólo un telegrama anunciaba simplemente que el mixto de París estaba bloqueado en Rouen. Y la Lisón partió de nuevo, bajando con su paso lento y lleno de cansancio las tres leguas, ligero declive, que van hasta Barentin. Ahora ya había amanecido; la luz era muy pálida, y parecía que aquella claridad lívida fuese producida por la misma nieve. Caía ésta más densa, como un alba nebulosa y fría, anegando la tierra en trozos de cielo.

Al mismo tiempo que crecía la claridad, el viento redoblaba la violencia; los copos eran lanzados como balas; era preciso que á cada instante cogiese el fogonero su pala para quitar la nieve del carbón, en el fondo del tender, entre las paredes del recipiente de agua. A derecha é izquierda aparecía el campo hasta tal punto desfigurado, que los dos hombres experimentaban la sensación de que huían en un sueño: los vastos campos llanos, los fértiles pastos cerrados con setos vivos, los patios plantados de manzanos, sólo eran ya un mar blanco, apenas hinchado de ligeras olas, una inmensidad pálida y temblona, en donde todo desfallecía en medio de aquella blancura. Y el maquinista, de pie, cortada la cara por las ráfagas, puesta la mano sobre el volante, principiaba á sufrir terriblemente efecto del frío.

Por fin, al llegar á Barentin, el jefe de estación, señor Bessière, se acercó á la máquina para avisar á Santiago que señalaban grandes cantidades de nieve hacia la Croix-de-Maufras.

—Creo que aún se puede pasar—añadió.— Pero le costará á Ud. trabajo.

Entonces el joven se enfureció.

—¡Dios de Dios! ¡Ya lo dije en Beuzeville! ¿Qué les hubiera importado añadir una máquina?... ¡Pues vamos á estar bonitos!

El conductor jefe acababa de bajar de su furgón, y también él se enfadaba. Estaba helado en su vigía; decía que no le era posible distinguir la señal de un palo telegráfico. ¡Un ver-

dadero viaje á tientas en medio de toda esa blancura!

—En fin, de todos modos, ya está Ud. avisado—repuso el señor Bessière.

Los viajeros se extrañaban de aquella parada prolongada, en el gran silencio de la estación sepultada, sin un grito de empleado, sin un ruido de portezuela. Oyéronse correr cristales y asomaron algunas cabezas: una señora muy gruesa, con dos jóvenes rubias, preciosas, sus hijas sin duda, las tres inglesas seguramente; más lejos una mujer joven, morena, muy bonita, á la que un señor canoso obligaba á entrar; en tanto que dos hombres, uno joven y otro viejo, hablaban de coche á coche, con el busto medio fuera de la portezuela. Pero al echar Santiago una ojeada hacia atrás, sólo vió á Severina, inclinada también, mirando á la máquina, preocupada. ¡Ah! ¡la querida criatura, qué inquieta debía estar, y qué sentimiento el suyo al verla allí en aquel peligro! Habría dado toda su sangre por estar en París y verla bajar del tren sana y salva.

—Vaya, márchese Ud.—dijo el jefe de estación.— Es inútil asustar á la gente.

El mismo dió la señal. Subido otra vez en su furgón, el conductor jefe silbó, y otra vez arrancó la Lisón, después de haber contestado con un prolongado grito de lamento.

En segrieda notó Santiago que el estado de la vía cambiaba. Ya no era llanura, cubierta por espesa alfombra de nieve, en donde corría la

máquina como un buque, dejando su estela. Entraban ahora en el país de las cuevas y las cañadas, cuya ola enorme iba hasta Malaunay, y la nieve se había amontonado allí de un modo irregular; mientras la vía estaba descubierta en ciertos sitios, se ocultaba en otros bajo enormes montones que cerraban el paso.

El viento, que barria los terraplenes, llenaba, por el contrario, las zanjas. Y era aquello una continua sucesión de obstáculos, pedacitos de vía libre que luego se estrellaban contra verdaderas murallas. Ya era de día completamente y aquella comarca asolada, aquellas estrechas gargantas y aquellas recias pendientes tomaban, bajo su capa de nieve, el horror de un océano de hielo, inmovilizado en la tormenta.

Nunca se había sentido Santiago penetrado de tal frío. Bajo las mil agujas de nieve creía tener la cara ensangrentada, y ya no se daba cuenta de sus manos, paralizadas y tan insensibles, que quedó espantado al notar que perdía entre sus dedos la sensación del volantito del cambio de marcha. Cuando levantaba el codo para tirar de la varilla del silbato, su brazo le pesaba en el hombro como un brazo de muerto. Todas las historias conocidas de alucinamiento cruzaban por su cabeza. ¿No era un árbol caído aquello que estaba allí en la vía? ¿No había visto una bandera roja flotando por encima de aquel seto? ¿No estallaban petardos á cada minuto en medio del rugido ensordecedor de las ruedas? No habría podido decirlo; repetíase que sería pru-

dente parar, pero no llegaba á reunir suficiente voluntad para ello. Durante algunos minutos esta crisis le torturó; luego, bruscamente, al ver á Pecqueux dormido de nuevo sobre el cofre, derribado por la terrible mano de hielo que tanto le hacía sufrir á él también, se enfureció de tal manera que gritó sin poder contenerse:

—¡Ah! ¡Dios de Dios!.... ¡Imbécil!

Y él, tan condescendiente en general para los vicios de aquel borracho, le despertó á puntapiés, pegándole hasta que se puso en pie. El otro estaba tan entumecido que se contentó con gruñir, cogiendo su pala:

—¡Bueno, hombre, bueno, allá voy!

Cuando quedó cargado el hogar la presión aumentó; y ya era tiempo, pues la Lisón acababa de entrar en el fondo de una zanja en donde tenía que hendir una capa de nieve de más de un metro. Adelantábase haciendo un esfuerzo supremo que la agitaba con cierto temblor. Durante un momento sus fuerzas se agotaron, pareció que iba á encallar, como navío que da contra un banco de arena. Lo que aumentaba su peso era la nieve, que con enorme capa había ido cubriendo poco á poco la techumbre de los vagones. Seguían corriendo así, negros en la estela blanca, con aquella sábana tendida sobre ellos; la máquina tenía flecos de armiño, ciñendo sus negros riñones, en donde los copos se derretían ó caían en lluvia. Pero también esta vez, á pesar del peso, logró pasar. Y sobre un terraplén, á lo largo de una ancha

curva, pudo verse luego el tren, que adelantaba sin esfuerzo en la nevisca ligera y lechosa, semejante á una cinta de sombra perdida en medio de un país de ensueños, de blancura deslumbradora.

Más lejos las zanjas volvían, y Santiago y Pecqueux, que habían sentido á la Lisón hundirse en la nieve, reaccionaron contra el frío, contra el cansancio, de pie en aquel puesto que, aun moribundos, no podían abandonar. Otra vez perdía la máquina velocidad. Se había enzarzado entre dos escarpas y la detención se produjo lentamente, sin sacudida. No había remedio, la nieve la aprisionaba, impotente.

—¡Ya pareció aquello!— gruñó Santiago.—  
¡Rayos de Dios!

Durante algunos segundos aún permaneció en su puesto, con la mano en el volante, abriéndolo por completo, para ver si cedía el obstáculo. Pero oyendo á la Lisón escupir y ahogarse en vano, cerró el regulador y se puso furioso.

El conductor jefe se había asomado á la puerta de su furgón, y al volverse Pecqueux, le gritó á su vez:

—¡Ya, ya estamos pegados!

Vivamente, el conductor jefe saltó sobre la nieve, que le llegaba hasta las rodillas. Se acercó y los tres hombres se reunieron en consejo.

—Lo único que podemos hacer es tratar de despejar la vía, acabó por decir el maquinista. Por fortuna tenemos palas. Llame Ud. al conduc-

tor de cola, y entre los cuatro seguramente conseguiremos descubrir las ruedas.

Hicieron señal al conductor de cola, quien también había bajado del furgón. Llegó con trabajo, sepultado en ciertos momentos.

Pero aquella parada en plena campiña, en medio de aquella soledad blanca, aquel ruido claro de las voces que discutían lo que convenía hacer, aquel empleado, saltando penosamente á lo largo del tren, con grandes pasos, había inquietado á los viajeros. Algunos cristales se abrieron. Gritaban, preguntaban, y todo era confusión, vaga aún y creciente.

—¿En dónde estamos?.... ¿por qué han parado?.... ¿qué hay?.... ¡Dios mío! ¿es alguna desgracia?

El conductor creyó necesario tranquilizar á la gente. Justamente al adelantarse la señora inglesa, cuya espesa cara encarnada estaba rodeada de las dos preciosas caras de sus hijas, le preguntó con marcado acento:

—Señor, ¿no es peligroso?

—No; no señora—contestó.—Un poco de nieve simplemente. Volveremos á echar á andar en seguida.

Y el cristal se cerró, en medio del fresco gorgo de las jóvenes, esa música de las sílabas inglesas, tan rápidas sobre labios jóvenes. Ambas reían muy divertidas.

Pero más allá, el señor canoso llamaba al conductor, en tanto que su joven esposa asomaba detrás de él su bonita cabeza morena.

—¿Y cómo es que no se han tomado precauciones? Esto es insoportable.... Vuelvo de Londres, mis negocios me llaman á Paris esta mañana, y le prevengo á Ud. que haré á la Compañía responsable de cualquier retraso que se produzca.

—Señor—se contentó con decir el empleado—nos pondremos de nuevo en marcha dentro de tres minutos.

El frío era terrible, la nieve entraba, y las cabezas desaparecieron, cerrándose los cristales. Pero en el fondo de los coches cerrados persistía una agitación, una ansiedad, cuyo sordo murmullo se oía. Sólo dos cristales permanecían abiertos; y puestos de codos en la portezuela, separados por tres coches, dos viajeros charlaban, un americano de unos cuarenta años y un joven que habitaba en el Havre, muy interesados uno y otro por el trabajo del despejo de la vía.

—En América, caballero, todo el mundo se baja y coge palas.

—¡Oh! esto no es nada, ya dos veces, el año pasado, quedé bloqueado por la nieve. Mis ocupaciones me hacen venir á Paris todas las semanas.

—Y las mías cada tres próximamente, caballero.

—¿Cómo, desde Nueva York?

Sí, señor, desde Nueva York.

Santiago dirigía el trabajo. Al ver á Severina en la portezuela del primer vagón, en donde siempre se ponía para estar más cerca de él, la dirigió una mirada suplicante; ella le compren-

dió y se retiró para no quedar expuesta á aquel viento glacial que le abrasaba la cara. Desde aquel momento, pensando en ella, Santiago trabajó con ánimo. Pero notaba que la causa de la parada, el hundimiento aquel en la nieve, no era motivado por las ruedas: éstas cortaban las capas más espesas; era el cenicero, colocado entre ellas, el que impedía la marcha, amontonando la nieve, comprimiéndola en paquetes enormes.

Y se le ocurrió una cosa.

—Hay que desatornillar el cenicero.

Primero se opuso el conductor jefe, pero acabó por dejarse convencer.

—¡Puesto que asume Ud. toda la responsabilidad, adelante!

Sólo que aquello fué un rudo trabajo. Alargados bajo la máquina, con la espalda en la nieve que se derretía, Santiago y Pecqueux tuvieron que trabajar durante media hora. Por fortuna tenían, en el cofre de herramientas, desatornilladores de reserva.

Por fin, expuestos á abrasarse y á ser aplastados veinte veces, consiguieron desprender el cenicero. Pero aún no lo habían sacado, y era preciso echarlo fuera.

Con su peso enorme se enredaba entre las ruedas y los cilindros. Sin embargo, poniéndose los cuatro, lo sacaron de allí y lo arrastraron más allá de la vía, hasta el declive.

—Ahora, acabemos de despejar la vía—dijo el conductor.

Hacia cerca de una hora que el tren estaba detenido y la angustia de los viajeros había aumentado.

A cada minuto, un nuevo cristal se descorría, varias voces preguntaban por qué no echaban á andar. Era el pánico, gritos, lágrimas, en una crisis de miedo cada vez mayor.

—No, no, ya basta—dijo Santiago.—Suba usted, lo demás queda por cuenta mía.

Ocupó de nuevo su puesto, con Pecqueux, y cuando los dos conductores estuvieron en sus furgones, él mismo abrió el grifo del purgador. El ardiente echorro de vapor, ensordecido, acabó de derretir los montones que aún quedaban pegados á los rails.

Luego, puesta la mano en el volante, hizo contravapor. Lentamente retrocedió unos trescientos metros para tomar carrera.

Y activando el fuego hasta exceder la presión permitida, volvió contra la pared que cerraba la vía, arrojando allí á la Lisón con todo su peso, con toda la mole del tren que arrastraba. La máquina soltó un ¡han! terrible de leñador que hunde su hacha, y su fuerte armadura de hierro y bronce crujió. Mas no pudo pasar aún; se había parado, echando humo, vibrante del choque.

Entonces otras dos veces tuvo Santiago que recomenzar la maniobra; retrocedió, cargó sobre la nieve para arrastrarla; y cada vez la Lisón, haciendo un esfuerzo de riñones, pegaba con el pecho, con su furioso resoplido de gigante. Por

fin pareció tomar aliento, tersó sus músculos de metal en un supremo esfuerzo, y pasó, siguiéndola pesadamente el tren, entre los dos muros de nieve rajada hasta las entrañas. La Lisón estaba ya libre y salió de la zanja.

—¡Pistonuda yegua!—gruñó Pecqueux.

Santiago, cegado, se quitó las gafas y las limpió. Su corazón latía á grandes golpes, ya no sentía el frío. Pero bruscamente recordó una zanja profunda, á unos trescientos metros de la Croix-de-Maufras; abríase en la dirección del viento y la nieve, y sin duda se habría acumulado allí en cantidad considerable; y en seguida tuvo el presentimiento de que aquel era el escollo designado para su naufragio. Se inclinó hacia fuera. A lo lejos, después de la última curva, vió la zanja en línea recta, como un largo foso, atestado de nieve. El día era muy claro, aquella blancura deslumbradora no tenía límites, bajo el continuo caer de los copos.

En tanto andaba la Lisón con velocidad media, no habiendo encontrado obstáculo alguno. Por precaución quedaron encendidos los faroles delanteros y traseros; y la linterna b'anca, en la base de la chimenea, relucía en medio de la claridad del día como el ojo vivo de un ciclope. La máquina rodaba y se aproximaba á la zanja, con aquella ancha mirada.

Entonces pareció que su aliento estaba entrecortado, como caballo que tiene miedo. Profundos estremecimientos nerviosos la sacudían, se encabritaba y no continuaba su marcha

sino forzada por la enérgica mano del maquinista. Con un gesto había éste abierto la puerta del hogar para que el fogonero activase el fuego. Y ahora ya no era una cola de astro que incendiaba la noche, era un penacho de humo negro, espeso, que manchaba el pálido sudario del cielo.

La Lisón avanzaba. Por fin fué preciso entrar en la zanja. En los dos lados las escarpas estaban sumergidas, y ya nada se distinguía del camino en el fondo. Era aquello como la hondonada de un torrente, en donde dormía la nieve, rebosando por todas partes. La máquina penetró allí abriéndose camino durante unos cincuenta metros, con aliento cansado, cada vez más lento. La nieve rechazada por ella formaba una barra que se amontonaba y subía, como ola enfurecida que amenaza sepultarla.

Durante un instante pareció atropellada, vencida. Pero con un último esfuerzo de riñones se libertó y adelantó treinta metros todavía. Era el final, la convulsión de la agonía: montones de nieve se echaban encima, cubrían las ruedas, todas las piezas del mecanismo eran invadidas, ligadas una á otra con cadenas de hielo. Y la Lisón se paró definitivamente, expirando en medio de aquel frío. Su aliento se apagó, estaba inmóvil, muerta.

Esta vez va de veras—dijo Santiago.—Esto lo esperaba yo.

Inmediatamente quiso hacer contravapor para tratar de abrirse paso. Pero esta vez la Lisón no se movió. Rehusaba adelantar y retroce-

der, estaba bloqueada por todas partes, pegada al suelo, inerte, sorda. Detrás de ella el tren parecía muerto también, hundido hasta las portezuelas en la espesa capa. La nieve no cesaba, caía más apretada por largas ráfagas. Y era una varada en donde máquina y coches iban á desaparecer ya cubiertos á medias, bajo el gran silencio lleno de calofríos de aquella soledad blanca. Nada se movía ya, la nieve hilaba su sudario.

—¿Qué es eso, principiamos otra vez?—preguntó el conductor jefe, asomándose por fuera del furgón.

—¡Nos hicimos la pascua!—gritó simplemente Pecqueux.

Esta vez, en efecto, la situación se hacía crítica. El conductor de cola corrió á poner los petardos destinados á proteger el tren hacia atrás, en tanto que el maquinista silbaba desesperadamente con repetidas llamadas; el silbido jadeante y lúgubre del peligro inminente. Mas la nieve ensordecía el aire, el sonido se perdía, quizás sin que llegara hasta Barentin. ¿Qué hacer? Sólo eran cuatro y nunca conseguirían quitar aquella montaña. Habrían sido necesarios muchos hombres. Era necesario ir á buscar socorro. Y lo peor era que el pánico se declaraba de nuevo entre los viajeros.

Una portezuela se abrió, la linda morena saltó sobre la nieve, asustada, creyendo que ocurría alguna desgracia. Y su marido, el comerciante canoso, que la seguía, gritaba:

—Escribiré al ministro. ¡Esto es indigno!

Llantos de mujer y voces furiosas de hombres salían de los coches, cuyos cristales se descorrían con violencia. Sólo las dos inglesitas estaban alegres, tranquilas, sonrientes. Y al tratar el conductor jefe de serenar á los viajeros, la más pequeña le preguntó en francés, con un ligero ceceo británico:

—¿De manera, caballero, que aquí es donde nos paramos?

Varios señores se habían bajado á pesar de la espesa capa en que se hundían hasta el vientre. El americano fué á juntarse con el joven del Havre y ambos se adelantaron hacia la máquina para ver. Hicieron una mueca.

—Pasarán cuatro ó cinco horas antes de que la desenreden de ahí.

—Lo menos, y contando con unos veinte obreros.

Santiago acababa de decidir al conductor jefe para que mandase al conductor de cola á Barentin en demanda de socorro. Ni él ni Pequeux podían abandonar la máquina. El empleado se alejó y le perdieron de vista al final de la zanja. Tenía que andar cuatro kilómetros, de modo que quizás no estuviera de vuelta antes de dos horas. Y Santiago, desesperado, dejó un instante su puesto y corrió al primer coche, en donde veía á Severina que había bajado el cristal.

—No tenga Ud. miedo—dijo rápidamente.—Supongo que estará Ud. tranquila.

Ella contestó en igual tono, sin tutearle, por temor á que la oyeran.

—No tengo miedo, pero he tenido mucha inquietud por usted.

Y aquello era tan dulce, que quedaron consolados y se sonrieron. Pero al volverse Santiago tuvo la sorpresa de ver, á lo largo del declive, á Flora y luego á Misard seguido de otros dos hombres, á los que no reconoció de pronto. Habían oído el silbido de apuro, y Misard, que no estaba de servicio, llegaba con los dos compañeros, á quienes estaba convidando á unas copas de vino blanco el cantero Cabuche, sin trabajo con aquellanieve, y el guarda-agujas Ozil, llegado de Malaunay por el túnel para cortejar á Flora, á la que continuaba persiguiendo á pesar de los desdenes de ésta. Ella, por curiosidad, como muchachota vagabunda, valiente y fuerte, les acompañaba. Y tanto para ella como para su padre, era un acontecimiento considerable, una extraordinaria aventura, aquel tren deteniéndose así á su puerta. Desde hacía cinco años que habitaban allí, á cada hora del día y de la noche, con el tiempo hermoso, con los nublados, ¡cuántos trenes habían visto pasar en el torbellino de su velocidad! Todos parecían arrastrados por aquel viento que los atraía; ni uno sólo había aflojado siquiera su marcha; los miraban huir, perderse, desaparecer, antes que ni la más mínima cosa supiesen de ellos. El mundo entero desfilaba, turba humana arrastrada á todo vapor, sin que nada de aquello quedase, sino caras entrevistas en medio de un relámpago, caras que nunca volverían á ver, á veces semblantes

que les eran familiares á fuerza de verles en días fijos, pero que para ellos quedaban sin nombres. Y hé ahí, que en la nieve, un tren desembarcaba en su casa; el orden natural estaba trastornado; miraban á aquella gente desconocida echada sobre la vía por un accidente; la contemplaban con ojos redondos de salvaje, acudiendo á una costa en que naufragan europeos. Aquellas portezuelas abiertas dejando ver mujeres envueltas en pieles, aquellos hombres que bajaban del tren con fuertes abrigos, todo aquel lujo confortable naufragado en aquel mar de hielo, les llenaba de asombro.

Pero ya Flora había reconocido á Severina. Ella, que acechaba el tren de Santiago, había notado, desde hacía algunas semanas, la presencia de aquella mujer en el exprés del viernes por la mañana; y tanto más cuanto que ésta, al llegar al paso á nivel, se asomaba á la portezuela para echar una ojeada sobre su propiedad de la Croix-de-Maufras. La mirada de Flora se obscureció viéndola hablar á media voz con el maquinista.

—¡Ah, la señora de Roubaud!—exclamó Misard—que acababa también de reconocerla, tomando inmediatamente su aire zalamero.

—¡Mala suerte ha sido!.... Pero no va Ud. á quedarse ahí, tiene Ud. que ir á casa.

Santiago, después de haber estrechado la mano al guardabarrera, apoyó su oferta.

—Tiene razón..... Estamos aquí quizás para rato; se moriría Ud. de frío.

Severina rehusaba, decía estar bien cubierta.

Además, los trescientos metros en la nieve la asustaban algo. Entonces, acercándose Flora, que la miraba con sus grandes ojos fijos, dijo por fin:

—Venga Ud., señora, yo la llevaré.

Y antes de que hubiese aceptado, la tenía ya cogida en sus vigorosos brazos de muchacho y la levantaba como á un chiquillo. Después la dejó del otro lado de la vía, en un sitio ya hollado en donde no se hundía la pisada. Algunos viajeros se echaron á reir, maravillados. ¡Vaya una mujer! Con doce como esa, en menos de dos horas se despejaba la vía.

La proposición de Misard, aquella casa de guardabarrera en donde podían refugiarse, hallar lumbre, quizás pan y vino, corría de un coche á otro. El pánico se había calmado cuando comprendieron que no corrían ningún peligro inmediato; pero no por eso dejaba de ser menos lamentable la situación; los caloríferos se enfriaban, eran las nueve, iban á tener hambre y sed, á poco que tardase en llegar algún socorro. Y aquello podía eternizarse, acaso tendrían que dormir allí..... Dos bandos se formaron; los que, desesperados, no querían abandonar los coches y se instalaban como para morir en ellos, envueltos en sus mantas, tirados rabiosamente sobre los asientos; y los que preferían arriesgarse en medio de la nieve, esperando encontrar algún alivio y deseosos sobre todo de quitarse de encima la pesadilla de aquel tren varado, muerto de frío. Todo un grupo se

formó compuesto del comerciante canoso y su joven mujer, la señora inglesa con sus dos hijas, el joven del Havre, el americano, y unos diez más, listos para ponerse en camino.

Santiago, en voz baja, había decidido á Severina, jurándole que iría á darla noticias si podía escaparse un ratito. Flora seguía mirándoles con ojos torvos, y él la habló cariñosamente, como un viejo amigo.

—¡Buena! pues convenido, vas á guiar á estos señores..... Yo me quedo aquí con Misard y con los demás. Vamos á ponernos al trabajo y haremos lo que podamos, mientras llega más gente.

En seguida, Cabuche, Ozil y Misard cogieron palas para unirse á Pecqueux y al conductor jefe, quienes atacaban ya la nieve. La reducida escuadra se esforzaba en libertar la máquina, hundiendo las palas bajo las ruedas y echando las paladas de nieve contra la escarpa. Nadie habría ya la boca, sólo se oía aquel ahínco silencioso, en la sorda capa blanca que cubría el campo, y cuando ya estaba lejos el grupo de viajeros, volvió una última mirada hacia el tren, que quedaba solo, no viéndose de él más que una delgada línea negra, bajo la espesa sábana que lo cubría. De nuevo quedaban cerradas las portezuelas y corridos los cristales. Parecía muerto, sin una voz, sin un movimiento. La nieve continuaba cayendo, sepultándolo lentamente, con muda obstinación.

Flora había querido coger otra vez á Severina en sus brazos, pero ésta había rehusado;

deseaba andar como los demás. Costó trabajo transponer los trescientos metros: sobre todo en la zanja, hundíanse hasta el pecho; y dos veces fué necesario el salvamento de la gruesa señora inglesa, medio sumergida.

Sus hijas continuaban riendo, contentísimas. La mujer del viejo comerciante resbaló y tuvo que aceptar la mano del joven del Havre, en tanto que su marido decía pestes de Francia con el americano. Cuando salieron de la zanja fué ya más cómodo el camino; pero seguían un terraplén, y el grupo avanzaba en hilera, luchando contra el viento, evitando cuidadosamente los bordes, vagos y peligrosos bajo la nieve. Por fin llegaron, y Flora instaló á los viajeros en la cocina, donde ni asiento para cada uno había, pues eran unos veinte llenando la pieza, bastante grande afortunadamente. Todo lo que se le ocurrió fué ir á buscar tablonés, é improvisó varios bancos con unas sillas que tenía. Luego echó una brazada de humbre en el hogar, é hizo un gesto, como para decir que era cuanto podía hacer. No había pronunciado una palabra y quedó de pie, mirando aquella gente con sus anchos ojos verdosos, con su aire hurano y valiente de salvajota rubia. Sólo dos caras le eran conocidas por haberlas visto con frecuencia en las portezuelas desde hacía algunos meses: la del americano y la del joven del Havre, y las examinaba cual se estudia el insecto revoloteador, cuando por fin se posa, y cuyo vuelo no podíamos seguir. Parecíanle muy extraños, no se los había

figurado así; pero fuera de su semblante nada sabía de ellos.

En cuanto á las demás personas, hacíanle el efecto de ser de raza distinta, habitantes de una tierra desconocida, caídos del cielo, trayendo á su casa, en el fondo de aquella cocina, traje, costumbres é ideas que nunca se le habría figurado ver allí. La señora inglesa hablaba con la mujer del comerciante, que iba á las Indias á juntarse con su hijo primogénito, alto funcionario; y ésta se burlaba de su mala sombra, pues era aquella la primera vez que había tenido el capricho de acompañar á Londres á su marido, quien iba allí dos veces al año.

Todos se lamentaban al pensar que podían quedar bloqueados en aquel desierto: sería preciso comer, sería preciso acostarse, ¿y cómo se las iban á arreglar?.....

Flora, que les escuchaba inmóvil, encontrando la mirada de Severina, sentada sobre una silla, delante de la lumbre, le hizo una seña para que pasara al cuarto de al lado.

—Mamá—dijo al entrar—es la señora de Roubaud.... ¿No tienes nada que decirle?

Eufrasia estaba acostada, con la cara amarillenta, invadidas las piernas por la hinchazón, y tan enferma, que no abandonaba la cama desde hacía quince días; en aquel pobre cuarto, en donde la estufa sostenía un calor abrasador, pasaba las horas revolviendo la idea fija de su obstinación, sin más distracción que la sacudida de los trenes á todo vapor.

—¡Ah! la señora de Roubaud—murmuró.—  
¡Muy bien, muy bien!

Flora le contó el accidente; le habló de aquella gente que había traído y estaba allí en la cocina. Pero nada de eso la interesaba ya.

—¡Muy bien, muy bien!—repitió con la misma voz cansada.

Sin embargo, recordó y levantó un poco la cabeza para decir:

—Si la señora quiere ir á ver su casa, ya sabes que las llaves están colgadas junto al armario.

Pero Severina rehusaba. Tuvo un calofrío con sólo pensar en ir á la Croix-de-Manfras, en medio de aquella nieve, con aquella luz tan triste. No, no, nada tenía que ver allí, prefería quedarse esperando al calorcito.

—Siéntese, siéntese, señora—repuso Flora.—  
Todavía estamos aquí mejor que en la cocina. Y además, no lograremos encontrar pan para toda esa gente; mientras que si Ud. tiene hambre, siempre habrá un pedazo para Ud.

Había adelantado una silla, continuaba siendo amable, haciendo un visible esfuerzo para corregir su rudeza ordinaria. Pero sus ojos no se apartaban de Severina, como si hubiese querido leer en ella, tener la certidumbre acerca de una pregunta que desde há tiempo se hacía, y bajo aquella amabilidad se manifestaba la necesidad de acercarse á ella, de examinarla, de tocarla, para saber la verdad.

Severina dió las gracias, se instaló junto á la

estufa, prefiriendo, en efecto, quedar sola con la enferma, en aquel cuarto, en donde esperaba que Santiago hallaría medio de venir á verla. Pasaron dos horas, se abandonaba á aquel calor y se dormía, después de haber hablado del país, cuando Flora, llamada á cada instante á la cocina, abrió de nuevo la puerta, diciendo con su voz dura:

—¡Entra, puesto que está aquí!

Era Santiago, que se escapaba para traer buenas noticias.

El hombre enviado á Barentín acababa de traer toda una escuadra, unos treinta soldados dirigidos por la administración sobre los puntos amenazados, en previsión de los accidentes, y todos trabajaban con picos y palas. Sólo que había para rato; quizás no pudiesen salir de allí antes de anochecido.

—En fin, no está Ud. demasiado mal, tenga paciencia—añadió.—¿Verdad, tía Eufrasia, que no dejará Ud. que la señora de Roubaud se muera de hambre?

Eufrasia, al ver á su muchachote, como le llamaba, se había sentado con trabajo sobre la cama y le miraba, escuchándole hablar, reanimada, feliz. Al acercarse él á la cama le dijo:

—¡Pues claro, hombre, pues claro! ¡Ah, muchachote, con que estás ahí! ¡con que á tí te tocó quedar encarcelado por la nieve!..... ¡Y esa bestia que no me avisa!

Se vo vió hacia su hija y la interpelló.

—Sé cortés siquiera, ve á ver á esos señores

y ocúpate de ellos para que no digan á la administración que somos unos salvajes.

Flora quedó plantada entre Santiago y Severina. Durante un momento pareció titubear, preguntándose si no debía quedarse allí, á pesar de su madre. Pero no veía nada, la presencia de ésta tendría á raya á los dos otros, impidiéndoles venderse, y salió, sin decir una palabra, envolviéndoles en una larga mirada.

—¡Pero cómo! tía Eufrasia—repuso Santiago entristecido, ¿de modo que está Ud. definitivamente en la cama? ¿va de veras la cosa?

Ella le atrajo hacia sí y hasta le obligó á sentarse sobre la orilla del colchón, y sin acordarse de Severina, que se había apartado por discreción, le dijo en voz muy baja:

—¡Oh, sí, muy serio! y es un milagro que me encuentres viva..... No he querido escribirte, porque esas cosas no se escriben..... He estado á punto de guillármelas; pero ahora ya estoy mejor y me parece que todavía esta vez saldré adelante.

El la examinaba, asustado por los progresos del mal, no hallando en ella ni vestigios de la hermosa y sana mujer de otro tiempo.

—De modo que siempre esos calambres y esos vértigos, mi pobre tía Eufrasia.

Pero ésta le estrechaba la mano hasta rompersela y continuó, bajando más la voz:

—Figúrate que le he sorprendido..... Recordarás que no sabía qué pensar ni qué figurarme para averiguar dónde podía darme su droga. No

bebía, no comía nada de lo que él tocaba, y sin embargo, todas las noches tenía el vientre abrazado.... ¡Pues bien, me la atizaba en la sal! Una noche le vi.... ¡Y yo que en todo ponía sal, mucha sal para purificar!

Santiago, desde que la posesión de Severina parecía haberle curado, pensaba á veces en aquella historia de envenenamiento, del mismo modo que uno piensa en una pesadilla, con dudas. Estrechó á su vez cariñosamente las manos de la enferma y quiso calmarla.

—¿Pero vamos á ver, es posible todo eso?... Para decir cosas semejantes hay que estar seguro.... ¡Y además dura demasiado! Mire Ud., más bien es una enfermedad en la que no dan pie con bola los médicos.

—¡Una enfermedad!— repuso ella con risa incrédula — una enfermedad que me ha metido en el pellejo, eso sí!.... En cuanto á los médicos, tienes razón; han venido dos que ni una palabra han entendido en esto, y que ni siquiera cayeron de acuerdo. No quiero que ningún pájaro de esos vuelva á poner los pies aquí.... Con que ya sabes, en la sal es donde me la pegaba. ¡Cuando te juro que le he visto! Es por los mil francos, los mil francos que mi padre me dejó. Se figura que cuando me haya destruído los encontrará. Pues que se limpie: están en un sitio en que nadie los descubrirá nunca, nunca.... ¡Puedo marcharme, estoy tranquila, nadie tendrá jamás mis mil francos!

—Pero tía Eufrasia, yo, en lugar de Ud., avi-

saría á los gendarmes, si estuviese tan seguro. Tuvo ella un gesto de repugnancia.

—¡Oh! no, los gendarmes no.... Esas cosas sólo nos importan á nosotros; es un asunto entre él y yo. Sé que quiere comerme, y yo, naturalmente, no quiero dejarme comer. Y por consiguiente, no tengo más que defenderme, no ser tan tonta como lo he sido con su sal.... ¿Eh? ¿quién lo creería? ¡El aborto ese, un cachillo de hombre que cabe en un bolsillo, acabaría por dar cuenta de una mujerona como yo, si le dejaran, con sus dientes de rata!

Sintió un ligero calofrío, y respiró penosamente antes de acabar.

—Pero de todas maneras, no será por esta vez. Estoy mejor, y antes de quince días andaré lista por ahí.... Y otra vez, muy ducho tiene que ser para pescarme. Hombre, sí, quisiera ver eso. Si encuentra medio de darme otra vez su droga, pues es que, decididamente, él es más fuerte ¡y entonces, pues fastidiarse! ¡me las guillaré!.... ¡Que nadie se meta en eso!

Santiago creía que la enfermedad la trastornaba el cerebro, llenándoselo de ideas negras; y para distraerla trataba de chancear, cuando de repente se puso Eufrasia á temblar bajo la sábana.

—Aquí está— dijo en voz baja. —Lo siento cuando se acerca.

En efecto, algunos segundos después, Misard entró. Se había puesto lívida, presa de ese temblor involuntario de los colosos ante el in-

secto que los roe; pues obstinada en defenderse sola, sentía hacia él un espanto que no confesaba. Pero Misard, que desde la puerta había envuelto á ella y al maquinista con una viva mirada, ni siquiera pareció luego haberles visto, al lado uno de otro; y con la mirada fría, empañada, con sus labios delgados, con su aire dulce de hombre enfermo, confundíase en saludos ante Severina.

—Se me ha ocurrido que quizás quiera la señora aprovechar esta ocasión para visitar su propiedad, y me he escapado un instante.... Si la señora desea que la acompañe....

Y como Severina rehusaba de nuevo, continuó con voz doliente:

—Quizás le haya extrañado á la señora no recibir frutas.... Todas estaban podridas, y la verdad, ni el porte valían.... Y luego vino una especie de huracán que ha hecho mucho daño.... ¡Ah, es triste que la señora no pueda vender! Un señor se ha presentado, pero pide reparaciones... En fin, estoy á la disposición de la señora, y la señora puede contar que la reemplazo aquí como si ella estuviera.

Después se empeñó en servirle pan y peras; peras de su propio jardín, sólo que éstas no estaban podridas. Severina aceptó.

Al atravesar la cocina, Misard había anunciado á los viajeros que seguían los trabajos, pero que todavía tardarían cuatro ó cinco horas.

Ya habían dado las doce, y comenzaron nuevos lamentos, pues principiaba á correr mueha

hambre. Flora, justamente, estaba diciendo que no tendría pan para todos.

Vino si tenía, había subido de la cueva con diez litros, los que puso sobre la mesa. Sólo que también faltaban vasos: era preciso beber por grupos, la señora inglesa con sus dos hijas, el señor viejo con su joven mujer. Esta, por otra parte, hallaba en el joven del Havre un servidor celoso, inventivo, que vigilaba sobre su bienestar. Desapareció, volvió con manzanas y un pan, descubierto en el fondo de la leñera. Flora se enfadaba, decía que era pan para su madre enferma.

Pero ya lo estaba cortando y lo distribuía á las señoras, principiando por la mujer del comerciante, que le sonreía halagada. Su marido no se había calmado aún, ni hacía caso de ella, ocupado en exaltar con el americano las costumbres comerciales de Nueva York. Nunca las inglesitas habían comido manzanas de tan buena gana. Su madre, muy cansada, estaba medio dormida. Había en el suelo, delante del hogar, dos mujeres sentadas, vencidas por aquella tardanza. Algunos hombres que habían salido delante de la casa para fumar y matar un rato, volvían helados, llenos de escalofríos.

Poco á poco el disgusto crecía, medio hambrientos, doblemente cansados por el malestar y la impaciencia.

Aquello se convertía en campamento de náufragos, en la desolación de unos cuantos seres civilizados, arrojados por el huracán sobre una isla desierta.

Y como las idas y venidas de Misard dejaban la puerta abierta, la señora Eufrosia, desde su cama de enferma, miraba. ¡Con que aquella era la gente que veía pasar como un relámpago, hacia próximamente un año, cuando se arrastraba desde su colchón hasta la silla!.... Y ya, rara era la vez que podía salir á la puerta de la calle; vivía sus días y sus noches sola, clavada allí; fijos los ojos en la ventana, sin más compañía que aquellos trenes que desaparecían tan pronto. Siempre se había quejado de este país de lobos, donde nunca recibía una visita; y de ahí que aquella ola de personas tomara el aspecto de un asalto dado en su casa. ¡Y pensar que entre aquellas gentes, únicamente preocupadas por sus asuntos, ni uno siquiera sospechaba que la habían envenenado la sal! Aquella idea la apesadumbraba; preguntábase si podía darse tanta infamia sin que nadie lo notara.

—¿Vuelve Ud. allí?—preguntó Misard á Santiago.

—Sí, sí—contestó este último—lesigo á usted.

Misard se fué cerrando la puerta. Y Eufrosia deteniendo al joven por la mano, le dijo al oído:

—Si me las guillo ya verás qué morro pone cuando no encuentre los cuartos.... Eso es lo que me divierte cuando pienso en ello. No creas, á pesar de todo, me voy contenta.

—¿De modo, tía Eufrosia, que quedará perdido para todos? ¿No le dejará Ud. ese dinero á su hija?

—¿A Flora? ¡para que él se lo coja! ¡Eso sí

que no!.... Ni siquiera á tí, muchachote mío, porque eres también demasiado tonto; también le quedaría á él algo entre las uñas.... ¡A nadie, á la tierra, adonde iré yo á juntarme con él!

Sus fuerzas se agotaban y Santiago la acostó de nuevo; la calmó, besándola y prometiéndola volver pronto. Y como parecía quedar adormilada, pasó por detrás de Severina, que continuaba sentada junto á la estufa; levantó un dedo, sonriendo, para recomendarla fuese prudente; y cuando ésta, con un movimiento silencioso, echó la cabeza hacia atrás ofreciendo sus labios, él se inclinó y pegó su boca contra la suya en un beso profundo y discreto. Sus ojos se habían cerrado, bebían su aliento. Cuando los abrieron llenos de amor, Flora, que había abierto la puerta, estaba allí, de pie detrás de ellos, mirándoles.

—¿No quiere más pan la señora?—preguntó con voz ronca.

Severina, aturdida, avergonzada, balbuceó palabras vagas.

—No, no, gracias.

Durante un instante fijó Santiago sobre Flora sus ojos centelleantes. Titubeaba, sus labios temblaban como si quisiera hablar; luego, haciendo un gran gesto amenazador, prefirió marcharse.

Detrás de él se cerró la puerta violentamente.

Flora había permanecido en pie, como una virgen guerrera, cubierta la cabeza con su pesado casco de cabellos rubios. Su disgusto, al

ver á aquella señora en el tren que él guiaba, no la había, pues, engañado. La certidumbre que buscaba desde que los tenía juntos, era por fin absoluta. Flora amaba y no sería correspondida. Sentía no haberse entregado el día que Santiago quiso poseerla brutalmente, é irritada por esta idea nacía en ella una rabia furiosa contra la criatura que aquél había preferido.

Con un apretón de sus duros brazos podría ahogarla como un pajarito. ¿Por qué no se atrevía? Sin embargo, juraba vengarse, sabiendo, de aquella rival, cosas que la habrían hecho encarcelar, en vez de dejarla libre como á todas las zorras vendidas á viejos poderosos y ricos. Y torturada de celos, henchida de ira, se puso á quitar lo que quedaba del pan y de la fruta haciendo gestos de hermosa virgen salvaje.

—Puesto que la señora no quiere comer más, voy á dar esto á los otros.

Sonaron las tres, luego las cuatro. El tiempo de espera se hacía pesado, se alargaba, en medio del cansancio y de la irritación creciente. Volvía la noche, livida, sobre la espaciosa campiña blanca; y cada diez minutos, los señores que salían para mirar desde lejos en qué situación se encontraban los trabajos, entraban diciendo que la máquina no parecía estar lista. Hasta las dos inglesitas lloraban ya enervadas.

En un rincón, la morena bonita se había dormido contra el hombro del joven del Havre, cosa que el marido ni siquiera veía, en medio del abandono general que daba al traste con las

fórmulas de cortesía. La pieza se enfriaba, tiritaban, sin acordarse siquiera de echar leña al fuego, de tal suerte, que el americano se fué, pareciéndole que estaría mucho mejor echado sobre el asiento de un coche. Y esta era ahora la idea fija, el sentimiento de todos; hubieran debido quedarse allí; siquiera no les habría devorado la ignorancia en que estaban de lo que ocurría. Fué preciso detener á la señora inglesa, que hablaba también de ir á pasar la noche en su compartimiento.

Cuando quedó puesta una bujía en un rincón de la mesa, para alumbrar á toda aquella gente, el descorazonamiento fué inmenso, todo se hundió en una sombría desesperación.

Allá, sin embargo, la vía quedaba al descubierto; y en tanto que la escuadra de soldados que habían libertado la máquina barría el camino delante de ella, el maquinista y el fogonero habían subido á su puesto.

Santiago, viendo que por fin cesaba la nieve, volvía á tener confianza. El guarda-agujas Ozil le había asegurado que más allá del túnel, hacia Malaunay, las capas eran menos considerables. De nuevo le preguntó:

—Usted ha venido á pie por el túnel, de modo que habrá podido entrar y salir libremente....

—¡Cuando yo se lo digo á Ud! Le respondo de que pasará.

Cabucho, que había trabajado con una actividad de gigante bondadoso, se marchaba ya, con aire tímido y huraño, aumentado aún por

30858

sus últimos disgustos con la justicia, y tuvo Santiago que llamarle.

—Compañero, denos Ud. nuestras palas, esas que están ahí contra la escarpa.

Y cuando el cantero le hubo prestado este último servicio, le dió un vigoroso apretón de manos para demostrarle que le estimaba.

—¡Usted si que es un hombre decente!

Aquella prueba de amistad conmovió extraordinariamente á Cabuche.

—Gracias—dijo simplemente—ahogando algunas lágrimas.

Misard, que había vuelto á ser su amigo, después de haberle calumniado ante el juez de instrucción, aprobó con un movimiento de cabeza, dibujando sus labios una disimulada sonrisa. Hacía ya rato que no trabajaba, con las manos en los bolsillos, envolviendo el tren en una mirada pálida, como si esperase encontrar algo debajo de las ruedas.

Por fin, el conductor jefe había decidido, en unión de Santiago, que podían tratar de proseguir el viaje, cuando Pecqueux, agazapado sobre la vía, llamó al maquinista.

—Mire Ud., ese cilindro ha recibido un golpe.

Santiago se acercó y se agazapó á su vez. Ya había notado, al examinar cuidadosamente la Lisón, que estaba herida. Al despejar la vía notaron que algunos travesaños de roble, dejados á lo largo de la escarpa por peones camineros, se habían corrido hasta los rails, bajo la acción de la nieve y del viento; y hasta la parada, en parte,

obedecía sin duda á aquel obstáculo, pues la máquina había tropezado contra los travesaños. Había señales del roce sobre la caja del cilindro, en el que parecía algo deteriorado el émbolo. Pero todo se reducía á aquello, por lo menos á primera vista, lo cual tranquilizó al maquinista. Quizás existiesen graves desórdenes interiores, pues nada hay más delicado que el mecanismo complicado de los volantes, en donde late el corazón, el alma de la máquina. Volvió á su puesto, silbó y abrió el regulador como para probar las articulaciones de la Lisón. Costóle trabajo moverse á ésta, como persona magullada por una caída, que no halla fuerza en sus miembros. Por fin, con respiración penosa, arrancó, haciendo girar un poco sus ruedas; Santiago hizo un movimiento de cabeza, pues conociéndola á fondo, acababa de sentirla bajo su mano, cambiada, envejecida, herida entre la nieve por un golpe mortal, como esas mujeres jóvenes y robustas que se mueren del pecho por haber vuelto una noche á casa bajo el efecto de una lluvia helada.

De nuevo silbó Santiago después que Pecqueux hubo abierto el púrgador. Los dos conductores estaban en su puesto. Misard, Ozil y Cabuche subieron sobre el estribo del furgón de cabeza.

Lentamente salió el tren de la zanja, entre los soldados armados con sus palas, que se habían colocado á derecha é izquierda, á lo largo de la escarpa. Luego se detuvo delante de la casa del guardabarrera para recoger á los viajeros.

Flora estaba en la puerta. Ozil y Santiago se fueron á su lado, en tanto que Misard saludaba muy obsequioso á las señoras y á los caballeros que salían de su casa, recogiendo monedas de plata. ¡Con que por fin cesaba el cautiverio! Pero habían esperado demasiado, y toda aquella gente tiritaba de frío, de hambre y de cansancio.

La señora inglesa se llevó á sus dos hijas medio dormidas; el joven del Havre subió en el mismo coche que la linda morena, muy lánguida, poniéndose á disposición del marido.

Y parecía aquello, en medio de la nieve, sucia y pisoteada, el embarque de una tropa derrotada, atropellándose, abandonándose, perdido hasta el instinto de la limpieza.

En cierto momento, apareció la señora Eufrosia en la ventana del cuarto, detrás de los cristales. La curiosidad la hizo tirarse de su colchón y arrastrarse hasta allí para mirar con sus grandes ojos de enferma aquella muchedumbre desconocida, aquellos transeuntes del mundo en movimiento, á quienes no volvería á ver nunca, traídos y arrastrados por la tormenta.

Severina fué la última que salió. Volvió la cabeza y sonrió á Santiago, que se inclinó para seguirla hasta su coche. Y Flora, que lo esperaba, se estremeció otra vez viendo aquella tranquila demostración de su ternura.

Con un movimiento brusco se acercó á Ozil, á quien hasta entonces había desdeñado, como si en medio de su odio, sintiese ahora la necesidad de un hombre.

El conductor jefe dió la señal; la Lisón contestó con silbido quejumbroso, y Santiago arrancó para no detenerse hasta Rouen.

Eran las seis; la noche acababa de caer del cielo negro sobre el campo blanco; mas un reflejo pálido, de melancolía horrible, permanecía á nivel del suelo, alumbrando la desolación de aquel país devastado.

Y allí, en aquella claridad indecisa, la casa de la Croix-de-Manfras se erguía oblicuamente, más misera aún y negra en medio de la nieve, con el letrero «Se vende,» clavado sobre su fachada.

## VIII

En París entró el tren en la estación á las diez y cuarenta minutos de la noche. Hubo una parada de veinte minutos en Rouen, para que pudieran comer los viajeros, y Severina se apresuró á enviar un telegrama á su marido, avisándole que volvería al Havre en el exprés del día siguiente por la noche. ¡Toda una noche en brazos de Santiago, la primera que iban á pasar juntos, en un cuarto cerrado, libres por completo, sin temer á ser molestados!

Al salir de Mantes, Pecqueux había tenido una idea. Su mujer, la señora Victoria, estaba en el hospital desde hacía ocho días, por un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Flora estaba en la puerta. Ozil y Santiago se fueron á su lado, en tanto que Misard saludaba muy obsequioso á las señoras y á los caballeros que salían de su casa, recogiendo monedas de plata. ¡Con que por fin cesaba el cautiverio! Pero habían esperado demasiado, y toda aquella gente tiritaba de frío, de hambre y de cansancio.

La señora inglesa se llevó á sus dos hijas medio dormidas; el joven del Havre subió en el mismo coche que la linda morena, muy lánguida, poniéndose á disposición del marido.

Y parecía aquello, en medio de la nieve, sucia y pisoteada, el embarque de una tropa derrotada, atropellándose, abandonándose, perdido hasta el instinto de la limpieza.

En cierto momento, apareció la señora Eufrosia en la ventana del cuarto, detrás de los cristales. La curiosidad la hizo tirarse de su colchón y arrastrarse hasta allí para mirar con sus grandes ojos de enferma aquella muchedumbre desconocida, aquellos transeuntes del mundo en movimiento, á quienes no volvería á ver nunca, traídos y arrastrados por la tormenta.

Severina fué la última que salió. Volvió la cabeza y sonrió á Santiago, que se inclinó para seguirla hasta su coche. Y Flora, que lo esperaba, se estremeció otra vez viendo aquella tranquila demostración de su ternura.

Con un movimiento brusco se acercó á Ozil, á quien hasta entonces había desdeñado, como si en medio de su odio, sintiese ahora la necesidad de un hombre.

El conductor jefe dió la señal; la Lisón contestó con silbido quejumbroso, y Santiago arrancó para no detenerse hasta Rouen.

Eran las seis; la noche acababa de caer del cielo negro sobre el campo blanco; mas un reflejo pálido, de melancolía horrible, permanecía á nivel del suelo, alumbrando la desolación de aquel país devastado.

Y allí, en aquella claridad indecisa, la casa de la Croix-de-Manfras se erguía oblicuamente, más misera aún y negra en medio de la nieve, con el letrero «Se vende,» clavado sobre su fachada.

## VIII

En París entró el tren en la estación á las diez y cuarenta minutos de la noche. Hubo una parada de veinte minutos en Rouen, para que pudieran comer los viajeros, y Severina se apresuró á enviar un telegrama á su marido, avisándole que volvería al Havre en el exprés del día siguiente por la noche. ¡Toda una noche en brazos de Santiago, la primera que iban á pasar juntos, en un cuarto cerrado, libres por completo, sin temer á ser molestados!

Al salir de Mantes, Pecqueux había tenido una idea. Su mujer, la señora Victoria, estaba en el hospital desde hacía ocho días, por un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

grave esguince en un pie, de resultas de una caída; y como él contaba con otra cama donde dormir, según decía guaseándose, se le había ocurrido ofrecer su cuarto á la señora de Roubaud: estaría allí mucho mejor que en alguna fonda, y podría dormir tranquila hasta el día siguiente por la tarde, como en su casa.

En seguida Santiago se dió cuenta del lado práctico del arreglo, tanto más cuanto que no sabía adonde llevar á Severina. Y bajo la marquesina, en medio de la ola de viajeros que por fin llegaban al término de su viaje, cuando se acercó á la máquina, Santiago la aconsejó que aceptara, dándole la llave que el fogonero le había entregado. Pero ella titubeaba, rehusaba, molestada por la sonrisa zumbona de éste, que seguramente sabía lo que pasaba.

—No, no, tengo aquí una prima. Me pondrá un colchón en el suelo.

—Acepte Ud., acepte Ud.—acabó por decir Pecqueux, con su aire de borrachín bien humorado.—¡Ande Ud., que la cama es buena! y grande, pueden dormir allí cuatro.

El maquinista la miraba con tanto afán, que Severina cogió la llave mientras le oía decir en voz muy baja inclinándose hacia ella:

—Espérame.

Severina sólo tuvo que andar un trozo de la calle de Amsterdam hasta penetrar en el callejón sin salida; pero estaba la nieve tan resbaladiza, que hubo de tomar grandes precauciones. En-

contró abierta la puerta de la casa y subió sin ser vista siquiera de la portera, que estaba aborta en una partida de dominó; al llegar al cuarto piso abrió la puerta, cerrándola luego tan despacito, que ningún vecino, seguramente, pudo sospechar nada. Sin embargo, al pasar por el descansillo del tercero, había oído muy bien risas y canciones en casa de los Dauvergne: era sin duda alguna de las recepciones que daban las dos hermanas. Y cuando Severina hubo cerrado la puerta, en medio de las espesas tinieblas del cuarto, escuchaba aún, á través del pavimento, la viva alegría de toda aquella juventud. Durante un momento, la obscuridad le pareció ser absoluta y se estremeció cuando el cuco, en medio de aquella negra soledad, dió las once, con golpes profundos y voz que ella reconocía. Luego sus ojos se acostumbraron á la obscuridad, y fué orientándose hasta encontrar los fósforos sobre el aparador, en un rincón donde recordaba haberlos visto. Más trabajo le costó encontrar una bujía; por fin descubrió un cabo en el fondo del cajón, y al encenderlo, la pieza quedó alumbrada; Severina paseó por el cuarto una rápida ojeada para ver si en efecto estaba sola.

Reconoció en seguida la mesa redonda donde había almorzado con su marido y la cama cubierta de cretona encarnada, al pie de la cual la había tirado al suelo de un puñetazo. Sí, allí era; nada había cambiado desde hacía diez meses que no volvía por el cuarto.

Lentamente se quitó el sombrero Severina; pero al ir á quitarse también el chal, tiritó de frío. Se helaba en aquel cuarto. Junto á la estufa, en un cajoncito, había carbón y astillas, y sin desabrigarse más se le ocurrió encender lumbre; aquélla fué una distracción al malestar que primero había sentido. Los arreglos que hacía para una noche de amor y el pensar que estarían bien calentitos los dos, le devolvió la alegría de su escapatoria; ¡hacía tanto tiempo que soñaban con una noche semejante, sin esperanza de conseguir nunca su deseo!

Cuando la estufa quedó bien encendida, se ingenió en otros preparativos; puso las sillas á su gusto, encontró sábanas limpias é hizo de nuevo la cama, con no poco trabajo, por efecto de su anchura. Le contrarió no hallar comida ni bebida en el aparador; sin duda desde hacía tres días que Pecqueux era el amo, había barrido hasta las migas. De la luz, sólo quedaba aquel cabito; pero cuando uno se acuesta no necesita gran claridad. Ahora ya tenía calor y se paró en medio del cuarto, dando una ojeada para ver si algo faltaba.

Pero cuando se extrañaba de que Santiago no estuviese allí aún, la atrajo un silbido junto á las ventanas. Era el tren de las once y veinte, que partía para el Havre. Severina vió entonces la zanja que va desde la estación al túnel de Batignolles, cubierta por una capa de nieve en donde sólo se distinguía el abanico formado por los rails. Las máquinas y los vagones de reserva parecían

dormir bajo un manto de armiño. Y entre las vidrieras de las grandes marquesinas y las armaduras del puente de Europa, se veían á pesar de la noche las casas de la calle de Roma, sucias, pintarrajeadas de amarillo, en medio de toda aquella blancura. El tren directo del Havre apareció serpenteando y negruzco, agujereando las tinieblas con su viva llama de su farol delantero; Severina le miró desaparecer debajo del puente, mientras las tres linternas de cola ensangrentaban la nieve. Cuando se volvió al cuarto tuvo un ligero calofrío; ¿estaba verdaderamente sola? habíale parecido sentir un soplo ardiente sobre su nuca, y la mirada ensanchada registró de nuevo la habitación. No había nadie.

¿Qué hacía Santiago para tardar tanto? Pasaron aún diez minutos. Una ligera raspadura, un ruido de uña sobre la madera, inquietó. Comprendió luego y corrió á abrir. Era Santiago con una botella de Málaga y un pastel.

Retozándole la risa en el cuerpo, con un movimiento apasionado de caricia, Severina se colgó á su cuello.

—¡Oh! ¡qué bueno eres! ¡te has acordado!....

Pero él, vivamente, la hizo callar.

—¡Chito, chito!

Entonces bajó la voz, creyendo ser perseguido por la portera. No; había tenido la suerte, á tiempo que iba á llamar, de ver que la puerta se abría para una señora y su hija, que sin duda salían de casa de los Dauvergne y pudo subir sin que nadie lo notara. Desde el descansillo,

vió por una puerta entreabierta á la vendedora de periódicos, que acababa de jabonar un poco de ropa.

—No hagamos ruido. Hablemos bajo.

Severina contestó estrechándole en sus brazos apasionadamente y cubriéndole la cara con sus besos.

—Sí, sí, vas á ver, no nos oirán más que si fuésemos dos ratoncitos.

Y puso la mesa con toda especie de precauciones: dos platos, dos vasos, dos cuchillos, deteniéndose con gana de estallar de risa en cuanto algún objeto colocado bruscamente hacía ruido.

El, que la miraba hacer aquello, divertido también, repuso á media voz:

—Se me ocurrió que tendrías hambre.

—¡Como que me estoy muriendo de necesidad; ¡Comimos tan mal en Rouen!

—Pues si te parece, voy á bajar á buscar un pollo.

—¡Eso no, para que luego no puedas subir!...

No, no, basta con el pastel.

Enseguida se sentaron uno junto á otro, casi sobre la misma silla, y repartieron el pastel, comiéndoselo con monerías de enamorados. Se quejaba Severina de la sed y bebió, uno tras otro, dos vasos de Málaga, con lo que se le acabó de subir la sangre á las mejillas. La estufa se ponía roja detrás de ellos y sentían su caluroso aliento. Pero al darle Santiago besos demasiado ruidosos sobre la nuca, ella le llamó al orden á su vez.

—¡Chito, chito!

Le hacía señal de que escuchara, y en medio del silencio oyeron de nuevo en casa de los Dauvergne un acompasado ruido de música: esas señoritas acababan de organizar un baile íntimo. Al lado, la vendedora de periódicos echaba en el sumidero de la escalera el agua de jabón de su palangana. El baile cesó un instante, y ya no se oyó por fuera más que un sordo rodar en la nieve, la salida de un tren, que parecía llorar con ligeros silbidos.

—El tren de Auteuil—murmuró el maquinista.—Las doce menos diez.

Luego, con voz cariñosa, ligero como un soplo, dijo:

—A la camita, querida, ¿quieres?

No contestó, recordando el pasado en su fiebre de felicidad, y á pesar suyo, las horas que había vivido allí con su marido. ¿No era el almuerzo de antaño que se continuaba con aquel pastel, comido sobre la misma mesa, en medio de los mismos ruidos? Una excitación creciente se desprendía de las circunstancias, los recuerdos rebosaban en su mente; nunca había experimentado tan profunda necesidad de decirselo todo á su amante, de entregarse por completo. Era como un deseo físico, el cual no distinguía ella bien del deseo sensual, y parecía que sería más suya, que agotaría la dicha de pertenecerle si se confesaba á su oído en un abrazo. Los hechos se evocaban, su marido estaba allí y volvió Severina la cabeza, imagi-

nándose que acababa de ver su corta mano velluda pasar por encima de su hombro para coger la navaja.

—¡A la camita!—repitió Santiago.

Se estremeció al sentir los labios del joven aplastando los suyos, como si una vez más hubiese querido sellar en su boca aquella confesión. Y muda se levantó, se desnudó rápidamente, deslizándose entre las sábanas, sin levantar siquiera sus enaguas, que se quedaron en el suelo. Tampoco él arregló nada: la mesa continuó como estaba, en tanto que el cabo de vela ardía ya con llama vacilante. Cuando él á su vez se desnudó y se acostó, se estrecharon bruscamente en una posesión furiosa que les ahogó su aliento. En medio del silencio del cuarto, mientras continuaba abajo la música, no hubo un grito, ni un ruido, nada más que un estremecimiento loco de pasión, un espasmo profundo hasta el desmayo.

Santiago no reconocía ya en Severina á la mujer de las primeras citas, tan dulce, tan pasiva, con la limpidez de sus ojos azules. Parecía haberse apasionado más cada día; despertando poco á poco en sus brazos de aquella larga virginidad de que no la habían sacado las caricias seniles de Grandmorin, ni la brutalidad conyugal de Roubaud. La criatura de amor, simplemente dócil antaño, amaba ahora y se entregaba sin reserva, conservando del placer un ardiente agradecimiento. Había llegado hasta sentir una pasión violenta, una adoración por aquel hombre

que le había revelado sus sentidos. Y aquella gran felicidad, la de poseerle por fin libremente, la de tenerle así contra su pecho, enlazándole en sus brazos, era la que acababa de apretar de aquel modo sus dientes, no dejando escapar un suspiro.

Cuando abrieron los ojos, él fué el primero en extrañarse.

—¡Anda, ya se apagó la bujía!

Hizo ella un ligero movimiento, como para decir que le importaba un bledo. Luego, con risa ahogada, añadió:

—¿He sido buena, eh?

—¡Ya lo creo! nadie nos ha oído....

—¡Dos verdaderos ratoncitos!

Así que volvieron á echarse cada uno en su sitio, Severina se apoderó otra vez de él, enlazándole en sus brazos, haciéndose un ovillo contra el joven, y hundiendo la nariz en su cuello, mientras decía suspirando de satisfacción:

—¡Ay, señor! ¡qué bien se está así! Ya no hablaron más. El cuarto estaba á obscuras, apenas si se distinguían los cuadriláteros palidecidos de las dos ventanas; sólo en el techo había un reflejo de la estufa, una mancha redonda y sangrienta. Ambos la miraban con la vista ensanchada.

Los ruidos de música habían cesado, algunas puertas se abrían y se cerraban, toda la casa se entregaba á la paz entumecida del sueño. Abajo, el tren de Caen que llegaba, sacudió las placas giratorias, cuyos choques, muy atenuados por la nieve, apenas se oían.

Mas al tener á Santiago entre sus brazos, Severina se enardecíó de nuevo, y con el deseo se despertó en ella la necesidad de confesarlo todo. ¡Hacia tantas semanas que aquella confesión la atormentaba! La mancha redonda en el techo se ensanchaba y extendía como una gota de sangre. Sus ojos se alucinaban al mirarla, las cosas en derredor de la cama tomaban cuerpo y contaban el suceso en voz alta. Sentía que las palabras subían á su garganta con la ola nerviosa que estremecía su carne. ¡Qué dulce sería no tener ya nada oculto, fundiéndose en él por completo!

—No sabes, querido.....

Santiago, cuya mirada no se apartaba de la mancha sangrienta, oía muy bien lo que ella iba á decir. Hasta entonces la había hecho callar, temiendo la sacudida precursora de su antiguo mal, temblando que el hablar de sangre entre ellos cambiase su existencia. Pero esta vez quedaba sin fuerza, hasta para inclinar la cabeza y cerrarle la boca con un beso; tan invadido estaba por una languidez deliciosa en aquella cama tibia, entre los brazos flexibles de aquella mujer. Creyó que era llegado el momento y que todo lo diría Severina. Así es que sintió un alivio en su ansiedad nerviosa cuando pareció turbarse, titubear, y por fin retroceder, diciendo:

—¿No sabes que mi marido sospecha nuestras relaciones?

A pesar suyo, el recuerdo de la noche de an-

tes, en el Havre, era el que salía de sus labios, en lugar de la confesión.

—¿De veras?—murmuró él, incrédulo.—Si está tan amable como antes.... Esta mañana, sin ir más lejos, me ha estrechado aún la mano.

—Te aseguro que lo sabe todo; en este momento nos está viendo así; sabe que nos amamos. Tengo pruebas.

Se calló, estrechándole con más pasión, en un abrazo en que con la felicidad de la posesión se mezclaba algo de rencor. Luego, después de un silencio penoso, exclamó:

—¡Oh! ¡le aborrezco, le aborrezco!

Santiago quedó sorprendido, pues él ningún rencor sentía hacia Roubaud. Parecía, por el contrario, muy acomodaticio el subjefe de estación.

—¡Anda! ¿Y por qué?—preguntó.—No será, me parece, por lo que nos molesta.....

Ella no contestó; pero repitió:

—Le odio..... Ahora sólo el sentirlo á mi lado es un suplicio. ¡Ah, si yo pudiera, cómo me escaparía, cómo me quedaría contigo!

A su vez, conmovido por aquel arranque de ardiente ternura, la atrajo más contra sí, la tuvo contra su carne desde los pies hasta los hombros, toda suya. Pero de nuevo, acurrucada de tal suerte, sin apartar casi los labios pegados al cuello de Santiago, dijo muy bajito:

—Es que no sabes, querido.....

Era la confesión que volvía, fatal, inevitable,

con el deseo vehemente de que la poseyera de nuevo.

Ya no se oía ningún ruido en toda la casa, y hasta la misma vendedora de periódicos dormía sin duda profundamente.

De la estufa no salía un soplo; el fuego acababa de consumirse en brasas, avivando aún la mancha roja del techo. Hacía tanto calor que una niebla espesa y sofocante parecía pesar sobre la cama en donde ambos confundían sus alientos.

—Querido, es que tú no sabes....

Entonces también él habló, sin poder contenerse.

—Sí, sí, lo sé todo.

—No, quizás sospeches algo, pero no puedes saber nada.

—Sé que hizo eso por la herencia.

—¡Sí, sí, la herencia!

Y muy bajito, tan bajo que un insecto nocturno rozando los cristales habría producido más ruido, contó ella la historia de su infancia en casa del presidente Grandmorin; quiso mentir y no confesar sus relaciones con éste, pero cedió á la necesidad de la franqueza, encontrando un alivio, casi un placer, en decir la verdad.

—Figúrate, era aquí, en este cuarto, en Febrero último, ya recordarás, cuando su jarana con el subprefecto.... Habíamos almorzado, muy cariñosamente, así como nosotros acabamos de cenar, ahí, sobre esa mesa. Claro es que yo no iba á contarle la historia.... Pero una sortija, un antiguo regalo, una tontería, se lo hizo compren-

der todo... ¡Ah, querido mío, no, no puedes figurarte cómo me trató!

Severina se estremecía recordando aquella escena.

—De un puñetazo me tiró al suelo.... Luego me arrastró cogiéndome por los cabellos.... Apoyó su tacón sobre mi cara como si quisiera aplastarla.... ¡Oh! mientras viva lo tendré presente.... Y todavía, menos mal los golpes; ¡pero si yo te repitiese todas las preguntas que me hizo, lo que me obligó á que le contara! Ya ves si soy franca contigo, puesto que te confieso cosas que nada me obliga á decírtelas; sin embargo, nunca me atreveré á darte ni una simple idea de sus asquerosas preguntas, á las que me fué preciso contestar para evitar que me matase de un puñetazo.... Claro es que le causaría acerbo dolor saber todo aquello; y hasta concedo que más decente hubiera sido prevenirle antes del matrimonio. Pero es preciso comprender que la cosa era ya antigua, olvidada. Sólo á un verdadero salvaje pueden ponerle así los celos.... Y tú, querido mío, ¿vas á dejar de quererme porque sabes ya todo eso?

Santiago no se había movido; permaneció como inerte y reflexionando, entre aquellos brazos de mujer que sentía en su cuello y en sus riñones, como nudos de culebras vivas. Quedaba muy sorprendido, nunca había sospechado semejante historia. ¡Cómo se complicaba todo cuando ya el testamento bastaba para explicar las cosas! Además, prefería este giro, pues saber

que el matrimonio no había matado por dinero era una circunstancia que aliviaba á Santiago del desprecio que le turbaba la conciencia, aun cuando se hallaba bajo los besos de Severina.

—Yo no amarte más.... ¿y por qué?... ¡Valiente cosa me importa tu pasado! Son cosas esas que no me importan!... Eres la mujer de Roubaud, bien puedes haber sido la de otro.

Hubo un silencio. Ambos se apretaban hasta ahogarse, y él sentía su pecho redondo, hinchado y duro, sobre el delicado cuerpo de su amada.

—¡Con que has sido la querida de ese viejo! Pues chica, no deja de ser chusco.

Pero ella se arrastró á lo largo de él hasta su boca, balbuceando en un beso:

—Tú eres el único á quien yo amo, nunca he querido á otro.... ¡Oh, los demás, si tú supieses! Con ellos, mira, ni siquiera he sospechado lo que es eso; mientras que tú, querido mío, tú me das tanta felicidad!

Ella le enloquecía con sus caricias, ofreciéndose, deseándole, paseando por su cuerpo sus manos febriles. Y para no ceder enseguida, él, que ardía como ella, tuvo que detenerla, cogiéndola en sus brazos.

—No, no, espera, dentro de un rato.... ¿Y de modo que ese viejo?...

Muy bajito, en una sacudida de su ser, se espontaneó.

—Sí; lo hemos matado.

El calofrío del deseo se perdía en ese otro calofrío de muerta, que ahora la obsesionaba.

Durante un momento Severina quedó ahogada por una sensación indecisa de vértigo. Luego, pegando de nuevo la nariz contra el cuello de su amante, continuó en el mismo levisimo tono de voz:

—Me hizo escribir para que el presidente tomase el tren con nosotros, pero no en el mismo coche.... Yo temblaba en mi rincón, espantada al pensar en la desgracia hacia la cual corríamos. Hallábase, enfrente de mí, una mujer de negro que no hablaba palabra alguna y que me causaba mucho miedo. Ni siquiera la veía, me imaginaba que leía claramente en nuestros cráneos y que sabía muy bien lo que íbamos á hacer.... Así pasaron para nosotros las dos horas de viaje de Paris á Rouen. No dije una palabra, no me moví; cerré los ojos, para hacer creer que dormía. Sentía á Roubaud á mi lado, inmóvil también, y lo que me espantaba era presentir las cosas terribles que él iría meditando. Mas no me era posible adivinar lo que habría resuelto hacer. ¡Ah, qué viaje, con aquel torbellino de pensamientos, en medio de los silbidos, de los vaivenes y del rugido de las ruedas!

Santiago, cuya boca descansaba sobre la espesa y perfumada cabellera de Severina, acariciaba aquel pelo á cada instante, con prolongados y cariñosos besos.

—Pero puesto que no estábais en el mismo departamento, ¿cómo os las habéis arreglado para matarle?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO CASTELLANOS"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

—Espera, vas á comprender.....

Ese era el plan de mi marido. Verdad es que si ha logrado su intento, la casualidad es la que así lo ha decidido... En Rouen hay diez minutos de parada.

Nos bajamos y me obligó á seguirle hasta el *coupé* del presidente, como gentes que quieren pasear para desentumecerse las piernas. Y allí Roubaud afectó gran sorpresa al ver al presidente asomado á la portezuela, como su hubiese ignorado que estaba en el tren. En el andén, los viajeros se atropellaban; la gente tomaba por asalto los coches de segunda, á causa de una fiesta que había en el Havre al otro día. Cuando principiaron á cerrar las portezuelas, el presidente mismo fué quien nos dijo subiésemos con él. Yo balbuceaba, hablé de nuestra maleta de mano; pero él insistía, diciendo que ciertamente no nos la robarían, que podríamos volver á nuestro coche en Barentin, puesto que él se quedaba allí. Durante algunos segundos, mi marido, inquieto, pareció querer ir á buscarla. En aquel minuto el conductor silbaba, y Roubaud, decidiéndose, me empujó hacia el *coupé* y subió, cerrando la portezuela y el cristal. ¿Cómo no nos han visto? Es lo que aún hoy no puedo explicarme. Mucha gente corría; á los empleados los volvían tarumba, en una palabra, que ni un testigo ha visto claro. Y el tren, lentamente, salió de la estación. Severina calló algunos instantes, absorta por el recuerdo de aquella escena. Sin darse luego

cuenta, un movimiento nervioso agitaba su muslo izquierdo, y con éste rozaba por vivo movimiento la rodilla del joven.

—¡Ah! ¡qué primer momento para mí aquel, cuando viéndome ya en el *coupé*, sentí que el tren se alejaba! Estaba como aturdida, y sólo me acordé de nuestra maleta: ¿cómo recogerla? ¿no nos denunciaría si la dejábamos allí? Todo aquello me parecía estúpido, imposible, un crimen de pesadilla imaginado por un niño, crimen que no se podía cometer, á menos de estar loco. Al otro día nos encarcelarían y quedaría probado nuestro crimen. Así es que trataba de tranquilizarme, diciéndome que mi marido retrocedería, que el crimen aquel no se cometería, que no podía cometerse. Pero no, sólo con verle hablar al presidente, comprendía yo que su resolución era inquebrantable, feroz. Sin embargo, estaba muy tranquilo, hasta hablaba alegremente, y con naturalidad; y en su mirada, fija sobre mí en ciertos momentos, era donde leía yo la obstinación de su voluntad. Mataría al presidente, pasado que fuera todavía un kilómetro, dos quizás, en el sitio fijado por él en su mente, sitio que yo ignoraba; y era cosa segura, hasta se veía en las ojeadas serenas con que envolvía al que dentro de un rato ya habría quitado la existencia. Yo nada decía, tenía un gran temblor interior que me esforzaba en ocultar, y hasta sonreía cuando me miraban.

Porque entonces, ni se me ocurrió siquiera pensar en impedir todo aquello. Sólo más tarde,

cuando quise darme cuenta, quedé asombrada de mi silencio, pues debí gritar por la portezuela, ó tocar el timbre de alarma: ¿cómo no lo hice? En aquel momento estaba paralizada, me sentía impotente. En verdad que me parecía que mi marido estaba en su derecho; y puesto que todo te lo digo, querido mío, también tengo que confesarte esto: todo mi ser estaba á favor de mi marido contra el otro, porque los dos me habian poseído, y mi marido era el joven, mientras que el otro..... ¡oh! las caricias del otro.....

En fin, que no se sabe: hace uno cosas que parecen imposibles. ¡Figúrate que nunca he podido matar un pollo! ¡Oh! ¡la sensación de noche de tempestad! ¡Ah! ¡aquella espantosa desesperación que bramaba en el fondo de mi ser!

Y aquella mujer, tan fina entre sus brazos, parecía ahora á Santiago impenetrable, sin fondo, de esa profundidad negra de que ella hablaba. Por más que la pegaba contra su carne, no penetraba en ella. Aquel relato de muerte, balbuceado en un abrazo, ponía calenturiento á Santiago.

—Pero dime, ¿le has ayudado á matar al viejo?

—Yo estaba en un rincón—continuó ella sin responder.—Mi marido me separaba del presidente, quien ocupaba el otro rincón. Hablaban de las próximas elecciones..... Por momentos veía yo á mi marido inclinarse, echar una mirada fuera, para darse cuenta del sitio en que está-

bamos, impacientado..... Seguía yo atentamente su mirada y me daba cuenta del camino recorrido. La noche era pálida, las masas negras de los árboles desfilaban furiosamente. ¡Y oía continuamente aquel rugido de las ruedas, como nunca espantoso, y un tumulto de voces rabiosas y dolientes, quejidos lúgubres de animales que aullan á la muerte! El tren corría á todo vapor..... Bruscamente aparecieron muchas luces; y el eco que producía el estruendo del tren hubimos de oirlo repercutido entre los edificios de la estación. Estábamos en Maromme, á dos leguas y media de Rouen. Todavía quedaba Malaunay, y luego Barentin. ¿En dónde le mataría? ¿Esperaría al último minuto? Ya no tenía yo conciencia del tiempo ni de las distancias; me abandonaba, como la piedra que cae, en medio de las tinieblas; cuando al atravesar Malaunay, de repente comprendí: le mataría en el túnel, de allí á un kilómetro..... Me volví hacia mi marido; nuestras miradas se encontraron: sí, en el túnel, dentro de dos minutos..... El tren corría; pasamos el empalme de Dieppe y ví al guarda-agujas en su puesto. Hay allí ribazos, en donde me pareció ver muy distintamente hombres, con los brazos levantados, que nos acusaban con sus injurias. Luego silbó la máquina durante largo rato: era la entrada del túnel..... Y cuando el tren se hundió allí, ¡oh! ¡cómo retumbaba bajo aquella bóveda! Tú ya sabes, esos ruidos de hierro removido, semejantes á una descarga de martillazos sobre el yunque; á mí,

en aquel momento de loco terror, se me figuraban truenos.

Severina tiritaba, se interrumpió para decir con voz alterada, casi risueña:

—¿Pero no te parece, querido, que es tonto sentir aún aquel frío de espanto en los huesos? Sin embargo, estoy bien calentita aquí, contigo, ¡y tan contenta!.... Y además, has de saber que nada tenemos ya que temer: ha habido sobreseimiento, pues los mandones del gobierno tienen todavía menos ganas que nosotros de que salga esa ropa sucia á la colada.... En seguida me lo calé, y estoy tranquila.

Y añadió riendo, muy alegre:

—¡Tú sí que puedes decir que nos has dado un zurro!.... Hombre, y dime, pues varias veces se me ha ocurrido pensarlo: la verdad, ¿qué viste?

—Pues lo que dije en casa del juez; nada más: un hombre que degollaba á otro hombre.... Estábais tan azarados conmigo, que acabé por sospechar la verdad. Es más, hasta recordé las facciones de tu marido.... Pero sólo más tarde fué cuando me convencí del todo....

Ella le interrumpió alegremente

—¡Ah, ya! en el jardín, el día en que te dije que no, ¿recuerdas? la primera vez que hemos estado juntos y solos en París.... ¡Cosa más singular! Te decía que no éramos nosotros y sabía muy bien que creías lo contrario. ¿Verdad que era como si te lo hubiese contado todo?.... ¡Oh! querido mío, muchas veces he recordado eso, y

mira, se me figura que desde aquel día es cuando te amo.

Se estrecharon bruscamente, fué una presión en que parecían derretirse. Y ella repuso:

—Bajo el túnel el tren corría.... Es muy largo.... Queda uno tres minutos allí metido. A mí se me figuró una hora.... El presidente ya no hablaba, pues no se oía nada con aquel ruido de hierro. Y mi marido, en aquel momento supremo, desfalleció sin duda, pues continuaba inmóvil. Unicamente veía yo, bajo la trémula claridad de la lámpara, sus orejas ponerse violadas.... ¿Iba á esperar á que llegásemos al campo raso? La cosa era ya para mí tan fácil, tan inevitable, que no tenía más que un deseo: no sufrir tal ansiedad, quitarme aquella pesadilla. ¿Por qué no le mataba, puesto que era preciso? De buena gana hubiera yo cogido la navaja para acabar de una vez, tan exasperada estaba por el miedo y el sufrimiento.... Me miró. Estos pensamientos se traslucían, sin duda, en mi semblante. Y de repente se echó encima y cogió por los hombros al presidente, que estaba vuelto hacia la portezuela. Este, espantado, se desasíó con una sacudida instintiva y alargó el brazo para tocar el timbre de alarma, que estaba encima de su cabeza. Lo tocó, pero el otro le cogió de nuevo, tirándole sobre el asiento con tal fuerza, que quedó doblado en dos. Su boca, abierta por el estupor, y el espanto soltaba gritos confusos, ahogados en el ruido, pero yo oía distintamente á mi marido repetir la palabra: ¡Co-

chino! ¡cochino! ¡cochino! con voz silbante que se enfurecía. Pero cesó el ruido, el tren salía del túnel, reapareció el campo bañado en luz pálida, con el galope de árboles negros.... Yo me había quedado en mi rincón, rígida, pegada contra el paño del respaldo, lo más lejos posible. ¿Cuánto duró la lucha? algunos segundos apenas. Y me parecía que no acababa, que todos los viajeros escuchaban ya los gritos, y que los árboles nos veían. Mi marido, con la navaja abierta en la mano, no podía asestar el golpe, rechazado a puntapiés, tambaleándose sobre el piso traqueado del coche. Estuvo a punto de caerse de rodillas, y el tren corría, arrastrándonos a todo vapor mientras la máquina silbaba, al acercarse al paso a nivel de la Croix-de-Maufras..... Entonces fué cuando, sin que haya podido luego recordar cómo sucedió, me eché sobre las piernas del hombre que se defendía. Sí, me dejé caer como un paquete, aplastándole las piernas con todo mi peso, para que cesara de moverlas. Y no vi nada, pero todo lo sentí: el choque de la navaja en la garganta, la larga sacudida del cuerpo, la muerte que vino en tres golpes de hipo, con un ruido como de ruedas de reloj que se rompe.... ¡Oh! ¡aquel estremecimiento de la agonía cuyo eco conservo aún en los miembros!

Santiago, ávido, quiso interrumpirla para preguntar. Pero ahora tenía ella prisa por acabar.

—No, espera.... Al levantarme, pasábamos a todo vapor delante de la Croix-de-Maufras. Vi distintamente cerrada la fachada de la casa y

después el puesto del guardabarrera. Todavía quedaban cuatro kilómetros, cinco minutos á lo sumo, antes de llegar á Barentín.... El cuerpo estaba doblado sobre el asiento, la sangre corría en un charco espeso, y mi marido, de pie, atontado, mecido por los vaivenes del tren, miraba, limpiando la navaja con el pañuelo. Aquello duró un minuto, sin que ni uno ni otro hiciésemos nada para ponernos en salvo.... Si conservábamos aquel cuerpo con nosotros, si nos quedábamos allí, quizás se descubriese todo en la parada de Barentín.... Pero ya había metido la navaja en el bolsillo y parecía despertar. Le ví registrar el cuerpo, coger el reloj, el dinero, cuanto encontraba; y abriendo la portezuela se dió prisa á empujarle sobre la vía, sin cogerle en brazos, por no mancharse de sangre. «¡Vamos, ayúdame! empuja conmigo.» Ni siquiera me moví, ya no sentía mis miembros. «¡Dios de Dios! ¡quieres empujar conmigo!» La cabeza, que había salido la primera, colgaba hasta el estribo, pero el tronco, hecho una bola, rehusaba pasar. Y el tren corría.... Por fin, cediendo á un empujón más fuerte, el cadáver volcó, desapareciendo en el ruido de las ruedas. «¡Ah, el cochino, ya las pagó!» Luego cogió la manta y la echó también. Sólo quedábamos nosotros dos, de pie, con el charco de sangre sobre el asiento, en el que no nos atrevíamos á sentarnos.... La portezuela seguía bamboleándose, abierta del todo, y al pronto no comprendí, anonadada, loca, cuando ví que mi marido bajaba desapareciendo á su vez.

Volvió. «Vamos, pronto, sígueme si no quieres que nos corten el pescuezo.» Yo no me movía y se impacientaba. «¡Ven, Dios de Dios! nuestro compartimento está vacío y volvemos allí!» ¡Vacío nuestro compartimento! ¿de modo que había ido á ver? La mujer de negro, la que no hablaba, aquella á quien no se veía, ¿estaba bien seguro de que no se hallaba en un rincón?.... «¡Quieres venir ó vas sobre la vía á freir espárragos con el otro!» Había subido de nuevo y me empujaba, brutal, loco. Y me ví fuera, sobre el estribo, agarradas las dos manos á la baranda de cobre. Él, que había bajado detrás de mí, cerró cuidadosamente la portezuela. «¡Anda, anda!» Pero no me atrevía, arrastrada por el vértigo de la carrera, azotada por el viento que soplaba como un huracán de tormenta. Mis cabellos se desataron y creí que mis dedos, rígidos, iban á dejar escapar la baranda. «¡Anda, Dios de Dios!» Continuaba empujándome, tuve que andar soltando una mano después de la otra, pegándome contra los coches, en medio del remolino de mis faldas, cuyo chasquido me ataba las piernas. Ya, á lo lejos, pasada una curva, veíanse las luces de la estación de Barentin. La máquina se puso á silbar. «¡Anda, Dios de Dios!» ¡Oh, aquel ruido de infierno, aquella trepidación violenta en la que yo andaba! Me parecía que era juguete de un huracán, que me zarandeaba como una paja, para aplastarme allí contra una pared. Detrás de mí el campo huía, los árboles me seguían con un galope furioso, dando vuel-

tas, retoreidos, arrojando cada uno al pasar un rápido quejido. En la extremidad del vagón, cuando tuve que pasar sobre el vacío para poner el pie en el otro estribo y coger la otra baranda, me detuve, me faltaba el valor. Nunca lo conseguiría. «¡Anda, Dios de Dios!»

Estaba junto á mí empujándome y cerré los ojos y no supe cómo hube de continuar avanzando por la sola fuerza de un instinto, como animal que ha plantado sus garras y que no quiere caer. ¿Pero cómo no nos han visto? Pasamos delante de tres coches; uno de ellos, de segunda, estaba atestado de viajeros. Recuerdo las cabezas colocadas en hilera, bajo la luz de la lámpara; creo que las reconocería si algún día me las encontrase: la de un hombre muy gordo con patillas rojas, y sobre todo las de dos jovencitas, que se asomaron riendo. «¡Anda, Dios de Dios! ¡Anda, Dios de Dios!» Y ya no recuerdo más; las luces de Barentin se acercaban, la máquina silbaba, mi última sensación fué la de que me arrastraban, me levantaban cogida por los cabellos, al través del vacío. Sin duda mi marido debió cogerme, abrir la portezuela por encima de mis hombros y echarme en el fondo del compartimento. Estaba jadeante y medio desmayada en mi rincón cuando nos paramos; y le ví, sin hacer un movimiento, cruzar algunas palabras con el jefe de estación de Barentin. Luego, al marcharse el tren, cayó sobre el asiento rendido. Hasta el Hayre no nos dijimos una palabra.... ¡Oh! ¡Le odio, le odio por todas esas abominaciones que me ha hecho su-

frir! ¡Y á ti te quiero, querido mío, te quiero por la felicidad que me proporcionas!

En Severina, después de la excitación ardiente que le produjera aquel largo relato, este grito era como la expansión misma de su necesidad de placer, en medio de la execración de sus recuerdos. Pero Santiago, trastornado por lo que oía, y tan excitado como ella, la detuvo aún.

—No, no, espera.... ¿Y tú estabas echada sobre sus piernas y le has sentido morir?

Despertábase en Santiago el recuerdo de aquel desconocido; una ola frenética subía de sus entrañas invadiéndole la cabeza con una visión roja. Era presa otra vez de la obscuridad del erimen.

—Pero ¿y la navaja, tú sentiste entrar la navaja?

—Sí, un golpe sordo.

—¡Ah! un golpe sordo.... ¿No fué una desgarradura, te fijaste bien?

—No, no, nada más que un choque.

—¿Y luego dió una sacudida, no es eso?

—Sí, tres sacudida, ¡oh! De uno á otro extremo de su cuerpo, sacudidas tan largas que las he seguido hasta en la punta de sus pies.

—Sacudidas que le ponían rígido, ¿no es eso?

—Sí, la primera muy fuerte, las otras dos más débiles.

—Y murió; ¿y á ti qué impresión te causó el sentirle morir así de un navajazo?

—A mí.... oh, no sé.

—¿No sabes? ¿por qué mientes? Dime, dime

qué impresión te causó, sé franca.... ¿te causó pena?

—No, no, pena no.

—Entonces placer.

—¿Placer? pues tampoco, placer no.

—¿Qué, pues, amor mío? Te lo suplico, dime-lo todo.... Si tú supieses.... Dime lo que uno siente....

—Hijo mío, ¡y qué quieres que te diga!.... Es una cosa horrible, le parece á uno que vive en otro mundo, ¡oh, tan lejos, tan lejos! Viví más en aquel minuto que durante toda mi vida pasada.

Con la garganta apretada y no pudiendo hacer más que balbucear, Santiago la estrechó esta vez violentamente en sus brazos, mientras Severina ahogaba al joven con una caricia de todo su cuerpo. Se poseyeron, hallando el amor en el fondo de la muerte, con la misma voluptuosidad dolorosa de los animales, que se desgarran el vientre en la época del celo. Soló se oyó su ronco resoplido. En el techo, el reflejo ensangrentado había desaparecido; y al apagarse la estufa, el cuarto principiaba á helarse por el intenso frío de la calle. Ni una voz subía de París, cubierto de nieve. Durante un momento oyéronse ronquidos, pared por medio, en el cuarto de la vendedora de periódicos. Luego todo se hundió en el negro abismo de la casa dormida.

Santiago, que había conservado á Severina en sus brazos, la sintió ceder en seguida á un sueño invencible, como herida por un rayo. El

viaje, el largo tiempo de espera en casa de los Misard, aquella noche de fiebre, todo eso la destrozaba. Balbuceó unas buenas noches de niño, y se durmió en seguida, con respiración sosegada. El cuco acababa de dar las tres.

Y durante cerca de una hora aún, Santiago la conservó sobre su brazo izquierdo, que poco á poco se le entumecía.

No podía cerrar los ojos; una mano invisible, obstinada, parecía abriroselos en las tinieblas. Ahora ya no distinguía nada del cuarto, anegado en sombras, y en donde todo se había borrado: la estufa, los muebles, las paredes; y tenía que volverse para encontrar los dos pálidos cuadriláteros de las ventanas, inmóviles, apenas perceptibles, como en un sueño. A pesar de su cansancio abrumador, una actividad cerebral prodigiosa le tenía despierto y alerta, devorando sin cesar la misma madeja de ideas. Cada vez que por un esfuerzo de voluntad, creía quedarse dormido, la misma obsesión recomenzaba, las mismas imágenes desfilaban, despertando las mismas sensaciones. Y lo que iba y venía de aquella manera, con una regularidad mecánica, en tanto que sus ojos fijos y abiertos de par en par se llenaban de sombra, era el crimen, detalle por detalle. Continuamente renacía, idéntico, enloquecedor.

La navaja entraba en la garganta con un golpe sordo, el cuerpo tenía tres largas sacudidas, la vida se iba en una ola de sangre tibia, parecióle que una ola roja corría por sus ma-

nos. Veinte veces, treinta veces entró la navaja y se agitó el cuerpo. Aquello tomaba proporciones enormes, le ahogaba, retumbando en medio de la noche. ¡Oh! ¡dar un navajazo semejante, contentar ese lejano deseo, saber lo que uno siente, saborear ese minuto durante el cual se vive más que en toda una existencia!

Como su angustia aumentaba, creyó Santiago que el peso de Severina sobre sus brazos era lo único que le impedía dormir. Despacito fué sacando el brazo, dejando á Severina á su lado, sin despertarla. Al pronto, aliviado, respiró más libremente, creyendo que el sueño iba por fin á venir. Pero á pesar de su esfuerzo, los invisibles dedos abrieron de nuevo sus párpados; y en las tinieblas reapareció el crimen tomando formas sangrientas, la navaja entró, el cuerpo se agitó. Una lluvia roja rayaba la obscuridad; la herida de la garganta, inmensa, quedaba abierta como un hachazo. Entonces ya no luchó, quedó sobre la espalda, presa de aquella visión obstinada. Oía en su organismo el trabajo febril de su cerebro, una revolución de toda la máquina. Venía esto de muy lejos, de su juventud. Sin embargo, se había creído curado, pues hacía meses que su deseo no le atormentaba, con la posesión de Severina; y hé aquí que nunca se le había presentado tan intenso, bajo la evocación de aquel crimen que un momento antes, pegada contra su carne, enlazada á sus miembros, le cuchicheaba ella al oído.

Se había apartado, evitando ser tocado por

aquella mujer, abrasado por el simple contacto de su piel. Un calor insoportable subía por su espina dorsal, como si el colchón, bajo sus riñones, se hubiese transformado en brasero. Una comezón y como puntos de fuego le agujereaban el pecho.

Se le ocurrió sacar las manos de debajo de la sábana; pero enseguida se helaban, estremecidas por el calor. Le amedrentaron sus manos y las entró, cruzándolas primero sobre su vientre, y acabó por deslizarlas bajo sus nalgas, para aplastarlas, aprisionándolas allí, como si hubiese temido alguna abominación por parte de ellas, un acto que él rechazaba, y que, sin embargo, acabaría por cometer.

Cada vez que el cuco daba una hora, Santiago contaba los golpes. Las cuatro, las cinco, las seis. Suspiraba porque viniese la luz; esperaba que el alba ahuyentaría aquella pesadilla. Se volvía hacia las ventanas, mirando los cristales, alumbrados sólo por el vago reflejo de la nieve.

A las cinco menos cuarto, con un retraso de cuarenta minutos, había oído llegar el directo del Havre, lo cual era prueba de que se había restablecido la circulación. Y después de las siete vió blanquear los cristales, con una palidez lechosa, muy lenta. Por fin el cuarto se alumbró con esa luz confusa en que los muebles parecen flotar.

Reaparecieron la estufa, el armario, el aparador. No podía, sin embargo, cerrar los párpados;

dos; al contrario, sus ojos se irritaban, llenos de la necesidad de ver. Enseguida, y antes que hubiese luz suficiente, adivinó, más bien que verla distintamente, sobre la mesa, la navaja con que por la noche había cortado el pastel. Ya sólo pensaba en aquella navaja, una navajita con punta muy fina.

La claridad, cada vez mayor, entraba por las dos ventanas, para reflejarse en aquella delgada hoja. Y el terror que le causaban sus manos hizo que las hundiera más por debajo de su cuerpo, pues las sentía agitarse, indómitas, más fuertes que su voluntad. ¿Acaso iban á dejar de pertenecerle? ¿Sin duda eran manos de otro, manos que le habían sido legadas por algún antepasado, en el tiempo en que los hombres estrangulaban á los animales en los bosques!

Para no ver ya la navaja, Santiago se volvió hacia Seyerina. Dormía muy serena, con una respiración de niña, en medio de su gran cansancio.

Sus espesos cabellos negros, desatados, le hacían una almohada sombría que se deslizaba hasta los hombros; y bajo la barbilla, entre los bucles, veíase su pecho, de una delicadeza de leche, apenas rosado. Lo miró como si no lo conociese. Sin embargo, lo adoraba, su imagen le perseguía por todas partes, en un deseo de ella, deseo que á veces le angustiaba, aun cuando Santiago se hallaba guiando la locomotora; hasta el punto de que un día se había despertado,

como de un sueño, en el momento en que atravesaba una estación á todo vapor, á pesar de las señales. Pero la vista de aquel pecho blanco se apoderaba de él por completo, con una fascinación repentina, inexorable; y con un horror consciente aún, sentía crecer la imperiosa necesidad de ir á buscar la navaja sobre la mesa, y hundirla hasta el mango en aquella carne de mujer. Oía el choque sordo de la hoja que entraba, veía dar el cuerpo tres sacudidas, para luego quedar rígido por la muerte bajo una rojiza ola.

Luchando, queriendo arrancarse á aquella obsesión, perdía á cada segundo un poco de su voluntad, como sumergido por la idea fija, límite extremo en que, ya vencido, cede uno al empuje del instinto. Su cerebro se turbó, sus manos amotinadas, venciendo el esfuerzo que él hacía para ocultarlas, se desataron, se escaparon. Y de tal suerte comprendió que ya no era dueño de ellas y que iban á satisfacerse brutalmente si continuaba mirando á Severina, que empleó sus últimas fuerzas en tirarse de la cama, rodando por tierra como un hombre ebrio. Allí se levantó y estuvo á punto de caer de nuevo, enredándosele los pies entre las enaguas que habían quedado en el suelo. Se bamboleaba, buscaba su ropa como atontado, pensando únicamente en vestirse pronto, en coger la navaja y en bajar á matar á otra mujer en la calle.

Esta vez su deseo le torturaba demasiado; necesitaba matar á alguna.

Ya no encontraba su pantalón, le tocó tres veces antes de darse cuenta de que lo tenía en la mano. Costóle un trabajo infinito ponerse el cazado. Aunque había llegado completamente el día, parecióle á Santiago que el cuarto estaba lleno de humo blanco, así como una neblina que todo lo envolvía. Tiritaba lleno de calentura cuando acabó de vestirse; había cogido la navaja escondiéndola en su manga, seguro de matar á una mujer, la primera que encontrase en la acera, cuando un roce de ropa blanca, un suspiro prolongado que venía de la cama le detuvo, clavado junto á la mesa, y pálido. Era Severina que se despertaba.

—¿Qué es eso, querido? ¿Sales ya?

Santiago no contestaba, no la miraba, esperando que volvería á dormirse.

—¿Pero adónde vas, querido mío?

—No es nada—balbuceó;—un asunto de servicio..... Duermes, voy á volver.

Entonces dijo ella algunas palabras ininteligibles, y quedóse adormilada de nuevo, con los ojos ya cerrados.

—Tengo un sueño, tengo un sueño..... Ven á darme un beso, querido.

Pero él no se movió, pues sabía que de volver la cabeza, con aquel cuchillo en la mano, con sólo que la viera, tan fina, tan bonita, en su desnudez y en su desorden, se iba al traste la voluntad que le tenía allí rígido, junto á ella. A pesar suyo, su mano se levantaría y le hundiría la navaja en el cuello.

—Querido, ven á besarme....

Su voz se apagaba y se durmió muy suavemente, con un murmullo de caricia. Y él, enloquecido, abrió la puerta y se escapó.

Eran las ocho cuando Santiago llegó á la acera de la calle de Amsterdam. La nieve no había aún sido barrida y apenas se oían las pisadas del escaso número de transeúntes que por allí transitaban. En seguida vió á una vieja; pero subía hacia la calle de Londres; no la siguió. Tropezó con varios hombres, y bajó hacia la plaza del Havre estrechando su navaja abierta, cuya punta desaparecía bajo la manga. Al salir de una casa de enfrente una muchacha de unos catorce años, pasó él de una acera á otra; pero sólo llegó para verla entrar en una panadería vecina. Era tal su impaciencia que no esperó, por ir á buscar más lejos su objeto; y continuó bajando. Desde que había salido del cuarto con aquella navaja, no era él quien obraba, sino otro, aquel otro que con tanta frecuencia había él sentido agitarse en el fondo de su sér; aquel desconocido que de tan lejos venía abrasado por la sed hereditaria del crimen.

En otro tiempo había matado y quería matar aún. Y las cosas en derredor de Santiago parecían sucederse como por un sueño, pues las veía al través de su idea fija. Su vida de cada día quedaba como abolida, andaba entonces como un sonámbulo, sin recuerdo del pasado, sin previsión del porvenir, obsesionado por aquella necesidad. En su cuerpo que andaba, su personalidad estaba

ausente. Dos mujeres que le rozaron adelantándole, le hicieron precipitar el paso; y ya estaba junto á ellas, cuando un hombre las detuvo. Los tres se reían y hablaban. Como aquel hombre le estorbaba, se puso á seguir á otra mujer que pasaba por allí; era endeblucha y negruzca, con aspecto muy pobre bajo su humilde chal.

Andaba á pasitos cortos é iba hacia algún trabajo execerado sin duda, duro y mal pagado, pues la mujer no se apresuraba; tenía la cara desesperadamente triste. Tampoco él se daba prisa ahora que ya tenía una; quería escoger el sitio para matarla á sus anchas. Debió notar que aquel muchacho la seguía y sus ojos se volvieron hacia él, con un desconsuelo indecible, extrañándose, sin duda, de que alguien pudiera solicitarla.

Ya habían llegado á la mitad de la calle del Havre, volviendo ella otras dos veces la cabeza, impidiendo con esto que pudiera clavarle Santiago en la garganta la navaja que le asomaba por la manga de la chaqueta. ¡Tenía aquella desgraciada unos ojos de miseria, tan llenos de súplicas! Cuando la mujer bajara de la acera, entonces la mataría. Y bruscamente dió media vuelta, yéndose detrás de otra mujer que iba en sentido contrario. Todo ello sin razón, sin voluntad, porque pasaba ella por allí en aquel minuto y porque las cosas estaban así dispuestas.

Santiago, detrás de ella, volvió hacia la estación. La mujer, muy vivaracha, andaba con un pasito sonoro; era adorable, bonita, podría te-

ner veinte años á lo sumo, regordeta, rubia, con hermosos ojos llenos de felicidad que la hacían sonriente la vida. Ni siquiera notó que un hombre la iba siguiendo; llevaba prisa, sin duda, pues subió ligera la gradería del patio del Havre y se dirigió hacia la sala principal, recorriéndola muy deprisa, para precipitarse hacia las taquillas de la línea de circunvalación. Y al pedir un billete de primera para Auteuil, Santiago cogió también otro, siguiéndola por las salas de descanso y por el andén hasta el coche en donde se instaló al lado de ella. El tren partió en seguida.

—Tengo tiempo—pensó—la mataré bajo el túnel.

Mas enfrente de ellos, una señora anciana, la única persona que había subido, acababa de reconocer á la joven.

—¿Cómo, es Ud.! ¿Y adónde va Ud. tan temprano?

La otra estalló de risa, fresca y sana, haciendo un gesto de graciosa desesperación.

—¿Y pensar que no puede una hacer nada sin ser vista! Supongo que no me venderá Ud... Mañana es el santo de mi marido, y en cuanto salió de casa para ir á sus negocios, eché á correr; voy á Auteuil á casa de un horticultor en donde ha visto una orquídea que le vuelve loco.... Ya ve Ud., una sorpresa.

La anciana movía la cabeza con aire de terna simpatía.

—¿Y el bebé, está bueno?

—La niña ¡oh! un encanto.... Ya sabe usted que la desteté hace ocho días; pues hay que verla comer sopa.... Tenemos todos una salud demasiado buena, es un escándalo.

Y se reía con más gana, enseñando sus dientes blancos, entre la sangre pura de sus labios:

Santiago, que se había colocado á su derecha, con la navaja en la mano, escondida detrás de su muslo, pensaba que estaría allí muy bien para asestarla el golpe. Sólo tenía que levantar el brazo y dar media vuelta para tenerla á mano. Pero en el túnel de Batignolles le detuvieron las cintas del sombrero.

—Ahí—pensaba—hay un nudo que va á estorbarme. Quiero tener toda seguridad.

Las dos mujeres continuaban hablando alegremente.

—Según veo, es Ud. feliz.

—¡Feliz.... no lo sabe Ud. bien! Esto ha sido un sueño.... Hace dos años yo no era nada. Usted recordará lo poco que se divertía una en casa de mi tía; además no tenía ni un céntimo de dote.... Cuando venía yo temblaba, tal era el cariño que por él iba sintiendo. Pero era tan hermoso, tan rico.... ¡Y ya es mío, es mi marido, y el bebé es nuestro, suyo y mío! ¡Le digo á usted que esto es demasiado!

Mientras Santiago examinaba el nudo de las cintas, acababa de notar que había debajo, atado á un terciopelo negro, un grueso medallón de oro, y todo lo calculaba.

—La cogeré por el cuello con la mano iz-

quiera y apartaré el medallón echándole la cabeza hacia atrás, para que quede la garganta al descubierto.

El tren se detenía y volvía á salir á cada minuto. Algunos túneles pequeños se habían sucedido, en Courcelles y en Neuilly.

Dentro de un rato, un segundo bastaría.

—¿Ha ido Ud. á baños de mar este verano?—  
repuso la señora anciana.

—Sí, á la Bretaña; hemos permanecido durante seis semanas en el fondo de un rincón perdido, un paraíso. Luego pasamos el mes de Septiembre en el Poitou, en casa de mi suegro, el cual posee por allí grandes bosques.

—¿Y no van ustedes á pasar el invierno al Mediodía?

—Sí, estaremos en Cannes hacia el quince....

Ya está alquilada la casa. Un jardincito delicioso enfrente del mar. Hemos mandado á una persona que todo lo está arreglando para recibirnos.... No es que uno ni otro seamos frioleros, pero es cosa tan buena el sol.... Y en Marzo estaremos de vuelta. El año que viene lo pasaremos en París. Dentro de dos años, cuando la niña esté más fuertecita, viajaremos. ¡En fin, no sé, porque siempre estamos de fiesta en casa!

Rebosaba tal felicidad, que cediendo á su necesidad de expansión, se volvió hacia Santiago, hacia aquel desconocido, para sonreírle. En este movimiento, el nudo de las cintas cambió de sitio, el medallón se apartó y apareció el

uello sonrosado, con un diminuto hoyuelo dorado por la sombra.

Los dedos de Santiago apretaban el mango de la navaja, mientras tomaba una resolución irrevocable.

—Ahí, en ese sitio, es donde daré el golpe. Sí, ahora, bajo el túnel, antes de llegar á Passy.

Pero en la estación del Trocadero un empleado subió, conocía á Santiago y se puso á hablarle del servicio, de un robo de carbón en el que habían sorprendido á un maquinista y á su fogonero. Desde aquel momento todo se enredó y no le fué posible después á Santiago restablecer exactamente el recuerdo de los hechos.

Las risas continuaron en tal desbordamiento de felicidad que Santiago quedó como atontado. Quizás habría ido hasta Auteuil con las dos mujeres: sólo que ya no recordaba si se habían ó no bajado allí. El mismo acabó por hallarse en el borde del Sena sin explicarse cómo estaba en aquel punto.

Lo que sí recordaba muy bien era haber tirado, desde el muelle, la navaja que había tenido en su manga, entre los crispados dedos; y no se daba cuenta de nada más, como si estuviese ebrio, enajenado. Debió andar durante varias horas en las calles y plazas, sin darse cuenta de sí mismo. Gentes y casas pasaban delante de él, todo aparecía de pálido color á sus ojos. Por fuerza había entrado en algún sitio para comer, en el fondo de una sala llena de gente, pues veía muy

claramente en su recuerdo pintarse un montón de platos limpios. Impresión persistente en su recuerdo era para él también la de un anuncio rojo sobre una tienda cerrada. Y todo se hundía luego en un abismo negro, en un caos en donde no había tiempo ni espacio, en el que yacía inerte desde hacía siglos quizás.

Cuando volvió en sí estaba Santiago en su reducido cuarto de la calle Cardinet, tirado al través de su cama, y vestido. El instinto le había llevado allí, como un perro cansado vuelve á su caseta. Además, no recordaba haber subido la escalera ni haberse dormido. Se despertaba de un sueño pesado y se asustaba al entrar brusca-mente en posesión de sí mismo, como después de un desmayo prolongado. Quizás había dormido tres horas, quizás tres días. Y de repente recordó la noche pasada con Severina, la confesión del crimen, y su salida de fiera en busca de sangre. Había estado fuera de su ser y ahora se hallaba de nuevo con el estupor que le ocasionaba el recuerdo de las cosas que habían sucedido sin que su voluntad tomara parte en ellas. Al pensar que Severina le esperaba, de un salto se puso en pie. Miró su reloj, eran ya las cuatro; y con la cabeza vacía, muy tranquilo como después de una fuerte sangría, se apresuró á volver al callejón sin salida de Amsterdam.

Hasta las doce durmió Severina profundamente. Cuando se despertó, extrañada de no verle aún allí, encendió la estufa; y ya vestida, muerta de hambre, se decidió, á eso de de las cuatro, á

bajar á comer en una fonda de la vecindad. Cuando Santiago llegó acababa de subir al cuarto, después de haber ido á hacer algunas compras.

—¡Oh, querido mío, qué inquieta estaba!

Y se colgó de su cuello, fijando su vista en la del joven.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

El, rendido, y sintiendo la carne saciada, tranquilizaba á Severina, pero frío y sin alterarse.

—Pues nada, un trabajo fastidioso. Cuando la toman con uno no le sueltan.

Entonces, bajando la voz, se hizo ella humilde y púsose con él muy zalamera.

—Figúrate que me imaginaba..... ¡Oh, una ocurrencia enojosa que me apenaba tanto!..... Sí, me imaginaba que después de lo que te he confesado ya no me ibas á querer!..... ¡Y creí que te habías marchado para no volver ya nunca, nunca!

Algunas lágrimas acudieron á sus ojos y estalló en sollozos, estrechándole apasionadamente entre sus brazos.

—¡Ah, querido mío, si tú supieses qué necesidad tengo de que sean buenos conmigo!..... Quiéreme, quiéreme mucho, porque sólo tu amor puede hacerme olvidar..... Y ahora que te he contado todos mis pesares, no me dejes, ¡oh! ¡te lo suplico!

Santiago se dejó seducir por aquel enternecimiento. Una reacción invencible aflojaba poco á poco sus nervios y murmuró:

—No, no, yo te quiero, no tengas miedo.

Y lleno de emoción lloró también, bajo el fatal influjo de aquella enfermedad abominable que de nuevo se apoderaba de él, enfermedad de la que nunca se vería curado. Era su sentimiento una vergüenza, una desesperación sin límites.

—¡Quiéreme, quiéreme tú también con todas tus fuerzas, pues lo necesito tanto como tú!

Severina se estremeció y quiso enterarse.

—¿Tú tienes disgustos? pues dímelos.

—No, no, disgustos no; cosas que no existen, tristezas que me hacen muy desgraciado, sin que ni siquiera pueda hablar de ellas.

Ambos se abrazaron, confundiendo la espantosa melancolía de su dolor. Era un sufrimiento infinito, sin olvido posible, sin perdón. Lloraban y sentían sobre sus hombros las fuerzas ciegas de la vida, la cual se compone de lucha y de muerte.

—Vamos— dijo Santiago desasiéndose el primero— ya es tiempo de pensar en la marcha.... Esta noche estarás en el Havre.

Severina, triste, con mirada dolorosa y vaga, murmuró después de un silencio:

—¡Y si fuese libre, si no tuviera á mi marido!.... ¡Ah! ¡qué felices seríamos juntitos, y qué pronto olvidáramos!

Hizo él un gesto violento y pensó en voz alta:

—Y claro está que no podemos matarle.

Severina le miró fijamente y Santiago se estremeció, extrañándose por haber dicho aquello en que nunca había pensado.

Puesto que quería matar, ¿por qué no mataba á aquel hombre que les estorbaba? Y cuando echó á correr al Depósito, Severina le cogió de nuevo en sus brazos, cubriéndole de besos.

—¡Oh, bien mío, quiéreme mucho!—Yo te querré mucho más, muchísimo más todavía, y ya verás qué felices somos.

## IX

En el Havre, en los días siguientes, Santiago y Severina estuvieron muy reservados, llenos de inquietud. Puesto que Roubaud lo sabía todo, ¿no iba á acecharlos, á sorprenderlos, para vengarse de ellos dando un escándalo?

Recordaban sus arrebatos celosos, sus brutalidades de antiguo mozo de tren, pegando á puño cerrado. Y precisamente les parecía, al verle tan pesado, tan mudo, con su mirada turbia, que meditaba alguna ferocidad cazarra, alguna alevosía que les pusiese á merced suya. Así es, que durante el primer mes no se vieron sino con mil precauciones, siempre en acecho.

Roubaud se ausentaba cada vez más. Quizás no desapareciese de aquella manera, sino para volver de improviso y encontrarlos el uno en brazos del otro. Pero ese temor no se realizaba. Al contrario, de tal modo se prolongaban sus

—No, no, yo te quiero, no tengas miedo.

Y lleno de emoción lloró también, bajo el fatal influjo de aquella enfermedad abominable que de nuevo se apoderaba de él, enfermedad de la que nunca se vería curado. Era su sentimiento una vergüenza, una desesperación sin límites.

—¡Quiéreme, quiéreme tú también con todas tus fuerzas, pues lo necesito tanto como tú!

Severina se estremeció y quiso enterarse.

—¿Tú tienes disgustos? pues dímelos.

—No, no, disgustos no; cosas que no existen, tristezas que me hacen muy desgraciado, sin que ni siquiera pueda hablar de ellas.

Ambos se abrazaron, confundiendo la espantosa melancolía de su dolor. Era un sufrimiento infinito, sin olvido posible, sin perdón. Lloraban y sentían sobre sus hombros las fuerzas ciegas de la vida, la cual se compone de lucha y de muerte.

—Vamos— dijo Santiago desasiéndose el primero— ya es tiempo de pensar en la marcha.... Esta noche estarás en el Havre.

Severina, triste, con mirada dolorosa y vaga, murmuró después de un silencio:

—¡Y si fuese libre, si no tuviera á mi marido!.... ¡Ah! ¡qué felices seríamos juntitos, y qué pronto olvidaríamos!

Hizo él un gesto violento y pensó en voz alta:

—Y claro está que no podemos matarle.

Severina le miró fijamente y Santiago se estremeció, extrañándose por haber dicho aquello en que nunca había pensado.

Puesto que quería matar, ¿por qué no mataba á aquel hombre que les estorbaba? Y cuando echó á correr al Depósito, Severina le cogió de nuevo en sus brazos, cubriéndole de besos.

—¡Oh, bien mío, quiéreme mucho!—Yo te querré mucho más, muchísimo más todavía, y ya verás qué felices somos.

## IX

En el Havre, en los días siguientes, Santiago y Severina estuvieron muy reservados, llenos de inquietud. Puesto que Roubaud lo sabía todo, ¿no iba á acecharlos, á sorprenderlos, para vengarse de ellos dando un escándalo?

Recordaban sus arrebatos celosos, sus brutalidades de antiguo mozo de tren, pegando á puño cerrado. Y precisamente les parecía, al verle tan pesado, tan mudo, con su mirada turbia, que meditaba alguna ferocidad cazarra, alguna alevosía que les pusiese á merced suya. Así es, que durante el primer mes no se vieron sino con mil precauciones, siempre en acecho.

Roubaud se ausentaba cada vez más. Quizás no desapareciese de aquella manera, sino para volver de improviso y encontrarlos el uno en brazos del otro. Pero ese temor no se realizaba. Al contrario, de tal modo se prolongaban sus

ausencias, que ya no se le veía, escapándose en cuanto estaba libre, volviendo únicamente en el momento preciso que el servicio lo reclamaba. Las semanas que estaba de día hallaba medio, á las diez, de almorzar en cinco minutos, desapareciendo luego hasta las once y media; y por la tarde á las cinco, en cuanto venía á reemplazarlo su colega, ya estaba otra vez fuera, quizás para no volver á casa en toda la noche. Apenas dormía algunas horas. Lo mismo sucedía con las semanas de servicio de noche; libre entonces desde las cinco de la mañana, comía y dormía fuera sin duda, pues nunca regresaba hasta las cinco de la tarde.

Durante largo tiempo, en medio de aquel desorden, había conservado una puntualidad de empleado modelo, siempre presente en el minuto preciso, tan cansado á veces, que no se podía tener de pie, mas activo, sin embargo, concienzudo en su trabajo. Pero ahora aflojaba. Ya dos veces el otro subjefe, Moulín, tuvo que esperarle por espacio de una hora; un día, después de almorzar, al saber que no se presentaba, fué á reemplazarlo, como buen compañero que era, para evitarle una reprimenda. Y todo el servicio de Roubaud principiaba á resentirse de aquella desorganización lenta. Ya no era el hombre activo, que ni despachaba ni recibía un tren, sino después de haberlo examinado todo, consignando los detalles más insignificantes en el oficio que dirigía al jefe de estación, y siendo duro con los demás y consigo mismo.

Por la noche se dormía con un sueño pesado, en el fondo de la butaca de su despacho. Aun despierto parecía estar dumiendo; iba y venía por el andén con las manos cruzadas detrás de la espalda, dando con voz monótona órdenes, cuya ejecución no vigilaba.

Mas el servicio continuaba bien, á pesar de todo, por la fuerza de la costumbre; tan sólo hubo de ocurrir un choque debido á negligencia suya: un tren de viajeros lanzado sobre la vía de resguardo. Sus colegas se reían de él, diciendo por todas partes que Roubaud estaba siempre de juerga.

La verdad era que el subjefe vivía ahora en el primer piso del café del Comercio, en la salita aislada, convertida poco á poco en garito. Decían que iban allí mujeres todas las noches; pero en realidad sólo acudía una, la querida de un capitán retirado, la cual tenía lo menos cuarenta años, y era jugadora deshecha, y mujer sin seso. Roubaud sólo satisfacía la tétrica pasión del juego, despertada en él al otro día del crimen, por la casualidad de una partida de *piquet*; pasión acrecentada luego y cambiada en costumbre imperiosa, merced al olvido absoluto y anodamiento que le proporcionaba. Aquella pasión le poseía hasta el punto de ahuyentar el deseo de la mujer en aquel varón brutal; le tenía cogido por completo, como la única saciedad que contentaba sus apetitos. Y no era que le atormentara la necesidad de olvidar; pero en medio de la sacudida que desconcertaba su in-

terior, en medio de su existencia envenenada, había hallado el consuelo, el aturdimiento de felicidad egoísta que podía gozar á solas; y todo se hundía en el fondo de aquella pasión que acababa de desorganizarlo. No le habría proporcionado el alcohol horas más ligeras, más rápidas ni más independientes. Hasta se había librado de las zozobras de la vida, parecíale vivir con una intensidad extraordinaria, pero lejos, despreocupado, sin que ya hiciesen mella en él los disgustos que antes tanto le amargaban.

Y disfrutaba buena salud, fuera del cansancio de las noches pasadas en vela; hasta engordaba, llenándose de una grasa pesada y amarilla; tenía pesados y carnosos párpados sobre sus ojos turbios. Cuando volvía á su casa lentamente, haciendo gestos adormilados, todo le causaba un soberano desprecio.

La noche en que Roubaud había ido á coger los trescientos francos en oro, bajo el pavimento, quería pagar al Sr. Cauche, el comisario de vigilancia, á consecuencia de varias pérdidas sucesivas. Este, jugador encanecido, estaba dotado de una sangre fría que le hacía temible. Decía que sólo jugaba por pasar el rato; veíase obligado, dadas sus funciones de magistrado, á conservar las apariencias de antiguo militar, solterón, viviendo en el café, como un parroquiano asiduo y tranquilo; lo cual no le impedía barajar los naipes durante toda una noche y llevarse el dinero de los demás. Habían corrido al-

gunos rumores que le acusaban también de descuidar tanto sus funciones que se trataba de obligarlo á hacer dimisión.

Pero las cosas iban despacio; habiendo tan poco trabajo ¿por qué exigir más actividad? Y se contentaba con presentarse un instante sobre los andenes, donde todos le saludaban.

Tres semanas después, Roubaud debía aún cerca de cuatrocientos francos al señor Cauche. Había dicho que la herencia de su mujer les permitía vivir con mucho desahogo; pero añadía, riéndose, que ésta tenía las llaves de la caja, lo cual excusaba su lentitud en pagar las deudas de juego. Una mañana que estaba solo, acosado por la necesidad, levantó de nuevo el friso y cogió en el escondite un billete de mil francos. Todos sus miembros temblaban, no había experimentado semejante emoción la noche en que sacó el oro: sin duda consideraba que aquello era sólo un piquillo, y que entonces, con aquel billete, era cuando principiaba el robo. Un mal-estar erizaba su carne, pensando en aquel dinero sagrado, al que había jurado no tocar nunca. También en otro tiempo juró dejarse morir de hambre antes que robar, y luego robó. No podría decir cómo se habían ido desvaneciendo sus escrúpulos, sin duda un poco cada día, por la lenta fermentación del crimen.

Al llegar al fondo del hoyo creyó sentir humedad y algo blando y nauseabundo que le causó horror. Vivamente colocó de nuevo el friso, jurando cortarse la mano antes que tocara otra vez aquello.

Su mujer no le había visto, y aliviado respiró, bebiendo un vaso de agua para reponerse. Su corazón latía de gozo al pensar en aquella deuda pagada y en aquella gran cantidad que jugaría.

Però cuando llegó la hora de cambiar el billete, la angustia de Roubaud recommenzó. Antes era valiente y se habría entregado á no haber cometido la tontería de mezclar á su mujer en aquellos belenes; mientras que ahora, sólo con pensar en los gendarmes, sentía correr por su cuerpo un sudor frío.

Por más que supiese que la justicia no tenía los números de los billetes desaparecidos, y que además dormía la causa, enterrada para siempre en las carpetas del sobreesimiento, el espanto se apoderaba de Roubaud no bien trataba de entrar en algún sitio para pedir cambio.

Durante cinco días conservó el billete en su bolsillo; y era para Roubaud una costumbre continua, una necesidad, tentarlo, cambiarlo de sitio, y no separarse de él durante la noche.

Construía planes muy complicados, tropezando siempre con temores imprevistos. Primero buscó en la estación: ¿por qué no se lo cambiaría un colega empleado en el despacho de billetes? Mas pareciéndole aquello sumamente peligroso, se le ocurrió ir sin su gorra de uniforme á la otra extremidad del Havre á comprar cualquier cosa. Sólo que ¿no se extrañarían de verle pedir cambio de aquella cantidad por el objeto insignificante que pudiera comprar?

Y por fin decidió cambiar el billete en el estanco del paseo Napoleón, en donde entraba diariamente: ¿no era esto lo más sencillo? Bien sabía la estanquera que había heredado, y por consiguiente, ningún recelo podía tener.

Llegó hasta la puerta, pero se sintió desfallecer y bajó hacia la dársena de Vauban para animarse.

Después de media hora de paseo volvió, sin decidirse aún.

Y aquella misma noche, en el café del Comercio, estando allí el señor Cauche, una brusca valentona le hizo sacar el billete del bolsillo, pidiendo á la dueña del café que se lo cambiara; mas como ella no tenía cambio, mandó al camarero al estanco. Hasta chancaron sobre el billete, que parecía nuevecito, aunque su fecha era de diez años.

El comisario de vigilancia lo había cogido y le daba vueltas, diciendo que seguramente el tal billetito debía haber dormido en el fondo de algún hoyo; lo cual dió lugar á que la querida del capitán retirado se hundiese en una historia interminable de fortuna escondida y después encontrada debajo del mármol de una cómoda.

Pasaron semanas, y aquel dinero que Roubaud tenía entre manos, acababa de irritar su pasión. No era que jugase fuertes sumas, sino que una mala suerte le perseguía, tan constante y tan negra, que las pequeñas pérdidas diarias, sumadas, llegaban á formar grandes cantidades. Hacia el final del mes se encontró de

nuevo sin un cuarto, debiendo ya de palabra algunos francos, enfermo por no atreverse á tocar un naípe.

Luchó, y sin embargo, estuvo á punto de guardar cama.

El recuerdo de los nueve billetes que dormían allí, bajo el pavimento del comedor, era para él una tentación de cada minuto; los veía al través de la madera, sentía que calentaban las suelas de su calzado. ¡Y pensar que si hubiese querido, todavía podría coger uno! Pero esta vez, bien jurado estaba, se quemaría la mano antes que registrar. Al quedarse dormida Severina una noche más temprano que de costumbre, cediendo Roubaud, levantó el friso con rabia, y se sintió aquel hombre ahogado por tal tristeza que sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Para qué resistir así? No sería sino un sufrimiento inútil, puesto que habría de irlos cogiendo hasta el último, uno á uno.

A la siguiente mañana notó Severina por casualidad un roce reciente en el ángulo del friso. Se bajó y vió rastros de haber sido removido aquello. Bien claro estaba que su marido continuaba cogiendo dinero. Y le extrañó la cólera que se apoderó de ella, pues generalmente no era interesada; además que también se creía resuelta á morir de hambre antes que tocar aquellos billetes manchados de sangre. ¿Pero no eran suyos tanto como de su marido? ¿Por qué disponía de ellos, ocultándose, y aun evitando consultarla?

Hasta la hora de comer estuvo atormentada por la necesidad de saber algo fijo acerca de aquello, y á su vez quiso levantar también el friso; pero sintió en sus cabellos como un aliento frío al pensar en descubrir sola el escondite. ¿Podría el muerto levantarse de aquel hoyo? Este miedo de niño la hizo tan insoportable el comedor, que se llevó su labor y se encerró en su cuarto.

Por la noche, mientras ambos comían en silencio un resto de guisado, nueva irritación la puso fuera de sí, al ver á Roubaud echar ojeadas involuntarias hacia el ángulo del pavimento.

—¿Has cogido más, eh?—preguntó ella bruscamente.

Levantó él la cabeza, y mostró el rostro lleno de extrañeza.

—¿Qué?

—Vamos, no te hagas el inocente, de sobra me comprendes.... Pues escucha: no quiero que cojas más, pues tanto es mío como tuyo, y yo me pongo enferma al saber que tocas ahí.

Generalmente, Roubaud evitaba las disputas. La vida común no era ya sino el contacto obligado de dos seres ligados uno á otro, pasando días enteros sin cruzar una palabra, yendo y viniendo el uno al lado del otro, como extraños, indiferentes y solitarios. Así es que se contentó con alzar los hombros, rehusando toda explicación.

Pero ella estaba muy excitada, quería acabar con la cuestión de aquel dinero escondido,

que venía siendo su pesadilla desde el día del crimen.

—Quiero que me contestes..... Atrévete á decirme que no has cogido más dinero.

—¿Y á ti qué te importa?

—Me importa, porque me pone mala. Hoy mismo, sin ir más lejos, he tenido miedo, no he podido quedarme aquí. Cada vez que registras ahí tengo sueños espantosos durante tres noches..... nunca hablamos de eso; y por consiguiente, estate quieto y no me obligues á que hable.

Roubaud la contemplaba con sus ojos saltones y fijos, y repitió arrastrando las palabras.

—¿Qué te importa que toque yo eso, si no te obligo á que me imites? Es cosa mía, es para mí.

Estuvo Severina á punto de hacer un gesto de violencia, pero lo reprimió. Y luego, fuera de sí, con semblante en el cual se reflejaba el sufrimiento y el asco, dijo:

—Mira, no te comprendo..... Antes, sin embargo, eras un hombre honrado; nunca hubieras cogido un céntimo de nadie..... Y lo que hiciste podría perdonarse, porque estabas loco, tan loco como loca me habías puesto á mí..... Pero ese dinero ¡ah! ese dinero abominable que ya no debería existir para tí, y que vas robando cuarto á cuarto para tu placer..... ¿Qué es lo que te sucede? ¿cómo puedes haber descendido á tan bajo extremo?

El la escuchaba, y en un minuto de lucidez también se extrañó de haber llegado en su de-

gradación hasta el robo. Las frases de la lenta desmoralización se borraban, no podía reanudar lo que el crimen había roto en torno suyo.

Su hogar estaba deshecho, su mujer se alejaba de su lado enemistada y hostil; pero como esto era ya irreparable, Roubaud hizo un gesto, por el cual quiso demostrar que desechaba reflexiones importunas, y dijo:

—Cuando un hombre se aburre en su casa, va á distraerse fuera. Puesto que ya no me quieres.....

—¡Oh, no, ya no te quiero!

La miró y dió un puñetazo sobre la mesa. Subióle, en esto, á la cara una ola de sangre.

—¡Pues entonces vete á paseo! ¿Acaso te impido yo que te diviertas? ¿Me meto yo á juzgar tus acciones?.... Muchas son las cosas que un hombre honrado haría en mi lugar, y sin embargo, no las hago. Por de pronto, debería echarte fuera con un puntapié en el trasero. Y después quizás yo ya no robaría.

Severina estaba muy pálida, pues con frecuencia había pensado que cuando un hombre celoso se ve atormentado por el vicio que le domina hasta el punto de hacerle que tolere un querido á su mujer, da indicios de padecer una gangrena moral, cada vez más grande, capaz de matar los demás escrúpulos, desorganizando toda la conciencia. Pero Severina se apartaba de aquello rehusando aceptar responsabilidad alguna. Y con voz agitada, gritó:

—Te prohibo tocar el dinero.

Roubaud había acabado de comer. Tranquilamente dobló su servilleta y se levantó, diciendo con tono zumbón:

—Mira, si quieres vamos á repartir.

Y ya se bajaba como para levantar el friso, cuando ella se precipitó poniendo el pie sobre el solado.

—¡No, no! Ya sabes que preferiría morir.... No abras eso. ¡No, no! ¡delante de mí no!

Severina aquella misma noche tenía cita con Santiago detrás de la estación de mercancías.

Al volver, después de las doce, la escena de la comida se evocó, teniendo Severina que encerrarse con llave dentro de su cuarto. Roubaud estaba de servicio de noche y no temió Severina que su marido subiera á acostarse, cosa que pocas veces sucedía.

Quedóse cubierta hasta la barba con la sábana, después de haber bajado la luz de la lámpara, mas no pudo dormirse. ¿Por qué había rehusado el reparto? Ya no era tan viva la lucha de su honradez al pensar en aprovecharse de aquel dinero. ¿No había aceptado el legado de la Croix-de-Maufras?

Pues también podía coger el dinero. Mas enseguida volvía el espanto. ¡No, no, nunca! Sí, habría cogido el dinero; pero lo que no se atrevía á tocar sin temor á que se le abrasaran los dedos, era aquel dinero robado sobre un muerto, el abominable dinero del crimen. De nuevo se calmaba, raciocinaba; no lo habría cogido para gastarlo; al contrario, lo habría escondido en otra

parte, en un sitio que ella sola conocía, donde hubiera dormido eternamente, y además, siempre sería una mitad de la suma salvada de manos de su marido. No triunfaría mirando todo el dinero; no iría á jugar lo que era de ella.

Cuando el cuco dió las tres, estaba Severina deplorando amargamente haber rehusado el reparto. Se le ocurría una idea confusa, lejana aún; levantarse, registrar bajo el pavimento para que nada le quedara á Roubaud. Sólo que se sentía helada de terror y abandonó aquel pensamiento. ¡Cogerlo todo, guardarlo, sin que él se atreviese siquiera á quejarse! Aquel proyecto se imponía poco á poco en su espíritu, en tanto que una voluntad más fuerte que su resistencia nacía de las profundidades inconscientes de su ser. No quería, y sin embargo saltó bruscamente de la cama, pues no podía resistir á aquel impulso. Dió más luz á la lámpara, pasando luego al comedor.

Desde aquel minuto Severina ya no tembló. Sus terrores desaparecieron y procedió fríamente, con gestos lentos como los de un sonámbulo. Tuvo que buscar el hierro de atizar la lumbré, que era con lo que Roubaud levantaba el friso. Y cuando ya quedó descubierto el hoyo, como no veía bien, acercó la lámpara por encima, en el borde de la mesa. Mas un estupor la clavó allí, inclinada, inmóvil; el hoyo estaba vacío. Claro era que mientras ella corría á su cita, Roubaud, atormentado por el mismo deseo, se había adelantado para cogerlo todo y guardarlo; de un golpe había cogido todos los bille-

tes, sin dejar uno. Severina se arrodilló, no viendo en el fondo más que el reloj y la cadena, cuyo oro relucía entre el polvo de las viguetas. Una rabia fría la tuvo allí un instante rígida, medio desnuda, repitiendo varias veces en voz alta:

—¡Ladrón! ¡ladrón! ¡ladrón!

Luego, con un movimiento furioso, cogió el reloj; una gruesa araña negra, molestanda, echó á correr por el yeso. Severina puso en su sitio el friso á taconazos y volvió á acostarse, dejando la lámpara sobre la mesa de noche; cuando entró en calor miró el reloj, que había conservado en su puño apretándolo, y lo miró, examinándolo largo rato. Sobre la tapa tenía las dos iniciales del presidente, entrelazadas. En el interior leyó el número 2.516, un número de fábrica. Era una joya muy peligrosa de guardar, pues la justicia conocía aquel número.

Severina en la ceguedad de su ira por no haber podido salvar más que aquello, no tenía miedo: Hasta notaba que se habían acabado sus pesadillas, toda vez que no existía ya ningún cadáver bajo el solado.

Le sería posible á Severina andar libremente por su casa, á su antojo. Puso el reloj debajo de la almohada, apagó la lámpara y se durmió.

Al otro día, Santiago, libre todo el día, esperó que Roubaud se marchará al café del Comercio, según su costumbre, para subir á almorzar con Severina. Mientras duró la comida, estuvo ésta nerviosa y habló del dinero, contándole cómo había encontrado vacío el escondrijo.

El rencor que sentía contra su marido no se apaciguaba. El mismo grito volvía á repetirse.

—¡Ladrón! ¡ladrón! ¡ladrón!

Severina trajo el reloj, empeñándose en dárselo á Santiago, á pesar de la repugnancia que éste oponía á recibirlo.

—Comprende una cosa, querido mío, y es que nadie irá á buscarlo á tu casa. Si lo dejo aquí, también se lo llevará mi marido, y mira, preferiría dejar que me arrancase un pedazo de carne... No, harto se ha llevado ya. No es que quisiera yo aquel dinero; me causaba horror, nunca habría gastado un cuarto de los tales billetes; pero ¿tenía derecho él para aprovecharse de ellos? ¡Oh! ¡le odio!

Y lloraba, insistiendo con tales súplicas, que el joven acabó por guardar el reloj en el bolsillo del chaleco.

Pasó una hora y Santiago conservaba todavía á Severina sobre sus rodillas, medio desnuda, recostada contra su hombro, abrazada á su cuello, prolongando de este modo una lánguida caricia, cuando Roubaud, que poseía la llave del cuarto, apareció. Un salto brusco puso en pie á Severina. Roubaud la cogía *in fraganti*, era inútil negar. El marido quedó parado, no pudiendo adelantar un paso, en tanto que el amante, estupefacto, siguió sentado sobre su silla. Entonces, Severina no se cortó apelando á una explicación cualquiera, sino que se adelantó repitiendo rabiamente:

—¡Ladrón! ¡ladrón! ¡ladrón!

Durante un segundo, Roubaud titubeó. Luego, con el movimiento de hombros que le era habitual cuando afectaba quitarse de encima todo cuidado, entró en el cuarto y cogió un libro de apuntes de servicio, que había olvidado al salir. Mas ella le perseguía, le abrumaba.

—¡Has registrado el escondrijo, atrévete á decir que no!... ¡Y has cogido todo el dinero! ¡ladrón! ¡ladrón! ¡ladrón!

Sin decir una palabra, Roubaud atravesó el comedor.

Sólo cuando estuvo en la puerta se volvió, dirigiéndola una torva y dura mirada.

—No me hagas la santísima, ¿eh?

Y se fué, sin que se oyera el ruido hecho por él al cerrar la puerta. Parecía que Roubaud nada había visto; ninguna alusión hizo al amante allí presente.

Al cabo de un gran silencio, Severina se dirigió hacia Santiago diciéndole:

—¿Qué te parece?

Este, que no había dicho palabra alguna, se levantó, y dió su opinión.

—Es hombre al agua.

Ambos convinieron en ello. A la sorpresa que la causaba ver el amante tolerado, después del amante asesinado, sucedía un asco por el marido complaciente. Cuando un hombre llega á ese punto, está ya en el lodo y puede revolcarse en todos los fangos.

Desde aquel día, Santiago y Severina tuvie-

ron toda libertad, aprovechándola sin ocuparse para nada de Roubaud. Pero ahora que el marido ya no les inquietaba, su gran pesadilla era el espionaje de la señora Lebleu, la vecina que siempre estaba en acecho. No había duda, algo sospechaba. Por más que cuando iba á visitar á su amada, Santiago cuidaba de moderar el ruido de sus pasos, veía entreabrirse imperceptiblemente la puerta de enfrente, mientras que por una rendija distinguía una persona que le observaba. Aquello se le iba haciendo intolerable; ya no se atrevía á subir, pues al arriesgarse, sabía que estaba allí la Lebleu, sin despegar el oído de la cerradura; de modo que no les era posible á los amantes darse un beso, ni podían hablar siquiera con libertad. Entoices fué cuando Severina, exasperada ante aquel nuevo obstáculo que se oponía á su pasión, volvió á emprender contra los Lebleu su olvidada campaña, para ocupar de nuevo la antigua habitación. Sabido era que siempre había vivido allí el subjefe.

Mas no eran ya las vistas magníficas, las ventanas dando sobre el patio de la salida, y sobre las alturas de Ingonville, lo que ella apetecía. La única razón de su deseo, razón que no confesaba, era que el cuarto tenía una segunda entrada, una puerta que daba á la escalera de servicio. Santiago podría entrar y salir por allí, sin que la señora Lebleu sospechase siquiera la realización de tales visitas. En una palabra, estarían libres.

La batalla fué terrible. Aquella cuestión, que

otras veces había apasionado todo el pasillo, surgió, haciéndose de hora en hora más enconada. La señora Lebleu, ante la amenaza, se defendía desesperadamente, segura de morir si la encerraban en la negra habitación de la parte posterior del edificio, que se hallaba cerrada por la plancha de plomo de la marquesina; cuarto triste como un calabozo.

¿Cómo querían que viviese en el fondo de aquel agujero, acostumbrada como estaba á su cuarto tan claro, abierto sobre el vasto horizonte, y donde alegraba su ánimo el continuo movimiento de los viajeros? Además, sus piernas la prohibían todo paseo, ya sólo tendría ante sí la vista de un techo de zinc. Así que valía aquello como si se propusieran matarla enseguida. Por desgracia, estas razones sólo eran sentimentales, y bien obligada se veía á confesar que el cuarto le había sido cedido por el antiguo subjefe, el predecesor de Roubaud, que por ser soltero, tuvo la galantería de ofrecérselo; y hasta debía existir una carta de su marido comprometiéndose á devolverlo, si algún nuevo subjefe lo reclamaba. Mas como no se había encontrado aún la carta, la señora de Lebleu negaba la existencia de dicho papel.

A medida que su causa tomaba peor aspecto, la Lebleu se hacía más violenta, más agresiva. Por un momento trató de interesar en su empeño, comprometiéndola, á la mujer de Moulin, el otro subjefe, la cual, según la señora Lebleu, vió que besaban algunos hombres en la escalera

á la señora de Roubaud; y Moulin se había enfadado, pues su mujer, muy dulce y por completo indiferente á todo, juraba, llorando, no haber visto ni haber dicho nunca cosa alguna. Durante ocho días aquella chismografía desencadenó la tempestad, de una á otra punta del pasillo.

Pero la falta mayúscula cometida por la señora de Lebleu, la que debía ocasionar su derrota, era estar siempre irritando, con un espionaje obstinado, á la señorita Guichón, la expendedora de billetes. La idea fija que tenía de que la señorita Guichón iba todas las noches á ver al jefe de estación, y la necesidad de sorprenderla, necesidad ya enfermiza, y tanto más aguda cuanto que desde hacía dos años venía entregándose al acecho, sin haber podido sorprender la menor cosa, ni un cuchicheo, era la manía constante de la Lebleu que, sin embargo, estaba cierta de que dormían juntos, lo cual la ponía loca.

De suerte que la señorita Guichón, furiosa al no poder entrar ni salir sin espías que trataran de sorprenderla, influía ahora para que la echaran á la habitación del patio; así les separaría un cuarto, y siquiera no la tendría enfrente ni se vería obligada á pasar por delante de su puerta.

Bien claramente se comprendía que el señor Dabadie, el jefe de estación, hasta ahora desinteresado en la lucha, se ponía cada día más en contra de los Lebleu: grave señal.

Otros disgustos complicaron la situación. Fi-

lomena, que ahora llevaba huevos frescos á Severina, era muy insolente cada vez que encontraba á la señora de Lebleu; y como ésta dejaba á propósito su puerta abierta, para fastidiar á todo el mundo, mediaban continuamente, al pasar Filomena, palabras desagradables entre las dos mujeres. La intimidad de Severina y Filomena había llegado hasta las confidencias; esta última hacía los encargos de Santiago junto á su querida, cuando él no se atrevía á subir. Filomena llegaba con los huevos, cambiaba las citas, y daba cuenta de todo. A veces Santiago, cuando se presentaba un obstáculo, se quedaba gustoso en la casita de Sauvagnat, el jefe de Depósito.

Iba allí con su fogonero Pecqueux, como si, necesitando olvidar, temiese vivir solo parte de la noche. Es más, cuando el fogonero desaparecía para ir de juerga á las tabernas de marineros, entraba Santiago en casa de Filomena, la encargaba algún recado, se sentaba y ya no salía de allí. Ella, poco á poco, mezclada en aquel amor de Santiago y Severina, se enternecía, pues hasta entonces sólo había conocido amantes brutales. Las manos pequeñas y los modales corteses de aquel muchacho tan triste y tan dulce, le parecían golosinas que aún no había probado.

Con Pecqueux tomaba tan sólo el plato del día: las consecuencias de las borracheras y más golpes que caricias; mientras que cuando Filomena llevaba una palabra amable del maquinista á la mujer del subjefe, saboreaba, como

si estuviera interesada en ello, el gusto delicado de la fruta prohibida.

Un día le contó sus pesares, se quejó del fogonero, un cazurro, decía ella, con su carita risueña, muy capaz de dar un mal golpe cuando estaba borracho.

Notó Santiago que cuidaba más su grande y ardiente cuerpo de yegua delgada, codiciable, á pesar de todo, por sus hermosos ojos de pasión; observando que se emborrachaba menos, y que tenía la cara menos sucia.

Su hermano Sauvagnat, al oír cierta noche una voz de hombre, entró con la mano ya preparada para pegarla; pero al reconocer al joven que estaba allí, se contentó con ofrecerle una botella de sidra.

Santiago, bien recibido y curado allí de su tormento, parecía estar á gusto en aquella casa.

Así es que Filomena le demostraba una amistad cada vez más viva á Severina, diciendo pestes de la señora de Lebleu, á quien llamaba vieja bribona.

Una noche que se encontró con los dos amantes detrás de su jardincillo, los acompañó en la sombra hasta la casucha en donde generalmente se ocultaban.

—Es Ud. demasiado buena. Puesto que el cuarto le corresponde á Ud., yo si que la sacaría de allí por los pelos.... ¡Arrímelé Ud. una buena solfa!

Pero Santiago no era partidario de armar escándalo.

—No, no, el señor Dabadie se ocupa de eso; es mejor esperar que las cosas sigan sus pasos normales.

—Antes que concluya el mes—dijo Severina—dormiré en la otra habitación, y podremos vernos á cada momento.

A pesar de las tinieblas, Filomena la sintió, al decir aquello, estrechar tiernamente el brazo de su amante. Y les dejó para regresar á su casa. Mas oculta en la sombra, á treinta pasos de allí, se paró, volviéndose. Causábale una gran emoción el saber que estaban allí juntos.

Sin embargo, no era celosa; tenía únicamente la necesidad ignorante de amar y ser amada así.

Santiago cada día se entristecía más. Ya dos veces, pudiendo ver á Severina, había inventado pretextos para excusarse; y si alguna vez se entretenía en casa de los Sauvagnat, era también para evitar el ver á su amada.

No dejaba de quererla con un deseo exasperado, que había ido en aumento; pero en sus brazos, el espantoso mal se apoderaba de nuevo de él: un vértigo tal, que enseguida se desasía de ella, aterrado al notar que ya no era el mismo, y sintiendo dentro de sí algo como un instinto de bestia dispuesta á morder. Quiso echarse de nuevo en la fatiga de los largos viajes, solicitando trabajo suplementario, pasando doce horas de pie sobre su máquina, destrozado el cuerpo por la trepidación y abrasados los pulmones por el viento.

Sus compañeros se quejaban del duro trabajo de maquinista, trabajo que, según ellos, en veinte años come á un hombre; Santiago hubiera querido ser comido en seguida, nunca estaba bastante cansado; sólo era feliz cuando la Lisón le arrastraba, sin pensamiento, no conservando más que la vista para notar las señales.

Al llegar á un punto, el sueño le dejaba como muerto, y sin darle siquiera tiempo para poderse lavar. Sólo que al despertar se presentaba otra vez la idea fija. También había tratado de devolver su cariño á la Lisón, pasando horas enteras limpiándola, exigiendo de Pecqueux aceros relucientes como plata. Los inspectores que subían sobre su máquina durante el trayecto, le felicitaban. El hacía un gesto, quedaba descontento, pues sabía muy bien que su máquina, desde que quedó tanto tiempo parada en la nieve, ya no era la máquina robusta, sana y valiente de otro tiempo. Sin duda en la reparación de los émbolos y de los volantes había perdido algo de su alma, ese misterioso equilibrio de vida debido á la casualidad del montaje. Aquello era para él un sufrimiento; aquel decaimiento se convertía en una obsesión dolorosa, que le hacía perseguir á sus superiores con quejas exageradas, pidiendo reparaciones inútiles, é imaginando mejoras impracticables. Se le rehusaban y se volvía más tétrico, convencido de que la Lisón estaba muy enferma y que nada decente se podía hacer ya con ella. Su cariño se descorazonaba; ¿para qué amar, puesto que había de matar cuando amara?

Y Santiago traía á su querida esa rabia desesperada de amor que no podían gastar el sufrimiento ni el cansancio.

Severina había notado que su amante cambiaba, y también se desesperaba ella, creyéndose la causa de la tristeza del joven desde que éste había llegado á saberlo todo. Cuando le veía estremecerse cogido de su cuello evitando sus besos con un movimiento brusco, no era sino que recordaba y que ella le causaba horror. Severina nunca se había atrevido á volver á hablar de aquellas cosas. Se arrepentía de haber hablado, sorprendida por la facilidad de sus confidencias en aquella cama ajena en que ambos habían ardido de pasión, sin recordar en lo más mínimo su antigua necesidad de espontanearse, como satisfecha ya al tenerlo á su lado en el fondo de aquel secreto. Y ella le amaba, deseándole cada vez más desde que nada ignoraba. Era una pasión insaciable; la mujer despertada por fin; un ser hecho únicamente para la caricia; amante por completo y que no era madre. Vivía únicamente por Santiago y no mentía cuando decía desear fundirse en él, pues sólo tenía un anhelo: que la llevase consigo, conservándola en su carne. Siempre tan dulce, muy pasiva, no experimentando más que el placer que la proporcionaba Santiago; hubiese deseado sentir sueños de gata sobre las rodillas de Santiago desde por la mañana hasta por la noche. Del espantoso drama no había conservado más que la extrañeza de haberse visto mezclada en él, así como parecía

haber permanecido virgen y cándida al salir de las manchas de su juventud. Aquello estaba lejos y ella sonreía, y ni siquiera le hubiera guardado rencor á su marido á no haberla éste molestado.

Pero su execración hacia aquel hombre aumentaba á medida que crecía su pasión, la necesidad que por el otro sentía. Ahora que éste nada ignoraba y que la había absuelto, él era el amo, aquel á quien seguiría, el que podía disponer de ella como de una esclava.

Hizo que la diese su retrato: una tarjeta fotográfica; y dormía con los labios pegados sobre la imagen, muy triste desde que le veía pensativo, sin conseguir adivinar por qué razón sufriría él de aquella manera.

Las citas continuarían realizándose fuera mientras llegara el momento de verse en su casa, en el nuevo cuarto conquistado.

El invierno terminaba, el mes de Febrero era muy suave.

Prolongaban sus paseos, andaban durante horas por los terrenos más retirados de la estación; pues él evitaba detenerse, y cuando ella se colgaba de sus hombros, obligado entonces á sentarse y á poseerla, exigía que fuese sin luz, temiendo matarla si veía desnuda la más leve parte de su piel; mientras que no viese, quizás resistiría. En París, adonde ella continuaba siguiéndole todos los viernes, cerraba él cuidadosamente las cortinas del cuarto, so pretexto de que la claridad amenguaba su dicha. Aquel via-

je semanal lo hacía ella ahora sin dar siquiera una explicación á su marido. Para los vecinos continuaba el antiguo pretexto, su rodilla enferma; y también decía que iba á ver á su nodriza la señora Victoria, cuya convalecencia se alargaba en el hospital. Ambos se distraían mucho aún; él estaba muy atento los días en los cuales había andado bien la Lisón y á Severina le encantaba verle menos triste, divertida también por el trayecto, aunque ya principiaba á conocer los más insignificantes ribazos, los árboles del camino. Desde el Havre á Motteville había prados, campos llanos, cortados de setos, vivos plantíos de manzanos, y luego hasta Ronen el país era ya más accidentado y desierto. Después de Rouen, extendíase á la vista el Sena. Lo pasaban en Sotteville, en Oissel, en Pont-de-l'Arche, y luego, al través de grandes llanuras, reaparecía sin cesar anchamente desplegado. Desde Gaillon ya no le dejaban, lo tenían á la izquierda, más lento entre sus orillas bajas, adornadas de álamos y de sauces. Seguían las faldas de los ribazos, abandonando la ría en Boumieres para hallarla bruscamente en Rosny, al salir del túnel de Rolleboise. Era como el amable compañero del camino.

Tres veces aún le franqueaban antes de la llegada. Y ahora se veían Mantes y su campamento entre los árboles, Triel con las manchas blancas de sus yeseras, Poissy, al que cortaban por la mitad, los dos muros verdes del bosque de Saint-Germain; las escarpas de Colombes

llenas de lilas, y por fin, los alrededores de la capital, París adivinado, entrevisto desde el puente de Asnieres, el Arco de Triunfo, á lo lejos, por encima de los edificios leprosos de los barrios extremos, erizados de chimeneas de talleres. La máquina se hundía bajo Batignolles parándose en la estación llena de ruidos, y hasta el anochecer Severina y Santiago se pertenecían, eran libres.

A la vuelta ya era de noche; Severina cerraba los ojos, recordando toda su felicidad.

Pero así por la mañana como por la noche, cada vez que pasaba por la Croix-de-Maufras, asomaba la cabeza, echaba una ojeada prudente sin dejarse ver; estaba cierta de hallar allí, delante de la barrera, á Flora de pie, presentando la bandera en su forro, y envolviendo el tren en su mirada fulgurante como una llama.

Desde que la muchacha, el día de la nieve, les había visto besarse, Santiago había avisado á Severina que desconfiase de ella. No ignoraba el joven con qué pasión de niña salvaje le perseguía Flora desde los albores de su juventud, y sabía que era celosa, de una energía viril, llena de rencor feroz y capaz de matar. Por otra parte, debía saber muchísimas cosas, pues recordaba su alusión á las relaciones del presidente con una señorita de quien nadie sospechaba y ya casada. Si sabía aquello, seguramente había adivinado el crimen: sin duda iba á hablar, á escribir, á vengarse con una denuncia. Pero los días y las semanas pasaron y

## II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

FORMA 1155

UNIVERSITY OF MEXICO

nada nuevo se ofrecía, sólo la veía plantada en su puesto, en el borde de la vía, con su bandera, rígida. Desde el momento en que ella divisaba la máquina, el joven experimentaba la sensación de su ardiente mirada.

Flora le veía á pesar del humo, se apoderaba de él por completo, acompañándole en el relámpago de la velocidad, en medio del estruendo de las ruedas. Y el tren al mismo tiempo era sonado, atravesado, visitado, desde el primer coche hasta el último. Siempre se encontraba á la otra, á la rival, que venía allí todos los viernes. Aunque Severina por una necesidad imperiosa de ver, sólo asomaba un poco la cabeza, Flora ya le había echado la vista encima, cruzándose como espadas las miradas de ambas. El tren huía devorador, y una de ellas quedaba en tierra, no pudiendo seguirle, llena de ira por aquella felicidad que le arrebatava.

Flora parecía crecer, Santiago la veía más alta cada viaje, inquieto al considerar que nada hacía, preguntándose qué proyecto iba á madurar en aquella muchachota taciturna, cuya inmóvil aparición no podía evitarse.

También un empleado, Enrique Dauvergne, el conductor jefe, molestaba á Severina y á Santiago. Justamente estaba encargado de aquel tren del viernes, y se mostraba con una amabilidad fastidiosa para Severina.

Habiendo notado sus relaciones con el maquinista, esperaba que quizás llegase su turno.

A la salida del Havre, las mañanas en que

estaba de servicio, Roubaud se guaseaba; de tal suerte las atenciones de Enrique eran manifiestas: reservaba todo un compartimento para ella, la instalaba y examinaba el calorífero. Un día el marido, que continuaba mostrándose tan amable con Santiago, le designó, con una ojeada, las atenciones del joven, como para preguntarle si estaba dispuesto á tolerar aquello.

Además, en las disputas, acusaba á su mujer de dormir con ambos. A Severina se le figuró que Santiago así lo creía y que esto era la causa de sus tristezas. En medio de sollozos protestó ella de su inocencia, diciéndole que la matara si le era infiel. Entonces Santiago se chancó, muy pálido, besándola y contestándole que sabía que era honrada y que por su parte creía que él no llegaría nunca á matar á nadie.

Las primeras noches de Marzo fueron malísimas, obligándoles á interrumpir sus citas; y los viajes á París, con más algunas horas de libertad, por ellos buscadas, ya no bastaban á Severina. Era en ella una necesidad creciente tener consigo á Santiago, suyo por completo. Habían de vivir juntos los días y las noches sin separarse nunca. El odio que sentía hacia su marido se agravaba; la vida á diario con aquel hombre producía en Severina una irritación enfermiza, intolerable.

Dócil, dotada de una condescendencia de mujer cariñosa, Severina se irritaba en cuanto se trataba de Roubaud, poniéndose furiosa por el menor obstáculo que éste oponía á sus deseos

Entonces parecía como que la sombra de sus cabellos negros nublaba el azul claro de sus ojos. Se volvía huraña, acusaba á su marido de haber estropeado su existencia, hasta el punto de que ya era imposible la vida del uno al lado del otro. ¿No era él autor de todo aquello? Si ya no existía su hogar, si tenía ella un querido, ¿no era culpa suya? La estúpida tranquilidad en que le veía, la mirada indiferente con que Roubaud acogía sus rabietas, la espalda de bestia, el vientre ensanchado, toda aquella grasa que daba á Roubaud cierto aspecto de hombre feliz, exasperaba á Severina aumentando sus internos sufrimientos. Romper con él, alejarse, recomenzar la vida en otra parte, tales eran los únicos pensamientos de Severina. ¡Oh! recomenzar, hacer sobre todo que el pasado no existiese, hallarse de nuevo en un tiempo anterior á todas aquellas abominaciones, encontrarse otra vez tal cual era á los quince años, y amar, y ser amada, y vivir como soñaba entonces! Durante ocho días acarició un proyecto de huida: se marchaba con Santiago y se ocultaban en Bélgica, instalándose allí como un joven matrimonio laborioso. Pero ella ni siquiera le habló de eso, en seguida se presentaron impedimentos, la irregularidad de la situación, el miedo continuo que ambos sentirían, sobre todo, el fastidio de dejar su fortuna á Roubaud, el dinero y la Croix-de-Maufras.

Habían hecho un testamento, por el cual todo quedaba para aquel que sobreviviese de los

dos, y ella se hallaba en poder de Roubaud, en esa tutela legal de la mujer, tutela que le ataba las manos. Antes que marchar abandonando un céntimo, habría preferido morir allí, junto á su marido. Cierta día que éste, demudado el color, subió á decirle que al atravesar por delante de una locomotora, había sentido que uno de los topes le había rozado el codo, pensó Severina que si él hubiese muerto, ella habría quedado libre. Le miraba con sus grandes ojos fijos: ¿por qué demonios no se moría, puesto que ya no le amaba y puesto que él era un estorbo para todo el mundo?

Desde entonces, el sueño de Severina cambió. Roubaud había muerto por un accidente y ella se iba con Santiago á América. Estaban casados, habían vendido la Croix-de-Maufras, y realizado toda la fortuna. Ningún temor dejaban tras de sí. Si se expatriaban era para renacer en brazos uno de otro. Allá, á lo lejos, nada existiría ya de cuanto quería olvidar, podría creer que disfrutaba de una nueva vida. Puesto que se había equivocado, principiaría otra vez la experiencia de la felicidad. El encontraría ciertamente alguna ocupación; también ella emprendería algo; sería aquello la fortuna, tendrían hijos probablemente, y llevarían una nueva existencia de trabajo y de felicidad. En cuanto quedaba sola en la cama por la mañana y durante el día, mientras bordaba, entregábase á aquel ensueño, lo corregía, lo ensanchaba, añadiendo sin cesar detalles felices y acababa por verse colmada de ale-

gría y de dinero. Ella, que antes salía tan poco, tenía ahora la pasión de ver partir los buques; bajaba al muelle, se ponía de codos y seguía el humo del navío hasta que las grandes nubes se confundían con las nieblas de alta mar, y entonces se excitaba, creía estar sobre cubierta con Santiago, ya lejos de Francia, en camino hacia el paraíso soñado.

Una noche de mediados de Marzo, habiéndose atrevido el joven á subir á verla, le contó que acababa de traer de París, en su tren, uno de sus antiguos compañeros de escuela, que se marchaba á Nueva York para explotar cierta máquina de fabricar botones, y como necesitaba un asociado mecánico, hasta le había ofrecido llevarse con él. ¡Oh! era un negocio magnífico que sólo necesitaría el adelanto de treinta mil francos y que quizás iba á producir millones.

Santiago decía esto por hablar, añadiendo, por supuesto, que él había rehusado. Mas quedábale alguna tristeza por ello, pues siempre es duro renunciar á la fortuna cuando inesperadamente se nos presenta.

Severina le escuchaba de pie como distraída. ¿No era este su sueño y se iba á realizar?

—¡Ah!—murmuró por fin—nos iríamos mañana.....

Santiago levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Cómo, qué es eso de que nos iríamos?

—Claro, si ya no viviera.

No había nombrado á Roubaud, designándolo

únicamente con un movimiento de la barbilla. Pero el joven comprendió y tuvo un gesto vago para decir que por desgracia aún vivía.

—Nos iríamos—repuso con su voz lenta y profunda—¡seríamos tan felices allí! Los treinta mil francos los tendría yo vendiendo la propiedad; y todavía me quedaría para instalarnos..... Tú, pues, harías valer todo eso; yo arreglaría un cuartito muy mono en el que nos amaríamos hasta más no poder..... ¡Oh, qué bueno sería, qué bueno sería!

Y añadió muy bajito:

—¡Lejos de todo recuerdo! ¡una nueva vida delante de nosotros!

A Santiago le invadía un sentimiento de íntima dulzura; sus manos y las de Severina se juntaron, estrechándose instintivamente, y ni uno ni otro hablaba ya, absortos ambos en la contemplación de aquella esperanza.

Severina fué quien habló de nuevo.

—De todas maneras harías bien en ver á tu amigo antes de que se vaya, diciéndole que no tome asociado alguno sin avisarte.

Santiago mostraba cada vez mayor extrañeza.

—¿Pues?....—exclamó.

—Pues porque ¡qué se yo! El otro día, con esa locomotora, un segundo más y quedaba libre..... Está uno vivo por la mañana, y ya por la noche no existe.

Severina le miraba fijamente, y repitió:

—¡Ah, si hubiese muerto!

—¿Supongo que no querrás que le mate?— preguntó el joven tratando de sonreír.

Tres veces dijo ella que no; pero sus ojos decían que sí; sus ojos de mujer cariñosa, entregada por completo á la inexorable crueldad de su pasión. Puesto que su marido había matado á otro, ¿por qué no le habrían de matar á él?

Esta idea acababa de brotar en ella bruscamente, como una consecuencia, como un fin necesario. Matarle y marcharse, nada más sencillo. Ya muerto él, todo acabaría, podría emprender una nueva vida. No veía otro desenlace posible; su resolución estaba decidida, era absoluta; y en tanto, con un ligero movimiento, continuaba diciendo que no, sin valor para confesar su violencia.

Santiago, adosado al aparador, continuaba afectando que lo tomaba todo á broma. Acababa de ver la navaja que andaba por allí.

—Si quieres que le mate, tienes que darme la navaja..... Ya tengo el reloj; de modo que será un museito.

Y se echó á reír con mejor humor.

Severina contestó gravemente:

—Coge la navaja.

Y cuando Santiago la hubo metido en el bolsillo, como para llevar la broma hasta el final, besó á Severina.

—Vaya, pues buenas noches..... Voy enseñada á ver á mi amigo, y le diré que me espere..... El sábado, si no llueve, á ver si vienes detrás de la casa de Sauvagnat, que allí estaré

yo. Convenido, ¿eh?... Y pierde cuidado, no mataremos á nadie, es una broma.

Aunque ya era tarde, Santiago bajó hacia el puerto para ver, en el hotel en que paraba, al amigo que se iba al otro día.

Le habló de una herencia posible, y pidió quince días antes de darle contestación definitiva.

Al volver hacia la estación, por las grandes calles oscuras, pensó con grande extrañeza el paso que acababa de dar. ¿Había, pues, resuelto matar á Roubaud, ya que disponía de su mujer y de su dinero? No, ciertamente, nada tenía decidido, y sólo tomaba esas precauciones para el caso en que se decidiera á ello.

Evocó entonces el recuerdo de Severina; la presión ardorosa de su mano, su mirada fija que decía sí, mientras su boca decía no.

No había que dudarlo; quería que matase al otro. Santiago quedó muy turbado: ¿qué iba á hacer?

Cuando ya estuvo en la calle François-Mazeline, acostado junto á Pecqueux, que roncaba, Santiago no pudo dormir. A pesar suyo, su cerebro trabajaba sobre la idea del crimen; el plan del drama que meditaba, calculando hasta sus más lejanas consecuencias. Buscaba, discutía las razones en pro y las razones en contra. Y en suma, mirándolo bien, fríamente, sin excitación de ninguna especie, todas estaban en pro. ¿No era Roubaud el único obstáculo que se oponía á su felicidad? Muerto Roubaud, él se casaría con

Severina, á quien adoraba, y ya no tendría que ocultarse, estaría por completo á su disposición.

Además mediaba en todo esto el dinero: una fortuna. Dejaba su duro oficio, era amo á su vez, en aquella América, de la que hablaban sus compañeros como de un país en que los mecánicos estaban atestados de oro. Su nueva existencia allá se le representaba como un ensueño: una mujer que le amaba apasionadamente, millones que ganaría enseguida, vida ancha, ambición ilimitada, en fin, lo que le diera la gana. Y para realizar aquel ensueño, sólo tenía que hacer un gesto; nada más que suprimir un hombre, el animal, la planta que molesta el paso y que con el pie se aplasta. Ni siquiera era interesante aquel hombre, engordado, espesote, hundido en su amor estúpido al juego en el cual naufragaban sus antiguas energías. ¿Por qué perdonarle? Ninguna circunstancia, absolutamente ninguna abogaba en favor suyo. Todo le condenaba, puesto que la respuesta á cada una de las preguntas que se hacía Santiago era, que el interés de los demás exigía la muerte de Roubaud. Titubear sería imbécil y cobarde.

Pero Santiago, cuya espalda ardía y que se había echado boca abajo, se volvió sobresaltado por un pensamiento vago hasta entonces, y tan bruscamente, que lo sintió como un dardo en su cráneo. El, que desde su infancia quería matar, que era perseguido hasta la tortura por el horror de aquella idea fija, ¿por qué no ma-

taba á Roubaud? Quizás saciase para siempre, sobre esta víctima escogida, su necesidad de matar; y así, no sólo haría un buen negocio, sino que quedaría curado para siempre. ¡Curado, Dios mío! ¡no tener ya ese calofrío de sangre, poder poseer á Severina sin ese despertar feroz del antiguo macho, llevándose en los brazos las hembras despanzurradas! Un sudor le inundó, y ya se vió con la navaja en la mano, abriendo la garganta á Roubaud como éste se la había abierto al presidente, satisfecho y saciado á medida que la herida echaba sangre sobre sus manos. Lo mataría, estaba resuelto, puesto que esa era la curación, la mujer adorada, la fortuna.

De matar á alguno, si es que Santiago había de matar, Roubaud era al que él mataría, sabiendo siquiera lo que hacía; razonablemente, por interés y por lógica.

Una vez tomada su decisión, al dar las tres de la mañana Santiago trató de dormir. Ya perdía el conocimiento cuando una sacudida profunda le hizo incorporarse y sentarse sobre la cama, ahogándose. ¡Matar á aquel hombre! ¿y con qué derecho? Cuando una mosca le molestaba, la deshacía de un manotón. Un día que un gato se enredó entre sus piernas, le rompió los riñones de un puntapié, verdad es que sin querer. ¡Pero ese hombre! ¡su semejante! Tuvo que rehacer todo el razonamiento para probarse á sí mismo su derecho á matar, el derecho de los fuertes molestados por los débiles, á los que comen. El era á quien amaba la mujer del otro, y

ella misma era quien quería tener toda la libertad para con él y traerle su dinero.

De este modo hacía desaparecer el obstáculo simplemente. ¿Pues qué, en los bosques si dos lobos se encuentran junto á una loba, el más fuerte no quita al otro de enmedio de un bocado?!

Y antiguamente, cuando los hombres se guarecían como lobos en el fondo de las cavernas, ¿no pertenecía la mujer codiciada al que podía conquistarla enmedio de la sangre de sus rivales? Entonces, puesto que esa era la ley de la vida, había que obedecer, dejando á un lado los escrúpulos que más tarde habían sido inventados para vivir en paz.

Poco á poco su derecho le pareció absoluto, sintió renacer su firme resolución; desde el día siguiente escogería sitio y hora, preparándose.

Lo mejor, sin duda, sería dar de puñaladas á Roubaud por la noche en la estación mientras que éste estuviera de ronda; de modo que se creería que le habían matado los merodeadores al verse sorprendidos. Detrás del montón de carbón, conocía un buen sitio, si fuera posible atraer allí á Roubaud. A pesar de los esfuerzos hechos por Santiago para dormirse, ahora arreglaba la escena, discutía dónde se había de colocar, cómo daría el golpe para dejarlo tieso; y sorda, invenciblemente, mientras descendía á los detalles más insignificantes, su repugnancia se reproducía, formulábase en su con-

ciencia una protesta que de nuevo le estremecía por completo. ¡No, no, no le mataría! Aquello le parecía monstruoso, inejecutable, imposible. En él el hombre civilizado se resistía, la fuerza de la educación, el instinto é indestructible armazón de las ideas transmitidas. No había que matar, había chupado eso con la leche de las generaciones; su cerebro afinado, lleno de escrúpulos, rechazaba el crimen con horror en cuanto se ponía á discutirlo. Sí, matar en un apuro, en un momento de ceguera en que domina el instinto. ¡Pero matar á sangre fría, por cálculo y por interés, no, nunca, nunca podría hacerlo!

Era cerca del alba cuando Santiago logró adormilarse, pero su sueño fué tan ligero que la lucha continuó confusamente en él, abominable. Los días que siguieron fueron los más dolorosos de su existencia. Evitaba ver á Severina y la había mandado á decir que no acudiese á la cita del sábado, temiendo á sus ojos. Mas el lunes tuvo que verla; y tal cual lo temía, sus grandes ojos azules, tan dulces y tan profundos, le llenaron de angustia. No habló ella de aquello y ni tuvo un gesto ni una palabra para excitarle. Sólo que sus ojos estaban expresando siempre aquel pensamiento é interrogándole y suplicándole. No sabía cómo evitar su impaciencia y su reproche, siempre los encontraba fijos en los suyos; sin duda ella se extrañaba de que el joven titubease un momento en ser feliz. Cuando la dejó la abrazó en un arranque brusco, para darle á entender que estaba resuelto. Y en efecto, lo estaba, y resuelto se sintió

hasta llegar al final de la escalera, en donde comenzó la lucha de su conciencia.

Cuando de nuevo la vió, á los dos días, tenía Santiago la palidez difusa y la furtiva mirada de un cobarde que retrocede al ir á realizar un acto necesario. Severina estalló en sollozos, sin proferir palabra alguna, y llorando quedó asida al cuello de Santiago; se consideraba muy desgraciada; y él, trastornado, sentía desprecio hacia sí mismo. Era preciso acabar de una vez.

—El jueves allí, ¿quieres?—preguntó ella en voz baja.

—Sí, el jueves te esperaré.

La noche de aquel jueves fué una noche muy oscura, estaba el cielo sin estrellas, opaco y pesado, abrumado por la neblina del mar. Según costumbre, Santiago, que había llegado el primero, se hallaba de pie detrás de la casa de los Sauvagnat y acechó la llegada de Severina. Pero eran tan espesas las tinieblas y Severina pisaba tan despacio que Santiago se estremeció, al sentirse rozado por ella sin que la hubiera visto llegar. Severina estaba ya en sus brazos, inquieta al sentirle temblar.

—¿Te he causado miedo?—murmuró.

—No, no; te esperaba..... Vamos á andar un poco, nadie puede vernos.

Y cogidos del talle, caminando despacio, se pasearon por el extremo de la estación. En aquel lado del Depósito, los mecheros de gas eran muy contados y algunos puntos quedaban completamente en sombra, sin toque de luz al-

guno, en tanto que los faroles eran numerosísimos á lo lejos, hacia la estación, y aparecían como chispas muy brillantes y vivas.

Durante largo rato anduvieron así, sin proferir una palabra. Severina reclinaba su cabeza sobre el hombro del joven, alzándola á veces para besarle en la barbilla; él, inclinándose, devolvía aquel beso sobre la sien, en el mismo nacimiento del pelo. El golpe grave y único de la una de la mañana acababa de dar en las iglesias lejanas. Si los amantes no hablaban, sentían que en medio de las caricias que iban mutuamente prodigándose, les era imposible libertarse de su pensamiento. No pensaban más que en «aquello». No podían estar juntos sin que tal pensamiento se fijara en sus almas como una tentación.

La lucha continuaba. ¿Para qué proferir en alta voz palabras inútiles, puesto que era preciso decidirse á obrar? En un momento en que ella alzó su cabeza para acariciarle, echó de ver que la navaja hacía bulto en el bolsillo del pantalón de Santiago. ¿Significaba aquello que el joven estaba resuelto á cometer el crimen?

Pero los pensamientos de Severina se desbordaban, y sus labios se abrieron como en un soplo apenas perceptible, y dijo:

—Hace un rato subió, y yo no sabía por qué, cuando le vi coger el revólver, que se le había olvidado.... Es señal de que estará de ronda.

Volvieron á quedar en silencio, y sólo cuando anduvieron veinte pasos más, dijo él á su vez:

—Unos ratas han quitado plomo por aquí

anoche..... Dentro de un rato vendrá seguramente.

Entonces sintió ella un ligero estremecimiento, ambos quedaron mudos de nuevo, y prosiguieron caminando despacio. Una duda le asaltó á Severina: ¿era, en efecto, la navaja la que hacía bulto en el bolsillo de Santiago?

Le besó dos veces, y al refregar su cuerpo con la pierna de Santiago, no pudo adquirir la seguridad de que su amante llevase la navaja, y Severina dejó colgar su brazo y tentó, dándole otro beso. Sí, era la navaja. Pero Santiago comprendió cuál era el intento de su amada, y ahogándola contra su pecho balbuceó á su oído:

—Va á venir, serás libre.

El crimen estaba decidido y les pareció que ya no andaban, sino que una fuerza extraña les llevaba como haciéndoles rozar el suelo. Sus sentidos experimentaron súbitamente una extrema sensibilidad, sobre todo en el tacto; pues unidas sus manos se lastimaban, y el menor roce de sus labios les hacía el efecto de un rasguño. También oían los ruidos que hacía un rato se producían y que iban perdiéndose á lo lejos, el rodar y el resoplido lejano de las máquinas; choques sordos y pasos errantes en el fondo de las tinieblas.

Y veían en la noche, distinguían las manchas negras de las cosas, como si una niebla hubiese caído de sus párpados: un murciélago pasó y pudieron seguir su brusco y desigual re-

voloteo. En el escondrijo formado por montones de carbón se detuvieron, quedándose allí inmóviles, con el oído y la vista alerta, puesto en tensión todo su ser. Cuchichearon entre sí diciendo:

—¿No has oído allí un grito llamando?

—No, es que están encerrando un vagón.

—Pero ahí, á nuestra izquierda, alguien anda. La arena ha crujido.

—No, no, son ratones y el carbón menudo que cae.

Pasaron algunos minutos. De repente, ella fué quien le abrazó con más fuerza.

—Aquí está.

—¿En dónde? no veo nada.

—Ha dado vuelta por el depósito de Pequeña Velocidad, viene derecho hacia nosotros..... ¡Mira su sombra pasando por aquella blanca pared!

—¿Aquel punto obscuro?..... ¿es él?..... ¿Viene solo?

—Sí, solo, viene solo.

Y en aquel momento decisivo Severina se echó apasionadamente á su cuello, pegando á la de Santiago su ardiente boca.

Fué un beso de carne viva, prolongado, por el cual aquella mujer hubiera querido dar á su amante toda su sangre. ¡Cuánto le quería y cuánto execraba al otro! ¡Ah! si ella se hubiese atrevido, veinte veces habría ya dado el golpe, para evitarle al joven tanto horror; pero sus manos desfallecían, se sentía demasiado

débil, era preciso para el caso el puño de un hombre.

Aquel apretado beso era todo cuanto podía ella infundirle de su propio valor; era la completa posesión lo que con aquel beso le prometía, la comunión de su carne.

A lo lejos silbaba una máquina, arrojando en el silencio de la noche un quejido de melancólico dolor. Oíase por golpes acompasados, estruendo como el que produjera un enorme martillo, rebotando en recóndito lugar.

En tanto las tinieblas que del mar habían surgido, formaban por el cielo efectos acuáticos, y se acercaban produciendo desgarraduras en las nubes, que eran difusamente señaladas en ciertos momentos por los vivos fulgores de los mecheros de gas.

Cuando, por fin, de la boca de Santiago apartó la suya Severina, ya nada propio tenía, creyó haber pasado toda entera á él.

Con rápido ademán abrió Santiago la navaja. Pero gruñó una palabrota.

—¡Dios de Dios! ¡San se acabó, se vuela!

Era verdad; la sombra movediza, después de haberse acercado á ellos hasta unos cincuenta pasos, tomó dirección hacia la izquierda y se alejaba con el paso tranquilo de un vigilante nocturno al que nada inquieta.

Entonces ella empujó al amante.

—¡Anda con él!

Y él delante, ella rozándole los tacones, echaron á andar, ligeros, deslizándose detrás del

hombre como para darle caza, evitando el ruido. De repente, en el ángulo de los talleres de reparación, le perdieron de vista; pero como tomaban al sesgo atravesando una vía de reserva, le encontraron de nuevo, á veinte pasos á lo sumo. Tuvieron que aprovechar los más insignificantes trozos de pared para guarecerse; un simple traspies les hubiera delatado.

—No le cogemos—gruñó Santiago sordamente.—Si consigue llegar al puesto del guarda-aguja, se nos escapa.

Severina repetía continuamente:

—¡Anda con él!

En aquel minuto, por aquellos vastos terrenos llanos, sumidos en las tinieblas, en medio de la nocturna tristeza que envolvía á la gran estación, Santiago se sintió resuelto á todo; la soledad era cómplice, estaba por ella como en el fondo de una madriguera.

Mientras apresuraba furtivamente el paso, se excitaba pensando, repasando las razones que iban á convertir aquella muerte en una acción sabia, legítima, lógicamente debatida y decidida. Era un derecho que ejercía, el derecho de vida, puesto que aquella sangre de otro le era á él indispensable para su propia existencia. Sólo había que dar un navajazo, y ya habría conquistado la felicidad.

—Se nos escapa, se nos escapa—repetía furiosamente el joven—viendo la sombra traspasar el puesto del guarda-agujas.—Se fastidió la cosa, ya se las *quilla*.

Pero Severina con su mano nerviosa le agarró el brazo, inmovilizándole y apretándolo contra ella.

—Mira, ya vuelve.

Roubaud, en efecto, volvía. Giró hacia la derecha y bajó de nuevo. Quizás había sentido en su espalda vaga sensación que le hiciera presentir que era perseguido, cuando los criminales se habían lanzado sobre la pista. Sin embargo, continuaba andando con su paso tranquilo, como guardián concienzudo que no quiere volver á su oficina sin antes haber echado una ojeada por todas partes.

Detenidos repentinamente en su carrera, Santiago y Severina no se movían. La casualidad los plantó en el ángulo mismo de un montón de carbón.

Se adosaron allí como queriendo penetrar con la espalda pegada á negra pared dentro de la masa de carbón, confundidos, perdidos en aquel charco de tinta. No se oían sus respiraciones.

Santiago miraba venir á Roubaud en línea recta hacia ellos.

Treinta metros les separaban apenas, cada paso disminuía la distancia matemáticamente, acompasado como el péndulo inexorable del destino. Sólo quedaban veinte pasos, diez nada más; le tendría delante, levantaría el brazo y le plantaría la navaja en la garganta, dando el golpe de derecha á izquierda para ahogar el grito. Los segundos le parecían interminables; tal ola de pensamientos atravesaba el vacío de

su cráneo, que la noción del tiempo quedó borrada en su cerebro. Todas las razones que le determinaban desfilaron una vez más; vió claramente el crimen, las causas y las consecuencias. Todavía cinco pasos. Su resolución, tirante hasta romperse, permanecía inquebrantable. Quería matar y sabía por qué iba á matar.

Pero á dos pasos, á un paso, aquello fué un desastre. Todo se vino abajo de repente en su ser. ¡No, no! no mataría, no podía matar así á aquel hombre sin defensa.

Sí, raciocinaba; nunca cometería el crimen; para cometerlo era preciso sentir el instinto que obliga á morder ó el impulso que impele á saltar y precipitarse sobre la presa; el hambre ó la pasión que destroza. ¡Nada importaba que la conciencia se compusiera sólo de ideas transmitidas por una lenta herencia de justicia! No se sentía con derecho á matar, y por más que hacía no llegaba á persuadirse de que le era dado apropiarse semejante derecho.

Roubaud pasó tranquilamente. Su codo rozó á los dos amantes que permanecían escondidos en el amontonado carbón. Un suspiro les hubiera vendido; pero permanecieron como muertos. El brazo no se levantó, no hundió la navaja. Nada hizo estremecerse las espesas tinieblas, ni el más leve movimiento. Roubaud estaba lejos, á diez pasos, mientras que inmóviles, con la espalda pegada al montón negro, permanecían ambos como sin respirar y con el espanto que les había infundido aquel hombre solo, desarmado,

que acababa de rozarse con ellos y que iba alejándose á lento y tranquilo paso.

Santiago lanzó un ahogado sollozo de rabia y de vergüenza.

—¡No puedo! ¡no puedo!

Quiso abrazar de nuevo á Severina, apoyarse en ella; necesitaba ser perdonado y consolado.

Pero Severina, sin decir una palabra, es escapó. Alargó Santiago la mano, y apenas le cogió las faldas sintió que luego se le escurrieron entre sus dedos. Poco después oyó sus pasos ligeros y precipitados.

En vano la persiguió por un instante, pues tan brusca desaparición acababa de trastornarle. ¿Tanto la enfadaba su debilidad? ¿Le despreciaba? La prudencia le impidió ir á verla. Mas cuando se vió solo en aquellos vastos terrenos llanos, manchados con las lágrimas amarillas del gas, una espantosa desesperación se apoderó de su ánimo. Se apresuró á salir para ir á esconder su cabeza en la almohada y maldecir y abominar su existencia.

Unos diez días más tarde, hacia fines de Marzo, los Rouband triunfaron por fin de los Lebleus.

La administración declaró justa su demanda apoyada por el Sr. Dabadie, y tanto más, cuanto que la famosa carta del cajero, comprometiéndose á devolver el cuarto si un nuevo subjefe lo reclamaba, acababa de ser encontrada por la señorita Guichón, un día en que ésta buscaba cuentas antiguas por los archivos de la estación.

Seguidamente la señora de Lebleu, exasperada por su derrota, habló de mudarse; puesto que querían su muerte, ¡que dieran fin de ella! Durante tres días aquella mudanza memorable tuvo revuelto á todo el pasillo. Hasta la misma insignificante señora de Moulín, de quien nunca se ocupaba nadie, y á la que jamás se veía entrar ni salir, se comprometió llevando la mesa de labor de Severina de un cuarto á otro. Pero Filomena fué, sobre todo, la que sopló la discordia; se presentó allí desde por la mañana temprano para ayudar, haciendo los paquetes, zarandeando los muebles, invadiendo el cuarto que daba á la calle antes que la inquilina lo hubiese abandonado; y ella fué quien expulsó á ésta, en medio del vaivén de los dos mobiliarios, mezclados, confundidos en el trasbordo. Había llegado á mostrar tal celo hacia Santiago y hacia todo lo que él amaba, que Pecqueux, extrañado, receloso, hubo de preguntarla con su grosería cazarra y sus modales de borracho vengativo, si dormía ahora con su maquinista, advirtiéndola que les ajustaría las cuentas á ambos el día en que los sorprendiese.

Esto aumentó su afán de conseguir á Santiago, se hacía la criada de éste y de su querida, esperando poseerla también, al colocarse entre ambos. Cuando se hubo llevado la última silla, las puertas estuvieron á punto de venirse abajo. Mas viendo un taburete olvidado por la cajera, abrió de nuevo y lo tiró en el pasillo, en el cual ya se había restablecido la paz.

Entonces recomenzó lentamente la existencia su curso monótono. Mientras que la señora de Lebleu, en su cuarto, clavada por sus reumas al fondo de su butaca, se moría de aburrimiento, con gruesas lágrimas en los ojos, sin ver ya más que el zinc de la marquesina ocultando el cielo, Severina, instalada junto á una de las ventanas delanteras, trabajaba en su interminable colcha. Tenía Severina debajo la alegre agitación del patio de salida, la ola continua de los caminantes y de los coches. La primavera, muy precoz aquel año, verdeaba ya las yemas de los grandes árboles en la orilla de las aceras; y más allá los ribazos lejanos de Ingenville ostentaban sus pendientes cubiertas de árboles, salpicadas por las manchas blancas que forman las casas de campo. Mas extrañábase á Severina el poco placer que la proporcionaba realizar por fin aquel sueño; estar allí, en aquel cuarto codiciado, teniendo delante de la vista amplio espacio claridad y sol. Había aún más: como su asistente, la tía Simón, gruñía furiosa al no encontrar allí sus costumbres, Severina se impacientaba, ec'ando á veces de menos su antiguo rincón, como ella decía, en donde se veía menos su ciudad.

En cuanto á Roubaud, puesto que se había mostrado con desinterés é indiferencia, no parecía saber que hubiese cambiado de nicho; con frecuencia se equivocaba y sólo notaba su error cuando su nueva llave no entraba en la antigua cerradura.

Se ausentaba cada vez más; la desorganización continuaba. Hubo un momento, sin embargo, en que pareció reanimarse con el despertar de sus ideas políticas; no porque fuesen éstas muy claras ni muy ardientes, sino porque se le había quedado atravesado en el corazón su disgusto con el subprefecto, disgusto que estuvo á punto de costarle el empleo. Desde que el imperio, amenazado por las elecciones generales, atravesaba una crisis terrible, el subjefe triunfaba, repitiendo que tales gentes no siempre tendrían la sartén por el mango. Una advertencia amistosa del señor Dabadie, avisado por la señorita Guichon, ante quien había Roubaud soltado aquella frase revolucionaria, bastó para calmarlo. Puesto que el pasillo estaba tranquilo y todos vivían de acuerdo, ahora que la señora de Lebleu se debilitaba muerta de tristeza, ¿por qué nuevas pesadillas con las cosas de gobierno? Roubaud hizo un gesto; ¡bastante le importaba la política ni nada! Y cada día más gordo, sin un ramordimiento, se iba indiferente con su paso tardo y su redonda espalda.

Entre Santiago y Severina el malestar había aumentado desde que podían verse á cada momento. Ya nada les impedía ser felices; subía á verla por la otra escalera cuando se le antojaba, sin temor á ser acechado; el cuarto era de ellos, y hubiera dormido allí si se hubiera atrevido. Pero lo irrealizado, el acto decidido, consentido por ambos y que él no cumplía, era lo que interponía entre ellos un malestar, una pared infran-

queable. El, que traía la vergüenza de su debilidad, hallaba á Severina cada vez más taciturna, enferma de esperar inútilmente. Sus labios ya no se buscaban, pues esa media posesión la habían agotado, y lo que querían era toda la felicidad, marcharse, casarse allí, comenzar otra vida.

Una noche Santiago halló á Severina en un mar de lágrimas; y ésta cuando le vió no se echó sollozando como otras veces á colgarse de su cuello y descansar en él. Ya había llorado así, pero entonces la serenaba con un abrazo, mientras que ahora, sobre su corazón, la sentía presa de una desesperación creciente, á medida que él la iba interrogando con mayor afán. Quedó trastornado y acabó por cogerle la cabeza entre sus manos; fija su vista en la de Severina, penetrando su mirada hasta el fondo de sus ojos anegados en llanto, Santiago juró, comprendiendo de sobra que si Severina se desesperaba de aquel modo era por ser su mujer, por no atreverse á matarle ella misma, en medio de su dulce pasividad.

—Perdóname, espera aún..... Te lo juro, pronto, en cuanto pueda—dijo el joven.

Enseguida pegó Severina su boca á la de Santiago como para sellar aquel juramento, dándose uno de esos besos profundos, por los cuales se confundían en la comunión de su carne.

## X

La señora Eufrasia murió el jueves por la noche á las nueve, presa de horrible convulsión; y en vano Misard, que esperaba junto á la cama, trató de cerrarle los párpados; aquellos ojos obstinados permanecían abiertos; la cabeza quedó rígida, un poco inclinada sobre el hombro, como para mirar lo que pasaba en el cuarto, y cierta tirantez de los labios parecía arremangarlos con una risa zumbona. Sólo ardía una vela, colocada junto á ella en un rincón de la mesa. Los trenes que pasaban á todo vapor desde las nueve, ignorando que estuviese allí aquel cuerpo tibio aún, le sacudían un minuto, bajo la llama vacilante de la vela.

En seguida Misard, para que Flora se alejase, la mandó á Doinville á dar parte del fallecimiento. No podía estar de vuelta antes de las once; de manera que tenía dos horas por delante. Con gran sosiego principió á cortarse un pedazo de pan, pues sentía el estómago vacío; como que no había tomado alimento con aquella interminable agonía. Y comía de pie, yendo y viniendo, arreglando las cosas.

Algunos golpes de tos le detenían y estaba tan delgadocho, con sus ojos tristes y su pelo

queable. El, que traía la vergüenza de su debilidad, hallaba á Severina cada vez más taciturna, enferma de esperar inútilmente. Sus labios ya no se buscaban, pues esa media posesión la habían agotado, y lo que querían era toda la felicidad, marcharse, casarse allí, comenzar otra vida.

Una noche Santiago halló á Severina en un mar de lágrimas; y ésta cuando le vió no se echó sollozando como otras veces á colgarse de su cuello y descansar en él. Ya había llorado así, pero entonces la serenaba con un abrazo, mientras que ahora, sobre su corazón, la sentía presa de una desesperación creciente, á medida que él la iba interrogando con mayor afán. Quedó trastornado y acabó por cogerle la cabeza entre sus manos; fija su vista en la de Severina, penetrando su mirada hasta el fondo de sus ojos anegados en llanto, Santiago juró, comprendiendo de sobra que si Severina se desesperaba de aquel modo era por ser su mujer, por no atreverse á matarle ella misma, en medio de su dulce pasividad.

—Perdóname, espera aún..... Te lo juro, pronto, en cuanto pueda—dijo el joven.

Enseguida pegó Severina su boca á la de Santiago como para sellar aquel juramento, dándose uno de esos besos profundos, por los cuales se confundían en la comunión de su carne.

## X

La señora Eufrasia murió el jueves por la noche á las nueve, presa de horrible convulsión; y en vano Misard, que esperaba junto á la cama, trató de cerrarle los párpados; aquellos ojos obstinados permanecían abiertos; la cabeza quedó rígida, un poco inclinada sobre el hombro, como para mirar lo que pasaba en el cuarto, y cierta tirantez de los labios parecía arremangarlos con una risa zumbona. Sólo ardía una vela, colocada junto á ella en un rincón de la mesa. Los trenes que pasaban á todo vapor desde las nueve, ignorando que estuviese allí aquel cuerpo tibio aún, le sacudían un minuto, bajo la llama vacilante de la vela.

En seguida Misard, para que Flora se alejase, la mandó á Doinville á dar parte del fallecimiento. No podía estar de vuelta antes de las once; de manera que tenía dos horas por delante. Con gran sosiego principió á cortarse un pedazo de pan, pues sentía el estómago vacío; como que no había tomado alimento con aquella interminable agonía. Y comía de pie, yendo y viniendo, arreglando las cosas.

Algunos golpes de tos le detenían y estaba tan delgadocho, con sus ojos tristes y su pelo

descolorido, que no parecía que habría de gozar mucho de su victoria. Pero á pesar de todo había concluido con aquella alta y hermosa mujer, del mismo modo que el insecto come al roble; ya estaba boca arriba, acabada, anonadada, mientras él continuaba viviendo. Mas un temor le hizo arrodillarse para coger, debajo de la cama, una cazuela en la que había restos de agua de salvado, preparada para una lavativa; desde que Eufrasia logró descubrir su intento, no ya en la sal, sino en las lavativas, era donde ponía veneno del que se da á los ratones; y ella, demasiado ignorante, no desconfiando de nada por aquel lado, se tomaba la droga, envenenándose esta vez. En cuanto hubo vaciado la cazuela volvió, lavando con una esponja el piso del cuarto, lleno de manchas.

Había querido ser testaruda, ¡y peor para ella si pagaba el pato! Cuando en un matrimonio juegan á ver quién entierra al otro, sin dar parte á nadie de la lucha, hay que abrir los ojos. Aquello le ponía orgulloso, riéndose como de una cosa chusca, de la droga tan inocentemente tragada por abajo mientras vigilaba con tanto cuidado todo cuanto entraba por arriba. En aquel momento un exprés que pasaba envolvió la casucha con tal aire de tempestad, que á pesar de la costumbre, Misard se volvió hacia la ventana asustado.

¡Ah, sí, aquella ola continua, aquella gente que venía de todas partes, nada sabía de cuanto pasaba en el camino, importándola poco, tal era

su prisa por marcharse con dos mil demonios! Así que hubo pasado el tren, en medio del silencio, halló abiertos de par en par los ojos de la muerta, cuyas pupilas fijas parecían seguir cada uno de sus movimientos, mientras las comisuras de sus labios se arremangaban imitando la risa.

Misard, tan flemático, tuvo un ligero movimiento de mal humor. De sobra comprendió; la muerta le decía: ¡Busca! ¡busca!

Pero de seguro que no se llevaría con ella sus mil francos, y ahora que ya no existía, acabarían Misard por encontrarlos. ¿No hubiera sido mucho mejor que ella se los hubiese dado de buena gana? Así se habrían evitado todos los disgustos.

Los ojos le seguían por todas partes. ¡Busca! ¡busca! Aquel cuarto que no se había atrevido á registrar mientras ella vivió, lo recorría ahora con la mirada. Cogió las llaves de debajo de la almohada, revolvió las tablas del armario cargadas de ropa blanca, vació los dos cajones, hasta los quitó para ver si había algún escondrijo. ¡No, ninguno! Después se fué á la mesa de noche, despegando el mármol, mirándolo minuciosa, aunque inútilmente. Detrás del espejo de la chimenea, un mal espejo de feria fijado en la pared por dos escarpías, también estuvo husmeando; introdujo una regla plana, pero sólo sacó unos cuantos copos negros de polvo. ¡Busca! ¡busca! Entonces, para huir de aquellos ojos abiertos de par en par que le perseguían,

principió á andar á gatas, dando golpecitos en el solado, escuchando si notaba algún vacío. Varios baldosines estaban despegados y los arrancó. ¡Nada tampoco!

Cuando de nuevo se puso en pie, los ojos volvieron á apoderarse de él, y quiso plantar su mirada en la mirada fija de la muerta; ésta, con las comisuras de sus labios arremangadas, acentuaba su terrible risa. No había duda, se burlaba de él. ¡Busca! ¡busca!

La fiebre se apoderaba de Misard y se acercó á la muerta mordido por una sospecha, por una idea sacrílega que hacía palidecer aún más la cara descolorida de Misard. ¿Por qué se le había figurado que no se llevaba consigo sus mil francos? puesquizás se equivocase. Y se atrevió á destaparla, á desnudarla; registró todos los pliegues de sus miembros; buscó debajo de ella, detrás de la nuca, detrás de sus riñones. Deshizo la cama, hundiendo todo su brazo en el jergón. No encontró nada. ¡Busca! ¡busca! Y la cabeza, caída de nuevo sobre la almohada, arrugada, continuaba mirándole con sus pupilas burlonas.

Mientras Misard, furioso y amedrentado, trataba de arreglar la cama, Flora entró en el cuarto, de vuelta de Doinville.

—Pasado mañana, sábado, á las once—dijo.

Hablaba del entierro. Mas una ojeada la puso al corriente de la ocupación en que Misard se había cansado tanto durante su ausencia. Flora hizo un gesto de indiferencia desdeñosa.

—No se maree Ud., que no los encontrará.

El se imaginó que también la joven le desafiaba, y se adelantó hacia ella con los dientes apretados.

—A tí te los ha dado; tú sabes dónde están.

Al oír decir que su madre había dejado á alguien sus mil francos, aunque fuese su misma hija, Flora se encogió de hombros.

—¡Sí, sí, dado!.... ¡A la tierra es á quien se los ha dejado!.... Mire Ud., están por ahí, búquelos.

Y con amplio gesto indicó toda la casa, el jardín con su pozo, la línea férrea; todo el vasto campo. Sí, por ahí, en el fondo de un hoyo, en algún sitio en donde ya nadie los descubriría.

Luego, mientras que fuera de sí, volvía á zarandear los muebles y á pegar contra las paredes, sin que le importara la presencia de la joven, ésta, de pie junto á la ventana, continuó á media voz:

—¡Qué bien se está fuera, qué noche tan hermosa!.... He andado muy deprisa; las estrellas alumbran como si fuera de día.... ¡Qué tiempo tan hermoso hará mañana al salir el sol!

Flora permaneció un rato en la ventana, mirando aquella campiña serena, enternecida por los primeros alientos de Abril que la turbaban y que envenenaban aún más la llaga de su tormento. Pero cuando oyó que Misard dejaba el cuarto para registrar las piezas vecinas, la joven se acercó á la cama á su vez y se sentó, mirando á su madre.

En el rincón de la mesa continuaba la vela ardiendo con su llama alta é inmóvil. Un tren pasó, sacudiendo la casa.

La resolución de Flora era quedarse á pasar la noche allí, y reflexionaba. Primero, la presencia de la muerte le sacó de la idea fija que la preocupaba y que había estado debatiendo en la paz de la noche, durante el camino.

Una sorpresa embotaba ahora su sufrimiento: ¿por qué no había sentido más la muerte de su madre? ¿por qué no estaba llorándola? Sin embargo, la quería mucho á pesar de su fiereza y de su carácter reservado. Veinte veces, durante la crisis que había de matarla, vino á sentarse en aquel mismo sitio, para suplicarla que llamase á un médico, pues sospechaba lo que estaba haciendo Misard, y tenía confianza en que el miedo le detendría.

Pero nunca obtuvo de la enferma más que un no furioso, como si ésta hubiese hecho consentir el orgullo de la lucha en no aceptar socorros de nadie. Aquello ciertamente era lo que le torturaba el corazón, pero sin que por esto pudiese Flora entristecerse más, á pesar de sus esfuerzos para conseguirlo.

Llamar á los gendarmes y denunciar á Misard; ¿y para qué? puesto que todo iba á hundirse. Poco á poco, invenciblemente, aunque su mirada quedaba fija sobre la muerta, cesó de verla, volviendo á su visión interior, absorta por completo en la idea que se había implantado en su cerebro. No percibía Flora más que la sensa-

ción de la sacudida profunda de los trenes, cuyo paso marcaba las horas para ella.

Desde hacía un instante retumbaba á lo lejos un tren anunciando la aproximación del mixto de París. Cuando pasó por fin con su farol la máquina delante de la ventana, hubo en el cuarto un relámpago, un fulgor de incendio.

—La una y dieciocho—pensó Flora.—Todavía siete horas. Esta mañana á las ocho y dieciséis pasaron.

Cada semana, desde hacía algunos meses, el esperar aquel tren era para ella como una pesadilla. Sabía que el viernes por la mañana, el exprés que guiaba Santiago llevaba también á Severina á París; y ya no vivía, llena de tortura celosa, sino para acecharlos, verlos; y pensar que iban á poseerse libremente allá en la capital; ¡oh, aquel tren que huía sin que ella pudiese agarrarse al último vagón para que la llevara también! Le parecía que todas aquellas ruedas le cortaban el corazón. Había sufrido tanto, que una noche se escondió, queriendo escribir á la justicia; pues todo concluía si lograba que echasen mano á aquella mujer; y Flora, que en otro tiempo había sorprendido las cochinerías de Severina con el presidente Grandmorin, se daba buena cuenta de que decir todo aquello á los jueces era entregar á Severina. Mas Flora tuvo la pluma en la mano, y nunca pudo dar forma á su pensamiento. Y además, ¿acaso la escucharía la justicia? Todos esos señorones iban á una, se entendían unos con otros, y quizás fuera ella la pagana

como lo había sido Cabuche. ¡No! quería vengarse y se vengaría sola, sin necesidad de nadie. Y no era su deseo un acto de venganza, como los que ella había oído referir; no era querer un mal para curar el suyo; era una necesidad de acabar con todo, de atropellarlo todo, como si un rayo pasara por allí.

Flora era más altiva, más hermosa y más fuerte que la otra, y estaba convencida de su derecho á ser amada; cuando se iba solitaria por los senderos de aquel país perdido, con su pesado casco de cabellos rubios, de buena gana hubiera querido tener allí á su rival para zanjar su resentimiento en el rincón de algún bosque como dos guerreras enemigas. Hasta entonces nadie había podido contrarrestar su fuerza invencible. Sería victoriosa.

Desde la semana anterior, esta idea brusca se había plantado, hundido en el cerebro de Flora, como bajo un martillo desconocido; matarles para que no pasasen más, para que no fuesen á gozar juntos en París. No razonaba, obedecía al instinto salvaje de destrucción. Matarlos, matarlos la primera vez que pasaran; y para conseguirlo derribar el tren, arrastrar una viga sobre la vía, arrancar un rail; en fin, romperlo todo, hundirlo todo. El de fijo quedaría aplastado sobre su máquina; la mujer, siempre en el primer coche para estar más cerquita, no podría tampoco escaparse; en cuanto á los demás que en el tren fueran, aquella continua ola de gente, ni siquiera se acordaba Flora de ella. No era

nadie; ¿acaso los conocía? Y aquel destrozo de un tren, aquel sacrificio de tantas vidas, era la tentación de cada una de sus horas, la única catástrofe bastanase grande, bastante profunda y llena de sangre y de dolor humano para que pudiese Flora bañar en ella su corazón enorme preñado de lágrimas.

Sin embargo, en aquella semana, el viernes por la mañana, titubeó, sin haber aún determinado el sitio en que quitaría el rail. Pero por la noche, como no estaba de servicio, tuvo una idea, se fué por el túnel hasta la bifurcación de Dieppe. Era uno de sus paseos aquel subterráneo de media legua de longitud, aquella avenida abovedada, derecha, en donde sentía la emoción de ver rodar los trenes por encima de ella, con sus linternas que la cegaban. Cada vez que esto ocurría hallábase Flora á punto de que la deshicieran; y sin duda aquel peligro era el que la atraía continuamente, como desafiando tales monstruos. Aquella noche, después de haber burlado la vigilancia del guarda y habérselo adelantado hasta la mitad del túnel, tomando á mano izquierda, tuyo la imprudencia de volverse, para seguir las linternas de un tren que iba al Havre; y cuando echó á andar de nuevo, tropezó y dió media vuelta, de manera que ya no supo por qué lado acababan de desaparecer las luces rojas.

A pesar de su valor, aturdida aún por el estruendo de las ruedas, se detuvo sintiendo un calofrío de espanto. Ahora, al pasar otro tren, no sabría ya si era ascendente ó descendente, se

echaría á la derecha ó á la izquierda, y quizá la hiciesen pedazos las ruedas. Haciendo un esfuerzo trató de fijar su razón, de recordar, de discurrir.

Y de repente, el terror la arrastró al azar, siguiendo en línea recta, en un galope furioso. ¡No, no! ¡No quería que la matasen antes de haber matado ella á los otros dos! Sus pies se agarraban en los rails, tropezaba, se caía; y luego corrió con más ahínco. Era la locura del túnel, las paredes parecían estrecharse para ahogarla, la bóveda repercutía ruidos imaginarios, voces de amenaza, bramidos formidables. A cada momento volvía la cabeza, creyendo sentir sobre su cuello el aliento abrasador de una máquina. Ya dos veces, la idea de que se engañaba, y que sería despedazada por el lado hacia el cual huía, le hizo cambiar de un brinco la dirección de su carrera. Galopaba, galopaba, cuando delante de ella, á lo lejos, apareció una estrella, un ojo redondo y echando llamaradas que crecía convirtiéndose en hoguera, en boca de horno devoradora. Ciega, Flora saltó á la derecha sin darse cuenta, y el tren pasó como un trueno, sin hacer más que abofetearla con su viento de tempestad. Cinco minutos después salía del lado de Malaunay sana y salva.

Eran las nueve, algunos minutos más y estaría allí el exprés de París. Continuó paseándose hasta la bifurcación de Dieppe, á doscientos metros, examinando la vía, buscando alguna circunstancia que la ayudase. Justamente sobre la vía de Dieppe que estaban arreglando, estacioná-

base un tren de balastre, tren que su amigo Ozil acababa de dirigir allí; y en una repentina iluminación de su cerebro, halló y determinó su plan: impedir únicamente al guardaagujas que pusiera la aguja sobre la vía del Havre, de manera que el exprés iría á estrellarse contra el tren de balastre. Ese Ozil, desde el día en que se echó sobre la joven loco de deseo, abriéndole ella la cabeza de un palo que le dió, había conquistado la amistad de Flora, y ésta gustaba de hacerle visitas imprevistas á través del túnel, como una cabra que se escapa del monte. Antiguo militar, muy flaco y poco hablador, sin faltar de su puesto, aún no tenía desconfianza alguno que reprocharse, siempre alerta de día y de noche. Pero aquella salvaje que le había pegado, fuerte como un mezo, le enloquecía la carne con sólo un signo que hiciese con sus dedos.

Aunque la llevaba catorce años, la deseaba y se había jurado poseerla, teniendo paciencia, siendo muy amable, puesto que la violencia no hubo de darle resultado. Y aquella noche, en la sombra, cuando se acercó Flora á su puesto, llamándole fuera, se fué con ella, olvidándolo todo. Flora le aturdió, le llevaba hacia el campo, contándole historias complicadas; que su madre estaba enferma, y que ella no se quedaría en la Croix-de-Maufrais si la pobre mujer fallecía. El oído de Flora acechaba á lo lejos el retumbar del exprés que ya salía de Malaunay y se acercaba á todo vapor. Cuando le sintió allí, se volvió para ver lo que pasaba. Pero no había contado con los

nuevos aparatos avisadores: la máquina, al entrar en la vía de Dieppe, acababa de poner ella misma la señal de parada, y el maquinista tuvo tiempo de detenerse á algunos pasos del tren de balastre. Ozil, con el grito del hombre que se despierta bajo el hundimiento de una casa, volvió corriendo á su puesto; mientras que ella, rígida, inmóvil, había seguido desde el fondo de las tinieblas la maniobra que ocasionó aquel accidente. Dos días después, el guardaagujas, destinado á otro punto, fué á despedirse de ella sin sospechar nada, suplicándola que se fuera con él en cuanto muriese su madre. Vaya, falló el golpe, había que inventar otra cosa.

En aquel momento, bajo aquel recuerdo evocado, la niebla que oscurecía la mirada de Flora había desaparecido, y vió de nuevo á la muerta, alumbrada por la llama amarilla de la vela. Su madre ya no vivía: ¿iba, pues, á marcharse, á casarse con Ozil, que estaba enamorado de ella, y que quizá la hiciese feliz? Todo su ser se sublevó. ¡No, no! Si era bastante cobarde para dejarles la vida á los otros, y para continuar viviendo ella misma, habría preferido correr libremente, ponerse á servir, antes que entregarse á un hombre á quien no quería. Y al oír un ruido insólito, escuchó y comprendió, que Misard, con un pico, estaba registrando en el solado de la cocina; se enfurecía buscando los cuartos, y de buena gana habría despanzurrado la casa. No; pues tampoco iba ella á quedarse con ese individuo. ¿Qué partido tomaría?

Una ráfaga sopló, las paredes temblaron, y sobre el rostro blanco de la muerta pasó un reflejo de hoguera, ensangrentando los ojos abiertos y la risa irónica de sus labios. Era un efecto de luz del último mixto de París, que pasaba con su pesada y lenta máquina.

Flora volvió la cabeza y miró las estrellas que relucían en la serenidad de aquella noche primaveral.

—Las tres y diez. Dentro de cinco horas pasarán.

Y recomenzaría la vida atormentándola. Verles, verles así cada semana ir á echarse en brazos uno de otro, aquello era más de lo que podía sobrellevar. Ahora que ya estaba segura de no poseer á Santiago para sí sola, prefería que el joven desapareciese, que de aquello no quedara nada. Y la lúgubre habitación en donde ella veía la envolvía de luto, bajo la necesidad imperiosa del completo anonadamiento. Puesto que ya nadie la quería, que siguiesen todos el camino de su madre.

Muertos siempre los tendría, siempre, siempre, y á todos se los llevarían al cementerio. Su hermana, su madre, y su amor habían muerto: ¿qué iba á hacer? quedarse sola, mientras los otros serían dos. ¡No, no! ¡Que todo se abismara, que la muerte, que estaba allí en aquel triste cuarto, soprase sobre la vía y barriese á la gente.

Entonces, decidida después de aquel largo debate, discutió el mejor medio de ejecutar su proyecto. Y volvió á su idea de quitar un rail.

Era el medio más seguro, más práctico, de una ejecución fácil: bastaba quitar los coginetes con un martillo y desatornillar luego el rail de los travesaños. Tenía herramientas y nadie la vería en aquel país desierto. El mejor sitio era, ciertamente, después de la zanja, yendo hacia Barentin, la curva que atravesaba un valle, sobre un terraplén de siete á ocho metros; allí el descarrilamiento era seguro, la caída sería espantosa. Mas el cálculo de las horas, que luego la ocupó, la dejó muy perpleja. Sobre la vía ascendente, antes del exprés del Havre, que pasaba á las ocho y dieciséis, sólo había un tren mixto á las siete y cincuenta y cinco; de manera que le quedaban veinte minutos para llevar á cabo su intento; era muy suficiente. Pero entre los trenes reglamentarios lanzaban á veces trenes de mercancías imprevistos, sobre todo en las épocas de gran movimiento. Y entonces, ¡qué riesgo inútil! ¿Cómo saber de antemano si el exprés sería el que viniese á estrellarse allí?

Durante largo rato quedó pensativa. Aún era de noche; la vela acababa de arder en una ola de sebo, con su torcida negrachea que ya no despabilaban.

Un tren de mercancías llegaba, procedente de Rouen, y Misard entró. Tenía las manos llenas de tierra por haber estado husmeando en donde guardaban la leña, y estaba jadeante, atontado y furioso por sus vanas pesquisas, tan excitado de rabia impotente, que se puso de nuevo á buscar bajo los muebles, en la chime-

nea, por todas partes. El tren interminable continuaba, con el estruendo acompasado de sus pesadas ruedas, y cada sacudida de éstas agitaba á la muerta en su cama. El, alargando el brazo para descollar un cuadrado pendiente de un clavo en la pared, encontró de nuevo los ojos abiertos que le seguían, en tanto que los labios se movían con su risa.

Misard se puso pálido y tiritó, balbuceando en medio de una rabia hena de espanto:

—¡Sí, sí, busca! ¡busca!.... ¡Anda, que ya los encontraré, Dios de Dios! ¡Sí, aunque tuviese que revolver cada piedra de la casa y cada cuarta de terreno de todó el país!

El tren pasó lento y pesado en las tinieblas, y la muerta, inmóvil de nuevo, continuaba mirando á su marido, tan zumbona, tan segura de vencer, que de nuevo desapareció él, dejando la puerta abierta.

Flora, distraída en sus reflexiones, se había levantado y cerró la puerta para que aquel hombre no viniese á molestar á su madre. Quedó extrañada al oirse decir en voz alta:

—Diez minutos antes bastarán.

En efecto, diez minutos serían suficientes. Si diez minutos antes del exprés no anunciaban ningún tren, podía llevar á cabo su intento. Y al quedar ya la cosa decidida, su ansiedad desapareció, quedando muy tranquila.

A eso de las cinco despuntó el día; era un alba fresca, de una limpidez pura. A pesar del frío penetrante, abrió la ventana de par en par, y el

delicioso despertar de la mañana entró en el cuarto lúgubre, lleno de humo y oliendo á muerto. El sol estaba aún debajo del horizonte, detrás de una colina coronada de árboles; mas apareció deslumbrador, despidiendo rayos, inundando los valles en medio de la alegría viva de la tierra á cada nueva primavera. No se había equivocado Flora la víspera: haría buen tiempo aquella mañana, uno de esos tiempos de juventud y de perfecta salud en que gusta vivir. En aquel país desierto, entre los continuos ribazos cortados de estrechos valles, ¡qué bueno sería irse á lo largo de los senderos de cabra, dejando libre su fantasía! Y cuando la joven volvió al cuarto, quedó sorprendida al ver la vela, medio apagada, que manchaba tanta luz con una pálida lágrima.

Al ser de día principiaba el servicio de Flora, y no dejó el cuarto hasta la hora de llegada del mixto de París, á las seis y doce. También Misard, á las seis, acababa de reemplazar á su colega, el estacionario de noche. Y al oír su sonido de bocina, vino ella á plantarse delante de la barrera, con la bandera en la mano. Durante un momento siguió el tren con la vista.

—Faltan dos horas — pensó en voz alta.

Su madre ya no necesitaba de nadie y sentía una invencible repugnancia por entrar en el cuarto. Todo había concluído y podía disponer de su existencia y de la de los demás.

Generalmente, entre las horas de trenes, se escapaba, desaparecía; pero aquella mañana parecía clavarla en su puesto cierto interés, junto

á la barrera, sobre un banco formado por una simple tabla que estaba en la orilla de la vía. El sol subía en el horizonte, mezclándose sus rayos en el aire puro; y Flora no se movía, bañada por aquella dulzura, en medio del vasto campo, estremeciéndose al sentir la savia de Abril. Durante un rato la interesó Misard en su covacha de tablas, á la otra orilla de la línea, visiblemente agitado, fuera de su somnolencia acostumbrada: salía, entraba, maniobraba en sus aparatos con mano nerviosa, echando continuas ojeadas sobre la casa, como si su espíritu hubiese permanecido en ella buscando continuamente. Después Flora le olvidó, sin acordarse siquiera de que estuviese allí. Todo su ser estaba ocupado por aquel tren que venía, absorta, con la cara muda y rígida, fijos los ojos en donde principiaba la vía, hacia Barentín.

Y allí, en medio de la alegría del sol, iba á levantarse para ella una visión en la que se ceba el salvajismo testarudo de su mirada.

Pasaron algunos minutos y Flora no se movía. En fin, cuando á las siete y cincuenta y cinco Misard, con dos toques de bocina, anunció el mixto del Havre, sobre la vía ascendente, Flora se levantó, cerró la barrera y se plantó delante con la bandera en la mano. Ya á lo lejos desaparecía el tren, después de haber conmovido el suelo y se le oyó hundirse en el túnel, en donde cesó el ruido. Flora no volvió al banco y permaneció de pié, contando de nuevo los segundos.

Si dentro de diez minutos no se anunciaba

ningún tren de mercancías, echaría á correr para hacer saltar el rail. Estaba muy serena, sólo tenía el pecho oprimido como bajo el peso enorme del acto. Además, en aquel último momento, el pensar que Santiago y Severina se acercaban y que continuarían pasando, yendo á gozar uno de otro si no les detenía, bastaba para enardecerla, ciega y sorda en su resolución, sin que siquiera dudara un momento: era lo irrevocable, había que dar el zarpazo de la loba que mata al pasar. Continuaba no viendo más que sus dos cuerpos mutilados, en el egoísmo de su venganza, sin preocuparse Flora de la muchedumbre, de la ola de gente que desfilaba ante su vista desde hacía tantos años; gente desconocida. Muertes y sangre: quizás se ocultase el sol, ese sol cuya alegría amorosa le irritaba.

Faltaban dos minutos, uno nada más, y ya iba á marcharse cuando sordos vaivenes, sobre la carretera de Beucort, la detuvieron. Algún carro sin duda. Le pedirían paso, tendría que abrir la barrera, charlar, quedarse allí: imposible hacer lo que se proponía, fallaba el golpe. Hizo un gesto de rabiosa indiferencia, echando á correr, abandonando su puesto, dejando allí plantado al carro y al carrero: que se las arreglasen como pudieran. Pero un látigo triscó, una voz gritó alegremente:

—¡Eh! ¡Flora!

Era Cabuche. Quedó clavada en el suelo, detenida en su primer arranque delante de la misma barrera.

—Pero oye—continuó—¿duermes aún con este hermoso sol? ¡Anda pronto, para que pase antes que venga el exprés!

Hubo en Flora una especie de desmoronamiento. Su plan fracasaba, los otros dos irían á la felicidad, sin que Flora hallase nada para que se estrellaran allí. Y mientras abría lentamente la vieja barrera medio podrida, cuyos goznes crujían enmohecidos, buscaba furiosamente un obstáculo, algo que pudiese echar en medio de la vía; hasta tal punto se hallaba Flora desesperada, que ella misma se habría alargado al través de los rails si se hubiese sentido con los huesos bastante duros para hacer descarrilar el tren. Mas sus miradas acababan de caer sobre el carro, el pesado y viejo camión, cargado con dos inmensas piedras que cinco poderosos caballos podían arrastrar apenas. Enormes, altas y anchas, de una masa gigantesca que cerraba el paso, aquellas piedras se ofrecían á ella, y despertaron en sus ojos un brusco deseo, una gana loca de cogerlas, de ponerlas allí. La barrera estaba abierta de par en par, los cinco animales sudando, cansados, esperaban.

—¿Qué te pasa tan de mañana?—repuso Cabuche.—Parece que no tienes la cara de todos los días.

Entonces Flora habló.

—Mi madre ha muerto ayer noche.

Cabuche tuvo para ella un grito de dolorosa amistad. Dejó su látigo y le estrechó las manos en las suyas.

—¡Oh, mi pobre Flora! ¡Era de esperar desde hacía mucho tiempo; pero sin embargo, es doloroso!..... ¿De modo que está ahí? pues quiero verla, habríamos acabado por entendernos sin la desgracia que ha ocurrido.

Se fué despacito hasta la casa. En el umbral, sin embargo, echó una ojeada sobre sus caballos. La joven, con una palabra, le tranquilizó.

—¡No hay cuidado de que se muevan! Y además, está lejos el exprés.

Flora mentía. Con su oído adiestrado, en medio del aire tibio del campo, acababa de oír el exprés, dejando la estación de Barentín. Todavía cinco minutos, y ya estaría allí, saldría de la zanja, á cien metros del paso de nivel.

Mientras el cantero, de pie en el cuarto de la muerta, se olvidaba, pensando en Luisilla, muy conmovido, Flora, que se había quedado fuera, delante de la ventana, continuaba escuchando, á lo lejos, el resoplido acompasado de la máquina, cada vez más próxima. Bruscamente recordó á Misard; sin duda la estaba viendo é impediría la catástrofe; y recibió un golpe en el corazón cuando al volverse no le vió en su puesto. Estaba del otro lado de la casa, cavando, bajo el brocal del pozo, sin poder resistir á su locura de buscar por todas partes, persuadido sin duda de que los cuartos estaban allí; entregado por completo á su pasión, ciego, sordo, registraba y registraba. Y aquello fué para Flora la última excitación. Las cosas se arreglaban de aquel modo. Uno de los caballos se puso á relinchar,

en tanto que la máquina, más allá de la zanja, lanzaba un fuerte resoplido, como una persona que tiene mucha prisa y que por fin llega.

—Voy á sujetarlos—dijo Flora á Cabuche.— No tengas miedo.

Se abalanzó, cogió al primer caballo por la brida, y tiró, con toda su fuerza de luchadora, fuerza aumentada en aquel momento.

Los caballos dieron una sacudida; durante un momento, el carro, pesadísimo con su enorme carga, osciló sin adelantar un paso; pero después, como si la joven se hubiese enganchado ella misma, cual caballo de refuerzo, arrancó y quedó en la vía. Y estaba en pleno sobre los rails, cuando el exprés, á cien metros, asomó fuera de la zanja. Entonces, para inmovilizar el carro, por miedo á que atravesase, Flora contuvo el tiro, en una brusca sacudida, con un esfuerzo sobrehumano que hizo crujir sus miembros.

Ella, que tenía su leyenda, de quien contaban rasgos de fuerza extraordinarios: un vagón lanzado sobre la pendiente, y detenido en su carreta; un carro empujado, librado de un tren; ella, Flora, hacía hoy esto: sujetaba, con su puño de hierro, los cinco caballos, encabritados y relinchando por su instinto del peligro.

Pasaron apenas diez segundos de un terror infinito. Las dos piedras gigantes parecían cerrar el horizonte. Con sus cobres limpios y sus aceros relucientes, la máquina se deslizaba, llegaba con su marcha suave y fulminante, bajo la

Huía de oro de aquella hermosa mañana. Lo inevitable estaba allí, nada en el mundo podía ya impedir aquel aplastamiento. Y el ansioso esperar duraba.

Misard, que de un brinco regresó á su puesto, vociferó alzando los brazos, agitando los puños, con la voluntad loca de avisar y detener el tren. Al ruido de las ruedas y de los relinchos, Cabuche se precipitó vociferando también, para que avanzaran los caballos. Pero Flora, que acababa de echarse á un lado, le detuvo. Cabuche creía que no había podido dominar el tiro y que los animales la habían arrastrado. Y se acusaba, sollozaba, en un estertor de terror desesperado; mientras que ella, inmóvil, crecida, con los párpados ensanchados y ardorosos, miraba. En el mismo momento en que el pecho de la máquina iba á tocar las piedras, cuando le quedaba próximamente un metro de distancia, durante ese tiempo inapreciable, Flora vió muy distintamente á Santiago, con la mano en el volante del cambio de marcha. Se había vuelto, y los ojos de ambos se encontraron en una mirada que le pareció á ella larguísima.

Aquella mañana Santiago había sorprendido á Severina cuando ésta bajó al andén, en el Havre, para tomar el exprés, según costumbre de cada semana. ¿Para qué estropearse la vida con pesadillas? ¿Por qué no aprovechar los días felices cuando se presentaban?

Todo acabaría quizás por arreglarse.

Y estaba resuelto á saborear siquiera la ale-

gría de aquel día haciendo proyectos, soñando en almorzar con ella en la fonda. Así es que al echarle ella una ojeada entristecida porque no había vagón de primera cerca de la máquina y había de verse obligada á ponerse lejos de él, á la cola, quiso consolarla sonriéndole tan alegremente.

De todos modos, juntos habían de llegar y allá se resarcirían de haber estado separados. Es más, después de haberse inclinado para verla subir á su compartimento, en lo último del tren, llevó el buen humor hasta chancearse con el conductor jefe, Enrique Danvergne, que sabía estaba enamorado de ella. La semana anterior se había figurado que éste se envalentonaba y que ella le daba alas, necesitando distraerse, queriendo huir de la existencia atroz que se había proporcionado. Bien lo decía Roubaud: Severina acabaría por acostarse con aquel joven, sin placer, únicamente para probar otra distracción. Y Santiago preguntó á Enrique que á quién había mandado la vispera, escondido detrás de uno de los olmos del patio de salida, besos por el aire. Esto hizo que estallase Pecqueux en una risotada, el cual, en aquel momento, se hallaba cargando el hogar de la Lisón que estaba echando humo, y pronta para marchar.

Desde el Havre á Barentín, el exprés había andado á su velocidad reglamentaria, sin incidente; y Enrique fué el primero, que desde lo alto de su cuartito de vigía, al salir de la zanja, notó el carro obstruyendo la vía. El furgón de

cabeza estaba atestado de equipajes, pues el tren, muy cargado, traía todo un arribaje de viajeros, que la víspera habían desembarcado de un buque. Estrechado en medio de aquel hacinamiento de baules y de maletas zarandeados por la trepidación, el conductor jefe estaba de pie contra su mesita clasificando hojas, en tanto que la botellita de tinta, colgada de un clavo, se balanceaba, también con un continuo movimiento. Después de cada estación en que depositaba equipajes, tenía que sentar apuntes durante cuatro ó cinco minutos. Dos viajeros habían bajado en Barentin, y acababa, pues, de poner en orden sus papeles, cuando al subir á sentarse en la vigía echó una ojeada hacia adelante y hacia atrás, según costumbre. Permanecía sentado en aquella garita con cristales durante todas sus horas libres, vigilando. El tender le ocultaba al maquinista, pero merced á su puesto elevado, veía á menudo más lejos y más pronto que éste. Así es que aún estaba el tren en la curva de la zanja cuando ya él vió allá el obstáculo. Fué tal su sorpresa, que titubeó un momento espantado, paralizado. Perdiéronse algunos segundos, el tren ya había salido de la zanja, y un grito terrible subía de la máquina cuando se decidió á agarrar la cuerda de la campana de alarma, cuya punta colgaba delante de él.

Santiago, en aquel momento supremo, puesta la mano sobre el volante del cambio de marcha, miraba sin ver ¡en un minuto de ausencia intelectual!

Pensaba en cosas confusas y lejanas, de donde desaparecía hasta la imagen de Severina.

El vuelo furioso de la campana y el grito de Pecqueux detrás de él le despertaron. Pecqueux, que había levantado la varilla del cenicero, disgustado por el tiro, acababa de darse cuenta al inclinarse para cerciorarse de la velocidad. Y Santiago, pálido como un muerto, lo vió todo, lo comprendió todo: el carro atravesado, la máquina lanzada, el espantoso choque, y todo con tal claridad, que distinguió hasta el bulto de las dos piedras, mientras tenía ya en los huesos la sacudida del aplastamiento. Era inevitable. Violentamente giró el volante del cambio de marcha, cerró el regulador y apretó el freno. Daba contravapor y se había colgado con mano inconsciente á la varilla del silbato, con la voluntad impotente y furiosa de avisar, de apartar la barrica-gigante. Mas en medio de aquel horroroso silbido de peligro que desgarraba el aire, la Lisón no obedecía, continuaba su camino, apenas disminuía su velocidad. Ya no era la esclava dócil de otros tiempos desde que había perdido en la nieve su buena vaporización, su arrancar tan dócil; se había vuelto caprichosa y áspera como una mujer envejecida y cuyo pecho ha sido estrozado por un pasmo. Ahora quedaba enseguida jadeante, desobedecía al freno; seguía, seguía corriendo en medio de la obstinación pesada de su mole.

Pecqueux, loco de terror, saltó. Santiago, clavado por el espanto, crispada la mano derecha

sobre el cambio de marcha, y la otra agarrada al silbato, sin que se diese cuenta de ello, esperaba. Y la Lisón, echando humo con ronceo resoplido en aquel rugido agudo que no cesaba, vino á dar contra el carro con el peso enorme de los trece vagones que arrastraba.

Entonces, á veinte metros de ellos, desde el borde de la vía en que les clavaba el espanto, Misard y Cabuche con los brazos en el aire, y Flora con la mirada ensanchada, vieron ponerse el tren de pie, subir siete vagones unos sobre otros, y recaer luego con abominable crujido, en medio de una confusión de pedazos. Los tres primeros estaban hechos migas y los otros cuatro formaban una montaña, un embrollo de techumbres hundidas, de ruedas destrozadas, de portezuelas, de cadenas, de topes, en medio de pedazos de cristal. Pero sobre todo se oyó el triturarse la máquina contra las piedras, un magullamiento sordo terminado en un grito de agonía. La Lisón, con el vientre abierto, cayó á la izquierda por encima del carro; en tanto que las piedras, hendidas, volaban hechas añicos, como despedazadas por dinamita; de los cinco caballos, cuatro, arrastrados, arrollados, quedaron muertos en el acto. La cola del tren, seis vagones aún intactos se detuvieron, sin siquiera salirse de los rails.

Pero se oyeron gritos, llamadas, cuyas palabras se perdían en alaridos inarticulados de animal.

—¡A mí! ¡Socorro!.... ¡Dios mío!.... ¡me muero!

¡socorro! ¡socorro! Ya no se oía, no se veía nada. La Lisón, caída sobre los riñones, con el vientre abierto, perdía su vapor, saliendo éste por grifos arrancados; los tubos, reventados, lanzaban gemidos profundos, cual estertor furioso de gigante. Un aliento blanco salía de la máquina, inagotable, rodando en espesos torbellinos que rozaban el suelo; y del hogar, las brasas caídas, rojas como la sangre misma de sus entrañas, añadían á aquellos torbellinos su negro humo. La chimenea, por la violencia del choque, entró en la tierra; en el sitio en que dió el golpe el marco se rompió, torciendo las tiras de acero; y con las ruedas en el aire, semejante á una yegua monstruosa, derribada y despanzurrada por alguna cornada formidable, enseñaba la Lisón sus bielas torcidas, sus cilindros quebrantados, sus volantes con sus excéntricos rotos; toda una llaga espantosa abierta en plena luz, por donde continuaba saliendo el alma con estruendo de furiosa desesperación. Justamente á su lado, el caballo que no había muerto yacía también, con las manos arrancadas, saliéndosele asimismo las entrañas por una desgarradura de su vientre. Con la cabeza erguida, convulso por un espasmo de espantoso dolor, se le veía quejarse con un relincho terrible que no se oía, en medio del estruendo de la máquina que agonizaba.

Los gritos se ahogaron, ignorados, perdidos, desvanecidos.

—¡Salvadme! ¡matadme!.... ¡Sufro mucho, matadme! ¡pero matadme en seguida!

En aquel tumulto ensordecedor, en aquel humo que todo lo cubría, las portezuelas de los coches que quedaron intactos acababan de abrirse y una ola de viajeros se atropellaba fuera. Caían sobre la vía, se levantaban, se desasían unos de otros á puntapiés y á puñetazos. Y cuando sentían la tierra firme, el campo libre delante de ellos, huían al galope saltando el seto vivo, cortando por los surcos, cediendo al único instinto de verse lejos del peligro, lejos, muy lejos. Mujeres y hombres vociferando, espantados, se perdieron en el fondo de los bosques.

Derribada, atropellada, despeinada y con el vestido hecho trizas, Severina acabó por verse libre y no huía, galopaba hacia la máquina, que continuaba bramando, cuando se encontró enfrente de Pecqueux.

—¡Santiago, Santiago! Se salvó, ¿verdad?

El fogonero, que por milagro se había salvado, acudía también, con el corazón oprimido por un remordimiento, al pensar que su maquinista estaba allí debajo. ¡Habían viajado tanto, habían pasado tantos malos ratos bajo la continua fatiga de los vendavales! ¡Y su máquina, la pobre máquina de ambos, la buena amiga tan querida, continuaba allí, desafiñonada, saliéndole todo el aliento de su pecho por sus pulmones destrozados!

Yo salté balbuceó—no sé nada.... ¡Vamos, vamos pronto!

Cerca de la máquina tropezaron con Flora que les veía venir. No se había movido aún,

llena de estupor por aquel acto ejecutado, por aquella matanza, obra suya. Ya se había acabado como ella quería; y no sentía más que el alivio de una necesidad, sin ninguna lástima por el mal de los otros, mal que ni siquiera veía. Pero cuando reconoció á Severina su mirada se ensanchó considerablemente, una sombra de horrible sufrimiento obscureció su semblante pálido. ¡Cómo! ¡aquella mujer vivía, cuando él, ciertamente, había muerto! En aquel dolor agudo de su amor asesinado, aquella puñalada que se había dado en la mitad del corazón, tuvo la brusca conciencia de la abominación de su crimen. ¡Ella había hecho aquello, ella le había matado y había matado á toda aquella gente! Un grito terrible desgarró su garganta, retoreó sus brazos, corriendo enloquecida.

—Santiago ¡oh! Santiago.... Está ahí, ha sido lanzado hacia atrás, le he visto.... ¡Santiago, Santiago!

La Lásón agonizaba con menos ruido, con un quejido ronco que se debilitaba, en medio del cual oíase ahora crecer, cada vez más desgarrador, el clamoreo de los heridos. Sólo el humo permanecía espeso; el enorme hacinamiento de restos de donde salían aquellas voces de tortura y de terror, parecía envuelto en un polvo negro, inmóvil, bajo la luz del sol. ¿Qué hacer? ¿Por dónde principiar? ¿Cómo llegar hasta aquellos desgraciados?

—¡Santiago!—continuaba gritando Flora.—

Les digo á Uds. que ha sido lanzado por ahí, bajo el tónder.... ¡Pero vengan ustedes! ¡Ayúdenme!

Ya Cabuche y Misard acababan de levantar á Enrique, el conductor jefe, quien en el último instante también había saltado. Se había dislocado el pie, y le sentaron en el suelo, contra el seto, desde donde atontado, mudo, estuvo mirando retirar heridos, sin dar señales de sufrimiento.

—¡Cabuche, ven á ayudarme, te digo que Santiago está ahí debajo!—gritó Flora.

El cantero no oía, corría á socorrer á otros heridos, llevándose á una mujer joven cuyas piernas colgaban, rotas por los muslos.

Y Severina fué quien se precipitó para ayudar á Flora.

—¡Santiago, Santiago!... ¿En dónde es? Yo la ayudaré.

—¡Sí, sí, ayúdeme usted!

Sus manos se encontraron y juntas tiraban de una rueda hecha pedazos. Mas los dedos delicados de la una nada conseguían, en tanto que la otra, con su robusto puño, derribaba los obstáculos.

—¡Cuidado!—dijo Pecqueux, que también se ponía á trabajar.

Con un movimiento brusco detuvo á Severina al ir ésta á pisar un brazo, cortado por el hombro, vestido aún con una manga de paño azul. Retrocedió horrorizada, y eso que no reconocía la manga: era un brazo desconocido, arrollado allí, arrancado de un cuerpo que encontrarían sin

duda en otro sitio. Y le dejó aquello tan temblorosa, que quedó paralizada, de pie, llorando y mirando trabajar, incapaz siquiera de quitar los pedazos de vidrio que cortaban las manos.

Entonces el salvar á los moribundos y el buscar á los muertos revistió suma angustia y peligro, pues el fuego de la máquina se había comunicado á piezas de madera, y fué preciso apagar aquel principio de incendio, echando paladas de tierra. Mientras corrían á Barentín para pedir socorro, y en tanto que enviaban un telegrama á Ronen, desembarazábase la vía con la mayor actividad posible; todos los brazos ayudaban con gran valor. Muchas de las personas que se habían escapado, volvieron avergonzadas de su pánico.

Pero adelantaban con infinitas precauciones; cada pedazo que había que quitar requería grandes cuidados, pues temían acabar de matar á los desgraciados sepultados allí debajo, si se producían desmoronamientos.

Heridos asomaban en aquel hacinamiento, hundidos hasta el pecho, apretados allí como en un torno, dando alaridos. La gente empleó un cuarto de hora en sacar á uno que no se quejaba, pálido como la cera, diciendo que nada tenía, y que nada le lastimaba; y cuando salió de allí le faltaban las piernas y falleció en seguida, sin haber notado ni sentido aquella horrible mutilación en medio de su espanto. Toda una familia salió de un coche de segunda que ya estaba ardiendo; el padre y la madre estaban heridos en las

rodillas la abuela tenía un brazo roto; pero tampoco ellos sentían su mal; sollozaban, llamando á su niñita, que había desaparecido, una rubeja de tres años, á la que encontraron debajo de un resto de coche, ilosa, con la cara alegre y risueña. Otra niña, pero cubierta de sangre, con sus manecitas magulladas, y á la que habían colocado aparte, mientras descubrían á sus padres, permanecía solitaria, desconocida y tan ahogada que no profirió palabra alguna. Poníasele la cara convulsa por indecible terror, no bien alguien se acercaba á ella.

No se podían abrir las portezuelas, cuyas armaduras de hierro había retorcido el choque, era preciso bajar á los compartimentos por los cristales rotos. Ya cuatro cadáveres estaban colocados uno al lado del otro, en el borde de la vía. Unos diez heridos tendidos en el suelo, junto á los muertos, esperaban la asistencia de un médico, ó la llegada de un socorro. Apenas empezaban á libertar la vía, recogían de nuevo los que hacían este trabajo una nueva víctima bajo cada escombros; el montón no parecía disminuir, chorreando y palpitando por aquella carnicería humana.

—¡Pero cuando les digo á ustedes que Santiago está ahí debajo!—repetía Flora aliviándose con aquel grito obstinado que arrojaba sin tener conciencia de sí misma. —¡Está llamando, mire usted, mire Ud., escuche Ud.!

El tónder estaba cogido bajo los vagones, los cuales, subidos unos encima de otros, se habían

desmoronado luego sobre él; y en efecto, desde que la máquina agonizaba con estertor menos ruidoso, oíase rugir bajo aquella montaña una gruesa voz de hombre. A medida que avanzaban, el clamoreo de aquella voz de agonía era más fuerte, y anunciaba tal dolor que los trabajadores no podían ya sufrirla, llorando y gritando ellos también. Por fin, al coger al hombre cuyas piernas acababan de desprender de allí, el rugido de sufrimiento cesó. El hombre había muerto.

—No—dijo Flora—no es él. Está más hondo, está ahí debajo.

Y con sus brazos de guerrera levantaba las ruedas, las echaba lejos, retorcía el zinc de las techumbres, rompía portezuelas y arrancaba pedazos de cadena. En cuanto encontraba un muerto ó un herido, llamaba para que lo quitasen de en medio, no queriendo detenerse ni un segundo en sus pesquisas obstinadas.

Detrás de ella Cabuche, Pecqueux y Misard trabajaban, en tanto que Severina, cansada por estar así de pie, sin poder hacer nada, acababa de sentarse sobre el asiento destartado de un vagón. Pero Misard, siempre flemático, dulce é indiferente, se evitaba las grandes fatigas y ayudaba sobre todo á transportar los cuerpos. También él, como Flora, miraba los cadáveres como si esperase reconocerlos en medio de la ola de miles y miles de caras que en diez años había desfilado á todo vapor delante de ellos, sin dejarles más que el recuerdo confuso de una muchedumbre traída y llevada en un relámpago.

¡No! era la misma ola desconocida del mundo en movimiento; la muerte brutal, accidental, permanecía anónima como la vida presurosa cuyo galope pasaba por allí yendo hacia el porvenir; y no podían poner ningún nombre, ningún dato preciso sobre las cabezas destrozadas por el horror de aquellos miserables caídos en el camino, pisoteados, aplastados, semejantes á esos soldados cuyos cuerpos colman las zanjas ante la carga de un ejército que toma una posición por asalto. Sin embargo, Flora creyó reconocer el cadáver de uno á quien ella había hablado el día del tren perdido en la nieve; aquel americano, cuyo perfil acababa por conocer familiarmente sin saber su nombre ni nada de él ni de los suyos. Misard le llevó con los demás muertos, venidos no se sabía de dónde, detenidos allí al ir no se sabía á qué sitio.

Después hubo todavía un espectáculo desgarrador. En la caja volcada de un compartimento de primera, acababan de descubrir un joven matrimonio, recién casados, sin duda, echados uno contra otro, y tan desgraciadamente, que la mujer aplastaba al hombre debajo de ella, sin que la fuera posible hacer movimiento alguno para aliviarse. El se ahogaba, agonizando casi, mientras que su mujer, con la boca libre, suplicaba desesperadamente que se apresurasen, loca de terror, con el corazón desgarrado al ver que ella era quien mataba á su marido. Y cuando por fin les socorrieron, ella fué quien, de repente, espiró, agujereado el flanco por un tope. El hombre,

vuelto en sí, clamaba lleno de dolor, arrodillado junto á ella, cuyos ojos habían quedado llenos de lágrimas.

Llevaban extraídos doce muertos y más de treinta heridos. Poco á poco lograban desasir el tender, y Flora, de tiempo en tiempo se detenía, y hundía su cabeza entre la madera hecha astillas y los hierros retorcidos, registrando ardentemente con la mirada para ver si daba con el maquinista. Bruscamente arrojó un grito muy grande.

—Le veo, está ahí debajo..... ¡Miren! es su brazo con su chaqueta de lana azul..... Y no se mueve, no respira.....

Flora se irguió y juró como un hombre.

—Pero ¡Dios de Dios! ¡Dense prisa, sacarlo de ahí debajo!

Con las dos manos trataba de arrancar un soldado de coche, enganchado en otros restos. Entonces corrió y volvió con el hacha que servía para hendir la leña en casa de los Misard, y allí, cual leñador blandiendo su hacha en medio de un bosque de robles, atacó el soldado con una lluvia de golpes. Se apartaron, dejándola y gritándole que tuviese cuidado.

Pero no quedaba más herido que el maquinista, protegido por una especie de trabazón de ejes y de ruedas. Además, ella no escuchaba, animada por un arranque irresistible. Derribaba la madera; cada uno de sus golpes hacía desaparecer un obstáculo. Con sus cabellos rubios sueltos, su corpiño roto, enseñando sus brazos

desnudos, parecía una terrible segadora, abriéndose paso entre aquella destrucción que era obra suya.

Un último golpe sobre un eje partió el hierro del hacha. Ayudada por los demás, separó las ruedas que habían protegido al joven contra una muerte segura, y Flora fué la primera que le cogió, llevándole en sus brazos.

— ¡Santiago, Santiago!.... Respira, vive. ¡Ah! ¡Dios mío, vive!.... ¡Bien sabía yo que le había visto caer y que estaba ahí!

Severina, loca de júbilo, la seguía. Entre las dos le depositaron junto al seto al lado de Enrique, el cual, estupefacto, continuaba mirando, sin parecer comprender en dónde estaba y qué era lo que hacían en torno suyo.

Pecquaux, que se había acercado, quedaba de pie mirando a su maquinista, trastornado al verle en tan triste situación; las dos mujeres, arrodilladas ahora, una á la derecha y otra á la izquierda, sostenían la cabeza del desgraciado, acechando con afán los más insignificantes movimientos de su semblante.

Por fin Santiago abrió los párpados. Sus miradas turbias se fijaron sobre ellas, alternativamente, sin que pareciese reconocerlas. Nada le importaban. Mas al encontrar con su mirada la máquina, espirante, primero se apartó, fijándose luego, vacilando al fin en creciente emoción.

Reconocía á la Lisón y lo recordaba todo; las dos piedras cerrando el paso, la abominable sacudida, aquel aplastamiento que sintió á la

vez en ella y en él; Santiago resucitaba, mientras que la máquina, seguramente, moriría. No tenía la culpa si había sido algo desobediente; pues desde que había enfermado en la nieve, no había consistido en ella su falta de vigor; sin contar con que viene la edad que empereza los miembros y endurece las articulaciones. Así es que la perdonaba de todo corazón, lleno de un inmenso pesar al verla herida de muerte, agonizando.

La pobre Lisón ya sólo duraría algunos minutos. Se enfriaba, las grasas de su hogar caían hechas ceniza, el resoplido que con tanta violencia se había escapado de sus flancos abiertos, terminaba en un débil quejido de niño que llora.

Manchada de tierra y de baba, ella tan reluciente siempre, revolcada sobre la espalda en un charco negro de carbón, tenía el fin trágico de un animal de regalo, muerto repentinamente por un accidente en la calle. En cierto momento pudo verse, por sus entrañas reventadas, funcionar sus órganos, latir los volantes como dos corazones gemelos, circular el vapor en los tubos como la sangre de sus venas; pero las bielas, semejantes á brazos convulsivos, sólo tenían estremecimientos, los últimos esfuerzos de la vida; y su alma se iba con la fuerza que le daba la existencia, aquel aliento inmenso de que no se extinguía por completo. La gigante, con el vientre abierto, se sosegó aún, durmiéndose poco á poco con un sueño muy dulce y acabó por ca-

Harse. Había muerto. El montón de hierro, de acero y de cobre que dejaba allí, aquel coloso triturado, con su tronco hendido, sus miembros dispersos y sus órganos magullados, tirados al suelo, tomaba la espantosa tristeza de un cadáver humano, enorme, de todo un mundo que había vivido y del que acababa de ser arrancada la vida, en medio del dolor.

Entonces Santiago, comprendiendo que la Lisón ya no existía, volvió á cerrar los ojos deseando morir también él, y tan débil además, que creía exhalar su alma con el último e imperceptible suspiro de la máquina; y de sus párpados cerrados lágrimas lentas corrían ahora inundando sus mejillas. Aquello fué demasiado para Pequeux, que había permanecido allí inmóvil, con la garganta apretada. La buena amiga de ambos se las guillaba, y hé ahí que su maquinista quería seguirla. ¿Con que ya se había acabado esa estrecha amistad de los tres? ¡Ya no más viajes en los que subidos sobre sus lomos, andaban cientos de leguas sin decir una palabra, y sin embargo, entendiéndose tan bien los tres, que ni una señal necesitaban hacer para comprenderse! ¡Ah! ¡La pobre Lisón, tan dulce en medio de su fuerza, tan hermosa cuando relucía al sol! Y Pequeux, que sin embargo no había bebido, estalló en sollozos violentos que sacudían su gran cuerpo, sin que pudiese detenerlos.

También Severina y Flora se desesperaban, inquietas por aquel nuevo desmayo de Santiago.

Esta última corrió á su casa, y volviendo con alcohol alcanforado, se puso á friccionar al joven para hacer algo.

Pero las dos mujeres, en su angustia, estaban aún exasperadas por la agonía interminable del caballo, único de los cinco que sobrevivía con las manos arrancadas. Yacía junto á ellas con un relincho continuo, un grito casi humano, tan subido y tan doloroso, que dos heridos, ganados por el contagio, se pusieron ellos también á dar alaridos como bestias. Nunca grito de muerte había desgarrado el aire con quejido tan profundo, inolvidable, que helaba la sangre.

La tortura era atroz, voces temblando de piedad y de cólera se enfurecían, suplicando que acabasen de matar aquel miserable caballo que tanto sufría, y cuyo estertor sin fin, ahora que la máquina había muerto, era como el último lamento de la catástrofe. Entonces Pequeux, que continuaba sollozando, cogió el hacha rota y de un sólo golpe en pleno cráneo lo dejó muerto. Y sobre el campo de degüello se produjo el silencio.

Los socorros llegaban, por fin, después de dos horas de angustia. En el choque del encuentro, los coches fueron todos lanzados á la izquierda, de manera que la vía descendente iba á quedar libre al cabo de algunas horas. Un tren de tres vagones, arrastrado por una máquina piloto, acababa de traer de Rouen al jefe del gabinete del prefecto, al procurador imperial, á ingenieros y á médicos de la compañía,

toda una ola de personas azaradas y presurosas, y ya el jefe de estación de Barentín, el señor Bessiere, estaba allí con una escuadrilla, principiando los trabajos. Una agitación, un enervamiento extraordinario reinaba en aquel rincón de país perdido, tan desierto y tan mudo en tiempo normal. Los viajeros que habían salido ilesos conservaban, de la excitación de su pánico, una necesidad febril de movimiento: unos buscaban coche, aterrorizados con sólo pensar en subir en vagón; otros, viendo que no habrían de encontrar ni un mal carricoche, se preocupaban ya por saber en dónde podrían comer y dormir; y todos pedían una oficina de telégrafos, marchándose varios á pie hasta Barentín á poner sus despachos. Mientras las autoridades, ayudadas por la administración, principiaban una sumaria, los médicos se apresuraban á curar á los heridos. Muchos se habían desmayado en medio de charcos de sangre. Otros, al sentir las pinzas y las agujas, se quejaban con voz débil. Había, en suma, quince muertos y treinta y dos heridos graves. En tanto que se estableciera su identidad, los muertos quedaban en el suelo, en hilera á lo largo del seto, mirando al cielo. Sólo un sustituto, un jovencillo, bajito, rubejo y sonrosado, muy solícito, dándose tono, se ocupaba de ellos, registraba sus bolsillos para ver si papeles, tarjetas ó cartas, guiarían para roturarlos á cada uno con un nombre y con su dirección. Mas en torno suyo se formaba un círculo atontado; pues aunque no había casa en una legua á la redonda,

muchos curiosos acudieron, no se sabía de dónde, eran unos treinta, hombres, mujeres y niños, que estorbaban sin ayudar á nada.

Y como ya el polvo negro, el velo de humo y de vapor que todo lo envolvía se había disipado, la radiante mañana de Abril triunfaba por cima del campo de degüello, bañando con la lluvia dulce y alegre de su claro sol, á los moribundos y á los muertos; veíase la Lisón con el vientre abierto, y el desastre de los escombros hacinados, retirados poco á poco por la escuadrilla de trabajadores, semejantes á insectos, que se ocuparan en reparar los destrozos hechos en su hormiguero por el puntapié dado por un transeunte distraído.

Santiago continuaba desmayado, y Severina había detenido á un médico á tiempo que pasaba, suplicándole que le examinara. El médico no encontró ninguna herida aparente; pero afirmó que Santiago tenía lesiones interiores, pues negros hilillos de sangre asomaban á sus labios. No pudiendo pronunciarse todavía el pronóstico, aconsejaba el médico que se llevasen al herido lo más pronto posible y le instalasen en una cama, evitando toda sacudida.

Justamente, al sentir las manos que le pegaban, Santiago abrió de nuevo los ojos con un ligero grito de sufrimiento; y esta vez reconoció á Severina, y balbuceó en su desvarío:

—¡Llévame, llévame!

Flora se había inclinado, pero al volver la cabeza, el joven la reconoció á ella también. Las

miradas de Santiago expresaron el espanto de un niño y se apoyó sobre Severina, en una sacudida de odio y de horror, repitiendo:

—¡Llévame enseguida, enseguida!

Entonces ésta le preguntó, tuteándole también, sola con él, pues ya no contaba con aquella muchacha:

—¿A la Croix-de-Maufras, quieres?.... Si no te molesta, es ahí enfrente, estaremos en nuestra casa.

Y aceptó, temblando todavía, fija sobre Flora la mirada.

—¡Adonde quieras, enseguida!

De pie, inmóvil, Flora había palidecido, bajo aquella mirada de execración y de terror. De modo que aquella matanza de desconocidos y de inocentes, no había conseguido matar á uno ni á otro: la mujer salía tal vez siquiera sin un rasguño; y en cuanto á él, quizás se pusiera bueno, habiendo Flora conseguido únicamente acercarlos uno á otro, echarlos juntos, solo y sola, en el fondo de aquella casa solitaria. Bruscamente los vió instalados allí; el amante curado, convaleciente; cuidándolo cariñosamente su querida, y pagándola luego él sus malos ratos con continuas caricias, ambos prolongando, lejos del mundo, en una libertad absoluta, aquella luna de miel de la catástrofe. Un gran frío helaba á Flora al mirar á los muertos: había matado inútilmente.

En aquel momento, al echar aquella mirada sobre el campo de muerte, Flora miró á Misard y

á Cabuche, á quienes unos señores estaban haciendo preguntas; la justicia seguramente. En efecto, el procurador imperial y el jefe del gabinete del prefecto trataban de comprender cómo aquel carro de cantero estaba cerrando el paso en la vía. Misard sostenía que no se había apartado de su puesto, aunque ningún dato preciso podía suministrar; no sabía realmente nada, decía que estaba vuelto de espaldas, ocupado con sus aparatos.

En cuanto á Cabuche, trastornado aún, contaba una larga historia confusa, por qué había cometido la falta de dejar sus caballos deseando ver á la muerta, y de qué manera habían echado á andar los caballos, viéndose solos, y la joven que no pudo detenerlos. Se enredaba, recomendaba, sin lograr hacerse comprender.

Una salvaje necesidad de verse libre hizo latir de nuevo la sangre helada de Flora. Quería verse libre de sí misma, libre de reflexionar y de tomar una decisión, no habiendo necesitado nunca de nadie para estar en el verdadero terreno. ¿Para qué esperar que la aburriesen con preguntas, encarcelándola quizá? Pues á más del crimen, había una falta de servicio y la harían responsable. Sin embargo, permanecía allí, fija, en tanto que Santiago no se fuera.

Severina suplicó tanto á Pecqueux, que éste se proporcionó una especie de camilla y volvió con un compañero para llevarse al herido. El médico la había decidido á que admitiese también en su casa á Enrique, el conductor jefe,

el cual parecía no haber sufrido más que una conmoción cerebral; estaba atontado. Le llevarían después del otro.

Y al inclinarse Severina para desabrochar á Santiago el cuello que le causaba molestia, le besó en los ojos delante de todo el mundo, queriendo darle valor para que sufriese el traslado hasta la cama.

—No te apesadumbres, seremos felices.

Sonriendo él, la besó á su vez. Y aquello fué para Flora el desgarramiento supremo, lo que la arrancaba de él para siempre. Parecíale que también su sangre corría á borbotones ahora manando de una herida incurable. Cuando se llevaron al joven, ella huyó. Mas al pasar por delante de la casita vió, por los cristales de la ventana, el cuarto de muerte, con la mancha pálida de la vela que ardía en pleno día, junto al cuerpo de su madre.

Durante el accidente, la muerta había quedado sola con la cabeza medio vuelta, abiertos los ojos de par en par, con el labio torcido, como si hubiese mirado hacerse añicos y morir toda aquella gente á quien ella no conocía.

Flora galopó, volviendo en seguida el recodo que formaba la carretera de Doinville, y luego tomó á la izquierda, entre unos matorrales. Conocía cada rincón del país y ya podían venir los gendarmes, si se lanzaban tras ella, que no la cogieran. Así es que cesó bruscamente de correr, continuando al paso, yéndose á un escondrijo en donde gustaba de ocultarse en los días de

tristeza, una excavación por encima del túnel. Alzó los ojos y conoció por el sol que eran las doce. Cuando llegó á su escondrijo, se tendió á la larga sobre la roca dura y quedó inmóvil, con las manos cruzadas detrás de la nuca, reflexionando.

Entonces solamente se produjo en ella un vacío espantoso, la sensación de ser ella ya cadáver le entumecía poco á poco los miembros.

Y no era el remordimiento por haber matado inútilmente á toda aquella gente, pues tenía que hacer un esfuerzo para sentir aquel acto y horrorizarse. Pero ahora estaba cierta de que Santiago la había visto detener los caballos; y esto acababa de comprenderlo al verle retroceder, sintiendo hacia ella la repulsión horrorizada que cansan los monstruos. Nunca olvidaría el joven lo que había hecho. Además, cuando se yerra el golpe con los demás, no hay que errarlo consigo mismo. Dentro de un rato se mataría. Ninguna otra esperanza la quedaba; sentía cada vez más la absoluta necesidad de suicidarse. El cansancio y un anonadamiento de todo su ser la impedían únicamente levantarse, buscar un arma y morir. Y no obstante, desde el fondo de la invencible somnolencia que se apoderaba de ella, aún surgía el amor de la vida, la necesidad de ser feliz, un último ensueño, el de ser dichosa ella también, puesto que abandonaba á los otros dos la dicha de vivir juntos, libres. ¿Por qué no esperaba hasta la noche marchándose después con Ozil, que la adoraba, y que

hallaría medio de defenderla? Sus ideas se hacían dulces y confusas, y se durmió con un sueño negro, sin pesadillas.

Cuando Flora despertó, la noche había caído profunda. Aturdida paseó su mano alrededor de ella y recordó de repente, al sentir la roca dura, en dónde estaba acostada. Y fué como el choque del rayo; una necesidad implacable de morir. Parecía que la dulzura cobarde, aquella indecisión ante la vida posible aún, había desaparecido con el cansancio. ¡No, no! sólo la muerte era buena. No podía vivir en medio de toda aquella sangre, con el corazón arrancado, aborrecida por el único hombre á quien había deseado y que pertenecía á otra. Ahora que se sentía con fuerza suficiente era preciso morir.

Flora se levantó y salió de aquel rincón de las rocas. No titubeó, pues su instinto acababa de indicarle el camino. Mirando de nuevo el cielo, supo que eran cerca de las nueve. Cuando llegó á la vía férrea pasó un tren á toda vapor por la vía descendente, lo cual pareció agrada-la; todo iría á pedir de boca; ya habían dejado libre esa vía, en tanto que la otra estaba sin duda obstruída aún, pues la circulación no parecía restablecida. Y se puso á seguir el seto vivo en medio del gran silencio de aquel país salvaje. No había prisa, no habría tren ninguno antes del exprés de París, el cual no llegaría hasta las nueve y veinticinco; continuaba siguiendo el seto á pasitos cortos, en la sombra espesa, muy

serena, como si fuese aquel uno de sus paseos acostumbrados por los senderos desiertos. Mas antes de llegar al túnel saltó el seto y continuó avanzando sobre la misma vía con paso perezoso, yendo al encuentro del exprés.

Tuvo que valerse de mañas para que no la viera el vigilante, cual le sucedía cuando iba á ver á Ozil en la otra punta del túnel. Y así que estuvo ya en él, siguió andando siempre hacia adelante. Pero no le sucedía lo que la semana anterior; ya no tenía miedo, al volverse, de perder la noción exacta de la dirección que seguía. El espanto del túnel no seguía ya en su cráneo; ese espanto en que se hunden las cosas, el tiempo y el espacio, en medio del estruendo de los ruidos y del aplastamiento de la boveda. ¡Qué la importaba! Flora no razonaba, ni siquiera pensaba; no tenía más que una resolución fija; andar, andar, mientras no encontrara el tren, y continuar andando derecha hacia el farol, en cuanto le viese centellear en las tinieblas.

Mas Flora se extrañó, pues le parecía estar andando desde hacía muchas horas. ¡Qué lejos estaba esa muerte tan deseada! El pensar que no la encontraría, que seguiría caminando leguas y leguas sin tropezar con ella, la desesperó un momento. Sus pies se cansaban; ¿acaso se vería obligada á sentarse, á esperarlo acostada sobre los rails? Mas aquello le parecía indigno, experimentaba la necesidad de andar hasta el final, de morir erguida y fuerte por un instinto de virgen y de guerrera. Por fin, sintió nueva energía

y caminó con más empuje, cuando vió, muy lejos, el farol del exprés, semejante á una estrella, centelleante y única en el fondo de un cielo de tinta. El tren no estaba aún bajo la bóveda, ningún ruido le anunciaba, no había más que aquel fuego tan vivo, tan alegre, que poco á poco iba creciendo. Erguida en su elevada estatura, flexible, balanceada sobre sus robustas piernas, avanzaba con paso largo, pero sin correr, como si se acercara una amiga, á la que quisiese ahorrar un trozo de camino. Mas ya el tren acababa de entrar en el túnel, el espantoso estruendo se acercaba, conmoviendo el suelo con un resoplido de tormenta, en tanto que la estrella se convertía en ojo enorme, cada vez mayor, saltando de la órbita de las tinieblas. Entonces, bajo el imperio de una sensación inexplicada, quizás para morir sola, Flora vació sus bolsillos, sin cesar su marcha de obstinación heroica, y puso varios objetos en el borde de la vía, un pañuelo, llaves, cordelillo y dos navajas, y hasta se quitó el pañuelo que llevaba al cuello, dejando su corpiño desabrochado, medio arrancado. El ojo se hacía hoguera vomitando llamas, en tanto que el resoplido del monstruo se acercaba, húmedo y ya cálido, en aquel rodar de trueno, cada vez más ensordecedor. Flora seguía andando, dirigiéndose derecha á aquella hoguera para dar con la máquina, fascinada como un insecto nocturno, atraído por la llama. Y en el espantoso choque, en el abrazo postrero, se irguió aún, como si enardecida por

un último esfuerzo de luchadora, hubiese querido estrechar al coloso para derribarlo.

Su cabeza dió de lleno en el farol, apagándolo.

Más de una hora después vinieron á recoger el cadáver de Flora. El maquinista vió aquel cuerpo grande y pálido dirigirse hacia la máquina, cual espantosa y extraña aparición, bajo el chorro de claridad viva que le inundaba; y cuando, bruscamente, ya apagada la linterna, quedó el tren en una obscuridad profunda, rodando con su ruido de tormenta, se estremeció, sintiendo pasar la muerte. Al salir del túnel se esforzó en gritar el accidente al vigilante. Pero hasta Barentin no pudo contar que alguien se había hecho aplastar en el túnel, y era sin duda una mujer; en el cristal despedazado de la linterna quedaron pegados algunos pelos con salpicaduras del cráneo. Cuando los hombres enviados en busca del cuerpo le descubrieron, quedaron asombrados al verlo tan blanco como el mármol. Yacía sobre la vía ascendente, arrojado allí por la violencia del choque, con la cabeza hecha harina y los miembros sin un rasguño, medio desnudos, de una belleza admirable, puros y fuertes. Silenciosamente los hombres lo envolvieron. La habían reconocido. Sin duda se había suicidado, enloquecida, para escapar á la terrible responsabilidad que sobre ella pesaba.

Desde las doce de la noche el cadáver de Flora descansó en su casita, junto al de su madre. Pusieron un colchón en el suelo y colocaron

entre ambos cuerpos una vela encendida. Eufrasia, con la cabeza inclinada y la risa horrorosa de su boca torcida, parecía mirar á su hija con sus grandes ojos fijos; en tanto que en aquella soledad, en medio de aquel profundo silencio, oíase por todos lados el sordo trabajo, el esfuerzo jadeante de Misard, que de nuevo registraba la casa. Y en los intervalos reglamentarios, pasaban los trenes, cruzándose sobre las dos vías, pues la circulación había sido restablecida por completo. Pasaban inexorables, con su omnipotencia mecánica, indiferentes, ignorando aquellos dramas y aquellos crímenes. ¡Qué importaban los desconocidos anónimos, caídos en el camino, aplastados bajo las ruedas! Se llevaron los muertos, lavaron la sangre, y el tren continuó hacia adelante, hacia el porvenir.

## XI

Severina hizo que subiesen á Santiago herido, sin conocimiento todavía, á la alcoba principal de la Croix-de-Mauftras; habitación colgada toda de damasco rojo, cuyas dos altas ventanas daban sobre el camino de hierro, distante sólo algunos metros. El lecho, de forma antigua, estaba colocado de modo que pudieran verse cruzar los trenes.

A pesar del tiempo transcurrido desde la

muerte del presidente, nada había cambiado en aquella casa; ni un mueble se había quitado de su sitio.

Enrique Dauvergne fué instalado en un cuarto de dormir más pequeño, del piso bajo; mientras que Severina reservó para sí la alcoba más próxima á la de Santiago, separada solamente por un pasillo. En dos horas la instalación se hizo confortable, merced á que la casa se conservaba intacta, y había hasta ropa blanca en el fondo de los armarios. Con un delantal atado á la cintura por encima de su vestido, Severina se encontraba convertida en enfermera después de haber telegrafiado á Roubaud que no la esperase durante algunos días, pues se quedaba para cuidar á los heridos, recogidos en su casa.

Desde el día siguiente consideró el médico á Santiago fuera de peligro, y aun contaba con hacer que se levantara de la cama á los ocho días: un verdadero milagro, pues contra lo que todos suponían, apenas tenía daños internos de consideración. Pero era preciso guardar sumo cuidado y una inmovilidad absoluta. Cuando el enfermo abrió los ojos, Severina, que velaba á su lado como si fuera un niño, le suplicó que la obedeciese en todo. Santiago, muy débil todavía, se lo prometió haciendo un signo afirmativo con la cabeza. Estaba en su perfecto conocimiento, y reconoció aquel cuarto descrito por ella la noche de su confesión: aquella era la alcoba donde, á los dieciséis años y medio, había cedido Severina á las violencias del presidente Grandmorin. Reco-

entre ambos cuerpos una vela encendida. Eufrasia, con la cabeza inclinada y la risa horrorosa de su boca torcida, parecía mirar á su hija con sus grandes ojos fijos; en tanto que en aquella soledad, en medio de aquel profundo silencio, oíase por todos lados el sordo trabajo, el esfuerzo jadeante de Misard, que de nuevo registraba la casa. Y en los intervalos reglamentarios, pasaban los trenes, cruzándose sobre las dos vías, pues la circulación había sido restablecida por completo. Pasaban inexorables, con su omnipotencia mecánica, indiferentes, ignorando aquellos dramas y aquellos crímenes. ¡Qué importaban los desconocidos anónimos, caídos en el camino, aplastados bajo las ruedas! Se llevaron los muertos, lavaron la sangre, y el tren continuó hacia adelante, hacia el porvenir.

## XI

Severina hizo que subiesen á Santiago herido, sin conocimiento todavía, á la alcoba principal de la Croix-de-Maufras; habitación colgada toda de damasco rojo, cuyas dos altas ventanas daban sobre el camino de hierro, distante sólo algunos metros. El lecho, de forma antigua, estaba colocado de modo que pudieran verse cruzar los trenes.

A pesar del tiempo transcurrido desde la

muerte del presidente, nada había cambiado en aquella casa; ni un mueble se había quitado de su sitio.

Enrique Dauvergne fué instalado en un cuarto de dormir más pequeño, del piso bajo; mientras que Severina reservó para sí la alcoba más próxima á la de Santiago, separada solamente por un pasillo. En dos horas la instalación se hizo confortable, merced á que la casa se conservaba intacta, y había hasta ropa blanca en el fondo de los armarios. Con un delantal atado á la cintura por encima de su vestido, Severina se encontraba convertida en enfermera después de haber teleografiado á Roubaud que no la esperase durante algunos días, pues se quedaba para cuidar á los heridos, recogidos en su casa.

Desde el día siguiente consideró el médico á Santiago fuera de peligro, y aun contaba con hacer que se levantara de la cama á los ocho días: un verdadero milagro, pues contra lo que todos suponían, apenas tenía daños internos de consideración. Pero era preciso guardar sumo cuidado y una inmovilidad absoluta. Cuando el enfermo abrió los ojos, Severina, que velaba á su lado como si fuera un niño, le suplicó que la obedeciese en todo. Santiago, muy débil todavía, se lo prometió haciendo un signo afirmativo con la cabeza. Estaba en su perfecto conocimiento, y reconoció aquel cuarto descrito por ella la noche de su confesión: aquella era la alcoba donde, á los dieciséis años y medio, había cedido Severina á las violencias del presidente Grandmorin. Reco-

nocía la cama, que él ocupaba ahora: las ventanas por las cuales, sin levantar la cabeza, miraba desfilan los trenes que conmovían todo el edificio.

Y esta casa la veía tal como cuando él pasaba conduciendo su máquina. La distinguía sesgada al borde de la vía, deteriorada, y cada vez con aspecto más triste, desde que el inmenso cartel colgado en su fachada, anunciando su venta, aumentaba la melancolía del jardín, obstruido por las zarzas. Volvía á sentir la horrible tristeza y el malestar que ella le comunicaba, como si se dirigiese allí para la desgracia de su existencia. Creía vislumbrar que moriría allí seguramente.

Desde que Severina le vio en estado de comprender se apresuró á consolarle, diciéndole al oído, mientras le arropaba con la colcha:

—No te inquietes, he registrado tus bolsillos, y he cogido el reloj.

Santiago la miró con los ojos ensanchados, haciendo un esfuerzo de memoria.

—El reloj..... ¡Ah! sí, el reloj.

—Por temor á que alguien lo encontrase, lo he escondido yo entre unos objetos míos. No hay peligro.

Ella dió las gracias con un apretón de manos, y al volver la cabeza vió sobre la mesa el cuchillo, hallado igualmente en uno de sus bolsillos. Este no había por qué ocultarlo: era un cuchillo como todos los demás.

Al día siguiente, sintiéndose mejor Santiago,

recobró la esperanza de no morir allí. Tenía un verdadero placer en sentir cerca á Cabueche, que atronaba el parquecillo con sus pasos de coloso. Después del accidente, el carretero no había abandonado á Severina, llevado sin duda por un ardiente deseo de abnegación; dejaba su trabajo y venía todas las mañanas á ayudarla en los quehaceres de la casa; la servía como un perro fiel, con los ojos fijos sobre los suyos, diciendo que era una mujer fuerte á pesar de su aspecto débil, y que se podía hacer cualquier cosa por ella mejor que por otras personas. Los dos amantes se acostumbraron á la presencia de Cabueche, tuteándose y abrazándose delante de él, cuando atravesaba el cuarto discretamente, procurando ocultar su enorme corpachón.

Santiago, sin embargo, se asombraba de las frecuentes ausencias de Severina. El primer día le había ocultado ella la presencia de Enrique en el piso bajo, considerando que le tranquilizaría su absoluta solieitud.

—Estamos solos, ¿no es verdad?.....

—Sí, querido mío, solos, completamente solos..... Duérme tranquilo.

No obstante, desaparecía á cada minuto, y al día siguiente oyó él, en el piso bajo, ruido de pasos, de cuchicheos; y al inmediato sintió claramente dos voces jóvenes y frescas que no cesaban de reír.

—¿Qué hay?..... ¿Qué es eso?..... ¿De modo que no estamos solos?

—Pues bien, no, querido mío; hay abajo,

precisamente debajo de este cuarto, otro herido que hube de recibir.

—¡Ah!..... ¿Quién es?

—Enrique, ¿no sabes?..... el conductor jefe.

—Enrique..... ¡Ah!

—Y esta mañana han llegado sus hermanas. Esas son las risas que tú oyes; se ríen de todo.... Como está mucho mejor, se marcharán esta tarde, pues su padre no puede vivir sin ellas; Enrique se quedará dos ó tres días más para restablecerse completamente..... Imagínate que saltó desde el tran y no se hizo nada; solamente se quedó como un idiota, mas ya ha vuelto en sí.

Santiago fijó en ella una mirada tan larga, que ésta añadió:

—¿No comprendes? Si él no estuviese ahí, se podría dudar de nosotros..... Mientras que no estando yo sola contigo, mi marido no tiene nada que decir; tengo un buen pretexto para continuar aquí..... ¿Comprendes?

—Sí, sí, está bien.

Y hasta la tarde siguió oyendo Santiago las risas de las de Dauvergne, que recordaba haber oído también en París, subiendo desde el piso inferior al cuarto donde Severina se había confesado entre sus brazos. Después volvió el silencio, interrumpido solamente por el paso ligero de esta última, que iba y venía al cuidado de los dos heridos. Dos veces, sintiendo mucha sed, dió golpes con una silla en el piso para que ella subiese; y cuando reaparecía, venía sonriente, muy deprisa, explicando que no concluía por

tener que aplicar sobre la cabeza de Enrique compresas de agua helada.

Al cuarto día, Santiago pudo levantarse y pasar dos horas en una butaca delante de la ventana. Inclinandose un poco vió el estrecho jardín, cortado por el camino de hierro, cercado por muros bajos y lleno de rosales de flores pálidas. Recordaba la noche en que se había levantado para mirar por encima del muro y vió el terreno vasto al otro lado de la casa, cerrado solamente por un seto vivo que él había franqueado, y detrás del cual había querido violentar á Flora, sentada en el umbral del invernadero en ruinas, preparándose á cortar unas cuerdas con sus grandes tijeras. ¡Ah, la abominable noche, llena de su espantoso mal! Flora, con su aspecto de mujer guerrera y sus ojos ardientes fijos en los suyos, le atraía más y más á medida que el recuerdo se hacía más claro en su mente. Ante todo, nada había preguntado del incidente, y ninguno de los que estaban en derredor suyo le hablaban por prudencia. Pero cada detalle despertaba y reconstituía el todo; no pensaba más que en eso, esforzándose continuamente, de tal modo, que ahora, en la ventana, su única ocupación era buscar las huellas, acechar los actores de la catástrofe. ¿Por qué, pues, no la vela en su puesto de guardabarrera con la bandera en la mano? No se atrevía á preguntar nada y esto aumentaba el malestar que le producía aquella casa lúgubre, poblada toda de espectros.

Una mañana, sin embargo, cuando Cabuche

estaba allí, delante de Severina, se decidió á preguntar:

—¿Y Flora, está enferma?

El carretero, preocupado, no comprendió un gesto que aquélla le hizo, creyendo que le mandaba hablar.

—La pobre Flora.... ¡ha muerto!

Santiago les miró estremeciéndose, y fué preciso decirse todo.

Los dos le refirieron entonces cómo la joven se había suicidado, dejándose despedazar en el túnel. Se había retrasado el entierro de la madre hasta por la tarde para conducirla al mismo tiempo; dormían juntas en el reducido cementerio de Domville, donde habían ido á juntarse con la dulce y desgraciada Luisilla, muerta también violentamente, toda llena de sangre y lodo. ¡Tres miserables de esas que caen en el camino para ser aplastadas y desaparecer como impelidas por el terrible viento de los trenes que pasan!

—¡Muerta, Dios mío!— repitió Santiago muy bajo.—¡Muertas mi pobre tía Eufrasia, Flora y Luisita!

Al oír el nombre de esta última, Cabuche, que ayudaba á Severina á hacer la cama, levantó instintivamente los ojos hacia ella turbado por el recuerdo de su ternura de otras veces, en la pasión naciente, de la cual estaba invadido. Pero la joven, al corriente de sus trágicos amores, permaneció grave, mirándole con ojos de simpatía; él se emocionó, y sin quererlo, rozó con su mano la de Severina al darle las almohadas,

mientras respondía á Santiago que le interrogaba.

—¿Se la acusaba, por tanto, de haber provocado el accidente?

—¡Oh! no, no..... Únicamente fué un descuido suyo; ¿comprende usted?

Con frases entrecortadas contó lo que sabía. Nada había visto, pues él estaba en la casa cuando los caballos se marcharon colocando el carro al través de la vía. Aquello constituía su secreto remordimiento; la justicia le amonestó duramente: si él hubiese estado allí, no hubiese ocurrido la espantosa desgracia. La información había, pues, recaído en un simple descuido por parte de Flora; y como ésta se castigó tan atrozmente, el asunto no pasó adelante, sin destituir siquiera á Misard, que con su aire humilde y deferente trataba de disculparse. Flora sólo hacía su santa voluntad, él tenía que salir á cada minuto de su puesto para cerrar la barrera. Además la Compañía no había podido negar aquella mañana la perfecta corrección de su servicio; y esperando que él volvería á casarse, acababa de autorizarle, para que le ayudase á guardar la barrera, á unirse con una mujer vecina, la Ducloux, antigua sirvienta de posada, que vivía de ganancias sospechosas, adquiridas otras veces.

Cuando Cabuche abandonó la estancia, Santiago, muy pálido, retuvo á Severina con la mirada.

—Tú sabes muy bien que es Flora quien condujo los caballos y quien interceptó la vía con piedras.

Severina, estremeciéndose, exclamó á su vez:  
—¿Qué dices, querido?... Tienes fiebre, es preciso que vuelvas á acostarte.

—No, no, esto no es una pesadilla.... ¿Entiendes? Yo lo he visto como te veo ahora mismo. Flora detenía los caballos é impedía avanzar al carro con sus fuertes puños.

Entonces la joven se sintió desfallecer cayendo sobre una silla con las piernas dobladas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! eso me causa miedo.... Es monstruoso....

—¡Diablo! —continuó él— la cosa es clara, ha querido matarnos juntos.... Hace mucho tiempo que me amaba y estaba celosa. Con eso, su cabeza destornillada y unas ideas del otro mundo... ¡Tantas muertes de un golpe! ¡Ah, infame!

Sus ojos se ensancharon, un movimiento nervioso se apoderó de sus labios y continuaron mirándose largo rato. Después, arrancándose á las visiones abominables que se evocaban entre ellos, replicó á media voz:

—¡Ah, ella ha muerto y me parece que ha de volver! Desde que he recobrado el conocimiento, creo verla siempre ahí. Esta mañana, sin ir más lejos, me he despertado creyendo que estaba junto á mi lecho.... Ha muerto y nosotros vivimos. ¡Con tal que no se vengue ahora!

Severina tembló llena de horror.

—¡Calla, calla! Vas á volverme loca.

Y salió para bajar junto al otro herido. Santiago quedó en la ventana examinando de nuevo la vía, el puesto del guardabarrera con

sus grandes pozos, la caseta de madera donde Misard descansaba en su regular y monótona tarea. Estas cosas le absorbieron durante algunas horas, como si se tratase de un problema que no podía resolver y cuya solución importaba á su salud.

No se cansaba de contemplar á Misard, aquel ser raquítico, manso, paliducho, sacudido de continuo por endiablada tosecilla, y que había envenenado á su mujer, dando fin de tan robusta moza, como insecto roedor, tenaz en su pasión. Seguramente, desde hacía muchos años, no había tenido otra idea que aquella, día y noche, durante las doce interminables horas de su servicio. A cada repique eléctrico que le anunciaba un tren, tocaba la bocina; luego, pasado el tren, cerrada la vía, empujaba un botón para anunciarlo al puesto siguiente: eran éstos simplemente movimientos mecánicos, que habían terminado por formar parte de las costumbres de su cuerpo en esta vida vegetativa. Inculto, idiota, no leía jamás, permanecía con las manos ociosas, los ojos con mirada vaga y perdida entre las llamadas de sus aparatos. Casi siempre sentado dentro de su garita, no tenía otra distracción que la de almorzar allí, empleando todo el mayor tiempo posible. Luego caía en su modorra, con el cráneo vacío, sin un pensamiento, atormentado sobre todo por terribles somnolencias, durmiéndose á veces con los ojos abiertos. De noche, para sustraerse á tan irresistible estupor, se levantaba, andaba, flaqueándole

las piernas como á un borracho. Y de este modo la lucha con su mujer, aquel sordo combate por los mil francos ocultos, que ambos se disputaban para después de la muerte, debió haber sido, durante meses y meses, la única reflexión de aquel cerebro embrutecido de hombre solitario. Cuando tocaba la bocina, cuando ejecutaba sus señales, velando como un autómatas por la seguridad de tantas vidas, pensaba en el veneno; y cuando esperaba con los brazos inertes, los ojos vacilantes de sueño, pensaba en lo mismo. No había nada más allá de esta idea: mataría á su mujer, registraría por todas partes; él sería quien se quedase con el dinero.

Santiago se admiraba de encontrarlo como antes. Se podía, pues, matar sin temor á remordimientos; la vida continuaba siendo idéntica. Después de la fiebre de las primeras investigaciones, Misard, en efecto, había recobrado su pachorra, con la mansedumbre solapada de un ser frágil que teme las violencias. En el fondo no estaba tan tranquilo, porque su mujer seguía triunfando y él continuaba derrotado, revolviendo la casa sin descubrir nada, ni un céntimo; y sólo sus miradas, inquietas y escudriñadoras, delataban su preocupación sobre su faz terrosa. De continuo veía los ojos desencajados de la muerta, la risa horrible de sus labios, que repetían: «¡Busca! ¡Busca!» Y buscaba el hombre ahora dar á su cerebro un minuto de reposo; sin tregua trabajaba, trabajaba, buscando el lugar donde se hallara enterrado el gato, volviendo á

examinar los escondites posibles, desechando los que ya se habían registrado, encendiéndose de fiebre al imaginar uno nuevo, poseído entonces de tal prisa, que todo lo dejaba para correr allá inútilmente: suplicio intolerable á la larga, tortura vengadora, especie de insomnio cerebral que le tenía despierto, estúpido, caviloso á su pesar, bajo el tic-tac del reloj de la idea fija. Cuando soplabá en su bocina, una vez para los trenes descendentes y dos veces para los trenes ascendentes, seguía buscando; cuando obedecía á las llamadas de los timbres, cuando empujaba los botones de sus aparatos, cerrando, abriendo la vía, seguía buscando; sin cesar buscaba, buscaba perdidamente; de día, durante sus largas esperas, entumecido de ociosidad; de noche, hambriento de sueño, como desterrado al fin del mundo en el silencio del negro y dilatado campo. Y la Ducloux, la mujer que ahora guardaba la barrera, atormentada por el deseo de casarse, atendía á los menudos cuidados, inquietada al ver que aquel hombre jamás cerraba los ojos.

Una noche Santiago, que se había levantado y paseaba por su aposento, se acercó á la ventana; una linterna iba y venía en casa de Misard; sin duda buscaba el hombre. Pero á la noche siguiente, mientras el convaleciente acechaba de nuevo, tuvo la sorpresa de reconocer á Cabuche en una gran forma sombría, de pie en el camino, bajo la ventana de la pieza inmediata, donde dormía Severina. Y esto, sin que Santiago supiese explicarse la causa, en vez de irritarle le

llenó de conmiseración y tristeza; también era desgraciado aquel grandísimo bruto, plantado allí como una bestia loca y fiel. Verdaderamente Severina, tan delgada, no muy bella cuando se la detallaba, poseía acaso un hechizo bien poderoso con sus cabellos de tinta y sus pálidos ojos de violeta, para que los salvajes mismos, los colosos incultos, fueran cogidos en la red hasta pasar las noches en su puerta como tímidos mozalvillos. Santiago recordó algunos hechos: la oficiosidad del cantero prestándose á ayudarla, las miradas de esclavo con que él se ofrecía á ella. Sí, ciertamente Cabuche la amaba, la deseaba. Y otro día, habiéndole vigilado, le vió que recogía furtivamente una horquilla caída del moño, mientras que ella hacía la cama, y que la guardaba en su puño para no devolverla. Santiago pensaba en su propio tormento, en todos los deseos que había sufrido, todas las turbaciones y terrores que le volvían con la salud.

Trancurrieron dos días más, terminaba la semana, y como lo había previsto el médico, los heridos iban á poder reanudar sus servicios. Una mañana el maquinista, estando á la ventana, vió pasar en una máquina nuevecita á su fogonero Pecuqueux, quien le saludó con la mano como si le llamara. Pero él no tenía prisa por volver al servicio; un despertar de la pasión le retenía allí, una especie de esperanza ansiosa de lo que debía ocurrir. El mismo día oyó risas frescas y juveniles en el cuarto bajo; aquellas muchachas llenaban la triste morada con la bulla de un colegio

en horas de recreo. Había reconocido á las niñas de Dauvergne. Nada habló á Severina, quien, por otra parte, durante el día entero, se escapó sin poder permanecer cinco minutos al lado de él. Luego, á la noche, cayó la casa en un silencio de muerte. Y cuando con aspecto grave, algo pálida, la mujer permanecía en su habitación, Santiago la miró fijamente y la preguntó:

—¿De modo que se ha ido, se lo han llevado sus hermanas?

Ella respondió en voz breve:

—Sí.

—¿Y estamos al fin solos, completamente solos?

—Sí, completamente solos.... Mañana tendremos que separarnos; yo volveré al Havre. Ya ha terminado la vida en este desierto.

Santiago continuaba mirándola sonriente y turbado. Sin embargo, se decidió.

—¿Sientes que se haya ido?

La mujer se estremeció queriendo protestar, pero él la detuvo.

—No busco una querrela. Bien ves que no tengo celos. Me dijiste un día que te matara si me eras infiel, y creo que no tengo la catadura de un amante que piensa matar á su querida.... Pero, ciertamente no te movías de abajo. Era imposible que te retuviera yo un minuto. He concluido por acordarme de lo que decía tu marido, que te acostarías cualquiera noche con ese mozo, sin ningún placer, únicamente por probar cosas nuevas.

La mujer había cesado de debatirse, y repitió por dos veces lentamente:

—Cosas nuevas, cosas nuevas.....

Luego, en un raptó de irresistible franqueza, dijo:

—Pues bien, escucha, es cierto..... Nosotros podemos decirnoslo todo. Hay muchas cosas que nos ligan..... Desde hace algunos meses me persigue ese hombre. Sabía que yo era tuya y pensaba que no me costaría gran trabajo ser también suya. Cuando le encontré abajo volvió á hablarme, me repitió que me amaba hasta morir, y estaba tan penetrado de gratitud por los cuidados que le prodigaba, era tan dulce su ternura, que es positivo, soñé yo en amarlo también, en probar cosas nuevas, algo mejor, muy dulce..... Sí, algo sin placer, quizás, pero que me calmara.....

Se interrumpió, dudó si había de continuar.

—Porque ya nuestro camino está cerrado, no podemos pasar más adelante..... Nuestra marcha, aquella esperanza de ser ricos y dichosos allá en América, toda aquella felicidad que dependía de ti, es imposible ahora, puesto que no has podido alcanzarlo..... ¡Oh! no te reprocho nada; vale más quizá que no lo hayamos hecho; pero quiero hacerte comprender que contigo nada puedo esperar: mañana sería como ayer, los mismos fastidios, los mismos tormentos.

El hombre la dejaba hablar; pero no la hizo ninguna pregunta hasta que hubo callado.

—¿Y es para eso para lo que has dormido con el otro?

La mujer había dado algunos pasos por la habitación; volvióse y encogióse de hombros.

—No, no he dormido con él, te lo digo sencillamente; y tú lo crees, estoy segura, porque desde ahora no debemos engañarnos..... No, no he podido hacer otra cosa. ¿Te admiras acaso de que una mujer no se pueda entregar á un hombre, cuando ella medita el caso, viendo que puede sacar de esta conducta algún interés? Yo misma no meditaba tanto antes, jamás me costaba ser complaciente, quiero decir, dar ese placer á mi marido ó á ti, cuando os veía amarme con tanta fuerza. Pues bien; esta vez no he podido. Me ha besado las manos, pero no los labios, te lo juro. Me espera en París; le he aplazado, porque le veía tan desgraciado, que no he querido desespeararlo.

Tenía razón. Santiago la creía, comprendía que no mentía. Y sentíase invadido de angustia, agrandábase la turbación terrible de su deseo, pensando que ahora estaba encerrado solo con ella, lejos del mundo, dentro de la llama reanimada de su pasión. Quiso desahogarse y exclamó:

—Pero es que hay otro todavía, otro amante, Cabuche.

Un brusco movimiento hizo volver de nuevo á Severina.

—¡Ah! ¿lo has visto? ¿sabes también eso?..... Sí, también es verdad. Me pregunto qué mosca les pica á todos. Pero ese no me ha dicho jamás una palabra. Veo, sin embargo, que se retuer-

ce los brazos, cuando tú y yo nos abrazamos. Me oye tutearte, y se va á llorar por los rincones. Luego, todo me lo quita, todo lo que ha tocado á mi persona; guantes, hasta pañuelos que desaparecen, que se lleva allá, á su caverna, como si fueran tesoros.... Pero no, no vayas á creer que soy capaz de ceder á semejante salvaje. Es demasiado grande, me daría miedo.... Además, no pide nada.... No, no, esos bestias, cuando son tímidos, se mueren de amor sin exigir nada. Podías dármelo de guarda por un mes, no me tocaría ni con la punta de los dedos, como tampoco ha tocado á Luisilla, de eso te respondo hoy.

Al evocar este recuerdo, sus miradas se encontraron, reinó un silencio. Las cosas del pasado resucitaban: su encuentro en el gabinete del Juez de instrucción, en Rouen; luego, su primer viaje á París, tan dulce; sus amores en el Havre, y todo lo que había seguido, bueno y terrible. La mujer se acercó tanto á Santiago, que éste sentía su aliento tibio.

—No, no; menos con ese que con el otro. Con nadie, ¿entiendes? porque no podré.... ¿Quieres saber la causa? Ahora lo comprendo, estoy segura de no engañarme; es porque tomaste posesión de toda mi persona. No hay otra palabra; si, me tomaste, como se toma una cosa con las dos manos, se la lleva consigo, se dispone de ella á cada minuto, como de un objeto propio. Antes que de tí, no he sido de nadie. Soy tuya, y seguiré siendo tuya, aunque no quieras, aunque

yo no quiera.... No sé explicar esto. Nos hemos encontrado así. Con otros hombres, me da miedo, me repugna; mientras que contigo, tú me has dado un placer delicioso, una verdadera dicha celeste.... ¡Ah! á nadie amo más que á tí, no puedo ya amar sino á tí solo.

Y adelantaba los brazos para estrecharlo, para posar la cabeza en su hombro, la boca en sus labios. El amante la había cogido las manos, y la retenía, loco, aterrado al sentir el antiguo calofrío que serpenteaba por sus miembros, con la sangre que le latía en el cráneo. Era el mismo zumbido de los oídos, el mismo martilleo de sus grandes crisis de marras. Desde hacía algún tiempo, no podía poseer á aquella mujer en pleno día, ni aun á la claridad de una bujía, por miedo de volverse loco al verla. Y ahora, había allí una lámpara, que iluminaba vivamente á entrambos; si temblaba de aquel modo, si empezaba á encolerizarse, debía ser que percibía la redondez blanca del seno de su querida, al través del cuello desabrochado de su bata.

Suplicante, ardorosa, continuó Severina:

—Es inútil que nuestra existencia no tenga porvenir; tanto peor. Si nada nuevo espero de tí; si sé que mañana vendrán para nosotros los mismos fastidios y los mismos tormentos, me es igual; no tengo que hacer más sino arrastrar mi vida y sufrir contigo. Vamos á volver al Havre; allí viviremos como podamos, con tal que te tenga así, á mi lado, durante una hora, de vez en cuando.... Tres noches van que no duermo,

torturada en mi habitación, allá, al otro lado de la escalera, hostigada por la necesidad de venirme contigo. Has estado tan mal, me parecías tan sombrío, que no me atrevía.... Pero esta noche déjame aquí. Ya verás qué bien la pasamos; no te molestaré, seré razonable. Y además, piensa que es la última noche.... Estamos aquí como en un extremo del mundo. Escucha, ni un soplo, ni un alma. Nadie puede venir; estamos solos, tan absolutamente solos, que nadie lo sabría si muriéramos en brazos uno del otro.

Ya en el furor de su deseo de posesión, exaltado por estas caricias, Santiago, no teniendo ningún arma, avanzaba los dedos para ahogar á Severina, cuando ésta, cediendo á su antigua costumbre, se volvió y apagó la lámpara. Entonces la cogió Santiago, acostándose ambos. Fué una de sus más ardientes noches de amor, la mejor, la única en que se sintieron compenetrados, desvanecidos uno en otro. Quebrantados por esta dicha, aniquilados hasta el punto de haber perdido la sensibilidad de sus cuerpos en contacto, no se durmieron, sin embargo, quedándose agarrotados en un abrazo. Y, como en la noche de la confesión, en París, en el cuarto de la señora Victoria, el amante la escuchaba silencioso, mientras que la mujer, con la boca pegada en el oído de él, cuchicheaba muy bajito palabras sin fin. Quizás aquella noche había sentido ella la proximidad de la muerte antes de apagar la lámpara. Hasta aquel día había permanecido sonriente, inconsciente, sin la ame-

naza continua del asesinato, en brazos de su amante. Pero acababa de experimentar un frío estremecimiento mortal, y aquel espanto inexplicable era lo que la ligaba tan estrechamente al pecho de Santiago, necesitada de protección. Su leve cuchicheo era como la entrega misma de su persona.

—¡Oh, querido mío! Si hubieses podido, ¡qué felices hubiéramos sido en América!.... No, no te pido que hagas lo que no puedes hacer; solamente ¡deploro tanto nuestro sueño frustrado!.... He sentido miedo hace un instante. No sé, pero me parece que algo me amenaza. Es una niñería sin duda; á cada instante vuelvo la cara, como si alguien estuviera detrás, dispuesto á matarme.... Y yo no tengo más que á tí que me defiendes. Toda mi alegría depende de tí, tú eres ahora la única razón de mi existencia.

Sin responder, Santiago la estrechó más en sus brazos, demostrando con esta presión lo que no decía: su emoción, su deseo sincero de ser bueno con ella, el amor violento que no había cesado de inspirarle aquella mujer. Y, sin embargo, había querido matarla aquella noche; porque si Severina no se hubiese vuelto para apagar la lámpara, la hubiera estrangulado ciertamente. Jamás se curaría; las crisis aparecían al azar de los hechos, sin que él pudiese descubrir, discutir las causas. Así ¿por qué aquella noche había querido matarla, cuando la encontraba fiel, con una pasión más amplia y confiada? ¿Era que mientras más la amaba, más

quería poseerla, hasta destruirla, en medio de esas tinieblas horribles del egoísmo del macho? Poseerla como la tierra, muerta.

—¡Ay, querido!—continuaba la mujer, hablando con su vocecilla acariciadora.—¡Qué felicidad gozar noches y noches semejantes á ésta, noches sin fin que estaríamos como ahora, no formando más que un sólo ser.... ¿Sabes? venderíamos esta casa, nos iríamos con el dinero, para unirnos en América con tu amigo, que sigue esperándote.... Ninguna noche me acuesto sin arreglar nuestra vida, allá lejos.... Y todas las noches serían como ésta.... Tú me tomarías en tus brazos, yo me entregaría, concluiríamos por dormirnos en brazos uno del otro.... Pero tú no puedes, lo sé. Si te hablo de ello, no es para apesadumbrarte, sino porque me sale del corazón, á pesar mío.

Una decisión brusca, que Santiago había adoptado repetidas veces, le invadió de nuevo: matar á Roubaud, por no matar á Severina. Esta vez, como las otras, creyó tener la voluntad absoluta, inquebrantable, de poner en práctica su proyecto.

—No he podido—murmuró á su vez—pero podré.... ¿No te lo he prometido?

Severina protestó débilmente.

—No, no; no prometas nada, te lo ruego.... Luego nos ponemos malos, cuando te ha faltado el valor.... Y además, es horrible; no debe hacerse, no, no; no debe hacerse.

—Sí; lo sabes bien, debe hacerse y encon-

traré fuerzas.... Quería haberte hablado de este asunto, y vamos á hablar ahora, puesto que estamos aquí solos tranquilos, casi sin poder ver el color de nuestras palabras.

Ya se resignaba la mujer, suspirante, con el corazón lleno de sangre, latiendo con golpes tan grandes, que Santiago lo sentía palpar contra su propio corazón, cuando le dijo:

—¡Oh, Dios! mientras que no había necesidad de hacerlo, yo lo deseaba.... Pero ahora, cuando la cosa se pone seria, desearía morirme.

Y se callaron; hubo un silencio bajo el grave peso de aquella resolución decisiva. Alrededor de ellos sentían el desierto, la desolación de aquel país silvestre. Tenían mucho calor, los miembros sudorosos, enlazados, fundidos juntos.

Luego, mientras que con caricia errante, él la daba besos en el cuello, bajo la barba, ella continuó hablando en su ligero murmurio:

—Será menester que venga aquí.... Sí, yo podré llamarlo con cualquier pretexto; aún no sé cuál. Ya lo pensaremos más tarde.... Entonces ¿no es eso? tú le esperarás, te ocultarás, y el negocio saldrá perfectamente; porque hay seguridad de que nadie nos importune en este sitio... ¿No te parece? ¿No es esto lo que hay que hacer?

Dócil mientras que sus labios bajaban de la barba al seno de la mujer amada, Santiago se contentó con responder:

—Sí, sí.

Pero Severina, muy cavilosa, estudiaba todos

los detalles; y á medida que el plan se desarrollaba en su cabeza, lo discentía y lo mejoraba.

—Sería, en verdad, querido, muy estúpido no tomar precaución. Si nos habían de prender al día siguiente, prefiero que nos quedemos como ahora estamos.... Mira, yo he leído, creo que en una novela, lo que voy á proponerte: que se crea que ha sido un homicidio.... El hombre está tan sombrío, tan quebrantado, desde hace algún tiempo, que á nadie sorprendería saber bruscamente que había venido aquí para matarse.... Pero se trata de encontrar un medio, de arreglar las cosas de modo que la idea del suicidio fuese aceptable.... ¿No es eso?

—Sí, sin duda.

Severina se devanaba los sesos, algo sofocada, porque su amante la recogía los senos bajo los labios, para besarla por todas partes.

—Oye; hé aquí lo que borraría todo rastro.... Es una idea que se me ha ocurrido. Si, por ejemplo, la herida la tuviera en el cuello, no habría más sino cogerlo y llevarlo entre los dos, poniéndolo sobre la vía férrea. ¿Comprendes? Le colocaríamos con el cuello sobre un rail, de modo que el primer tren que pasara lo decapitase.... Que miraran luego, cuando no quedase sino un emplasto; no se advertiría herida alguna, nada... ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien.

Ambos se animaban; ella estaba casi alegre y orgullosa de su invención. Bajo una caricia más viva, fué sacudida por un estremecimiento.

—No, déjame, espera un poco.... Porque, querido mío, todavía no está arreglado todo. Si tú te quedas aquí, conmigo, el suicidio no dejará de parecer algo obscuro. Es necesario que partas. ¿Lo oyes? Mañana te irás, viéndote partir todos delante de Cabuche, delante de Misard, para que tu partida sea perfectamente probada. Tomarás el tren en Barentín, te bajarás en Rouen con un pretexto cualquiera; luego, apenas sea de noche, te volverás, yo haré que entres por detrás de la casa. No hay más que cuatro leguas, puedes estar de regreso en menos de tres horas.... Ahora sí que está todo arreglado. Lo hacemos si quieres.

—Sí, quiero, lo haremos.

Ahora él también meditaba, había cesado de besar á su querida, estaba inerte. Hubo un nuevo silencio, mientras que ambos permanecían así, sin moverse, en brazos uno del otro, como anonadados en el acto futuro, resuelto, cierto desde tal momento.

Luego, la sensación de sus cuerpos volvió á animarlos, y se ahogaban en un abrazo creciente, hasta perder el aliento; de pronto se desprendió la mujer, con los brazos caídos.

—Sí, pero, ¿y el pretexto para hacerle venir? No podrá tomar, de todos modos, sino el tren de las ocho de la noche, y no llegará aquí antes de las diez: más vale eso.... Y á propósito, precisamente tenemos el pretexto en ese comprador de la casa, de que me ha hablado Misard, y que debe visitarla pasado mañana por la mañana....

Ya está todo; voy á telegrafiar á mi marido cuando me levante, diciéndole que su presencia es absolutamente necesaria. Estará aquí mañana por la noche. Tú te vendrás por la tarde, y podrás estar de vuelta antes de que él llegue. Será de noche, sin luna, nada nos estorbará.... Veo que todo va arreglándose admirablemente.

—Sí, admirablemente.

Y está vez, transportados hasta el desvanecimiento, se amaron. Cuando se durmieron al cabo, en el fondo del vasto silencio, continuaron abrazados. Aunque no era de día, el alba principiaba á blanquear las tinieblas, que los había ocultado, como envueltos bajo un manto negro. El durmió hasta las diez con un sueño profundo, sin ninguna pesadilla; y cuando abrió los ojos estaba solo; ya ella se vestía en su cuarto, al otro lado de la escalera. Una sábana de claro sol entraba por la ventana, incendiando las cortinas rojas del lecho, las telas rojas de las paredes, toda aquella rojura con que llameaba la habitación, mientras que la casa temblaba con la trepidación de un tren que acababa de pasar. Debía ser ese tren lo que le había despertado. Deslumbrado, miró al sol, aquel chaparrón rojo que le inundaba; luego hizo memoria: estaba decidido; la noche próxima tendría que matar, cuando aquel hermoso sol hubiera desaparecido.

Sucedieron las cosas aquel día tal y como habían pensado Severina y Santiago. Aquélla rogó á Misard, antes del almuerzo, que llevara á Doin-

ville el telegrama para su marido; y á las tres, en presencia de Cabuche, que se hallaba allí, Santiago hizo los preparativos de su viaje. Asimismo, cuando se dirigió á Barentín para tomar el tren de las cuatro y catorce, fué acompañado por el cantero, que estaba desocupado, y que sentía la sorda necesidad de acercarse al maquinista, hallando en el amante satisfecho algo de la mujer que deseaba. En Rouen, cuando Santiago llegó á las cinco menos veinte, se alojó, cerca de la estación, en una hospedería, cuya dueña era paisana del viajero. Al siguiente día dijo que iba á ver á sus amigos, antes de volver al servicio. Pero declaró que estaba muy fatigado, habiendo presumido harto de sus fuerzas; á las diez se retiró para meterse en la cama, en una habitación del piso bajo, con una ventana que caía á una calle desierta. Diez minutos más tarde estaba en camino para la Croix-de-Maufras, después de haber saltado por la ventana, sin ser visto, habiendo tenido gran cuidado de cerrar los postiguillos, de modo que pudiera volver á entrar secretamente.

A las nueve y cuarto Santiago se encontraba delante de la casa solitaria, plantada de través al borde de la vía, en la desolación de su abandono. La noche era oscurísima, ninguna luz iluminaba la fachada, herméticamente cerrada. Y entonces sintió en el corazón aquel choque doloroso, aquel golpe de horrible tristeza, que era como el presentimiento de la desgracia, cuya inevitable realización le esperaba allí. Según

había convenido con Severina, arrojó tres pequeños guijarros sobre el ventanillo de la sala roja; después cruzó por detrás de la casa, donde una puerta concluyó de abrirse silenciosamente. Habiéndola cerrado á su espalda, siguió unos pasos ligeros que subían la escalera á tientas en la obscuridad. Pero arriba, con la luz de la tosca lámpara colocada en un extremo de la mesa, cuando vió la cama deshecha, los vestidos de la joven tendidos á través de una silla y ella misma en camisa, con las piernas desnudas, con el tocado dispuesto para dormir, con sus cabellos esparcidos, atados en la nuca, destacándose el cuello, se quedó inmóvil de sorpresa.

—¡Cómo! ¿Te has acostado?

—Sin duda así es mejor.... Es una idea que he tenido. Ya comprendes, cuando llame y baje yo á abrirle como estoy ahora, desconfiará menos del lazo que se le tiende. Le contaré que estaba con jaqueca. Ya Misard está en la creencia de que estoy mala. Así podré decir que no he salido de esta habitación cuando mañana por la mañana lo encuentren abajo sobre la vía.

Santiago entretanto temblaba, se exaltaba.

—No, no, vistete.... Tienes que estar levantada. No puedes quedarte así.

La joven se sonrió sorprendida.

—¿Y por qué, querido? No tengas cuidado; te aseguro que no siento frío.... Y si no, mira; ¡si me ahogo de calor!

Con un movimiento mimoso se acercó á Santiago para suspenderle al cuello sus brazos des-

nudos, alzando su seno redondo, desentuerto sobre la camisa, que había resbalado por uno de los hombros. Mas como el hombre se retiraba, poseído de una irritación creciente, la joven fué dócil.

—No te enfades, voy á meterme en la cama. Así no tendrás miedo de que coja un mal.

Cuando estuvo acostada, con la sábana bajo la barba, Santiago pareció, en efecto, calmarse algo. Por otra parte, Severina continuaba hablando en tono tranquilo, explicándole cómo había arreglado todas las cosas en su imaginación.

—Apenas llame, bajaré á abrirle. Primero tuve la idea de dejarle subir hasta aquí, donde tú le esperarías. Pero para bajarle después, tendríamos algunas complicaciones; y además, en esta habitación el suelo es de madera, mientras que el del zaguán es enlosado, siéndome más fácil lavarle si hubiera manchas.... Hace poco, cuando me desnudaba, recordaba una novela donde cuenta el autor que un hombre, para matar á otro, se había puesto desnudo. ¿Comprendes? Se lava uno después, no hay sobre las ropas ni una sola salpicadura.... ¿Qué te parece? ¿Si tú también te desnudaras?.... ¿Si nos quitáramos las camisas?

Aturdido, la miró Santiago. Pero ella conservaba su rostro sereno, sus ojos claros de muchacha preocupada simplemente del éxito del crimen. Este parecía haberse ya consumado en su imaginación. Santiago, al evocar sus dos desnu-

deces, bajo las salpicaduras del asesinato, fué dominado, sacudido por un estremecimiento abominable.

—No, no.... Vamos á parecer salvajes. ¿Por qué, entonces, no comerle también el corazón? ¿Le detestas tanto?

La faz de Severina se había cubierto bruscamente de sombras. Aquella pregunta la lanzaba, desde sus preparativos de mujer prudente, á los horrores del arte. Sus ojos se bañaron de lágrimas.

—He sufrido mucho desde hace algunos meses; no puedo amarle demasiado. Cien veces lo he dicho: todo lo acepto, menos quedarme con ese hombre una semana más. Pero tienes razón, es horrible que tengamos que proceder de ese modo; es menester que sintamos un verdadero deseo de vivir juntos para hacer esto.... En fin, bajaremos sin luz. Tú te pondrás detrás de la puerta, y cuando yo la haya abierto y él haya entrado, tú obrarás como quieras.... Yo, si me ocupo en este asunto, es para ayudarte, es para que toda la faena no esté exclusivamente á cargo tuyo. Yo lo he arreglado lo mejor que he podido.

Delante de la mesa se había detenido Santiago, viendo la navaja, el arma que había servido al propio marido, y que Severina acababa de poner evidentemente allí, para que su amante matase con ella al marido. Abierta por completo la navaja lucía bajo la lámpara. La tomó Santiago, y la examinó. Severina callaba, mirándola

también. Puesto que ya la tenía en sus manos, era inútil hablarle de ella. La joven no continuó hablando, sino después de que su amante la hubo depositado en la mesa.

—¿No es así, querido? No soy yo quien te lo manda. Yo aceptaré todo, antes que turbar tu existencia. Aún es tiempo; vete, si no te encuentras con valor.

Pero con un ademán violento, manifestó el hombre su firmeza.

—¿Me tomas acaso por un cobarde? Esta vez no hay que hablar más, lo haré, lo he jurado.

En este momento la casa fué sacudida por el estrépito de un tren, que pasaba como un rayo, tan cerca de la habitación, que parecía atravesarla con su fragor. Santiago dijo:

—Este es su tren, el directo de París. Ya habrá bajado en Barentín, y aquí estará dentro de media hora.

Ni él ni Severina volvieron á hablar, reinó un largo silencio. Allá lejos veían aquel hombre que avanzaba por estrechos senderos en medio de la obscura noche. Santiago, mecánicamente, había empezado á andar á su vez por la habitación como si hubiera contado los pasos del otro, al cual cada minuto iba acercando. Otro paso más, otro más; cuando diera el último se emboscaría detrás de la puerta del zaguán y le envasaría la navaja en el cuello apenas entrara. Severina, con la sábana hasta la barba, acostada boca arriba, con sus hermosos ojos fijos, miraba ir y venir á su amante, mecido su espíritu por la

cadencia de la marcha de Santiago, cadencia que llegaba á su oído como un eco de pasos dados en otra parte. Y seguían sin cesar uno tras otro, sin detenerse por nada. Cuando se hubieran dado todos, la joven saltaría del lecho, bajaría á abrir descalza, sin luz. «¿Eres tú, amigo mío? entra, me había acostado.» Y el marido no respondería palabra, caería en la obscuridad con el cuello abierto.

Pasó otro tren, éste descendente, el mixto que se cruzaba con el directo antes de la Croix-de-Maufrais á cinco minutos de distancia. Santiago se detuvo sorprendido. ¡Cinco minutos solamente! ¡qué largo sería esperar aún media hora! Una necesidad de movimiento le impulsaba y volvió á pasear de un extremo á otro de la habitación. Preguntábase con inquietud semejante á esos hombres á quienes un accidente nervioso paraliza su virilidad: «¿podré?» Conocía en sí la marcha del fenómeno por haberla seguido en más de diez ocasiones: primero, una certeza, una resolución absoluta de matar; luego una opresión en el estómago, un enfriamiento de pies y manos; y de pronto el desfallecimiento, la inutilidad de la voluntad sobre los músculos dejándolos inertes. A fin de excitarse por el razonamiento se repitió lo que se había dicho tantas veces: su interés en suprimir aquel hombre, la fortuna que le esperaba en América, la posesión de la mujer que amaba. Lo peor era que hacía un instante, habiendo encontrado á aquella medio desnuda, había creído frustrado el golpe; porque cesaba de pertene-

cerse desde que aparecía el antiguo calofrío. Durante un momento había temblado ante la tentación sobrado fuerte: la mujer ofreciéndose; la navaja abierta en su mano. Pero ahora se encontraba en tensión para el esfuerzo. Podría. Y continuaba esperando á su hombre, paseando por la estancia desde la puerta á la ventana, pasando en cada vuelta cerca del lecho, que no quería ver.

Severina, en este lecho, donde los dos se habían amado durante las ardientes y negras horas de la noche precedente, continuaba sin moverse. Con la cabeza inmóvil sobre la almohada, seguía con la vista el vaivén de su amante, ansiosa también, agitada por el temor de que de nuevo se acobardase Santiago. Concluir con aquél, comenzar con éste, no deseaba otra cosa, en el fondo de su inconsciencia de mujer sensible sólo al amor, complaciente con el hombre, esclava del que la poseía, sin corazón para el otro, que jamás había deseado. Se desembarazarían de él, puesto que estorbaba, nada más natural; y tenía que hacer uso de la reflexión para conmoverse de la abominación del crimen; desde que la imagen de la sangre, de las complicaciones horribles se borraba, Severina recobraba su calma sonriente, con su rostro de inocencia, tierno y dócil. Sin embargo, ella, que creía conocer bien á Santiago, se admiraba de encontrarlo tan cambiado.

Tenía el hombre su cabeza redonda de guapo mozo, sus cabellos rizados, sus bigotes negrísimo, sus ojos oscuros con fulgores de oro; pero

su mandíbula inferior avanzaba tanto, á manera de hocico, que se hallaba desfigurado. Al pasar junto á ella acababa de mirarla, á pesar suyo, y el brillo de sus ojos se había empañado con una neblina roja, en tanto que se echaba para atrás, en un movimiento de todo su cuerpo. ¿Por qué se separaba de ella? ¿Era que su valor, una vez más le abandonaba? Tiempo ha, que en la ignorancia del continuo peligro de muerte que corría la joven al lado de aquel hombre, explicábase el miedo sin causa ostensible, instintivo, que experimentaba por el presentimiento de una ruptura próxima. Bruscamente, tuvo la convicción de que, si también esta vez vacilaba en matar, huiría para no volver. Entonces decidió que mataría, que sabría darle fuerzas si era necesario. En este momento pasaba un nuevo tren, un tren de mercancías, interminable, cuya cola de wagones parecía rodar hacia una eternidad en el silencio pesado de la habitación. Severina, incorporada sobre su codo, esperaba que aquella sacudida de huracán se hubiese perdido á lo lejos, en el fondo de los campos dormidos.

—Aún queda un cuarto de hora—dijo Santiago en voz alta. —Ya debe haber pasado el bosque de Becourt; está á mitad de camino. ¡Ah! ¡cuánto tarda en llegar!

Pero al volver de la ventana, encontró en pie delante del lecho á Severina, en camisa, que le esperaba.

—Si bajáramos con la lámpara—explicó ella—verías el sitio, te colocarías, te mostraría cómo

abriré yo la puerta, y qué movimiento tendrás que hacer.

Santiago, tembloroso, cejaba.

—No, no, deja la lámpara.

—Oye un poco, la soltaremos en seguida. Hay que prepararse, sin embargo.

—No, no, acuéstate.

No obedecía, marchaba, por el contrario, á su encuentro, con la sonrisa invencible y despótica de la mujer que conoce su omnipotencia en el deseo. Cuando le tuviera entre los brazos el hombre cedería ante su carne, haría lo que ella quisiera. Y continuaba hablándole, con una voz de caricia para vencerlo.

—Vamos, querido mío, ¿qué tienes? Diríase que te infundo miedo. Apenas me acerco, huyes. Y si supieras en este momento cuánta necesidad tengo de apoyarme en tí, de sentir que estás á mi lado, que estamos de acuerdo para siempre, para siempre, ¿comprendes?

Severina había concluido por empujarlo hasta la mesa; ya Santiago no podía huirla más, y la miraba, á la viva claridad de la lámpara. Jamás la había visto de aquel modo, con la camisa tan abierta, que aparecía toda desnuda, desde el cuello hasta sus apretados senos. Se ahogaba luchando, ya arrebatado, aturdido por el oleaje de su sangre, presa del abominable rapto. Y se acordaba de que la navaja estaba allí detrás, en la mesa; la sentía, no necesitaba sino alargar la mano.

Con gran esfuerzo, logró balbucear:

—Acuéstate, te lo suplico.

Severina creía no engañarse: era el grandísimo deseo que experimentaba por ella, lo que le hacía temblar de aquel modo. Sintió la mujer cierto género de orgullo. ¿Por qué le obedecía, por qué ella quería ser amada, aquella noche, tanto como podía él amarla, hasta volverse loco? Con una flexibilidad mimosa seguía acercándose á él; casi se le echó encima.

—Vaya, bésame, bésame con fuerza, como me amas. Los besos nos darán valor.... ¡Ah! sí, valor, bastante lo necesitamos. Preciso es amarse de una manera distinta á los demás, más que los demás, para hacer lo que vamos á hacer.... Bésame con todo tu corazón, con toda tu alma.

Atragantado, Santiago no chistaba. Un clamor de multitud en su cráneo le impedía oír nada; mientras que mordeduras de fuego, detrás de las orejas, le agujereaban la cabeza, se extendían por sus brazos; sus piernas le lanzaban de su propio cuerpo, bajo el galope de aquel otro ser, de la bestia invasora. Sus manos no iban á ser suyas, en la embriaguez fortísima de aquella desnudez de mujer. Los senos desnudos se aplastaban sobre sus ropas, el cuello desnudo se ofrecía, tan blanco, tan delicado, con tan irresistible tentación; y el olor cálido y áspero, soberano, acababa de arrojarle en un furioso vértigo, en un balanceo sin fin, donde zozobraba su voluntad, arrancada, aniquilada.

—Bésame, querido mío, mientras que disponemos de un minuto.... No olvides que pronto

estará aquí. De un instante á otro puede llamar... Puesto que no quieres que bajemos, acuérdate bien; yo abriré, tú estarás tras la puerta, y no aguardes, sino enseguida, ¡oh! enseguida, para concluir pronto.... ¡Te amo tanto! ¡Seremos tan felices! El no es sino un malvado que me ha hecho sufrir mucho; es el único obstáculo de nuestra dicha.... ¡oh! bésame muy fuerte, muy fuerte; bésame como si me comieras, para que nada quede mío después de tí.

Santiago, sin volverse, con su mano derecha palpaba por detrás. Había cogido la navaja. Y durante un momento permaneció así con ella, apretándola entre su puño. ¿Era su sed, que se habría despertado? ¿su sed de vengar ofensas muy antiguas, cuya exacta memoria hubiera perdido? ¿un rencor amasado de hombre en hombre, desde la primera traición femenina, en el fondo de las cavernas? Fijaba en Severina sus ojos de loco; no experimentaba otro deseo que echársela muerta á la espalda, como una presa arrancada á los enemigos. La puerta espantosa se abría sobre este negro abismo del sexo, el amor hasta en la muerte, destruir para poseer más.

—Bésame, bésame....

Severina alzaba su rostro sumiso, con una ternura suplicante, descubría su cuello desnudo, en la unión voluptuosa con el seno. Y Santiago, viendo aquella carne blanca, como entre ráfagas de incendio, levantó el puño, armado con la navaja. Pero la mujer percibió el relámpago del acero y se echó atrás, pasmada de estupor y de espanto.

—¡Santiago! ¡Santiago!..... ¿A mí? ¡Dios mío!.....  
¿Por qué? ¿por qué?

Apretados los dientes, Santiago no pronunciaba palabra, la perseguía. Una corta lucha la llevó junto al lecho. Cejaba, extraviada, sin defensa, arrancada la camisa.

—¿Por qué? ¡Dios mío! ¿por qué?

Y Santiago abatió el puño, y la navaja se clavó en la garganta. Al herir revolvió el arma, merced á una horrorosa necesidad de la mano que se saciaba; el mismo golpe del presidente Grandmorin, en el mismo sitio, con igual rabia. ¿Había gritado la mujer? Jamás lo supo su amante. En aquel momento pasaba el exprés de París, tan violento, tan rápido, que tembló el suelo; y Severina estaba allí, muerta, como por un rayo de aquella tempestad.

Inmóvil, mirábala ahora Santiago, tendida á sus pies, delante del lecho. El tren se perdía á lo lejos, y Santiago contemplaba á su víctima en medio del pesado silencio de la habitación roja. Entre aquellas colgaduras rojas, aquellas cortinas rojas, la mujer en el suelo, se desangraba abundantemente, con una ola rojiza que corría entre sus senos, se extendía sobre el vientre hasta un muslo, desde donde caía en gruesas gotas sobre el entarimado. La camisa, medio hendida, estaba empapada. Jamás Santiago pudo creer que aquella mujer tuviera tanta sangre. Y lo que le retenía preocupado, era aquella mueca de abominable terror que adoptaba en la muerte aquella cara de mujer bonita, dulce, tan dócil. Los

negros cabellos se habían erizado, semejantes á un casco de horror, sombrío como la noche. Los ojos de violeta, agrandados desmesuradamente, seguían preguntando ansiosos, aterrados del misterio. ¿Por qué, por qué la había asesinado? Y la pobre mujer acababa de ser inmolada, arrastrada por la fatalidad del asesinato; niña inconsciente, para quien la vida había rodado desde el fango hasta la sangre, tierna é inocente no obstante, sin que jamás hubiera llegado á comprender las cosas por completo.

De pronto Santiago quedóse atónito. Había oído un resoplido de bestia, un gruñido de jabalí, un rugido de león; pero se tranquilizó: era él que respiraba. Al fin, al fin, estaba satisfecho, había matado. Sí, había hecho esto. Una alegría desenfundada, un goce enorme le soliviantaba, en la plena satisfacción del eterno deseo. Experimentaba una sorpresa de orgullo, un engrandecimiento de su soberanía de macho. Había matado á una mujer, la poseía, como ha tiempo deseaba poseerla: toda entera, hasta aniquilarla. Aquella mujer ya no existía, jamás sería ya de nadie.

Y un recuerdo agudo le sobrevino, el del otro asesinado, el cadáver del presidente Grandmorin, que él había visto en noche terrible, á quinientos metros de aquel sitio. El cuerpo delicado que ahora tenía delante, tan blanco, rayado de rojo, era el mismo andrajo humano, el muñeco roto, la tela ajada en que un navajazo convierte á una criatura. Sí, no era más que esto. Había

matado, y yacía aquello tirado en el suelo. Como el otro, la mujer acababa de tumbarse, pero panza arriba, con las piernas abiertas, el brazo izquierdo replegado bajo el costado, torcido el derecho, medio arrencado del hombro. ¿No había sido aquella noche, cuando latándole el corazón con violencia, se había jurado tener valor alguna vez, hostigado por un prurito de matanza, que se exasperaba como una concupiscencia, ante el espectáculo del hombre degollado? ¡Ah! ¿No ser cobarde, satisfacerse, hundir el cuchillo hasta las cachas! Obscuramente había germinado aquello, había crecido en su interior; desde hacía un año no pasaba una hora sin que no hubiese marchado hacia lo inevitable; hasta cuando estaba suspenso del cuello de aquella mujer, bajo sus besos, trabajaba sordamente en sus ansias; y las dos muertes se habían enlazado; ¿no era la una lógica consecuencia de la otra?

Un fragor de destrucción, una sacudida del piso, sacaron á Santiago de la contemplación estúpida en que se hallaba frente á la muerta. ¿Volaban las puertas hechas añicos? ¿Era gente que venía á prenderle? Miró y no halló en torno de sí sino soledad sorda y muda. ¡Ah! Sí, era otro fren. ¿Y el hombre que iba á llamar abajo? ¿el hombre á quien él había querido matar? Lo había olvidado completamente. ¿Y qué? ¿Qué había sucedido? La mujer que amaba, que lo había amado con pasión, yacía allí con el cuello abierto; mientras que el marido, el obstáculo de su dicha, vivía aún, seguía avanzando paso á paso entre las tinieblas. A aquel

hombre á quien desde hacía meses venía librándole los escrúpulos de su educación, las ideas de humanidad lentamente adquiridas y transmitidas, no había podido esperarle; y á despecho de su interés, acababa de ser arrebatado por la herencia de violencias, por aquella necesidad de matanza, que en los bosques primitivos arrojaban á una bestia sobre otra. ¿Acaso razona nadie para matar? No se mata sino bajo la impulsión de la sangre y de los nervios, resto de las antiguas luchas, necesidad de vivir y alegría de ser fuerte. Santiago sentía ahora el cansancio del hartazgo y se confundía, trataba de comprender, sin encontrar otra cosa, en el fondo mismo de su pasión satisfecha, que la sorpresa y la triste amargura de lo irreparable. La presencia de la desgraciada, que seguía mirándole con su interrogación de terror, producía un efecto atroz. Quiso volver los ojos y experimentó la sensación aguda de que otra figura blanca se erguía al pie del lecho.

¿Era una duplicación de la muerte? Luego reconoció á Flora. Ya se le había aparecido, mientras que estaba con la fiebre, después del accidente; sin duda triunfaba, vengada en este momento. Le heló el espanto, y se preguntó qué hacía allí detenido en aquella estancia. Ya había matado; estaba óbito, saciado, ebrio con el vino horrible del crimen. Y tropezó con la navaja, caída en el suelo; huyó, bajó atropelladamente la escalera, abrió la puerta grande de la entrada, como si la pequeña no hubiera sido bastante an-

cha para su salida, y se lanzó afuera, en medio de aquella noche de tinta, perdiéndose con un galope furioso.

No se había vuelto para cerrar; la sombría casa, plantada de través al borde de la vía, permaneció abierta y desolada detrás del fugitivo, en su abandono de muerte.

Cabucho, aquella noche como las demás, había saltado la barrera, y estaba rondando bajo la ventana de Severina. No ignoraba que era esperado Roubaud; no le sorprendió la luz que filtraba por las hendiduras de los postiguitos. Pero aquel hombre, saliendo disparado del zaguán, aquel galope rabioso de bestia alejándose por el campo, acababan de paralizarle de sorpresa. Ya no era tiempo de ponerse en persecución del fugitivo; el cantero permaneció atontado, lleno de inquietud y de vacilación ante la puerta, de par en par, bostezando sobre la enorme bocaza negra del vestíbulo. ¿Qué pasaba? ¿debía entrar? El pesado silencio, la inmovilidad absoluta, en tanto que la lámpara seguía encendida arriba, le oprimían el corazón con creciente angustia.

Al fin se decidió, subió á tientas. Ante la puerta del aposento, que también había quedado abierta, se detuvo de nuevo. En medio de la claridad tranquila, parecióle ver, allá lejos, un montón de enaguas delante del lecho. Sin duda Severina se había desnudado suavemente; llamó sobrecogido de turbación, latándole las arterias con grandes golpes. Luego vió la sangre, comprendió lo ocurrido, se lanzó con un grito terri-

ble que salía de su corazón desgarrado. ¡Oh Dios! era ella, asesinada, arrojada allí en su triste desnudez. Creyó que respiraba aún, y sintió tal desesperación, una vergüenza tan dolorosa, viéndola agonizar desnuda, que la cogió con raptó fraternal entre sus brazos, la levantó, la posó en la cama, cubriéndola con una sábana. Pero en este abrazo, la única ternura que había existido entre él y ella, se había manchado de sangre las dos manos y el pecho. Todo él chorreaba sangre de su amada.

Y en este momento vió que Roubaud y Misard estaban allí. Ellos también acababan de decidirse á subir, hallando todas las puertas abiertas. El marido llegaba retrasado, se había detenido para hablar con el guardabarrera, que le acompañó después, prosiguiendo la conversación. Ambos, pálidos, estúpidos, miraban á Cabucho, cuyas manos sangreaban como las de un carnicero.

—El mismo golpe que para el presidente—dijo al fin Misard, examinando la herida.

Roubaud meneó la cabeza sin responder, sin poder separar sus miradas de Severina, de aquella máscara de abominable terror con los cabellos erizados sobre la frente, los ojos azules desmesuradamente ensanchados, que seguían preguntando la causa del asesinato.

## XII

Tres meses después, en una tibia noche de Junio, conducía Santiago el exprés del Havre, que había salido de París á las seis y treinta minutos. Su nueva máquina, la máquina 608, cuyas primicias gozaba él, según decía, y á la cual comenzaba á conocer bien, no era cómoda, sino que se parecía á esas yeguas jóvenes que hay que domar antes de que se resignen al arnés. A menudo juraba contra ella, sintiendo la pérdida de la Lisón, porque tenía que vigilarla mucho, con la mano siempre puesta en el volante del cambio de marcha. Pero aquella noche mostraba el cielo una dulzura tan deliciosa, que él se sintió inclinado á la indulgencia, dejándola galopar á sus anchas, feliz él mismo con poder respirar libremente. Jamás se había sentido mejor, sin remordimientos, en medio de una paz tranquilizadora.

El, que no hablaba nunca en el camino, gastó bromas con Pecqueux, el cual había quedado de fogonero suyo.

—Veo que abre Ud. el ojo como un hombre que no ha bebido más que agua.

Pecqueux, en efecto, contra su costumbre, parecía estar en ayunas y se mostraba muy preocupado. Entonces respondió con voz dura:

—Hay que abrir el ojo cuando se quiere ver claro.

Santiago le miró con desconfianza, cual hombre cuya conciencia no está limpia. La semana anterior se había dejado caer en los brazos de la querida del compañero, de esa terrible Filomena, la cual, hacía dos meses, que se pegaba á él como una gata amorosa. Mas no se crea que tuvo en ello un minuto de curiosidad sensual; cedía sobre todo al deseo de verificar una experiencia; ¿se hallaba definitivamente curado ahora que había satisfecho su espantosa necesidad? ¿Podría poseerla ya sin clavarle una navaja en la garganta? Dos veces había sido suya, y nada, ni un malestar, ni un escalofrío. Debía recobrar su alegría, su aspecto tranquilo y sonriente, con la facilidad de ser un hombre como los demás.

Cuando Pecqueux abrió el hogar de la máquina para echar carbón, le detuvo.

—No, no la cargue Ud. demasiado; va bien.

Entonces gruñó el fogonero malas palabras.

—¡Ah! está bien..... ¡Una linda farsante, una hermosa chapucera!..... ¡Cuando pienso que se maldecía de la otra, de la vieja, que era tan buena!..... Esta buscona, ni siquiera vale la pena de un puntapié en el culo.

Santiago procuraba no responder para no enfadarse; pero comprendía que la antigua unión de los tres no existía ya; pues la buena amistad entre él, su compañero y la máquina se había disipado con la muerte de la Lisón. Ahora se

querellaban por un quitate allá esas pajas, por un tornillo demasiado apretado, ó por una paletada de carbón mal puesta. Y él se prometía ser prudente con Filomena, porque no quería llegar á una guerra abierta sobre aquel estrecho suelo móvil que le conducía con su fogonero.

En tanto que Pecqueux, para no ser despedido, para poder lograr algunas cantidades y terminar sus provisiones, se había convertido en fiel perro, abnegado hasta el punto de estrangular al mundo, vivieron ambos como hermanos, en el cotidiano peligro, silenciosos, sin necesitar de palabras para entenderse. Pero aquello iba á convertirse en un infierno, si dejaban de entenderse, siempre juntos, sacudidos á un tiempo mientras que se devoraban. Precisamente la Compañía había tenido que separar la semana anterior al maquinista y al fogonero del exprés de Cherburgo, porque, desunidos á causa de una mujer, maltrataba el primero al segundo, que no quería obedecer, y dábanse de puñetazos, trabando verdaderas batallas en el camino, con olvido completo de la cola de viajeros que rodaba detrás de ellos á todo escape.

Dos veces más abrió Pecqueux el hogar y echó carbón, por desobediencia, buscando sin duda una disputa; pero Santiago fingió no notarlo, aparentando estar entregado completamente á la maniobra, con la sola precaución cada vez, de volver el volante del inyector para disminuir la presión. ¡Era tan dulce y agradable el viento fresco de la marcha en aquella noche

de Julio! A las once y cinco minutos, cuando el exprés llegó al Havre, los dos hombres arreglaron la máquina en la buena armonía de siempre.

Pero cuando salían del depósito para ir á acostarse á la calle Francisco-Mazeline, los llamó una voz.

—¿Llevan mucha prisa? Entren Uds. un minuto.

Era Filomena, que desde el umbral de la casa de su hermano debía estar acechando á Santiago. Hizo un movimiento de contrariedad al ver á Pecqueux; y si se decidió á llamarlos yendo juntos, no fué más que por el placer de hablar siquiera con su nuevo amigo, libre de sufrir la presencia del antiguo.

—¡Déjanos en paz!—gruñó Pecqueux.—No nos fastidies, que tenemos sueño.

—¡Qué amable!—repuso alegremente Filomena.—Pero el señor Santiago no es como tú, tomaría una copita..... ¿No es verdad, señor Santiago?

El maquinista iba á rehusar por prudencia, cuando el fogonero aceptó bruscamente cediendo á la idea de acecharlos y cerciorarse. Entraron en la cocina y se sentaron delante de la mesa, donde Filomena había puesto copas y una botella de aguardiente, diciendo en voz baja:

—No hay que hacer ruido, porque mi hermano está durmiendo arriba, y no le gusta que yo reciba gente.

Después, mientras los servía, añadió:

—A propósito, sabed que la señora Lebleu ha reventado esta mañana. Ya tenía yo dicho que se moriría si la metían en ese cuarto de la parte trasera, una verdadera prisión. Ha durado, sin embargo, cuatro meses, friéndose la sangre por no poder ver nada más que zinc..... Y lo que más ha contribuido á matarla desde que le fué imposible el moverse de la butaca, ha sido no poder espiar á la señorita Guichón y al señor Dabadie, una costumbre que había tomado. Sí, se ha muerto de rabia por no haber podido sorprender nada entre ellos.

Filomena se detuvo; tomó un trago de aguardiente y dijo riéndose:

—Sin duda que se acuestan juntos. ¡Solamente que son muy tunos! Sin embargo, creo que la señora Moulin los vió una noche. Pero no hay miedo de que hable; es demasiado bestia, y además su marido, el subjefe.....

De nuevo se interrumpió para exclamar:

—Decid, ¿no es la semana que viene cuando se juzga eso en Rouen, la causa de los Roubaud?

Hasta entonces Santiago y Pequeneux la habían escuchado sin preguntar una palabra. Al último le parecía sencillamente muy charlatana; nunca derrochaba con él tanta conversación, y no apartaba los ojos de ella, encendido poco á poco por los celos al verla excitarse así delante de su jefe.

—Sí—respondió el maquinista con perfecta tranquilidad—he recibido la citación.

Filomena se le acercó satisfecha al poder rozarle con el codo.

—Yo también soy testigo..... ¡Ah! señor Santiago, cuando me interrogaron acerca de usted, porque ya sabe que quisieron conocer la verdad de sus relaciones con esa pobre señora; sí, cuando me interrogaron le dije al Juez: «¡Pero señor, si él la adoraba! ¡Es imposible que le haya causado mal alguno!» ¿No es verdad? Yo los había visto á ustedes juntos y podía hablar.

—¡Oh!—dijo el joven con indiferencia—yo no tenía cuidado porque podía dar, hora por hora, cuenta del empleo que había dado al tiempo..... Si la Compañía me ha conservado en mi puesto, es porque no tenía la menor reconvención que dirigirme.

Hubo un instante de silencio, durante el cual todos tres bebieron.

—Eso hace estremecerse—repuso Filomena.—Esa bestia feroz, ese Cabuche, á quien detuvieron cubierto todavía con la sangre de la pobre señora. ¡Qué hombres tan idiotas hay! Matar á una mujer porque se la desea..... ¡Como si con eso adelantaran algo una vez que la mujer no existe!..... Y lo que no olvidaré en mi vida, es cuando el señor Cauche fué á detener también al señor Roubaud allá abajo, en el muelle. Estaba yo presente. Ya saben ustedes que eso sucedió tres días después nada más, así que el señor Roubaud, al día siguiente del entierro de su mujer, volvió á encargarse de su servicio con aspecto tranquilo. Entonces el señor Cauche le dió en el

hombro, diciéndole que tenía orden de llevarse preso. ¡Qué le parece á usted! ¡Ellos que no se separaban y que pasaban juntos las noches enteras jugando! Pero cuando se es comisario, se llevaría uno á su padre y á su madre á la guillotina, porque el oficio lo requiere. ¡Se pinta solo el señor Cauche! Yo le he visto en el café del Comercio jugando á las cartas, sin inquietarse por su amigo más que por el gran Turco.

Pecqueux, con los dientes apretados, dió un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Rayos! ¡si yo estuviese en el lugar de ese cornudo de Roubaud!... Usted gozaba á su mujer, otro se la mata y hé aquí que me lo envían ante los tribunales.... ¡Hay para reventar de ira!

—¡Pero gran bestia—exclamó Filomena—si le acusan de haber impulsado al otro á que le desembarazase de su mujer por cuestión de intereses! ¡Lo sé yo! Parece ser que han encontrado en casa de Cabuche el reloj del presidente Grandmorin, de ese hombre que asesinaron en un vagón hace dieciocho meses. Entonces relacionaron este crimen con el del otro día y armaron toda una historia. Yo no sé lo que decía el periódico, pero ocupaba el suceso dos columnas.

Santiago, que parecía no escuchar, murmuró distraído:

—¿A qué rompemos la cabeza? ¿qué nos importa eso?... Si la justicia no sabe lo que se hace, menos lo sabemos nosotros.

Y luego, añadió con la mirada incierta y cubiertas de palidez las mejillas:

—En todo ello no hay más que esa pobre mujer.... ¡Ah! ¡la pobre mujer!

—Yo—exclamó violentamente Pecqueux—yo, que tengo una mujer, si alguien la tocara, comenzaría por estrangularlos á los dos. Después ya podían cortarme el pescuezo, que me daría lo mismo.

Medió otro instante de silencio. Filomena, que llenaba por segunda vez las copas, se encogió de hombros con afectada indiferencia. Pero en el fondo se hallaba trastornada, y estudiaba á Pecqueux con una mirada oblicua. Este descuidaba mucho su persona é iba muy sucio desde que la señora Victoria, habiéndose quedado inútil por resultas de la fractura, tuvo que dejar su puesto en la salubridad y entrar en un hospicio. Ya no estaba allí, tolerante y maternal, para cuidarle la ropa blanca, á fin de que la otra, la del Havre, no la acusara de tener abandonado á su hombre. Y Filomena, seducida por la limpieza de Santiago, se mostraba disgustada.

—¿Es á tu mujer de París á la que estrangularías?—preguntó ella de broma.—¡No hay peligro de que te la quiten!

—¡Esa ú otra!—gruñó él.

Filomena se disponía á beber, diciendo:

—¡A tu salud! Y tráeme tu ropa blanca para que te la laven y repasen, porque la verdad es que no nos honras así, ni al uno ni al otro.... ¡A la salud de Ud., señor Santiago!

Estremeciése Santiago, cual si acabara de salir de un sueño. En la ausencia completa de

remordimientos, en ese consuelo y bienestar físico en que vivía desde el asesinato, pasaba, á las veces, Severina, enterneciendo hasta hacer llorar al hombre dulce que había en él. Y bebió, diciendo precipitadamente para ocultar su turbación:

—Ya sabrán Uds. que vamos á tener guerra.

—¡Imposible! — exclamó Filomena. — ¿Con quién?

—Pues con los prusianos.... Sí, por causa de un príncipe de su país que quiere ser rey de España. Ayer no se habló de otra cosa en el Congreso.

Entonces prorrumpió en exclamaciones:

—¡Pues estará gracioso! ¡Bastante nos han fastidiado ya con sus elecciones, su plebiscito y toda su jarana! Dígame Ud.: ¿si hay guerra, alistarán á todos los hombres?

—Nosotros estamos libres, porque no se pueden desorganizar los caminos de hierro. Pero nos traerían á mal traer con los transportes de tropas y provisiones. En fin, si tal sucede, habrá que cumplir con el deber.

Y esto dicho se levantó, viendo que ella había concluido por ponerle una pierna encima, y que Pecqueux lo había notado y apretaba los puños rojo de cólera.

—Vamos á acostarnos, ya es hora.

—Sí, será lo mejor — tartamudeó el fogonero.

El cual se apoderó del brazo de Filomena, apretándoselo brutalmente. Ella reprimió un grito de dolor, y se contentó con deslizar al oído

del maquinista estas palabras, mientras que el otro apuraba furioso el contenido de su copa:

—Desconfía; es una bestia cuando bebe.

Y como sonaron pasos en la escalera, exclamó asustada:

—¡Mi hermano!.... ¡Márchense pronto!

Todavía no se hallaban los dos hombres á veinte pasos de la casa, cuando oyeron los quejidos de Filomena, la cual recibía una abominable corrección, como una niña cogida en falta, con los dedos metidos en un tarro de dulce. El maquinista se paró dispuesto á socorrerla; pero le detuvieron estas palabras del fogonero:

—¡Qué! ¿le importa á Ud. algo eso?.... ¡Ah! ¡la gran zorra! ¡Así la matara!

Una vez en el cuarto de la calle de Francisco Mazeline, se acostaron Santiago y Pecqueux sin hablar palabra. Las dos camas casi se tocaban, y ambos permanecieron despiertos largo rato, escuchando el uno la respiración del otro.

El lunes debían comenzar en Rouen las sesiones del proceso Roubaud. Había allí un triunfo para el juez de instrucción Denizet, pues no se le regateaban los elogios entre la gente de toga, por el modo cómo había llevado á feliz término aquella causa complicada y oscura, ejecutando una obra maestra de fino análisis, decían; una reconstrucción lógica de la verdad, una creación, en una palabra.

Primeramente, cuando el señor Denizet pasó á reconocer el lugar en la Croix-de-Maufras, algunas horas después del asesinato de Severina,

hizo prender á Cabuche. Todo le denunciaba á éste: la sangre de que se hallaba cubierto, las declaraciones terminantes de Roubaud y Misard, los cuales referían de qué modo le sorprendieron, solo, azorado, junto al cadáver. Obligado á decir por qué y cómo se hallaba en aquella habitación, tartamudeó el cantero una historia que el juez acogió con menosprecio; de tal modo le pareció sencilla y clásica. Esperaba él esa historia, siempre la misma, del asesino imaginario, del culpable inventado, en la cual el verdadero culpable afirmaba haber oído la huida al través del oscuro campo. Además, cuando le preguntaron qué hacía delante de la casa á semejante hora, se turbó Cabuche, negóse á responder y acabó por declarar que estaba paseándose.

Esto era infantil; ¿cómo creer en ese desconocido misterioso que asesinaba y huía, dejando todas las puertas abiertas, sin haber registrado un mueble ni llevándose un pañuelo? ¿De dónde habría venido? ¿Por qué había matado? Sin embargo, habiendo sabido el juez las relaciones de Santiago con la víctima, preocupóse desde un principio del empleo dado al tiempo por aquél; pero sobre qué el acusado reconocía haber ido con Santiago hasta Barentin, en el tren de las cuatro y catorce minutos, el posadero de Rouen juraba y perjuraba que el joven se había acostado después de comer y no salió de su cuarto hasta el día siguiente á las siete. Además, un amante no estrangula sin razón á su querida, con la cual no había tenido la menor sombra de

disgusto. Esto sería absurdo. Allí no existía más que un asesino posible, evidente, el encontrado por la justicia en aquel sitio, con las manos ensangrentadas y la navaja á sus pies, aquella bestia feroz, que refería á la justicia cuentos tan soporíferos.

Pero llegado á este punto, á pesar de su convicción, á pesar de su instinto, el cual, según decía, le informaba mejor que las pruebas, experimentó el señor Denizet cierto embarazo. En la primera indagación, hecha en la choza del detenido, en pleno bosque de Becourt, no se había desubierto nada absolutamente. No habiéndose podido demostrar el robo, era preciso buscar otro motivo al crimen. De repente, en la casualidad de un interrogatorio, púsole Misard sobre la pista, contándole que cierta noche vió á Cabuche escalar el muro de la propiedad para mirar por una ventana á la señora de Roubaud, que estaba acostándose. Preguntado á su vez, respondió Santiago tranquilamente lo que sabía, la muda adoración del cantero y el deseo ardiente con que la perseguía. No podía, pues, dudarse; sólo una pasión bestial le había impulsado; y todo se reconstruía muy bien: el hombre que volvía por una puerta cuya llave podía tener, y dejándola abierta en medio de su turbación, la lucha que había producido el asesinato, la violación, en fin, interrumpida por la llegada del marido. Sin embargo, se presentaba una objeción; pues era muy singular que aquel hombre, sabiendo que era inminente esa llegada, hubiese elegido pre-

II.

16  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO... 1885"

1925 MONTERREY, MEXICO

cisamente la hora en que el marido podía sorprenderle; pero bien pensado, esto se volvía contra el detenido y acababa de condenarlo, estableciendo que debía de haber obrado bajo el imperio de una crisis suprema del deseo, enloquecido por la idea de que si no aprovechaba el momento en que Severina estaba sola en aquella solitaria casa, nunca podría lograr su intento, supuesto que ella se marchaba al día siguiente. Desde aquel momento, la convicción del juez fué completa é irrevocable.

Acosado á interrogatorios, cogido en la red de las preguntas, descuidado respecto de los lazos que se le tendían, obstinábase Cabuche en su primera versión. Pasaba por el camino respirando el aire fresco de la noche, cuando un individuo le rozó corriendo, y con tal velocidad, en medio de las tinieblas, que ni siquiera podía decir hacia qué lado huía. Entonces, lleno de inquietud, y habiendo dirigido una mirada á la casa, notó que la puerta estaba de par en par. Y acabó por decidirse á subir, encontrándose á la muerte caliente todavía, que le miraba con sus rasgados ojos, y al ponerla en el lecho, creyéndola viva, se había manchado de sangre. El no sabía más que esto, lo repetía siempre sin variar un detalle, pareciendo encerrarse en una historia concebida de antemano. Cuando trataban de hacerle salir de este reducido círculo, guardaba silencio, cual hombre de facultades limitadas, que no comprendía. La primera vez que el señor Denizet le había interrogado acerca

de su pasión por la víctima, púsose muy colorado, como un muchacho á quien se reconviene por su primera ternura; y negó diciendo que no había soñado en dormir con aquella señora, cual si esto fuese una cosa reprobada, delicada y misteriosa, escondida en lo más profundo de su corazón, y cuya revelación no debía á nadie. No, él no la amaba, ni la deseaba; jamás le harían hablar de lo que le parecía una profanación, ahora que ella estaba muerta. Pero esta terquedad desacorde con un hecho que varios testigos afirmaban, se volvía también contra él. Naturalmente, tendría interés en ocultar el furioso deseo que sentía por aquella desgraciada, á la cual debía matar para saciarse. Y cuando el juez, reuniendo todas las pruebas y queriendo arrancarle la verdad, le echó en cara el asesinato y la violación, entró él en una rabia loca de protestas. ¡Matarla para poseerla, cuando la respetaba como á una santa! Llamados los gendarmes tuvieron que contenerle mientras él parecía disponerse á estrangular toda la corte celestial. Un canalla de los más temibles, un socarrón cuya violencia estallaba de todos modos, confesando así los crímenes que negaba.

La instrucción se hallaba á estas alturas, y el detenido se enfurecía afirmando que había sido el otro, el desconocido, cada vez que se trataba del asesinato, cuando el señor Denizet realizó un hallazgo, que transformó el proceso, multiplicando su importancia. Según decía, adivinaba las verdades, y quiso, por una especie de presen-

timiento, proceder á otra inspección en el domicilio de Cabuche, donde encontró detrás de una viga un escondrijo, en el cual se hallaban pañuelos y guantes de mujer, y debajo un reloj de oro, que reconoció enseguida, con gran contentamiento suyo; era el reloj del presidente Grandmorin, tan buscado por él en otra ocasión, un gran reloj con las dos iniciales enlazadas en la tapa, y en el interior la cifra de fabricación número 2516. Su inteligencia recibió entonces un rayo de luz; lo pasado se relacionaba con lo presente, y los hechos se encadenaban con perfecta lógica. Pero las consecuencias iban á llegar tan lejos que, sin hablar del reloj al principio, interrogó á Cabuche sobre los guantes y los pañuelos. Este tuvo un instante la confesión en los labios; sí, la adoraba, la deseaba, hasta besar los vestidos que había llevado, hasta recoger, hasta robar cuanto se la caía, hebillas, corchetes, alfileres. Pero una vergüenza, un pudor invencible, le obligó á callarse. Y cuando el Juez, decidiéndose al fin, le puso el reloj ante los ojos, miróle él espantado. Lo recordaba bien; ese reloj le había encontrado, con gran sorpresa, atado en la punta de un pañuelo, cogido bajo un travesero y llevado á su casa como una presa, y allí lo había dejado, mientras que se devanaba los sesos buscando un medio de devolverlo. Pero, ¿para qué contar eso? Sería preciso confesar sus demás robos, aquellos cintajos y aquella ropa que oían tan bien y tanto le avergonzaban. Ya no creían nada de lo que decía. El mismo comenzaba á no

comprender más; todo se enredaba en su obtuso cerebro, y Cabuche se hallaba en plena pesadilla. Ni siquiera se exaltaba con la acusación de asesino, sino que permanecía idiota, repitiendo á cada pregunta que no sabía nada. Respecto de los guantes y pañuelos, todo lo ignoraba; respecto del reloj, igual contestación. Estaban fastidiándole, que le dejaran tranquilo y le guillotinasen en seguida.

El señor Denizet mandó detener á Roubaud al día siguiente. Había lanzado el mandamiento judicial, orgulloso de su omnipotencia, en uno de esos minutos de inspiración en que creía en el genio de su perspicacia, aun antes de que existiesen contra el subjefe cargos suficientes. A pesar de las numerosas obscuridades, adivinaba en aquel hombre el origen del doble crimen; y triunfó en seguida, cuando hubo cogido al superviviente la donación que Roubaud y Severina se habían hecho ante el señor Collin, notario del Havre, ocho días después de haber entrado el matrimonio en posesión de la Croix-de-Maufras. Desde entonces, toda la historia se reconstruyó en su cerebro con tal certeza de razonamiento y tal evidencia, que dió á su andamiaje de acusación una solidez tan indestructible, que la misma verdad hubiera parecido menos verdadera y más fantástica é ilógica. Roubaud era un cobarde, que no atreviéndose á matar por sí mismo, se había servido dos veces del brazo de Cabuche, esa bestia feroz. La primera vez por ansia de heredar al presidente, cuyo testamento conocía;

y sabiendo el rencor del carretero contra aquél, le había empujado en Rouen á la berlina, después de haberle puesto la navaja en la mano. Después, repartidos los diez mil francos, no se habrían vuelto á ver los dos cómplices, si no fuera porque el crimen debía engendrar al crimen. Y así fué como el juez mostró esa profundidad de psicología criminal, que tanto admiraban: pues según él declaraba hoy, nunca había dejado de vigilar á Cabuche, por tener la convicción de que el primer asesinato engendraría matemáticamente otro. Dieciocho meses habían bastado; el matrimonio Roubaud estaba gastado, el marido disipó los cinco mil francos en el juego y la mujer tomó un amante para distraerse. Sin duda negábase ella á vender la Croix-de-Maufras, por temor á que él malgastara el dinero; tal vez, en sus continuas disputas, le amenazase ella con entregarle á la justicia. De todas suertes, numerosos testimonios revelaban la completa desunión de los dos esposos, y al fin se había producido la lejana consecuencia del primer crimen: Cabuche reaparecía con sus brutales apetitos; el marido, en la sombra, volvía á ponerle la navaja en la mano, para asegurarse definitivamente la propiedad de aquella maldita casa, que ya había costado una vida humana. Tal era la verdad, á la cual todo venía á parar: el reloj hallado en casa del cantero, y sobre todo, los dos cadáveres heridos del mismo golpe en la garganta, por la misma mano y con la propia arma, el cuchillo encontrado en la estancia. Sin embargo, sobre

este último punto, la acusación ofrecía una duda: la herida del presidente parecía haber sido causada por una hoja más pequeña y cortante.

Roubaud respondió al principio por monosílabos, con el aspecto soñoliento que á la sazón tenía. No se mostraba extrañado por su detención; todo se le daba lo mismo en la lenta desorganización de su ser. A fin de que hablase le habían puesto un guardián, con el cual jugaba á las cartas desde por la mañana hasta por la noche, y se consideraba completamente feliz. Además, estaba convenido de la culpabilidad de Cabuche: sólo él podía ser el asesino. Interrogado acerca de Santiago, se había encogido de hombros y echado á reír, demostrando así que conocía las relaciones del maquinista con Severina. Pero cuando el señor Denizet, después de haberle tanteado, acabó por desarrollar su sistema, pinchándole, acosándole con su complicidad y esforzándose por arrancarle una confesión, tornóse Roubaud muy circunspecto ante el temor de ser descubierto. ¿A él qué le contaban? El cantero era el asesino del presidente, lo mismo que de Severina; y sin embargo, las dos veces era él el culpable, puesto que Cabuche hería por su cuenta y en su lugar. Esta complicada aventura le llenaba de desconfianza: seguramente le tendían un lazo; mentían, para obligarle á confesar su participación de asesino en el primer crimen. Desde que le arrestaron, comprendió que la vieja historia volvía á desenterrarse. Careado con Ca-

buche, declaró no conocerle. Pero repetía que le había encontrado cubierto de sangre y á punto de violar á la víctima; enfurecióse el cantero, y una violenta escena vino á embrollar más las cosas. Transcurrieron tres días, y el juez multiplicaba los interrogatorios, seguro de que los dos cómplices se habían puesto de acuerdo para representar la comedia de su hostilidad. Roubaud, muy cansado, había tomado el partido de no responder más, cuando de repente, en un minuto de impaciencia, queriendo acabar y cediendo á una sorda necesidad que le devoraba hacía algunos meses, cantó de plano la verdad, toda la verdad.

Cabalmente aquel día el señor Denizet esforzaba su finura de ingenio, sentado en su escritorio, y velando sus ojos con los pesados párpados, mientras que sus labios se adelgazaban en un esfuerzo de sagacidad. Agotábase hacia una hora en sabias astucias con aquel detenido, á quien juzgaba de gran trastienda, bajo aquella pesada envoltura de amarillenta grasa; y creyó haberle asediado paso á paso, liado por todas partes y cogido al fin en el lazo, cuando el otro, con un gesto de hombre impacientado, dijo que ya bastaba y que prefería confesar, para que no le atormentasen más. Supuesto que á toda costa le creían culpable, que lo fuese al menos de lo que realmente había cometido. Pero á medida que avanzaba en su historia, á medida que hablaba de su mujer, prostituída muy joven por Grandmorin, de su rabia de celos al saber estas porquerías, á medida que contaba cómo había

matado y por qué había cogido los diez mil francos, recogíanse los párpados del juez en un frunce de duda, mientras que una incredulidad irresistible, la incredulidad profesional, distendía su boca en una mueca burlona. Sonreíase todavía, cuando el acusado se calló. El mozo era más fuerte de lo que él pensaba: tomar el primer asesinato para sí, convertido en un crimen puramente pasional, limpiarse á sí de toda premeditación de robo, y sobre todo de la complicidad en el asesinato de Severina, era ciertamente una maniobra atrevida, que indicaba inteligencia y voluntad poco comunes. Solamente que todo ello no se tenía en pie.

—Vamos á ver, Roubaud, no hay que tomarnos por niños.... Dice usted que estaba celoso y que mató en un transporte de celos, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y si admitimos lo que usted dice, se habría casado sin saber nada de las relaciones de su mujer con el presidente. ¿Es esto verosímil? Todo lo contrario; probaría de parte de usted la especulación ofrecida, discutida y aceptada. Le dan á Ud. una joven educada como una señorita, se la dotan, su protector le protege á Ud., usted no ignora que la deja una casa de campo por testamento, y sin embargo, pretende no saber absolutamente nada. Vamos, Ud. lo sabía todo; de otro modo no se explica su casamiento.... Además, la consideración de un solo hecho basta para confundirle á Ud. Usted no es celoso; atrévase ahora á decir que lo es.

—Digo la verdad; maté en un acceso de celos.

—Entonces, después de haber matado al presidente por relaciones antiguas, vagas y, sobre todo, que Ud. inventa, explíqueme cómo ha podido tolerar un amante á su mujer, ese Santiago Lantier, un robusto mozo. Todo el mundo me ha hablado de esas relaciones, y Ud. mismo no ha negado que las conocía.... ¿Por qué los dejaba usted en libertad de ir juntos?

Cansado, con los ojos turbados, miraba Roubaud fijamente al espacio, sin hallar una explicación. Al cabo tartamudeó:

—No sé.... yo he matado al otro, y nada más.

—No me diga Ud. que es un celoso que se venga; le aconsejo que no repita esa novela á los señores jurados, porque se encogerían de hombres. Créame Ud., cambio de sistema, la verdad sola le salvará.

Desde aquel momento, cuanto más se obstinaba Roubaud en la verdad, más por mentiroso quedaba.

Todo se volvía contra él, hasta el punto de que su interrogatorio cuando la primera información, la cual debía de apoyar esta nueva versión, supuesto que había denunciado á Cabuche, se trocaba en prueba de una hábil complicidad entre ambos. El juez afinaba la psicología de la causa con verdadero amor al oficio. Nunca, según afirmaba, había descendido tan al fondo de la naturaleza humana; y esto era adivinación, más bien que observación, pues se ufanaba de pertenecer á esa escuela de jueces penetrantes

y fascinadores, que de una ojeada analizan á un hombre. Por otra parte, abundaban las pruebas. La instrucción tenía para lo sucesivo una sólida base; la certeza brillaba deslumbradora, como la luz del sol.

Y lo que más aumentó la gloria del señor Denizet, fué que presentó el doble proceso de una vez, después de haberlo reconstruido pacientemente en el silencio más profundo. Desde el ruidoso éxito del plebiscito, no cesaba el país de agitarse en una fiebre, semejante á ese vértigo que precede á las grandes catástrofes y las anuncia. Palpitaba en la sociedad de fin del imperio, en la política y en la prensa principalmente, una continua inquietud, una exaltación, en que la alegría misma tomaba un carácter enfermizo. Por eso, cuando después del asesinato de una mujer, en el fondo de aquella solitaria casa de la Croix-de-Maufras, se supo por qué impulso del genio acababa de exhumar el juez de instrucción de Rouen el proceso Grandmorin y de relacionarlo con el nuevo crimen, hubo una explosión de triunfo entre los periódicos oficiales. De vez en cuando reaparecían aún en las hojas de oposición las chanzonetas sobre el asesino legendario, invención de policía, para ocultar las torpezas de ciertos grandes personajes comprometidos. Y la respuesta iba á ser decisiva: el asesino y su cómplice estaban presos, la memoria del presidente Grandmorin saldría intacta de la aventura. Las polémicas volvieron á empezar, la emoción creció de día en día en

Rouen y en París. Fuera de esta novela atroz que torturaba las imaginaciones, se apasionaban como si la verdad, descubierta al fin, irrefutable, viniese á consolidar el Estado. Durante toda una semana, la prensa salía reboando detalles.

Llamado á París, presentóse el señor Denizet en la calle de la Roca, en el domicilio del secretario general, señor Camy-Lamotte. Encontróle de pie en medio de su despacho, severo y con el rostro adelgazado; iba declinando, invadido por cierta tristeza á pesar de su escepticismo, como si hubiera presentado, bajo aquel brillo de apoteosis, el próximo desmoronamiento del régimen á que servía. Hacía dos días que se hallaba empeñado en una lucha interior, sin saber qué uso hacer de la carta de Severina, carta que él había conservado, y cuya lectura hubiese destruido todo el sistema de acusación y apoyado la versión de Roubaud en una prueba irrecusable. Nadie en el mundo sospechaba siquiera que existiese; podía, pues, destruirla. Pero la víspera le había dicho el emperador que exigía esta vez que la justicia siguiera su curso, fuera de toda influencia, aunque perjudicase á su gobierno: un simple grito de honradez, tal vez la superstición de que un solo acto injusto, después de la aclamación del país, cambiaría los destinos. Y si el secretario general no tenía escrúpulo de conciencia por haber reducido las cosas de este mundo á una simple cuestión de mecánica, estaba turbado por la orden recibida, y se pregun-

taba si debía amar á su amo hasta el punto de desobedecerle.

En seguida el señor Denizet triunfó.

—¡No me había yo equivocado, Cabuche fué quien mató al presidente! Concedo, sin embargo, que la otra pista contenía también algo de verdad, y ya sospechaba yo que el caso de Roubaud era equívoco..... Pero al fin los tenemos á los dos.

El señor Camy-Lamotte le miraba fijamente con sus ojos claros.

—¿De modo que todos los hechos del proceso que se me han transmitido están probados, y que su convicción de Ud. es absoluta?

—Sí, señor, no cabe la menor duda..... Todo se encadena; no me acuerdo de ningún proceso en que el crimen haya seguido una marcha más lógica, ni más fácil de trazar de antemano, á pesar de sus complicadas apariencias.

—Pero Roubaud protesta, se atribuye el primer asesinato, cuenta una historia, pinta á su mujer desflorada y confiesa haber matado en una crisis de celosa locura. Los periódicos de la oposición cuentan todo esto.

—Lo cuentan como un chisme, no atreviéndose ni á creerlo ellos mismos siquiera. ¡Celoso Roubaud, que facilitaba las citas de su mujer con un amante! ¡Ya puede referir en pleno jurado ese cuento, que no logrará promover el escándalo buscado!..... ¡Si adujera alguna prueba, todavía! Pero no aduce ninguna. Habla mucho de una carta que pretende haber obligado á escri-

bir á su mujer, la cual se hubiera encontrado entre los papeles de la víctima..... Ud., señor secretario general, que ha clasificado esos papeles, habría dado con ella, ¿no es eso?

El señor Camy-Lamotte no respondió. Era verdad, el escándalo iba á quedar enterrado, con el sistema del juez; nadie creería á Roubaud; la memoria del presidente no se mancharía con sospechas abominables, y el imperio se beneficiaría con esa rehabilitación tan ruidosa de una de sus hechuras. Por otra parte, puesto que Roubaud se reconocía culpable, ¡qué importaba á la idea de justicia que fuese condenado por una versión ó por otra! Quedaba Cabuche; pero si éste no había manchado sus manos en el primer asesinato, parecía ser el autor material del segundo. Además, ¡Dios mío! la justicia ¡qué ilusión! ¿No era un error querer ser justo, cuando la verdad está tan obstruída de malezas? Más valía ser prudente y sostener á aquella sociedad agonizante que amenazaba ruina.

—¿No es así?— repitió el señor Denizet.—Usted no ha encontrado la carta.

Otra mirada del señor Camy-Lamotte á su subordinado, y tranquilamente, como único dueño de la situación, echando sobre su conciencia los remordimientos que habían inquietado al emperador, respondió:

—Yo no he hallado nada absolutamente.

En seguida, sonriéndose con amabilidad, colmó de elogios al juez. Apenas si un ligero pliegue de sus labios denunciaba cierta invencible iro-

nía. Jamás instrucción alguna fué llevada con tanta penetración; y ya era cosa decidida en las altas esferas: sería llamado á París como consejero, después de las vacaciones. Diciéndole esto, le acompañó hasta la puerta de la escalera.

—Usted sólo ha visto claro, es verdaderamente admirable..... Y en cuanto la verdad habla, no hay nada que pueda detenerla, ni el interés de las personas, ni siquiera la razón de Estado..... Vaya Ud., y que la causa siga su curso, cualesquiera que sean las consecuencias.

—El deber de la magistratura está completamente en eso—concluyó el señor Denizet—que saludó y se fué radiante de alegría.

Cuando el señor Camy-Lamotte se quedó solo, encendió primero una bujía; después fué á sacar del cajón donde la había colocado la carta de Severina. La vela ardía muy alta; desdobló él la carta, queriendo volver á leer su contenido, y evocó el recuerdo de aquella delicada eriminal, con ojos de pervinca, que le había inspirado en otro tiempo tan dulce simpatía. Ahora estaba muerta; él la veía de nuevo en su trágico fin. ¿Quién sería capaz de saber el secreto que ella debió llevar consigo? ¡Cierto, era una ilusión, la verdad y la justicia! No quedaba para el secretario, de esta mujer desconocida y encantadora, más que el deseo de un minuto, sentido, pero no satisfecho. Y como acercase la carta á la bujía que flameaba, sintióse invadido por una gran tristeza, por un presentimiento de desgracia: ¿para qué destruir aquella prueba y

cargar su conciencia con semejante acto, si el destino quería que el imperio fuese barrido, así como las partículas de negra ceniza, caídas de sus dedos?

En menos de una semana terminó el señor Denizet la instrucción. Encontraba en la Compañía del Oeste muy buena voluntad para facilitar todos los documentos necesarios y todos los testimonios útiles; pues ella también deseaba vivamente acabar con esa deplorable historia de uno de sus empleados, la cual, subiendo al través de las complicadas ruedas de su organismo, había estado á punto de derribar al mismísimo Consejo de Administración.

Era preciso cortar cuanto antes el miembro gangrenado. Así, pues, desfilaron otra vez por el despacho del juez los empleados de la estación del Havre, el señor Dabadie, Moulín y los demás, los cuales dieron desastrosos detalles sobre la mala conducta de Roubaud; luego, el jefe de la estación de Barentin, el señor Bessière, así como varios empleados de Rouen, cuyas declaraciones tenían decisiva importancia, respecto del primer asesinato; después el señor Vandorpe, jefe de la estación de París, Misard, y conductor jefe Enrique Dauvergne, mostrándose estos dos últimos muy seguros de las tolerancias conyugales del acusado. Hasta Enrique, á quien Severina había cuidado en la Croix-de-Maufras, refería que una noche, convaleciente todavía, le pareció haber oído las voces de Roubaud y Cabuche, que se concertaban delante de su ventana; lo cual

explicaba muchas cosas, y destruía el sistema de los dos acusados que afirmaban no conocerse. Un grito de reprobación se alzó en todo el personal de la Compañía; todos compadecían á las desgraciadas víctimas, á esa pobre mujer, cuya falta era tan excusable, y á ese respetable anciano, limpio hoy de las feas historias que sobre él corrían.

Pero el nuevo proceso despertó vivísimas pasiones en la familia de Grandmorin; y de este lado, si el señor Denizet encontraba una poderosa ayuda, tuvo que batallar en favor de la integridad de su instrucción. Los Lachesnaye cantaban victoria, porque siempre habían afirmado la culpabilidad de los Roubaud, exasperados por el legado de la Croix-de-Maufras, y sangrando de avaricia. En el despertar del proceso, no veían más que una ocasión de anular el testamento; y como sólo existía un medio de lograr la revocación del legado, el acusar á Severina de ingratitude, aceptaban en parte la versión de Roubaud, en la cual aparecía cómplice la mujer, ayudando á matar, no por vengarse de una infamia imaginaria, sino para robar; de suerte que el juez contendía con ellos, con Berta sobre todo, la cual se mostraba muy áspera contra la muerta, su antigua amiga, á quien dirigía abominables cargos, y que él defendía, acalorándose en cuanto tocaban á su obra maestra, ese edificio de lógica tan bien construido, según él mismo confesaba con orgullo, que, si se le quitaba una sola pieza, se desmoronaría completamente. Hu-

bo, con tal motivo, en su despacho, una escena muy viva entre los Lachesnaye y la señora Bonnehón. Esta, favorable antes á los Roubaud, había tenido que abandonar al marido; pero continuaba defendiendo á la mujer, por una especie de complicidad tierna, muy tolerante con la belleza y el amor, trastornada con tan romántica tragedia, salpicada de sangre. Mostróse muy franca, despreciando el dinero. ¿No le daba vergüenza á su sobrina insistir sobre la cuestión de la herencia? ¡Severina culpable! ¿no era esto manchar de nuevo la memoria del presidente, aceptando las pretendidas confesiones de Roubaud? Si la instrucción no hubiera puesto en claro tan ingeniosamente la verdad, habría sido preciso inventarla, por honra de la familia. Y la buena señora hablaba con cierta amargura de la sociedad de Ronen, donde el proceso daba tanto ruido; de esa sociedad sobre la cual ya no reinaba ella; ahora que los años le hacían perder hasta su opulenta hermosura de diosa envejecida. Sí, la víspera todavía, en casa de la señora Leboucq, la mujer del consejero, esa corpulenta morena que la dostronaba, se habían cuchicheado las anécdotas galantes, la aventura de Luisita, todo lo que inventaba la malignidad pública. Habiendo intervenido en aquel momento el señor Denizet, para manifestarle que el señor Leboucq se sentaría como asesor en las próximas sesiones del jurado, calláronse los Lachesnaye, aparentando ceder, pero llenos de inquietud. La señora Bonnehón los tranquilizó, segura de que la

justicia cumpliría con su deber: las sesiones estarían presididas por su antiguo amigo el señor Desbazeilles, á quien el reumatismo no permitía más que el recuerdo, y el segundo asesor debía ser el señor Chaumette, padre del joven sustituto á quien ella protegía. Estaba, pues, tranquila, aunque una melancólica sonrisa asomó á sus labios, cuando nombró al último, á cuyo hijo veía de algún tiempo á entonces en casa de la señora Leboucq, adonde ella misma lo enviaba, para no dificultar su porvenir.

Cuando el famoso proceso llegó al cabo, el ruido de una próxima guerra y el estado de agitación en que se encontraba Francia entera, perjudicaron mucho á la publicidad de las sesiones. Rouen no experimentó menos de tres días la fiebre del suceso, las gentes se apretaban á la puerta de la sala, y los asientos reservados estaban invadidos por señoras de la ciudad. Nunca había tenido tanta afluencia de gente el antiguo palacio de los duques de Normandía, desde que se habilitó para tribunal de justicia.

Esto sucedía en los últimos días de Junio, en tardes calurosas, cuyo sol encendía las vidrieras de las diez ventanas, inundando de luz las ensambladuras de encina, el calvario de piedra blanca que se destacaba en el fondo sobre el rojo cortinaje sembrado de abejas y el célebre techo del tiempo de Luis XII, con sus compartimentos de madera, esculpidos y dorados. Hacíase imposible la respiración antes de comenzar la audiencia. Las mujeres se empinaban para ver me-

¡or sobre la mesa las piezas de convicción; el reloj de Grandmorin, la camisa ensangrentada de Severina y la navaja que había servido para los dos asesinatos. El defensor de Cabuche, un abogado venido de París, llamaba también mucho la atención del público. En el banco del jurado se alineaban doce ciudadanos de Rouen, ceñidos en negras levitas, graves y meditabundos. Y cuando la magistratura entró, se produjo tal movimiento de oleaje en el público, que el presidente tuvo que amenazar con desalojar la sala.

Al fin se abrió la sesión, los jurados prestaron juramento, y la llamada de los testigos agitó de nuevo á la multitud con un estremecimiento de curiosidad: al pronunciarse los nombres de la señora Bonnehón y del señor Lachesnaye, ondularon todas las cabezas; pero Santiago, más que nadie, apasionó á las señoras, que le siguieron con los ojos. En cuanto los acusados estuvieron allí, cada cual entre dos gendarmes, todo el mundo los miraba, sin apartar la vista, cambiando entre sí diversas apreciaciones. Encontrábaseles aspecto feroz y bajo. Debían ser dos bandidos. Roubaud, con su traje oscuro, y corbata de señor que cuida de su persona, sorprendía por su aspecto envejecido y su cara reventando de grasa.

Cabuche era tal cual se lo habían imaginado, vestido con una larga blusa azul, el propio tipo del asesino, con enormes puños y mandíbulas de carnicero; uno de esos mozos, en fin, á quienes no da gusto encontrar en la revuelta de al-

gún bosque. Los interrogatorios confirmaron esta mala impresión; ciertas respuestas provocaron violentos murmullos. A todas las preguntas del presidente contestaba Cabuche que no sabía; no sabía cómo estaba en su casa el reloj, ni por qué había dejado huir al verdadero asesino; y ratificaba su historia, de aquel desconocido misterioso, cuyo galope afirmaba él haber oído en medio de las tinieblas.

Después, interrogado acerca de su bestial pasión por la desgraciada víctima, comenzó á tartamudear con tan brusea y violenta cólera, que los dos gendarmes le tuvieron que sujetar los brazos. ¡No, él ni la amaba, ni la deseaba! esto era una mentira, hubiera creído mancharla; todo menos desearla á ella, que era una señora, mientras que él había estado preso y vivía como un salvaje. Calmado en seguida, cayó en un sombrío silencio, sin pronunciar más que monosílabos, indiferente á la condena que podían imponerle.

Roubaud se sostuvo en lo que la acusación llamaba su sistema: refirió cómo y por qué había matado á Grandmorin, y negó toda participación en el asesinato de su mujer; pero lo hablaba en frases entrecortadas, casi incoherentes, con pérdidas súbitas de la memoria, y los ojos tan turbados y la voz tan encogida, que parecía estar inventando por momentos los detalles. Y como el presidente lo asediara, demostrándole lo absurdo de su relato, acabó por encogerse de hombros, y se negó á responder:

¿para qué decir la verdad, supuesto que lo único lógico era la mentira? Esta desdenosa actitud, agresiva para la justicia, le perjudicó enormemente. Notóse también la profunda indiferencia de los acusados entre sí, como una prueba de convenio, como un plan hábil, seguido con extraordinaria fuerza de voluntad. Pretendían no conocerse, y hasta se dirigían cargos, tan sólo para extraviar el criterio del Tribunal.

Cuando los interrogatorios terminaron, la cuestión estaba juzgada; con tal habilidad los había llevado el presidente, para que, cayendo en la red tendida, pareciese que Roubaud y Cabuche se habían entregado ellos mismos. Aquel día se oyeron además algunos testigos sin importancia. Era tan insoportable el calor á eso de las cinco, que dos señoras se desmayaron.

Al día siguiente, la gran emoción correspondió á las declaraciones de ciertos testigos. La señora Bonnehón alcanzó un verdadero éxito de distinción y tacto. Escuchóse con interés á los empleados de la Compañía, señores Vandorpe, Bessière, Dabadie y Cauche, sobre todo á este último, el cual estuvo muy prolijo, refiriendo que conocía mucho á Roubaud, por haber jugado con él varias veces en el café del Comercio. Enrique Dauvergne repitió su testimonio decisivo, la casi certeza en que estaba de haber oído, en la somnolencia de la fiebre, las voces sordas de los dos acusados, que se concertaban; é interrogado acerca de Severina, mostróse muy discreto, dando á entender que la había amado;

pero que sabiendo pertenecía á otro, se había retirado lealmente. Cuando este otro, Santiago Lautier, entró en la sala, prodújose gran murmullo entre la multitud; muchos se levantaron para verle mejor, y hasta entre los jurados se inició un movimiento de atención. Santiago, muy tranquilo, apoyó ambas manos en la barandilla de los testigos, con el ademán profesional acostumbrado cuando conducía la máquina. Esta comparecencia, que le debió turbar profundamente, dejóle completa lucidez de razón, cual si nada tuviera que ver con el hecho de autos.

Iba á declarar como extraño, como inocente; después del crimen, no había sentido ni un escalofrío, ni siquiera pensaba en ello; tenía la memoria abolida y los órganos en un estado de equilibrio propio de la perfecta salud; ahora, allí, delante de aquella barandilla, no sentía remordimientos ni escrúpulos, se hallaba en un completo estado de inconsciencia. Lo primero que hizo fué mirar á Roubaud y Cabuche con sus ojos claros. Ya sabía él que Roubaud era culpable y le dirigió un movimiento de cabeza, un discreto saludo, sin pensar que hoy era abiertamente el amante de su mujer. Después sonrió al otro, al inocente, cuyo puesto debía ocupar él; una buena bestia en el fondo, con apariencias de bandido; un mozo á quien había visto en el trabajo y cuya mano había estrechado. Y, con la mayor frescura, depuso, respondiendo en breves y claras frases á las preguntas del presidente, el cual, después de haberle interrogado sobre sus

relaciones con la víctima, le hizo que refiriese su salida de la Croix-de-Manfras, algunas horas antes del asesinato, cómo fué á tomar el tren á Barentin, y cómo durmió en Rouen. Cabuche y Roubaud le escuchaban, confirmando las respuestas del maquinista con su actitud; y en aquel momento invadió una gran tristeza á aquellos tres hombres. Un mortal silencio se había producido en la sala, una emoción venida no se sabe de dónde anudó la garganta de los jurados: era la verdad que pasaba muda. A la pregunta del presidente relativa á lo que pensaba del desconocido que huía entre las tinieblas, Santiago inclinó la cabeza, cual si no hubiera querido acabar de humilir al acusado. Entonces se produjo un hecho que acabó de trastornar al auditorio. Gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Santiago, y desbordándose, corrieron por sus mejillas. Aparecíasele Saverina, la miserable asesinada, cuya imagen se le había quedado impresa, con sus ojos azules desmesuradamente abiertos y sus cabellos negros caídos sobre la frente, como un espantable casco. Todavía la adoraba, habíale conmovido una inmensa piedad, y la lloraba sin consuelo, en la inconsciencia de su crimen, olvidándose de que estaba en medio de aquella multitud. Muchas señoras sollozaron estremecidas. Todo el mundo encontraba simpático aquel dolor del amante, cuando el marido permanecía con los ojos secos. Habiendo preguntado el presidente á las defensas si tenían que hacer alguna pregunta al testigo,

los abogados dieron las gracias, mientras que los acusados, embrutecidos, acompañaban con la mirada á Santiago, el cual volvió á sentarse, en medio de la simpatía general.

La tercera sesión se destinó entera á la acusación del procurador imperial y á los informes de los abogados. Primero, hizo el presidente un resumen del proceso, en el cual, bajo la capa de una imparcialidad absoluta, se agravaban los cargos de la acusación. El procurador imperial habló enseguida, pareciendo no gozar de todas sus facultades, pues tenía ordinariamente más convicción y una elocuencia menos vacía. Atribuyóse esto al excesivo calor, que era sofocante. Por el contrario, el defensor de Cabuche, el abogado de París, deleitó, sin lograr vencer.

El defensor de Roubaud, un miembro distinguido del foro de Rouen, sacó también todo el partido que pudo de su mala causa. Cansado el ministerio público, ni siquiera replicó. Y cuando el jurado pasó á la sala de deliberaciones, no eran más que las seis; el pleno día entraba por las diez ventanas, y un último rayo alumbraba las armas de las ciudades de Normandía que adornaban los sillares. Gran ruido de voces subió hasta el dorado techo; oleadas de impaciencia hicieron temblar la verja de hierro que separa los asientos reservados del resto del público. Pero el silencio se impuso religioso cuando el jurado y la magistratura se presentaron de nuevo. El veredicto admitía circunstancias atenuantes; los dos hombres fueron condenados á traba-

jos forzados, á perpetuidad. Lo cual fué una gran sorpresa. La multitud salió á empujones y se oyeron algunos silbidos como en el teatro.

En todo Rouen se hablaba aquella noche de esta condena, haciendo comentarios sin fin. Según el parecer general, aquello era una derrota para la señora de Bonnehón y para los Lachesnaye. Sólo una condena de muerte hubiera satisfecho á la familia; y seguramente habían mediado influencias adversas. Ya se nombraba por lo bajo á la señora Leboucq, la cual contaba entre los jurados tres ó cuatro de sus adeptos. La actitud de su marido como asesor no había ofrecido nada incorrecto; sin embargo, creían haber observado que ni el otro asesor, el señor Chaumette, ni el presidente, señor Desbazeilles, habían sido tan dueños del debate, como hubieran querido. Tal vez el jurado, sintiendo escrúpulos, acababa de ceder, concediendo circunstancias atenuantes, al malestar de duda que atravesó un momento la sala, al vuelo silencioso de la melancólica verdad. El proceso seguía siendo un triunfo para el juez de instrucción, cuya obra maestra nada había podido modificar. La misma familia perdió mucho cuando se corrió la voz de que para recuperar la Croix-de-Maufrás hablaba el señor Lachesnaye de entablar una acción revocatoria, á pesar de la muerte del donatario, cosa extraña en un magistrado por ser contraria á la jurisprudencia.

Al salir del palacio se unió Filomena á Santiago y no le soltó, tratando de pasar con él

aquella noche en Rouen. Como Santiago no entraba de servicio hasta el día siguiente, quiso comer con ella en la posada donde pretendía haber dormido la noche del crimen, cerca de la estación: pero no pensaba acostarse, porque tenía precisión de volver á París en el tren de las doce y cincuenta.

—No sabes—refirió ella según iba del brazo de Santiago hacia la posada—juraría que hace poco he visto á un conocido nuestro.... Sí, á Pecqueux, el cual me repetía días atrás que no pondría los pies en Rouen para este asunto.... Una vez que me volví, un hombre, á quien sólo pude ver la espalda, atravesaba por entre la multitud....

El maquinista la interrumpió, encogiéndose de hombros.

—Pecqueux está en París corriéndola, feliz con las vacaciones que mi permiso le proporciona.

—Es posible, pero desconfiemos, sin embargo, porque es el mayor rocín cuando está furioso.

Filomena se ciñó á él y añadió mirando atrás:

—¿Conoces á ese que nos sigue?

—Sí, no te asustes.... Puede ser que tenga que preguntarme alguna cosa.

Era Misard, el cual desde la calle de los Judíos los seguía á cierta distancia. Él también había declarado con aire soñoliento y quedándose rondando alrededor de Santiago, sin atreverse á dirigirle una pregunta que visiblemente llevaba en los labios. Cuando la pareja hubo desapareci-

do por la puerta de la posada, entró á su vez y pidió un vaso de vino.

—¡Toma, Ud. por aquí, Misard!—exclamó el maquinista.—Y con su nueva mujer, ¿cómo le va?

—Sí, sí—gruñó el jefe de la estación telegráfica.—¡Ah, la maldita! bien me ha fastidiado. Ya le conté á Ud. eso en mi otro viaje aquí.

Santiago se divertía mucho con esa historia. La Ducloux, la antigua sirvienta que Misard había tomado para guardar la barrera, no tardó en sospechar, viéndole registrar los rincones, que debía buscar un buen gato, oculto por su difunta, y se le ocurrió una genial idea para casarse con él, la de darle á entender con reticencias y risas, que ella lo había encontrado. Al principio saltó poco para que la estrangulara; después, pensando que los mil francos se le escaparían otra vez si la suprimía como á la otra antes de tenerlos, tornóse muy zalamero; pero ella le rechazaba sin consentir que la tocara siquiera; no, no, cuando fuera su mujer lo tendría él todo, incluso el dinero. Y se casó con ella, la cual se burlaba bien, poniéndole de bestia que no había por donde cogerlo, por creer todo lo que le contaban. Lo mejor del caso fué que, puesta al corriente, encendiéndose también al contagio de su fiebre, comenzó á buscar con él Hena de avaricia. ¡Ah! Algún día encontrarían esos mil francos, ahora que eran dos á buscar. Y buscaban sin descanso.

—¿De modo que nada?—preguntó Santiago

con socarronería.—¿Ya no le ayuda á Ud. la Ducloux?

Misard le miró fijamente, y dijo:

—Usted sabe dónde están, dígamelo.

El maquinista se enfadó.

—Yo no sé nada; la señora Eufrasia no me ha dado nada, creo que no me irá Ud. á acusar de ladrón.....

—¡Oh! de seguro no le ha dado á Ud. nada..... Ya ve Ud. que estoy malo por eso. Si sabe dónde están, dígamelo.

—¡Ea! ¡cállese Ud.! Tenga cuidado no vaya yo á soltar la lengua..... Mire Ud. en la caja de la sal, á ver si están.

Pálido, con los ojos chispeantes, seguía Misard mirándole. De pronto tuvo como una brusca iluminación.

—En la caja de la sal! ¡calla, tiene Ud. razón! Debajo del cajón hay un escondite que no he registrado.

Y se dió prisa á pagar el vino, echando á correr hacia el camino de hierro, para ver si podía tomar aún el tren de las siete y diez. Allá abajo, en la casuca baja, seguiría buscando eternamente.

Por la noche, después de comer, mientras aguardaban el tren de las doce y cincuenta, quiso Filomena llevar á Santiago por oscuras callejuelas al campo próximo. La atmósfera estaba muy cargada, era una noche de Julio, ardorosa y sin luna, que le henchía la garganta de profundos suspiros, casi colgada del cuello

de él. Dos veces había vuelto la cabeza, sin lograr ver á nadie; tan espesas eran las tinieblas. Santiago sufría mucho en aquella noche de tormenta. En su tranquilo equilibrio, en medio de aquella salud perfecta de que gozaba desde el asesinato, había sentido poco antes, en la mesa, volver un lejano malestar, cada vez que Filomena le tocaba con sus errabundas manos. Fatiga sin duda, enervamiento producido por la densidad del aire. Ahora, la agonía del deseo despertaba con mayor viveza, llena de un sordo espanto, teniéndola así, contra su cuerpo. Sin embargo, estaba bien curado, la experiencia estaba hecha, supuesto que la había poseído ya, con la carne en calma para poder darse cuenta. Su excitación se hizo tal, que el miedo á una crisis le hubiera obligado á desasirse de sus brazos, si la sombra que la envolvía no la hubiese tranquilizado; pues nunca, ni en los peores días de su mal, había herido sin ver. Y, de repente, cuando ambos pasaban junto á un talud cubierto de césped, por un camino desierto, y ella le abrazaba, estirándose, invadióle la monstruosa necesidad; lleno de rabia buscó entre la hierba un arma, una piedra, para aplastarle la cabeza. De un saltó se irguió y echó á correr, loco, cuando de pronto oyó una voz de hombre que lanzaba juramentos; toda una batalla.

—¡Ah, zorra! he oído hasta el fin, porque quería asegurarme.

—¡No es verdad, déjame!

—¡Con que no es verdad! El otro puede co-

rrer, porque ya sé quién es, y lo encontraré algún día.... ¡Toma, grandísima pérdida, di ahora que no es verdad!....

Santiago corría en medio de la noche, no por huir de Pecqueux, á quien acababa de reconocer; huía de sí propio, loco de dolor.

Un asesinato no había bastado, no estaba él satisfecho con la sangre de Severina, como creía por la mañana. Volvía á empezar. Otra, luego otra, y siempre otra.

Cuando se hubiera satisfecho, después de algunas semanas de atontamiento, su hambre se despertaría espantosa, necesitando sin cesar carne de mujer para saciarse. Ahora mismo no necesitaba ver esa carne de seducción: sólo al sentirla tibia entre sus brazos, cedía á impulsos del crimen, cual macho feroz que destripa á las hembras. No se podía vivir así, ya no tenía delante más que aquella noche profunda, de ilimitada desesperación, en medio de la cual huía.

Transecurrieron algunos días. Santiago había vuelto á encargarse del servicio, evitando el trato con sus compañeros, caído de nuevo en su ansioso salvajismo de otras veces. Acababa de declararse la guerra, después de tempestuosas sesiones en la Cámara; y hasta se había dado ya un pequeño combate de avanzada, feliz, según decían. Hacía una semana que los transportes de tropas abrumaban de cansancio al personal de los caminos de hierro. Los servicios regulares andaban desordenados, y continuos trenes imprevistos producían considerables retrasos; sin

contar con que habían escogido á los mejores maquinistas para activar la concentración de los cuerpos de ejército. Así fué como una noche en el Havre, en vez de su habitual exprés, tuvo Santiago que conducir un enorme tren, compuesto de dieciocho vagones, atestados de tropa.

Aquella noche llegó Pecqueux muy borracho al depósito. Al día siguiente del en que había sorprendido á Filomena con Santiago, subió en la máquina 608, como fogonero del mismo; y desde entonces no hacía la menor alusión, ni se atrevía á mirar á su jefe. Pero éste le veía cada vez más rebelde, negándose á obedecer, no haciendo más que su voluntad y murmurando sordos gruñidos en cuanto recibía una orden. Acabaron por no hablarse. Aquel suelo móvil, que tan unidos los llevaba otras veces, se había trocado en la plancha estrecha y peligrosa donde chocaba su rivalidad. El odio aumentaba, ambos estaban á punto de devorarse en aquellos pocos pies cuadrados, que corrían á toda velocidad, y de donde los hubiera precipitado la menor sacudida. Aquella noche, al ver á Pecqueux borracho, desconfió Santiago, porque sabía que era demasiado socarrón para enfadarse en ayunas, y que sólo el vino desencadenaba en él la brutalidad.

El tren que debía salir á las seis sufrió un retraso. Ya era de noche, cuando embarcaron á los soldados como carneros, en los vagones cuerdas. Únicamente se habían clavado algunas tablas, á guisa de banquetas, y allí dentro los amontonaban, llenando los coches todo lo posi-

ble, de modo que iban sentados unos y en pie otros, pero apretados hasta el punto de no poder mover un brazo. A su llegada á París los esperaba otro tren para conducirlos al Rhin. Los pobres hombres estaban muertos de fatiga con lo vertiginoso del viaje. Pero como se les había distribuido aguardiente y muchos se habían esparcido por las tiendas vecinas, sentían una alegría caldeada y brutal, iban muy rojos, con los ojos casi fuera de las órbitas. Y en cuanto el tren arrancó, saliendo de la estación, se pusieron á cantar.

Santiago miró al cielo, donde un vapor de tormenta ocultaba las estrellas. La noche se presentaba muy sombría, ni un soplo de viento agitaba la ardorosa atmósfera; hasta el viento de la carrera, siempre fresco, parecía caliente á la sazón. En el negro horizonte no había más luces que las señales. El maquinista aumentó la presión para subir la cuesta de Horfleur á Saint-Romain. A pesar del estudio que venía haciendo de la máquina 608, todavía no era dueño de ella, cuyos caprichos le sorprendían. Aquella noche particularmente la notaba muy caprichosa, dispuesta á desbocarse por algunos carbones más. Por eso vigilaba el fuego, cada vez más inquieto por el aspecto del fogonero, sin soltar el volante del cambio de marcha. El farolito que alumbraba al nivel de agua dejaba á la plataforma en una penumbra que la puerta del hogar, enrojecida, tornaba violácea. Distinguía mal á Pecqueux; dos veces había sentido en las

piernas la sensación de un rozamiento, como si unos dedos tratasen de cogerle por allí. Pero esto no debía ser más que una travesura de borracho, porque le oía murmurar, partiendo el carbón á martillazos exagerados. A cada minuto abría la puerta y arrojaba combustible en cantidad exagerada.

—¡Basta!—gritó Santiago.

El otro fingió no comprender y siguió echando paletadas de carbón; de pronto, como el maquinista le sujetara el brazo, volvióse amenazador, teniendo ya la riña que buscaba en el furor creciente de su borrachera.

—¡No me toques ó te machaco!.... Me divierte el ir deprisa.

El tren rodaba velozmente sobre la llanura que va de Bolbec á Motteville. Debía llegar de un tirón á París, sin detención alguna, salvo en los puntos designados para tomar agua. La enorme masa, los dieciocho vagones cargados de carne humana, atravesaban el obscuro campo en un continuo gruñido. Y aquellos hombres á quienes se llevaba á la matanza, cantaban y cantaban con tal clamoreo, que dominaba el crujir de las ruedas.

Santiago, en pie, había cerrado la puerta. Después, manejando el inyector, añadió:

—Tiene demasiado fuego.... Duerma Ud. si está borracho.

Inmediatamente abrió de nuevo. Pecqueux y se puso á echar carbón como un desesperado, cual si hubiese querido hacer saltar la máquina.

Aquello era la revolución, las órdenes desconocidas, la pasión exasperada que no tenía en cuenta todas aquellas vidas humanas. Y como Santiago se hubiera inclinado para procurar disminuir el tiro, asíóle bruscamente el fogonero y trató de arrojarlo á la vía.

—¡Canalla, esto es lo que buscabas!.... Después dirías que me había caído. ¡Bujarrón, hipócrita!

Y con una mano se agarró á uno de los bordes del tender, cayendo ambos y continuando la lucha sobre el pequeño puente de palastro, que retemblaba violentamente. No pronunciaban ni una palabra, permanecían con los dientes apretados, esforzándose cada cual por arrojar al otro por la estrecha abertura, que sólo cerraba una barra de hierro. La máquina rodaba sin cesar, Barentin quedó atrás y el tren se sepultó en el túnel de Malaunay, cuando todavía estaban fuertemente abrazados sobre el carbón, golpeando con la cabeza las paredes del recipiente de agua y evitando la enrojecida puerta del hogar, donde se abrasaban las piernas cada vez que las alargaban.

Un instante pensó Santiago, que si pudiera levantarse, cerraría el regulador y pediría socorro para que le librasen de aquel loco furioso, enardecido por la borrachera y por los celos. Pero como era más débil y se sentía muy fatigado, desesperaba de tener fuerza para empujar al otro, y le aterrizzaba la idea de la caída. Hizo un supremo esfuerzo tanteando con la mano;

comprendiólo el otro, enderezóse sobre los riñones y lo levantó como á un niño.

—¡Ah! ¿quieres parar?..... Me has quitado la mujer..... ¡Tienes que pagármelas!

La máquina seguía rodando, el tren acababa de salir del túnel, con gran estrépito, y continuaba su carrera, al través del campo desierto y sombrío. Quedóse atrás la estación de Malaunay, y el subjefe, que se hallaba de pie en el andén, no pudo ver más que á estos dos hombres á punto de devorarse, mientras que el rayo los llevaba.

Pero Pecqueux, dando otro empuje, precipitó á Santiago, el cual, sintiendo el vacío, se agarró al cuello de su compañero tan fuertemente, que lo arrastró en pos de sí. Oyéronse dos gritos terribles, que se confundieron y se perdieron en el vacío. Los dos hombres, caídos juntos bajo las ruedas, por la reacción de la velocidad, fueron cogidos y mutilados por aquéllas, en aquel espantoso abrazo, ellos que habían vivido tanto tiempo como hermanos. Encontráronlos después sin cabeza, sin pies, dos troncos ensangrentados que aún se abrazaban como para estrangularse.

Y la máquina, libre de toda dirección, rodaba y rodaba sin cesar. Al cabo, la caprichosa podía ceder á los fuegos de su juventud, como una yegua indomable, escapada de las manos del guardián, galopando por el campo raso. La caldera estaba provista de agua, el carbón con que acababa de llenarse el hogar se acababa; y durante la primera media hora la presión subió locamente, la velocidad se hizo espantosa. Sin duda el com-

ductor jefe se había dormido, cediendo á la fatiga. Los soldados, cuya borrachera se aumentaba con aquel hacinamiento, se alegraron de repente con aquella vertiginosa carrera y comenzaron á cantar con más bríos. El tren atravesó á Maromme como un rayo. No había silbido ni al aproximarse á las señales ni al pasar por las estaciones. Era un galopar recto, la bestia que traspasaba muda y con la cabeza baja todos los obstáculos. Y rodaba en un rodar sin fin, como enloquecida más y más por el estridente ruido de su aliento.

En Rouen se debía tomar agua. El espanto heló á la estación cuando vieron pasar en un vértigo de humo y llamas aquel tren loco, aquella máquina sin maquinista ni fogonero, aquellos vagones llenos de carne humana, llenos de soldados que entonaban canciones patrióticas. Iban á la guerra; así llegarían más pronto allá-abajo, á las orillas del Rhin. Los empleados se habían quedado estupefactos. Al punto, tornóse general el grito; aquel tren desenfrenado, abandonado á sí propio, no atravesaría sin obstáculo la estación de Sotteville, siempre impedida por maniobras, obstruida de coches y máquinas, como todos los grandes depósitos. Y se precipitaron al telégrafo para dar aviso.

Precisamente, un tren de mercancías que ocupaba la vía, pudo ser empujado hasta la cochera. Desde lejos se oía el rodar del monstruo escapado, el cual, habiendo pasado los túneles próximos á Rouen, llegaba en furioso galope, cual

una fuerza monstruosa é irresistible que nada puede detener ya. También quedó atrás la estación de Sotteville; el tren pasó en medio de los obstáculos, sin tropezar con nada, sumergiéndose en las tinieblas, donde su rugido se extinguía poco á poco.

Pero ahora, todos los aparatos telegráficos de la línea tocaban, todos los corazones latían ante la noticia del tren fantasma que acababan de ver pasar por Rouen y Sotteville. Todo el mundo temblaba de espanto, un exprés que se hallaba delante iba seguramente á ser atropellado. El, cual un jabalí en el bosque, continuaba su carrera, sin tener en cuenta las señales rojas. No había más remedio que estrellarse en Oïssel contra una máquina piloto; llenó de terror á Pont-de-l'Arche, porque su velocidad no disminuía. De nuevo desapareció rodando en medio de la negra noche sin que supiese adónde, allá abajo.

¡Qué importaban las víctimas que la máquina aplastara en el camino! ¿no seguía descuidada sin temor á la sangre vertida? Sin conductor, en medio de las tinieblas, cual bestia ciega y sorda que se hubiera desatado en medio de la muerte, rodaba y rodaba sin cesar, cargada con aquella carne de cañón, con aquellos soldados borrachos y embrutecidos ya por la fatiga, que seguían cantando.

FIN.

## Obras de fondo y surtido

	Pesetas
Aragó (V.)— <i>Biblioteca del labriego</i> .—Agricultura al amor de la lumbre; en 4.º, con grabados.....	6
Belot (A.)—La explotación del secreto; 2.ª edición, en 8.º.....	2,50
—Las corbatas blancas; en 8.º.....	2,50
—La pecadora; en 8.º.....	2,50
—Quinientas mujeres para un hombre solo; en 8.º.....	2,50
—Melinita; en 8.º.....	2,50
Boisgobey (F. de)—Decapitada; en 8.º.....	3
Bulwer Lytton (E.)—La raza futura; en 8.º.....	3
Cabello y Aso.—Estética de las artes del dibujo. La arquitectura, su teoría estética expuesta, comprobada y aplicada á la composición, constituyendo un ensayo de <i>Teoría del arte</i> ; en 4.º.....	8
Claretie (S.)—La fugitiva. Versión castellana de Miguel Bala; 2.ª edición en 8.º.....	3
—Noris. (Costumbres del día.) Versión española de C. F.; 2.ª edición en 8.º.....	2,50
—¡Candidato! Versión castellana; en 8.º.....	2,50
—El hermoso Solignac. Versión castellana; 2 tomos en 8.º.....	5
—Los amores de un interno. Versión castellana; 2 tomos en 8.º.....	5
—El príncipe Tilsh. Versión castellana; en 8.º.....	2,50
Corradi (F.)—Lecciones de oratoria pronunciadas en el Ateneo científico y literario de Madrid; 2.ª edición, en 4.º.....	3
Cortés y Morales (B.)—Tesoro de la salud. Novísimo tratado de longevidad humana ó el más eficaz sistema para alargar la vida; en 8.º.....	1,50
Curtius.—Historia de Grecia. Traducida, anotada y aumentada con mapas y un diccionario de los términos geográficos, técnicos y mitológicos que la obra contiene, por el Dr. Alejo G. Moreno; 8 tomos en 4.º.....	40
Charcot.—Lecciones sobre las enfermedades del	

una fuerza monstruosa é irresistible que nada puede detener ya. También quedó atrás la estación de Sotteville; el tren pasó en medio de los obstáculos, sin tropezar con nada, sumergiéndose en las tinieblas, donde su rugido se extinguía poco á poco.

Pero ahora, todos los aparatos telegráficos de la línea tocaban, todos los corazones latían ante la noticia del tren fantasma que acababan de ver pasar por Rouen y Sotteville. Todo el mundo temblaba de espanto, un exprés que se hallaba delante iba seguramente á ser atropellado. El, cual un jabalí en el bosque, continuaba su carrera, sin tener en cuenta las señales rojas. No había más remedio que estrellarse en Oïssel contra una máquina piloto; llenó de terror á Pont-de-l'Arche, porque su velocidad no disminuía. De nuevo desapareció rodando en medio de la negra noche sin que supiese adónde, allá abajo.

¡Qué importaban las víctimas que la máquina aplastara en el camino! ¿no seguía descuidada sin temor á la sangre vertida? Sin conductor, en medio de las tinieblas, cual bestia ciega y sorda que se hubiera desatado en medio de la muerte, rodaba y rodaba sin cesar, cargada con aquella carne de cañón, con aquellos soldados borrachos y embrutecidos ya por la fatiga, que seguían cantando.

FIN.

## Obras de fondo y surtido

	Pesetas
Aragó (V.)— <i>Biblioteca del labriego</i> .—Agricultura al amor de la lumbre; en 4.º, con grabados.....	6
Belot (A.)—La explotación del secreto; 2.ª edición, en 8.º.....	2,50
—Las corbatas blancas; en 8.º.....	2,50
—La pecadora; en 8.º.....	2,50
—Quinientas mujeres para un hombre solo; en 8.º.....	2,50
—Melinita; en 8.º.....	2,50
Boisgobey (F. de)—Decapitada; en 8.º.....	3
Bulwer Lytton (E.)—La raza futura; en 8.º.....	3
Cabello y Aso.—Estética de las artes del dibujo. La arquitectura, su teoría estética expuesta, comprobada y aplicada á la composición, constituyendo un ensayo de <i>Teoría del arte</i> ; en 4.º.....	8
Claretie (S.)—La fugitiva. Versión castellana de Miguel Bala; 2.ª edición en 8.º.....	3
—Noris. (Costumbres del día.) Versión española de C. F.; 2.ª edición en 8.º.....	2,50
—¡Candidato! Versión castellana; en 8.º.....	2,50
—El hermoso Solignac. Versión castellana; 2 tomos en 8.º.....	5
—Los amores de un interno. Versión castellana; 2 tomos en 8.º.....	5
—El príncipe Tilsh. Versión castellana; en 8.º.....	2,50
Corradi (F.)—Lecciones de oratoria pronunciadas en el Ateneo científico y literario de Madrid; 2.ª edición, en 4.º.....	3
Cortés y Morales (B.)—Tesoro de la salud. Novísimo tratado de longevidad humana ó el más eficaz sistema para alargar la vida; en 8.º.....	1,50
Curtius.—Historia de Grecia. Traducida, anotada y aumentada con mapas y un diccionario de los términos geográficos, técnicos y mitológicos que la obra contiene, por el Dr. Alejo G. Moreno; 8 tomos en 4.º.....	40
Charcot.—Lecciones sobre las enfermedades del	

sistema nervioso. Traducidas de la última edición francesa, por D. Manuel Flóres y Plá. 2. <sup>a</sup> edición; 3 tomos en 4. <sup>o</sup> , láminas y grabados	30
Cherbuliez (V.) — La novela de una mujer honrada; 2. <sup>a</sup> edición en 8. <sup>o</sup>	3,50
Dickens (C.) — Dias penosos. Versión castellana; en 8. <sup>o</sup>	2,50
Dominguez Alfonso (A.) y Rodríguez (A. G.) — Instrucción y formularios para la celebración de los matrimonios canónico y civil, con arreglo al Código civil, ley de Registro, etc., etc., y un apéndice sobre la facultad de los padres para corregir y castigar, el Consejo de familia y otras materias; en 8. <sup>o</sup>	3
Durán (B. M.) — Poesías; en 8. <sup>o</sup>	1
Ellis. — Formulario de terapéutica infantil; en 8. <sup>o</sup>	1,50
Esquivel (A. M.) — Tratado de anatomía pictórica inspeccionado por la Real Academia de San Fernando, para el estudio de los pintores y escultores; en folio, con láminas.	10
Eulembourg (A.) y Guttman (P.) Patología del simpático basada en su fisiología. Traducción de D. Santiago G. Fernández; en 8. <sup>o</sup>	3
Fonsagrives (J. B.) — Tratado de la higiene de la infancia. Versión castellana de D. M. Flóres y Plá; en 4. <sup>o</sup>	10
— Tratado de higiene naval; 2. <sup>a</sup> edición, 2 tomos en 4. <sup>o</sup>	20
— Tratado de materia médica. Traducción de D. Javier de Castro, con una introducción de su traductor; 3 tomos en 4. <sup>o</sup> con más de 2.000 págs. de lectura y profusión de grabados en el texto.	30
Gallard (F.) — Lecciones de clínica médica del hospital de la Piedad de París. Versión castellana de D. R. Martínez; en 4. <sup>o</sup>	4
García Coello (A.) y López Ferreira (F.) — Manual de terapéutica, materia médica y arte de recetar; 2. <sup>a</sup> edición en 4. <sup>o</sup>	5
García López (A.) — Hidrología médica. 2. <sup>a</sup> edición; 2 tomos en 4. <sup>o</sup>	22

García Ramón (L.) — La nena. (Los extranjeros en París); en 4. <sup>o</sup>	5
Gerard (Dr. J.) — Nuevas causas de esterilidad en ambos sexos. Fecundación artificial como medio de tratamiento. Versión castellana del Dr. Luis Marco. 1 tomo de 434 págs en 8. <sup>o</sup> , ilustrado con el retrato del autor y 230 grabados por José Roy...	5
Giner de los Ríos (F. H.) — Portugal. Impresiones para servir de guía al viajero; en 8. <sup>o</sup>	2,50
— Artículos fiambres; en 8. <sup>o</sup>	2
Goncour (Ed.) — Los hermanos Zengauos. Versión castellana y estudio preliminar, por doña Emilia Pardo Bazán; en 8. <sup>o</sup> con ilustraciones de A. Mestres.	4
— Les frères Zengauo. (Edición en francés ilustrada por Mestres); en 8. <sup>o</sup>	3,50
G. González Callejo (A.) — Lecciones de artes mecánicas, procedimientos industriales y metalurgia española; en 4. <sup>o</sup>	9
González Hernández (P.) — Principios de derecho administrativo; en 8. <sup>o</sup>	2,50
— Resumen de geografía universal; en 8. <sup>o</sup>	3
Greville (E.) — Canto de bodas; 2. <sup>a</sup> edición en 8. <sup>o</sup>	2,50
— Cleopatra; en 8. <sup>o</sup>	2
Husemann (T.) — Manual de materia médica y terapéutica; 3 tomos en 4. <sup>o</sup>	28
Jaccoud. — Lecciones de clínica médica dadas en el hospital de la Piedad de París. Traducidas por D. E. Sánchez Ocaña y J. Santero, 1. <sup>a</sup> serie, 1883-84. — 2. <sup>a</sup> serie, 1884-85. — 3. <sup>a</sup> serie, 1885-86; 3 tomos en 4. <sup>o</sup>	12,50
Lagrange. — El ejercicio en los adultos. Traducción de D. R. Rubio; en 8. <sup>o</sup>	3,50
— La higiene del ejercicio en los niños y en los jóvenes. Traducción de D. R. Rubio; en 8. <sup>o</sup>	3
Lagrang du Saulle. — Tratado de medicina legal, de jurisprudencia médica y de toxicología. Traducción de D. Teodoro Yáñez y D. C. Núñez; 4 tomos en 4. <sup>o</sup>	50
Létang (L.) — El rey de París; 2. <sup>a</sup> edición en 8. <sup>o</sup>	3
— La señora de Villemor; en 8. <sup>o</sup>	3
Leyden (E.) — Tratado clínico de las enfermeda-	

des de la médula espinal; 2 tomos en 4. <sup>o</sup>	9
López (E. A.) Lecciones de química orgánica redactadas en vista del programa para ingreso en el cuerpo de empleados de Aduanas; en 4. <sup>o</sup>	4
Loti (P.)—Japonerías de otoño; en 8. <sup>o</sup>	2,50
—El casamiento de Loti; 2. <sup>a</sup> edición en 8. <sup>o</sup>	2,50
Mosso (A.)—La educación física de la juventud seguida de la educación de la mujer, del mismo autor. Traducción de D. J. M. Moreno; en 8. <sup>o</sup>	3,50
—El miedo. Traducción de la cuarta y última edición italiana por D. José M. Moreno, con un prólogo de D. Rafael Salillas; en 8. <sup>o</sup> , con grabados	4
—La fatiga. Traducida de la cuarta y última edición italiana por D. J. Moreno, con un prólogo de D. Rafael Salillas; en 4. <sup>o</sup> , con numerosos grabados	4
Mozo de Rosales (E.)—Las cacerías de lobos. Combates y aventuras terribles; en 8. <sup>o</sup>	2
Muñoz (A.)—Las inyecciones hipodérmicas; en 4. <sup>o</sup>	5
Muñoz y Rivero (J.)—Manual de paleografía diplomática española de los siglos XII al XVII; en 4. <sup>o</sup>	15
—Nociones de diplomática española; en 8. <sup>o</sup>	2
—Colección de firmas de personajes célebres en la historia de España; en 8. <sup>o</sup>	1
—Chrestomathia palaeographica; en 8. <sup>o</sup> , facsimiles	5
Muñoz y Romero (T.)—Del estado de las personas en los reinos de Asturias y León en los primeros siglos posteriores á la invasión de los árabes; 2. <sup>a</sup> edición en 8. <sup>o</sup>	3
Musset (A.)—La confesión de un hijo del siglo; 2. <sup>a</sup> edición en 8. <sup>o</sup>	2,50
Navascues (A.) y Pinillos (J.)—Elementos de aritmética y geometría para el ingreso en el cuerpo de Sobrestantes de Obras públicas; 2. <sup>a</sup> edición en 4. <sup>o</sup>	5
Novísimo tratado de derecho militar, por la redacción de la <i>Correspondencia Militar</i> ; 2. <sup>a</sup> edición, 2 tomos en 4. <sup>o</sup>	16
Ossorio (C.)—La vida moderna. (Manchas de	

color.) Prólogo del D. de Rivas Ilustraciones de Alsina, Alvarez Dumont, Amé- rigo, Araujo, Banet, Baroja, Careedo, Flo- rit, García Ruiz, Gomar, Hidalgo, Ibarra, Laporta, Luna, Moya y otros varios. Foto- grabados y cromotipia de Laporta; en 8. <sup>o</sup>	3
Ossorio y Gallardo (C. y A.)—Manual del perfecto periodista; en 8. <sup>o</sup>	3
Picón (J. O.)—Novelitas; en 8. <sup>o</sup>	3,50
—Dulce y sabrosa; en 8. <sup>o</sup>	4
Polo (V.) y González (P.)—Principios de economía política; en 8. <sup>o</sup>	2,50
Portuondo y Barceló (B.)—Lecciones de Arquitectura; 2 tomos en 4. <sup>o</sup> y 2 atlas	25
Poulliet.—Estudio médico-fisiológico sobre las formas, las causas, los síntomas, consecuencias y tratamiento del onanismo en la mujer; en 8. <sup>o</sup>	2,50
—Estudio médico-psicológico sobre el onanismo en el hombre. Traducido por D. J. Olave; en 8. <sup>o</sup>	3
Queiros (E. de.)—El primo Basilio; 2 tomos en 8. <sup>o</sup>	5
Rubini—Teoría de las formas en general, y principalmente de las binarias. Traducción de D. E. Márquez; en 4. <sup>o</sup>	10
Ruiz Aguilera (V.)—Poesías. <i>Ecos nacionales</i> ; 2 tomos en 1 vol. en 8. <sup>o</sup>	1,50
—La arcadia moderna. Eglogas é idilios realistas y epigramas; en 8. <sup>o</sup>	1,50
Sales (P. de.)—Un drama financiero; en 8. <sup>o</sup>	2
—Huérfanas! en 8. <sup>o</sup>	3,50
—Una víbora; 2. <sup>a</sup> edición en 8. <sup>o</sup>	3
Samuel (S.)—Patología general considerada como fisiología patológica; 2 tomos en 4. <sup>o</sup>	20
Sánchez de las Matas (E.)—Novísimo diccionario de legislación y jurisprudencia; en 4. <sup>o</sup>	8
Socias (M.)—Ordenanzas de S. M. para el régimen y disciplina de sus ejércitos; 3 tomos en 4. <sup>o</sup>	24
Tardieu (A.)—Estudio médico legal sobre las enfermedades producidas accidental ó involuntariamente, por imprudencia, negligencia ó transmisión contagiosa; en 4. <sup>o</sup>	2



